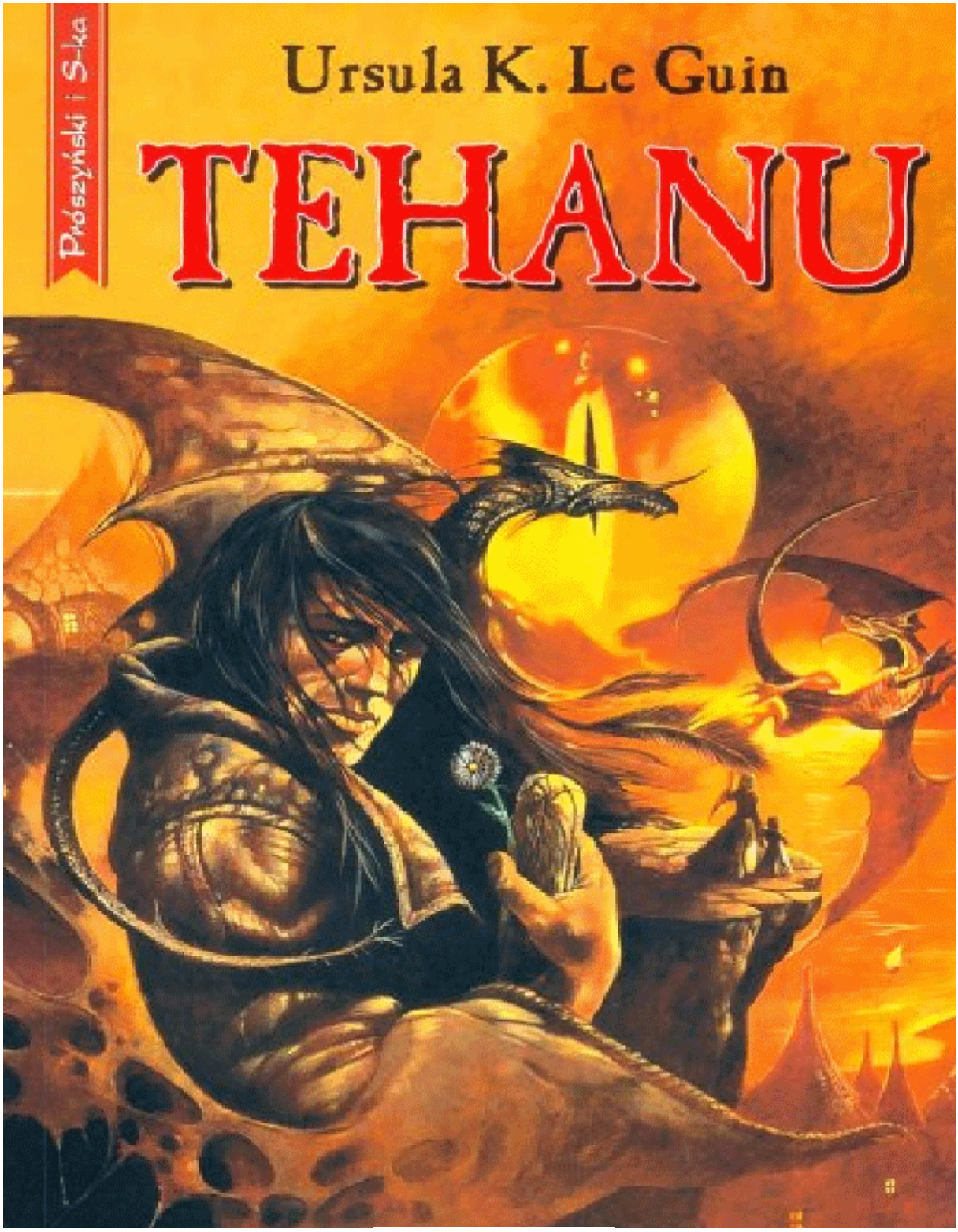
Hisotiras de Terramar IV, TEHANU
ÚRSULA K. LE GUIN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Sólo en el silencio la palabra,
sólo en la oscuridad fa luz,
sólo en la muerte la vida;
el vuelo del halcón
brilla en el cielo vacío.
La Creación de Éa.

1

Algo terrible

Después de la muerte del granjero Pedernal del Valle Central, su viuda se quedó en la casa de la granja. Su hijo se había hecho marinero y su hija se había casado con un mercader de Valmouth, de modo que se quedó sola en la Granja de los Robles. La gente decía que había sido un personaje importante en la tierra de donde venía, y de hecho el mago Ogion solía detenerse en la Granja de los Robles para verla; pero eso no era muy importante, porque Ogion visitaba a todo tipo de personas insignificantes.

Tenía un nombre extranjero, pero Pedernal la llamaba Goha, el nombre que le daban en Gont a una pequeña araña blanca tejedora. El nombre le venía bien, porque era de tez blanca y menuda, y una buena tejedora de lana de cabra y de oveja. De modo que ahora era la viuda de Pedernal, Goha, la dueña de un rebaño de cabras y de la tierra donde pastoreaban, cuatro campos de labranza, un huerto de perales, dos casas de inquilinos, la vieja casa de piedra bajo los robles y el cementerio de la familia sobre la colina, donde yacía Pedernal, tierra de su tierra.

—He vivido casi toda mi vida cerca de tumbas —le dijo a su hija.

—¡Madre, madre, ven al pueblo a vivir con nosotros! —le dijo Manzana, pero la viuda no quería renunciar a su soledad.

—Quizá más adelante, cuando lleguen los niños y necesites ayuda —le dijo, mirando complacida a su hija, de ojos grises—. Pero ahora no. Ahora no me necesitas. Y este lugar me gusta.

Cuando Manzana regresó junto a su joven esposo, la viuda cerró la puerta y se quedó de pie en el piso empedrado de la cocina de la casa. Había oscurecido, pero no encendió la lámpara, recordando cómo la encendía su esposo: las manos, la chispa, el rostro oscuro y atento bajo la luz recién encendida. La casa estaba en silencio.

«En otro tiempo viví en una casa silenciosa, sola —pensó—. Volveré a vivir así.» Encendió la lámpara.

Al caer la tarde de uno de los primeros días cálidos, Alondra, la vieja amiga de la viuda, llegó desde la aldea luego de atravesar presurosa el sendero polvoriento. —Goha —le dijo mientras la miraba arrancar malezas del sembrado de habichuelas—, Goha, ha ocurrido algo terrible. Algo espantoso. ¿Puedes venir?

—Sí —dijo la viuda—. ¿Qué sucede?

Alondra recobró el aliento. Era una mujer gruesa, simple, madura, cuyo nombre ya no estaba de acuerdo con su cuerpo. Pero en otra época había sido una muchacha delgada y hermosa, y se había hecho amiga de Goha, ignorando a los aldeanos que murmuraban sobre la karga de tez blanca que Pedernal había llevado a casa; y habían sido amigas desde entonces.

—Una niña quemada —le dijo.

—¿De quién es la niña?

—De vagabundos.

Goha cerró la puerta de la casa, y echaron a andar por el sendero, mientras Alondra no dejaba de hablar. Jadeaba y transpiraba. Las pequeñas semillas de la tupida hierba que crecía junto al sendero se le pegaban a las mejillas y la frente, y ella se las iba quitando mientras hablaba. —Han estado viviendo todo el mes en los prados del río. Un hombre que se hace pasar por calderero pero que es un ladrón, y una mujer que anda con él. Y otro hombre, más joven, que andaba casi todo el tiempo con ellos. No trabajan, ninguno de los dos trabaja. Roban y mendigan, y explotan a la mujer. Unos muchachos de río abajo les llevaban cosas de las granjas para estar con la mujer. Tú sabes cómo es ahora, ese tipo de cosas. Y hay pandillas en los caminos y gente merodeando por las granjas. Si estuviera en tu lugar, le echaría cerrojo a la puerta. Así que ese hombre, el más joven, llega a la aldea cuando yo estaba delante de la casa, y me dice: «La niña no está bien». Yo apenas había visto a la niña, una cosita

escurridiza, desaparecía tan rápido que no estaba segura de haberla visto. Entonces yo le dije: «¿Así que no está bien? ¿Tiene fiebre?». Y el hombre me dice: «Se hizo daño al encender el fuego», y entonces, cuando me estaba preparando para acompañarlo, se marchó. Desapareció. Y cuando llegué allá, al lado del río, los otros dos habían desaparecido también. Sin dejar rastros. No había nadie. Todas sus trampas y sus porquerías habían desaparecido también. Sólo había una hoguera, humeante todavía, y al lado del fuego... con medio cuerpo en las llamas... en la tierra...

Alondra dejó de hablar por un par de pasos. No miraba a Goha, miraba hacia adelante.

—Ni siquiera la habían cubierto con una manta —dijo.

Siguió avanzando a trancos largos.

—La arrojaron al fuego cuando aún estaba encendido —dijo. Tragó saliva y se quitó las semillas que se le pegaban a la cara ardiente—. Tal vez se cayó, pero si hubiera estado despierta habría tratado de escapar. Supongo que la golpearon y creyeron que la habían matado, y querían ocultar lo que habían hecho, así que...

Se detuvo nuevamente, siguió hablando.

—Quizá no haya sido él. Quizás él la haya sacado del fuego. Después de todo, vino a pedir que la ayudaran. Debe de haber sido el padre. No sé. No importa. ¿Quién puede saberlo? ¿Quién la va a cuidar? ¿Quién se va a ocupar de la niña? ¿Por qué hacemos lo que hacemos?

Goha preguntó en voz baja: —¿Sobrevivirá?

—Es posible —dijo Alondra—. Es muy posible que sobreviva.

Al cabo de un rato, ya cerca de la aldea, Alondra dijo: —No sé por qué vine a buscarte. Allá está Hiedra. No hay nada que hacer.

—Podría ir a Valmouth, a buscar a Haya.

—No podría hacer nada. No tiene..., no tiene remedio. La abrigué. Hiedra le dio una poción y echó un sortilegio para que se durmiera. La llevé a casa. Debe de tener seis o siete años, pero no pesa más que un niño de dos. En realidad, no se ha despertado. Pero es como si jadeara... Sé que no hay nada que puedas hacer. Pero te necesitaba.

—Quiero ir —dijo Goha. Pero antes de entrar en la casa de Alondra, cerró los ojos y contuvo el aliento por un instante, atemorizada.

Habían hecho salir a los niños de Alondra y la casa estaba en silencio. La niña yacía inconsciente en la cama de Alondra. Hiedra, la bruja de la aldea, le había frotado un ungüento de hamamelis y ruda en las quemaduras menos graves, pero no le había tocado el lado derecho de la cara y de la cabeza ni la mano derecha, que se habían carbonizado hasta los huesos. Había dibujado la runa Pirr sobre la cama, y no había hecho nada más.

—¿Puedes hacer algo? —le preguntó Alondra en un susurro.

Goha se quedó de pie mirando a la niña quemada. No movió las manos. Sacudió la cabeza.

—Aprendiste a curar, allá en la montaña, ¿no es así?

En las palabras de Alondra había dolor y cólera y vergüenza, una súplica de ayuda.

—Ni siquiera Ogion podría curar esto —dijo la viuda.

Alondra se dio vuelta, mordiéndose los labios, y se echó a llorar. Goha la abrazó y le acarició los cabellos grises. Se abrazaron.

La bruja Hiedra salió de la cocina, frunciendo el entrecejo al ver a Goha. Aunque la viuda no hacía hechicerías ni urdía sortilegios, se decía que cuando había llegado a Gont había vivido en Re Albi como pupila del mago, y que conocía al Archimago de Roke, y sin duda tenía extraños y misteriosos poderes. Celosa de su prerrogativa, la bruja se acercó al lecho y empezó a moverse afanosamente a su lado, haciendo un montículo con algo en un plato y prendiéndole fuego, de modo que comenzó a despedir humo y un vaho fétido mientras musitaba una y otra vez un sortilegio de curación. Con el humo espeso de la hierba, la niña quemada comenzó a toser y se incorporó a medias, respirando con sonidos bruscos, cortos, arrastrados. Parecía mirar a Goha con el ojo sano.

Goha se acercó y cogió la mano izquierda de la niña entre las suyas. Hablando en su propia lengua dijo: —Los serví y los abandoné. No permitiré que se apoderen de ti.

La niña la miró o miró al vacío, tratando de respirar, y tratando de respirar, y tratando de respirar.

2

Hacia el nido del halcón

Fue más de un año después, en los cálidos y largos días que siguieron a la Gran Danza, cuando un mensajero que venía del norte llegó al Valle Central preguntando por la viuda Goha. Los aldeanos le indicaron el camino y llegó a la Granja de los Robles al atardecer. Era un hombre de rostro aguzado y mirada vivaz. Miró a Goha y miró las ovejas que había en el corral a sus espaldas, y dijo: —Buenos corderos. El Mago de Re Albi te manda llamar.

—¿Él te envió? —le preguntó Goha, incrédula y divertida. Cuando Ogion la necesitaba recurría a mejores mensajeros y más veloces: la llamada de un águila o su sola voz pronunciando suavemente su nombre... *¿Vendrás?*

El hombre asintió. —Está enfermo —le dijo—. ¿Querrías vender alguna hembra?

—Tal vez. Si quieres, puedes hablar con el pastor. Está allá, al otro lado del cerco. ¿Quieres comer? Puedes quedarte esta noche si lo deseas, pero yo me pondré en camino.

—¿Esta noche?

Esta vez la mirada de leve burla de Goha no tenía una expresión divertida. —No me quedaré esperando —le dijo. Habló por un minuto con el viejo pastor, Arroyo Claro, y luego se dio media vuelta y se dirigió a la casa construida en la colina, junto al bosquecillo de robles. El mensajero la siguió.

En la cocina empedrada, una niña a la que él miró y dejó de mirar rápidamente le sirvió leche, pan, queso y cebolletas, y luego se alejó, sin decir una sola palabra. Reapareció junto a la mujer, las dos vestidas para el viaje y con morrales livianos de cuero. El mensajero las siguió y la viuda le echó cerrojo a la puerta de la casa. Partieron juntos, él a ocuparse de sus asuntos, porque el transmitir el mensaje de Ogion había sido un simple favor sumado a la importante tarea de comprar un carnero reproductor para el Señor de Re Albi; y la mujer y la niña quemada se despidieron de él cuando el sendero se desvió hacia la aldea. Siguieron caminando por el camino que él había recorrido, hacia el norte y luego hacia el oeste, rumbo a las laderas de la Montaña de Gont.

Caminaron hasta que el largo atardecer de verano empezó a ensombrecerse. Entonces se apartaron del angosto camino y acamparon en un claro junto a un arroyo que corría calmo y veloz, reflejando el opaco cielo nocturno entre frondas de sauces achaparrados. Goha hizo una cama con pastos secos y hojas de sauce, oculta en la espesura como la silueta de una liebre, y envolvió a la niña en una manta que extendió encima. —Ahora —le dijo— eres un capullo. En la mañana serás una mariposa y saldrás del capullo. —No encendió una fogata, sino que extendió su capa junto a la niña y se quedó contemplando las estrellas que empezaban a brillar una a una y escuchando la voz serena del arroyo, hasta quedarse dormida.

Cuando despertó en medio del frío que precedía al alba, hizo una pequeña fogata y calentó una cacerola con agua para hacer gachas de avena para la niña y para ella. La pequeña mariposa herida salió tiritando de su capullo, y Goha enfrió la cacerola en la hierba cubierta de rocío para que la niña pudiera tomarla y beber de ella. El oriente empezaba a iluminarse sobre la alta y oscura saliente de la montaña cuando volvieron a ponerse en marcha.

Caminaron todo el día siguiendo el paso de una niña que se cansaba fácilmente. La mujer ansiaba apresurarse, pero caminaba lentamente. No podía llevar en brazos a la niña por un largo trecho y para aliviarle la marcha le iba contando historias.

—Vamos a ver a un hombre, a un anciano llamado Ogion —le dijo mientras avanzaban penosamente por el angosto camino que se elevaba serpenteante entre los bosques—. Es un hombre sabio, y un mago. ¿Sabes qué es un mago, Therru?

Si la niña había tenido un nombre, no lo sabía o no quería decirlo. Goha la llamaba Therru.

La niña negó con la cabeza.

—Bueno, tampoco yo lo sé —dijo la mujer—. Pero sé lo que pueden hacer. Cuando era joven, mayor que tú, pero joven, Ogion era mi padre, así como yo soy tu madre ahora. Me

cuidaba y trataba de enseñarme lo que necesitaba saber. Se quedaba conmigo cuando hubiera preferido andar vagabundeando a solas. Le gustaba caminar, recorrer todos estos senderos como nosotras ahora, y andar por los bosques, por lugares agrestes. Recorría toda la montaña, observando, escuchando. Siempre escuchaba, por eso lo llamaban el Silencioso. Pero solía hablarme. Me contaba historias. No sólo las historias importantes que todos aprenden, historias de héroes y de reyes y de cosas que ocurrieron hace mucho tiempo y muy lejos, sino también historias que sólo él conocía. —Siguió caminando por un trecho antes de continuar.— Ahora te voy a contar una de esas historias.

»Una de las cosas que saben hacer los hechiceros es transformarse..., adoptar otra forma. Cambiar de forma, así lo llaman. Cualquier mago puede tomar la apariencia de otra persona, o de un animal, de modo que por un minuto no sabes qué estás viendo..., como si se hubiera puesto una máscara. Pero los hechiceros y los magos pueden hacer mucho más que eso. Pueden convertirse en la máscara, pueden transformarse realmente en otro ser. Por eso, si un hechicero quisiera cruzar el mar y no tuviese una barca podría convertirse en una gaviota y atravesarlo volando. Pero tiene que tener cuidado. Si se queda convertido en pájaro, comienza a pensar lo que piensa un pájaro y se olvida de lo que piensa un hombre, y puede lanzarse a volar y ser una gaviota, y no volver a ser un hombre nunca más. Por eso dicen que hubo una vez un gran hechicero al que le gustaba transformarse en oso y lo hacía muy a menudo, y se convirtió en oso y mató a su propio hijito; y tuvieron que salir a cazarlo y matarlo. Pero Ogion solía bromear con eso también. Una vez, cuando un ratón se metió en su despensa y echó a perder el queso, lo atrapó con un hechizo minúsculo para cazar ratones, lo sostuvo en alto así y lo miró a los ojos y le dijo: "¡Te dije que no te hicieras el ratón!". Y por un instante pensé que hablaba en serio...

»Bueno, esta historia trata de algo parecido al cambiar de forma, pero Ogion decía que superaba todo lo que él sabía sobre cambios de forma, porque consistía en ser dos cosas, dos seres a la vez, y con la misma forma, y decía que esto superaba el poder de los hechiceros. Y era algo que había visto en una pequeña aldea en la costa del noroeste de Gont, en un lugar llamado Kemay. Allí había una mujer, una vieja pescadora que no era una bruja, no era una persona culta; pero inventaba canciones. Así es como Ogion oyó hablar de ella. Andaba por allí sin rumbo fijo, como solía hacer, recorriendo la costa, escuchando; y oyó cantar a alguien que estaba remendando una red o calafateando una barca y que iba cantando mientras trabajaba:

Más al oeste que el oeste
más allá de la tierra
mi pueblo danza
en el otro viento.

»Ogion oyó la melodía y los versos, las dos cosas, y nunca los había oído hasta entonces de modo que preguntó de dónde venía la canción. Y de respuesta en respuesta, dio por fin con alguien que le dijo: "¡Ah!, ésa es una de las canciones de la Mujer de Kemay". Así que siguió caminando hasta Kemay, el pequeño puerto pesquero donde vivía la mujer, y encontró su casa cerca del puerto. Y llamó a la puerta con su vara de mago. Y ella fue y abrió la puerta.

»Bien, tú sabes, recuerdas cuando hablamos de los nombres, de que los niños tienen nombres de niños, y todos tienen un nombre común y quizá también un sobrenombre. Distintas personas te pueden llamar de distintas maneras. Tú eres mi Therru, pero cuando seas mayor quizá tengas un nombre hárdico común. Pero, cuando te conviertas en mujer, si todo se hace como corresponde, también recibirás tu nombre verdadero. Te lo dará alguien que tenga verdadero poder, un hechicero o un mago, porque ése es su poder, su arte..., dar nombres. Y es posible que nunca le reveles ese nombre a otra persona, porque tu verdadero nombre encierra tu verdadero ser. Es tu fuerza, tu poder; pero para otro es un peligro o una carga, sólo

se puede revelar en caso de extrema necesidad o de extrema confianza. Pero un gran mago, que conoce todos los nombres, puede saberlo sin que tú se lo reveles.

»Por eso Ogion, que es un gran mago, se quedó ante la puerta de la cabaña, allí, junto al rompeolas, y la vieja abrió la puerta. Entonces Ogion retrocedió y levantó su vara de roble, y levantó la mano también, así, como si tratara de protegerse del calor de una hoguera, y en su asombro y temor dijo el verdadero nombre de la mujer en voz alta: "¡Dragón!".

»En ese primer momento, me dijo, no fue una mujer lo que vio en la puerta, sino una gloriosa llamarada, y un brillo de escamas y garras doradas, y los enormes ojos de un dragón. Dicen que no hay que mirar a un dragón a los ojos.

«Entonces todo desapareció y dejó de ver al dragón, y sólo vio a una anciana de pie allí, en la puerta, algo encorvada, una vieja pescadora alta y de manos grandes. Ella le devolvió la mirada. Y le dijo: "Entrad, Señor Ogion".

»De modo que él entró. Ella le sirvió sopa de pescado, y los dos comieron y después se quedaron charlando junto al fuego. Él suponía que ella debía de ser un ser que cambiaba de forma, pero no sabía, ¿me entiendes?, si era una mujer que podía convertirse en dragón o un dragón que podía convertirse en mujer. Así que al cabo de un rato le preguntó: "¿Eres una mujer o un dragón?". Y ella no le respondió, sino que le dijo: "Te cantaré una historia que conozco".

Therru tenía un pedrusco en el zapato. Se detuvieron para sacarlo y siguieron caminando, muy lentamente, porque el camino se elevaba en una pendiente empinada entre terraplenes de piedras aguzadas cubiertos de arbustos donde cantaban las cigarras en el calor estival.

—Ésta es la historia que le cantó a Ogion.

«Cuando Segoy sacó del mar las islas del mundo al comienzo de los tiempos, los dragones fueron los primeros seres nacidos de la tierra y del viento que soplaba sobre la tierra. Eso dice la Canción de la Creación. Pero su canto también decía que en ese entonces, en un comienzo, los dragones y los hombres eran una sola cosa. Eran un solo pueblo, una raza, seres alados que hablaban la Lengua Verdadera.

»Eran hermosos, y fuertes, y sabios, y libres.

»Pero con el tiempo nada puede ser sin devenir. Entonces algunos de los del pueblo de dragones se aficionaron más y más al vuelo y a lo primitivo, y empezaron a relacionarse cada vez menos con el quehacer, o con el estudio y el aprendizaje, o con las casas y las ciudades. Sólo querían volar cada vez más lejos, cazando y comiéndose sus presas, ignorantes y despreocupados, ansiosos de más y más libertad.

»Otros seres del pueblo de dragones empezaron a interesarse menos por el vuelo y en cambio comenzaron a acumular tesoros, riquezas, objetos, conocimientos. Construyeron casas, fortalezas para guardar sus tesoros, para así poder legarles a sus hijos todo lo que habían adquirido, tratando sin cesar de poseer más y más. Y llegaron a temer a los seres salvajes, que podían llegar volando y destruir todos sus preciados tesoros, consumirlos en un estallido de llamas por simple desdén y crueldad.

»Los salvajes no se atemorizaban ante nada. No aprendían nada. Como eran ignorantes e intrépidos, no podían ponerse a resguardo cuando los que no volaban los atrapaban como animales y les daban muerte. Pero otros seres salvajes llegaban volando y prendían fuego a las hermosas casas, y destruían y asesinaban. Los más fuertes, salvajes o sabios, eran los que daban muerte antes a los otros.

»Los más temerosos se ocultaban para no participar en la lucha y cuando ya no había donde ocultarse, escapaban. Recurrían a su destreza para fabricar cosas y construían barcas y se marchaban hacia el este, alejándose de las islas occidentales donde los enormes seres alados embestían entre las torres destruidas.

«Entonces, los que habían sido dragones y seres humanos a la vez se transformaron, convirtiéndose en dos pueblos: los dragones, siempre menos numerosos y más primitivos,

dispersos por su codicia y su cólera infinitas e insensatas, en las lejanas islas del Confín del Poniente; y los seres humanos, multiplicándose sin cesar en sus opulentos pueblos y ciudades, ocupando las Islas Interiores, y todo el sur y el este. Pero algunos de ellos conservaron el saber de los dragones —la Lengua Verdadera de la Creación— y ésos son ahora los hechiceros.

»Pero, como dice la canción, entre nosotros también hay algunos que saben que antaño fueron dragones, y entre los dragones hay algunos que saben de su parentesco con nosotros. Y éstos dicen que cuando el pueblo único se convirtió en dos pueblos, algunos de ellos, que aún eran seres humanos y dragones, que aún tenían alas, no se marcharon hacia el este sino hacia el oeste, por sobre el Mar Abierto, hasta llegar al otro lado del mundo. Allí viven en paz, como enormes seres alados a la vez salvajes y sabios, con mente humana y corazón de dragón. Y entonces la mujer cantó:

Más al oeste que el oeste
más allá de la tierra
mi pueblo danza
en el otro viento.

»Esa fue la historia que relató en su canción la Mujer de Kemay, y terminaba con esas palabras.

»Entonces Ogion le dijo: —Cuando te vi por primera vez, vi tu ser verdadero. Esta mujer que está sentada frente a mí, al otro lado del hogar, no es más que la vestimenta que lleva.

»Pero ella sacudió la cabeza y se echó a reír, y lo único que dijo fue: "¡Si fuera así de simple...!".

«Entonces, después de un tiempo Ogion regresó a Re Albi. Y cuando me contó la historia, me dijo: "Desde ese día no he dejado de preguntarme si alguien, hombre o dragón, ha llegado jamás más al oeste que el oeste; y quiénes somos, y en qué reside nuestra plenitud...". ¿Te está dando hambre, Therru? Parece que hay un buen sitio para sentarse allá arriba, en ese recodo del camino. Tal vez desde ese lugar alcancemos a divisar el Puerto de Gont, a lo lejos, al pie de la montaña. Es una gran ciudad, más grande que Valmouth. Nos sentaremos cuando lleguemos a la curva, y descansaremos un rato.

Desde ese alto recodo del camino vieron las vastas laderas de bosques y praderas rocosas que se extendían a sus pies hacia el pueblo que rodeaba la bahía, y los riscos que custodiaban la entrada a la bahía, y las barcas como astillas de madera o dítiscos en las aguas oscuras. Mucho más adelante en el camino y un poco más arriba, un promontorio sobresalía de la ladera de la montaña: el Acantilado, donde se encontraba el pueblo de Re Albi, el Nido del Halcón.

Therru no se quejaba, pero cuando poco después Goha dijo: —Y bien, ¿seguimos caminando? —la niña, sentada entre el camino y los abismos de cielo y de mar, sacudió la cabeza. El sol calentaba, y habían caminado un largo trecho desde su desayuno en el claro.

Goha sacó el cántaro y bebieron nuevamente; entonces sacó una bolsa con pasas y nueces, y se la dio a la niña.

—De aquí se divisa el lugar al que vamos —le dijo— y me gustaría llegar allá antes de que oscurezca, si podemos. Estoy ansiosa por ver a Ogion. Debes de estar muy cansada, pero no caminaremos rápido. Y allá estaremos seguras y abrigadas esta noche. Guarda la bolsa, métela bajo el cinturón. Las pasas les dan fuerza a tus piernas. ¿Querrías una vara..., como un mago..., para apoyarte al caminar? Therru masticó golosamente y asintió. Goha sacó su cuchillo y cortó una gruesa rama de avellano para la niña y entonces, viendo que había un aliso caído sobre el camino, desprendió una de sus ramas y la recortó para hacerse una vara resistente y liviana.

Se pusieron en marcha nuevamente y la niña siguió caminando, entretenida con las pasas. Goha iba cantando para que las dos se distrajeran, cantos de amor y cantos de pastores y

baladas que había aprendido en el Valle Central; pero de pronto se quedó en silencio en medio de una canción. Se detuvo, extendiendo la mano en un gesto de advertencia.

Los cuatro hombres que iban delante de ellas las habían visto. No servía de nada tratar de esconderse entre los árboles hasta que siguieran su camino o pasaran a su lado.

—Viajeros —le dijo a Therru serenamente, y siguió caminando. Empuñó la vara de aliso.

Lo que Alondra había dicho sobre las pandillas y los ladrones no era sólo la queja de todas las generaciones de que las cosas ya no son como antes y de que el mundo está cada vez peor. En los últimos años, se había perdido algo de la paz y la confianza que había en los pueblos y los campos de Gont. Los hombres jóvenes actuaban como forasteros entre los suyos, abusando de la hospitalidad, robando, vendiendo lo que robaban. La mendicidad se había convertido en algo corriente allí donde antes era algo poco común y los mendigos insatisfechos amenazaban con actuar violentamente. A las mujeres no les gustaba andar solas por las calles o los caminos, y tampoco les gustaba esa pérdida de libertad. Algunas muchachas huían para unirse a las pandillas de ladrones y cazadores furtivos. Generalmente regresaban a sus hogares antes de un año, taciturnas, magulladas y preñadas. Y entre los hechiceros y las brujas de las aldeas corría el rumor de que algo andaba mal en las cosas de su oficio: los hechizos que siempre habían sanado ya no curaban; los sortilegios para encontrar cosas no ayudaban a encontrar nada, o hacían encontrar lo que no se buscaba; las pociones de amor hacían que los hombres cayeran en desvaríos, no de amor sino de celos asesinos. Y, lo que era aún peor, decían que gentes que no sabían nada de las artes mágicas, de sus leyes y sus límites y de los riesgos de transgredirlos, se hacían llamar personas con poder, prometiendo prodigios de riqueza y salud a sus seguidores, prometiéndoles incluso hacerlos inmortales.

Hiedra, la bruja de la aldea de Goha, había comentado con tono misterioso este debilitamiento de la magia, y también lo había hecho Haya, el brujo de Valmouth. Era un hombre astuto y modesto, que había ido a ayudar a Hiedra a hacer lo poco que podía hacerse para aliviar el dolor y las heridas de las quemaduras que había sufrido Therru. Le había dicho a Goha: —Una época en la que pueden suceder estas cosas debe ser una época de destrucción, el fin de una era. ¿Cuántos cientos de años han pasado desde que hubo un rey en Havnor? Esto no puede seguir así. Debemos regresar al centro o estaremos perdidos, habrá luchas entre las islas, luchas entre los hombres, los padres lucharán contra sus hijos... —Le había echado una mirada, con cierta timidez, pero con su típica expresión segura, astuta.— El Anillo de Erreth-Akbé ha sido restituido a la Torre de Havnor —dijo—. Sé quién lo llevó allí... Ésa fue la señal, sin duda, ¡la señal de la nueva era! Pero la hemos desaprovechado. No tenemos rey. No tenemos un centro. Debemos encontrar nuestro corazón, nuestra fuerza. Quizás el Archimago haga algo por fin. —Y había añadido con confianza:— Después de todo, él es de Gont.

Pero no se había oído hablar de ninguna proeza del Archimago ni de ningún heredero al Trono de Havnor; y las cosas habían seguido mal.

Por eso, Goha vio con temor y profunda cólera cómo los cuatro hombres que estaban en el camino delante de ella se apartaban, poniéndose dos a cada lado, para que ella y la niña tuvieran que pasar entre ellos.

Mientras avanzaban resueltamente, Therru se mantuvo pegada a Goha, con la cabeza gacha, pero sin cogerla de la mano.

Uno de los hombres, un individuo de pecho prominente y con un bigote negro e hirsuto que le caía sobre la boca, comenzó a hablar con una leve sonrisa: —¡Oye, tú! —le dijo, pero Goha habló al mismo tiempo y en voz más alta—. ¡Apártate de mi camino! —le dijo, alzando la vara de aliso como si fuese la vara de un hechicero—. ¡Tengo que ver a Ogion! —Pasó caminando a trancos largos entre los hombres y siguió sin desviarse, con Therru trotando a su lado. Los hombres, que interpretaron su atrevimiento como una brujería, no hicieron un solo

movimiento. Tal vez el nombre de Ogion seguía siendo poderoso. O tal vez había cierto poder en Goha, o en la niña. Porque cuando las dos hubieron pasado, uno de los hombres dijo: —¿Visteis eso? —Y escupieron e hicieron un gesto para conjurar el mal.

—¡Esa bruja y su mocosa monstruosa...! —dijo otro—. Dejadlas pasar.

Otro hombre, un hombre con gorra y gabán de cuero, se quedó quieto, mirando por un instante mientras los demás seguían indolentemente su camino. Su rostro tenía un aspecto enfermizo y dolorido, pero parecía que iba a volverse para seguir a la mujer y la niña cuando el hombre del bigote lo llamó: —¡Ven, Diestro! —Y él obedeció.

Después de desaparecer tras el recodo del camino, Goha tomó a Therru en brazos y avanzó presurosa con ella hasta que tuvo que soltarla y detenerse jadeando. La niña no hizo ninguna pregunta y no trató de que se quedaran allí. Apenas Goha pudo retomar la marcha, la niña comenzó a caminar a su lado lo más rápidamente que podía, cogida de su mano.

—Estás roja —le dijo—. Como una llama.

Rara vez hablaba y no lo hacía con claridad, porque tenía una voz muy ronca; pero Goha la entendía.

—Estoy enfadada —dijo Goha con una especie de carcajada—. Cuando estoy enfadada me pongo roja. Como vosotros, vosotros, los rojos, los bárbaros de las tierras del oeste... ¡Mira!, allá adelante hay un pueblo, debe de ser Manantial de los Robles. Es la única aldea que hay en este camino. Nos detendremos allí y descansaremos un poco. Tal vez consigamos algo de leche. Y entonces, si podemos seguir, si crees que puedes caminar hasta el Nido del Halcón, llegaremos allá al caer la noche, espero.

La niña asintió. Abrió la bolsa de pasas y nueces, y comió unas pocas. Siguieron caminando fatigosamente.

El sol ya se había puesto hacía mucho cuando atravesaron la aldea y llegaron a la casa de Ogion en la cima del risco. Las primeras estrellas brillaban sobre una oscura masa de nubes en el poniente, sobre el alto horizonte del mar. Soplaba un viento marino que inclinaba las cortas hierbas. Una cabra balaba en la pradera que se extendía detrás de la casa baja y pequeña. La única ventana brillaba con una tenue luz amarilla.

Goha apoyó su vara y la de Therru en el muro, junto a la puerta, y cogió la mano de la niña, y golpeó una sola vez.

No hubo respuesta.

Empujó la puerta. El fuego del hogar se había apagado, convirtiéndose en carbonilla y cenizas grises, pero en la mesa una lámpara de aceite despedía un minúsculo rayo de luz, y desde su jergón extendido en el suelo, en el rincón más alejado del cuarto, Ogion dijo:

—Entra, Tenar.

3
Ogion

Acostó a la niña en el catre que había en el nicho del poniente. Atizó el fuego. Fue a sentarse junto al jergón de Ogion, con las piernas cruzadas en el suelo.

—¡Nadie te está cuidando!

—Les dije que se fueran —musitó.

Su rostro tenía la misma expresión misteriosa y dura de siempre, pero tenía el cabello ralo y blanco, y el tenue brillo de la lámpara no despertaba ni una chispa de luz en sus ojos.

—Podrías haber muerto solo —le dijo impetuosamente.

—Ayúdame a hacerlo —dijo el anciano.

—No todavía —le suplicó, agachándose, apoyando la frente en su mano.

—No esta noche —accedió—. Mañana.

Alzó la mano para acariciarle los cabellos una sola vez, porque no tenía fuerzas para más.

Ella se sentó nuevamente. La fogata se había encendido. Su luz jugueteaba en los muros y el techo bajo, y proyectaba sombras que se concentraban en los rincones del largo cuarto.

—Si viniera Ged... —murmuró el anciano.

—¿Lo has mandado llamar?

—Desapareció —dijo Ogion—. Ha desaparecido. Una nube. Una niebla sobre las tierras. Se marchó hacia el oeste. Llevando la rama de serbal. Se internó en la niebla oscura. He perdido a mi halcón.

—¡No, no, no! —musitó ella—. Regresará.

Se quedaron en silencio. El calor del fuego empezaba a penetrar en sus cuerpos, dejando relajarse y flotar entre el sueño y la vigilia a Ogion, dejando descansar placenteramente a Tenar después de la caminata del largo día. Se frotó los pies y los hombros doloridos. Había cargado a Therru parte del último largo trecho empinado, porque la niña había empezado a jadear de cansancio mientras trataba de caminar al ritmo de Tenar.

Tenar se levantó, calentó agua y se quitó el polvo del camino. Calentó leche y comió el pan que encontró en la despensa de Ogion, y volvió a sentarse a su lado. Mientras él dormía, ella se quedó sentada, pensando, contemplando su rostro y el brillo del fuego y las sombras.

Recordó cómo una niña se había quedado sentada en silencio, pensando, en medio de la noche, mucho tiempo atrás y muy lejos de allí, una niña en un cuarto sin ventanas, criada para pensar en sí misma sólo como la que había sido devorada, sacerdotisa y sirvienta de los poderes de las sombras de la tierra. Y había habido una mujer que solía quedarse sentada en medio del sereno silencio de la casa de una granja cuando su esposo y sus hijos dormían, para pensar, para estar a solas una hora. Y había una viuda que había cargado a una niña quemada, que estaba sentada junto a un moribundo, que esperaba que un hombre regresara. Como todas las mujeres, cualquier mujer, haciendo lo que hacen las mujeres. Pero Ogion nunca la había llamado por los nombres de la sierva ni de la esposa ni de la viuda. Ged tampoco lo había hecho, en la oscuridad de las Tumbas. Ni tampoco —antes aún, en un tiempo más remoto que todo aquello— lo había hecho su madre, la madre que recordaba sólo como el calor y el color aleonado de las llamas, la madre que le había dado su nombre.

—Soy Tenar —murmuró. Atizado por una rama seca de pino, el fuego se elevó en una brillante lengua amarilla de llamas.

La respiración de Ogion se volvió angustiosa y comenzó a inhalar con dificultad. Ella le ayudó como pudo hasta que se alivió un poco. Los dos durmieron un rato, ella dormitando junto a su azorado y entrecortado silencio, interrumpido por extrañas palabras. En algún momento de esa oscura noche él dijo en voz alta, como si se encontrara con un amigo en un camino: —¿Estás ahí, entonces? ¿Lo has visto? —Y otra vez, cuando Tenar se levantó para atizar el fuego, comenzó a hablar, pero esta vez parecía que hablaba con alguien que recordaba de hacía mucho tiempo, porque dijo claramente, como habría dicho un niño:—

Traté de ayudarle, pero el techo de la casa se derrumbó. Los aplastó. Era el terremoto. —Tenar escuchaba atentamente. Ella también había presenciado el terremoto.— ¡Traté de ayudarlos! —dijo el niño con la voz del anciano, dolorosamente. Luego comenzó una vez más a jadear tratando de respirar.

Al despuntar el alba, un sonido que en un comienzo Tenar creyó que era el mar la despertó. Era un vigoroso batir de alas. Una bandada de pájaros pasaba por encima de ellos, a poca altura; eran tantos los pájaros que sus alas sonaron como un estallido y sus sombras veloces oscurecieron la ventana. Le pareció que daban una vuelta en torno a la casa para luego desaparecer. No gritaron ni graznaron, y ella no pudo saber qué pájaros eran.

Esa mañana llegaron algunas gentes de la aldea de Re Albi, hacia el norte de la cual se encontraba a cierta distancia la casa de Ogion. Vino una pastora de cabras y vino una mujer a buscar la leche de las cabras de Ogion, y llegaron otros a preguntar qué podían hacer por él. Musgo, la bruja de la aldea, palpó la vara de aliso y la varilla de avellano que estaban junto a la puerta, y echó una mirada curiosa hacia el interior, con gesto esperanzado, pero ni siquiera ella se arriesgó a entrar, y Ogion refunfuñó desde el jergón: —¡Diles que se marchen! ¡Diles que se marchen!

Parecía menos débil y más cómodo. Cuando la pequeña Therru se despertó, le habló en el tono seco, amable y sereno que Tenar recordaba. La niña salió a jugar al sol y él le dijo a Tenar: —¿Cómo la llamas?

Ogion hablaba la Verdadera Lengua de la Creación, pero jamás había aprendido una sola palabra de kargo.

—*Therru* quiere decir ardiente, llamarada —respondió.

—¡Ah, ah! —dijo él y le brillaron los ojos, y frunció el entrecejo. Pareció vacilar por un instante como si buscara la palabra precisa—. Esa niña... —dijo—. A esa niña le temerán.

—Le temen ahora —dijo Tenar con amargura. El mago sacudió la cabeza.

—Enséñale, Tenar —musitó—. ¡Enséñale todo! No lo de Roke. Tienen miedo... ¿Por qué te dejó marchar? ¿Por qué te marchaste? ¿Para traerla aquí... tan tarde?

—No te muevas, no te muevas —le dijo ella con ternura, porque Ogion se esforzaba por hablar y respirar, y no conseguía hacer ni lo uno ni lo otro. Él sacudió la cabeza, y jadeó—: ¡Enséñale! —Y se quedó quieto.

No quería comer y sólo bebió un poco de agua. Al mediodía se durmió. Cuando despertó al caer la tarde, dijo: —Ahora, hija mía —y se sentó.

Tenar le tomó la mano, sonriéndole.

—Ayúdame a levantarme.

—No, no.

—Sí —dijo Ogion—. Afuera. No puedo morir aquí dentro.

—¿Adónde vas a ir?

—A cualquier parte. Pero si puedo, al sendero del bosque —dijo—. El haya en lo alto del prado.

Cuando ella vio que podía levantarse y que estaba decidido a salir, le ayudó. Juntos llegaron a la puerta, donde él se detuvo y contempló el único cuarto de su casa. En el rincón oscuro a la derecha de la puerta su larga vara estaba apoyada en el muro, despidiendo un tenue brillo. Tenar extendió el brazo para alcanzársela, pero él sacudió la cabeza. —No —dijo—, eso no. —Miró en torno nuevamente como si buscara algo perdido, olvidado.— Ven —dijo finalmente.

Cuando el claro viento del oeste le dio en el rostro y alzó los ojos para mirar el alto horizonte, dijo: —¡Ah, qué bien!

—Déjame llamar a algunos aldeanos para que hagan una litera y te carguen —dijo ella—. Todos están esperando hacer algo por ti.

—Quiero caminar —dijo el anciano.

Therru apareció en la esquina de la casa y se quedó observando solemnemente mientras Ogion y Tenar iban subiendo, paso a paso y deteniéndose cada cinco o seis pasos para que Ogion respirara, a través del enmarañado prado, hacia el bosque que se elevaba por la ladera empinada desde la pared interior de la cima del risco. El sol era cálido y el viento frío. Demoraron mucho en cruzar el prado. El rostro de Ogion estaba ceniciento y las piernas le temblaban como la hierba agitada por el viento cuando llegaron por fin al pie de la alta haya joven a la entrada del bosque, unas pocas yardas más arriba de donde comenzaba el sendero de la montaña. Allí Ogion se dejó caer entre las raíces del árbol, con la espalda apoyada en el tronco. No pudo moverse ni hablar por largo rato y el corazón, agitado y débil, le estremecía el cuerpo. Finalmente cabeceó y murmuró: —Está bien.

Therru los había seguido a cierta distancia. Tenar se le acercó y la abrazó y le habló un poco. Regresó junto a Ogion. —Va a traer una manta —le dijo.

—No tengo frío.

—*Yo* tengo frío.

Había un leve asomo de sonrisa en el rostro de Tenar.

La niña apareció arrastrando una manta de lana de cabra. Le susurró algo a Tenar y volvió a alejarse corriendo.

—Brezo la va a dejar ayudarle a ordeñar las cabras y la va a cuidar —le dijo Tenar a Ogion—. Para que pueda quedarme contigo.

—Nunca te ocupas de una sola cosa —le dijo Ogion en un susurro ronco y silbante que era toda la voz que le quedaba.

—No. Siempre de dos cosas al menos, y por lo general de más —dijo ella—. Pero estoy aquí.

Él asintió.

Ogion no habló por largo rato; se quedó sentado sobre el tronco del árbol, con los ojos cerrados. Mientras contemplaba su rostro, Tenar lo vio ir cambiando tan lentamente como la luz en el oeste.

Él abrió los ojos y contempló el cielo del poniente a través de un claro entre los arbustos. Parecía observar algo, una escena o una acción, en ese espacio de luz lejano, claro, dorado. Vacilando, como si no estuviese seguro, musitó una sola vez: —El dragón...

El sol se había ocultado, el viento había dejado de soplar.

Ogion miró a Tenar.

—Se acabó —murmuró alborozado—. ¡Todo ha cambiado...! ¡Ha cambiado, Tenar! Espera..., espera aquí que... —Su cuerpo se estremeció, agitándolo como la rama de un árbol en medio de un fuerte viento. Jadeó. Sus ojos se cerraron y se abrieron, contemplando más allá de ella. Apoyó la mano sobre las manos de Tenar; ella se inclinó, acercándosele; él le dijo su nombre, para que después de su muerte se supiera quién había sido.

Él le apretó la mano y cerró los ojos, y nuevamente empezó a esforzarse por respirar, hasta que ya no pudo hacerlo. Quedó tendido como otra raíz del árbol, mientras las estrellas iban apareciendo y brillaban entre las hojas y las ramas del bosque.

Tenar se quedó sentada junto al hombre muerto en la oscuridad y las sombras. Una linterna brilló como una luciérnaga sobre el prado. Tenar había extendido la manta de lana para que los cubriera a los dos, pero la mano que sostenía la de Ogion se le había enfriado, como si sostuviese una piedra. Ella apoyó la frente en la mano de Ogion una vez más. Luego se puso de pie, tensa y tambaleante, como si el cuerpo no le perteneciera, y salió al encuentro de quienquiera que viniese con la luz y a mostrarle el camino.

Esa noche los vecinos de Ogion se quedaron a su lado, y él no les pidió que se marcharan.

La mansión del Señor de Re Albi se elevaba sobre un promontorio rocoso en la ladera de la montaña más arriba del Acantilado. De mañana, mucho antes de que el sol iluminara la montaña, el hechicero que estaba al servicio del señor llegó al lugar después de atravesar la

aldea; y muy poco después otro hechicero subió dificultosamente por el empinado camino desde el Puerto de Gont, del que había salido cuando aún estaba oscuro. Habían oído decir que Ogion agonizaba o tenían tal poder que sabían que un gran mago había muerto.

La aldea de Re Albi no tenía hechicero, sólo su propio mago, y una bruja que se ocupaba de las tareas más ordinarias de encontrar cosas y curar y componer huesos que nadie le habría pedido hacer al mago para no molestarlo. Tía Musgo era una criatura hosca, que no se había casado nunca, como la mayoría de las brujas, y sucia, con cabellos semicanos atados en curiosos nudos mágicos y de ojos enrojecidos por el humo de las hierbas. Había sido ella quien había atravesado el prado con una linterna, y con Tenar y los demás había velado toda la noche el cuerpo de Ogion. Había cubierto una vela de cera con una pantalla de vidrio, allí en el bosque, y había quemado aceites aromáticos en un plato de arcilla; había dicho las palabras que se debían decir y hecho lo que se debía hacer. Cuando había llegado el momento de tocar el cuerpo para prepararlo para el entierro, había mirado una vez a Tenar como pidiéndole permiso y luego había proseguido con su tarea. Las brujas de las aldeas solían ocuparse del regreso a casa de los muertos, como lo llamaban, y generalmente del entierro.

Cuando llegó el hechicero que venía de la mansión, un hombre joven y alto con una vara plateada de madera de pino, y llegó el otro hechicero desde el Puerto de Gont, un hombre maduro y vigoroso con una pequeña vara de tejo, Tía Musgo no los miró con sus ojos sanguinolentos, sino que agachó la cabeza e hizo una reverencia y retrocedió, recogiendo sus pobres amuletos y objetos de brujería.

Después de colocar el cuerpo en la posición debida para ser enterrado, sobre el lado izquierdo y con las rodillas dobladas, le puso un pequeño envoltorio mágico en la mano izquierda con la palma vuelta hacia arriba, algo envuelto en blando cuero de cabra y atado con una cuerda de color. El hechicero de Re Albi lo apartó dándole un golpecito con la punta de la vara.

—¿Está cavada la tumba? —preguntó el hechicero del Puerto de Gont.

—Sí —dijo el hechicero de Re Albi—. En el cementerio de la casa de mi señor —y señaló la mansión en lo alto de la montaña.

—Ya veo —dijo el del Puerto de Gont—. Creía que nuestro mago sería enterrado con todos los honores en la ciudad que salvó del terremoto.

—Mi señor aspira a ese honor —dijo el de Re Albi.

—Pero al parecer... —comenzó a decir el del Puerto de Gont y se detuvo, porque no le gustaba discutir, pero no estaba dispuesto a ceder ante la fútil exigencia del joven. Bajó los ojos para mirar el cuerpo del muerto—. Será enterrado sin su nombre —dijo con dolor y amargura—. Caminé toda la noche, pero llegué muy tarde. ¡Una gran pérdida que se acrecienta!

El joven hechicero no dijo nada.

—Su nombre era Aihal —dijo Tenar—. Su deseo era yacer aquí, donde yace ahora.

Los dos hombres la miraron. Al ver a una aldeana de edad madura, el joven simplemente se dio media vuelta. El hombre del Puerto de Gont le clavó la mirada por un instante y dijo: —¿Quién eres?

—Me llaman la viuda de Pedernal, Goha —dijo—. A ti te corresponde saber quién soy, me parece. No me corresponde a mí decírtelo.

Ante eso, el hechicero de Re Albi la consideró digna de una rápida mirada. —¡Ten cuidado, mujer, cuando hablas con hombres de poder!

—¡Espera, espera! —dijo el del Puerto de Gont, haciendo un gesto de ligero palmoteo, tratando de calmar al indignado hechicero de Re Albi y sin dejar de mirar a Tenar—. ¿Tú fuiste..., fuiste su pupila en otra época?

—Y su amiga —dijo Tenar. Entonces volvió la cabeza y se quedó en silencio. Había percibido la cólera de su propia voz al pronunciar esa palabra, «amiga». Contempló el cuerpo

de su amigo, un cadáver dispuesto para que la tierra lo recibiera, lejano y quieto. Ellos estaban de pie junto al cuerpo, vivos y llenos de poder, sin ofrecer amistad, sino sólo desprecio, rivalidad, cólera.

—Lo siento —dijo ella—. Fue una larga noche. Estaba con él cuando murió.

—No es... —comenzó a decir el hechicero joven, pero inesperadamente la vieja Tía Musgo lo interrumpió, diciendo en voz alta—: Así fue. Sí, así fue. Ella fue la única. Él la mandó llamar. Mandó al joven Townsend, el mercader de ovejas, a decirle que viniera, al otro lado de la montaña, y esperó a morir hasta que ella llegó y ella se quedó con él y entonces murió, y murió donde debían enterrarlo, aquí.

—¿Y... —dijo el hombre mayor—, y él te dijo...?

—Su nombre. —Tenar los miró y, pese a todo su esfuerzo, la incredulidad en el rostro del hombre mayor, el desdén en el rostro del otro la hicieron responder con igual descortesía.— Ya dije su nombre —dijo—. ¿Debo repetíroslo?

Consternada, Tenar advirtió en sus rostros que en realidad no habían escuchado el nombre, el verdadero nombre de Ogion; no le habían prestado atención.

—¡Ay! —dijo—. Ésta es una mala época..., una época en que se puede ignorar incluso un nombre como ése, ¡en que puede caer como una piedra! ¿El escuchar no es acaso una forma de poder? Escuchad entonces: su nombre era Aihal. Su nombre en la muerte es Aihal. En las canciones será conocido como Aihal de Gont. Si se siguen haciendo canciones. Era un hombre silencioso. Ahora se ha quedado en profundo silencio. Tal vez no haya más canciones, sólo silencio. No sé. Estoy muy cansada. He perdido a mi padre y querido amigo. —Se le quebró la voz; su garganta se cerró en un sollozo. Se dio media vuelta para marcharse. Vio en el sendero del bosque el pequeño amuleto atado que había hecho Tía Musgo. Lo cogió, se arrodilló junto al cadáver, besó la palma abierta de la mano izquierda y puso en ella el envoltorio. Desde allí, arrodillada, miró una vez más a los dos hombres. Habló quedamente.

—¿Os ocuparéis —dijo— de que se cave aquí la tumba, donde él deseaba que se cavara?

Los dos asintieron, primero el hombre mayor, luego el más joven.

Tenar se puso de pie, alisándose la falda, y echó a andar por el prado bajo la luz matinal.

4

Kalessin

«Espera», le había dicho Ogion, que ahora se llamaba Aihal, poco antes de que el hálito de la muerte lo hiciera estremecerse y lo liberara de la vida. «Se acabó... ¡Todo ha cambiado!», había musitado, y luego: «Espera, Tenar...». Pero no había dicho qué debía esperar. El cambio que había visto o que había sentido, quizá; pero ¿qué cambio? ¿Se refería acaso a su propia muerte, a su propia vida que se acababa? Había hablado con alegría, jubilosamente. Le había ordenado que esperara.

—¿Qué más tengo que hacer? —se dijo, barriendo el piso de la casa de Ogion—. ¿Qué más he hecho en mi vida? —Y, hablando con su recuerdo de Ogion:— ¿Debo esperar aquí, en tu casa?

—Sí —dijo Aihal el Silencioso, silenciosamente, sonriendo.

Barrió entonces la casa y limpió el hogar y aireó los colchones. Tiró algunas ollas de barro rotas y una cacerola agujereada, pero las tomó con cuidado. Incluso apoyó la mejilla en un plato gastado cuando lo sacó de la casa para llevarlo al basurero, porque era un testimonio de la enfermedad del viejo mago durante el último año. Había sido un hombre austero, había vivido con tanta sencillez como un pobre campesino, pero cuando tenía la mirada clara y era un hombre fuerte jamás habría usado un plato roto ni habría dejado de reparar una cacerola. Estas señales de su debilidad la entristecieron, haciéndole desear haber estado con él para cuidarlo. «Me habría gustado hacerlo», le dijo al recuerdo de Ogion, pero él no dijo nada. Nunca había dejado que nadie lo cuidara. ¿Le habría dicho a Tenar «Tienes mejores cosas de que ocuparte»? Tenar no lo sabía. Él estaba en silencio. Pero estaba segura de que hacía bien quedándose en su casa, ahora.

Shandy y su anciano esposo, Arroyo Claro, que habían vivido en la granja del Valle Central más que ella, se ocuparían de los rebaños y del huerto; la otra pareja que vivía en la granja, Tiff y Sis, guardarían lo que se cosechara. Lo demás tendría que seguir su propio curso por un tiempo. Los niños de los vecinos sacarían las frambuesas de las matas. Era una lástima; le encantaban las frambuesas. Allá arriba en el Acantilado, donde el viento soplaba sin cesar, hacía mucho frío para cultivar frambuesas. Pero en el viejo melocotonero de Ogion que estaba en el rincón cubierto del muro de la casa que daba al sur había dieciocho melocotones, y Therru no dejaba de mirarlos como un gato pendiente de un ratón hasta que un día entró en la casa y dijo en su voz ronca y poco clara: —Dos melocotones están todos rojos y amarillos.

—¡Ah! —dijo Tenar. Fueron juntas hasta el árbol y sacaron los dos primeros melocotones maduros y se los comieron allí mismo, sin pelarlos. El jugo les corría por el mentón. Se lamieron los dedos.

—¿Puedo plantarla? —dijo Therru observando la rugosa semilla del melocotón.

—Sí. Éste es un buen lugar, cerca del viejo árbol. Pero no muy cerca. Así los dos tendrán espacio para sus raíces y sus ramas.

La niña escogió un lugar y cavó la minúscula tumba. Colocó la semilla dentro y la cubrió. Tenar la observaba. Sentía que en los pocos días que llevaban viviendo allí, Therru había cambiado. Seguía teniendo una actitud indiferente, ni enfadada ni alegre; pero desde que estaban allí, su impresionante actitud vigilante y su inmovilidad se habían suavizado casi imperceptiblemente. Se había interesado por los melocotones. Se le había ocurrido plantar la semilla, aumentar el número de melocotones en el mundo. En la Granja de los Robles había sólo dos personas que no le daban miedo, Tenar y Alondra; pero aquí se había acostumbrado fácilmente a Brezo, la pastora de cabras de Re Albi, una amable muchacha gritona y tontuela de veinte años que trataba a la niña casi como si fuese otra cabra, una niña lisiada. Eso estaba bien. Y Tía Musgo estaba bien también, a pesar de cómo olía.

Cuando Tenar había vivido en Re Albi por primera vez, hacía veinticinco años, Musgo no era una bruja vieja sino una bruja joven. Siempre ocultaba la cabeza y se inclinaba y sonreía forzadamente ante la «joven dama», la «Dama Blanca», la pupila y discípula de Ogion, hablándole siempre con el mayor respeto. Tenar había sentido entonces que ese respeto era falso, una máscara que ocultaba una envidia y una antipatía y una desconfianza que le eran muy familiares, por parte de las mujeres ante las cuales la habían colocado en una posición de superioridad, mujeres que se consideraban vulgares y que la consideraban alguien especial, privilegiada. Como sacerdotisa de las Tumbas de Atuan o como pupila forastera del Mago de Gont, había ocupado una posición distante, superior. Los hombres le habían dado poder, los hombres habían compartido su poder con ella. Las mujeres la observaban desde fuera, a veces con rivalidad, a menudo con un asomo de mofa.

Ella había sentido que era la que quedaba fuera, excluida. Había huido de los Poderes de las tumbas del desierto, y después había renunciado a los poderes de conocimiento y maestría que le ofrecía su tutor, Ogion. Le había dado la espalda a todo aquello, había atravesado al otro lado, se había ido al otro cuarto, donde vivían las mujeres, para ser también una de ellas. Una esposa, la esposa de un granjero, una madre, un ama de casa que ostentaba el poder para el que nace una mujer, la autoridad que le asignaba el orden impuesto por la humanidad.

Y allí en el Valle Central, Goha, la esposa de Pedernal, había sido bien recibida, dentro de todo, por las mujeres; indudablemente forastera, de tez blanca y con un acento un tanto extraño, pero una extraordinaria ama de casa, una excelente hiladora, con hijos de buenos modales y bien criados y una granja próspera: respetable. Y para los hombres era la mujer de Pedernal, que hacía lo que debía hacer una mujer: compartir su lecho, criar, hornear, cocinar, limpiar, hilar, coser, servir. Una buena mujer. Le daban su aprobación. Pedernal había escogido bien después de todo, decían. «¿Cómo será una mujer blanca?, ¿tendrá todo el cuerpo blanco?», preguntaban con la mirada, observándola, hasta que se hizo mayor y dejaron de verla.

Aquí, ahora, todo había cambiado, no había nada de eso. Desde que ella y Musgo habían velado juntas a Ogion, la bruja había dejado bien en claro que iba a ser su amiga, su acompañante, su sirvienta, lo que Tenar quisiera que fuese. Tenar no estaba en absoluto segura de qué quería que fuese Tía Musgo, porque le parecía impredecible, indigna de confianza, incomprensible, apasionada, ignorante, solapada y sucia. Pero Musgo se llevaba bien con la niña quemada. Tal vez era Musgo la que estaba produciendo ese cambio, esa leve serenidad en Therru. Con ella, Therru se comportaba como con cualquier otra persona: inexpresiva, retraída, dócil como puede ser dócil un objeto inanimado, una piedra. Pero la vieja se había mostrado persistente con ella, ofreciéndole pequeños dulces y tesoros, sobornándola, engatusándola, halagándola. —¡Ven con Tía Musgo ahora, queridita! Ven conmigo y Tía Musgo te va a mostrar el lugar más hermoso que existe...

La nariz de Musgo se curvaba sobre sus mandíbulas desdentadas y sus labios finos; en la mejilla tenía una verruga del tamaño de una semilla de cereza; sus cabellos eran un amasijo gris y negro de nudos mágicos y mechones; y tenía un olor tan fuerte y desagradable y profundo e intrincado como el olor de una guarida de zorros. —¡Ven al bosque conmigo, queridita! —decían las brujas viejas en los cuentos que les contaban a los niños de Gont—. ¡Ven conmigo y te mostraré un lugar muy hermoso! —Y entonces la bruja encerraba a la niña en el horno y la asaba bien asada y se la comía, o la arrojaba a un pozo, donde se quedaba brincando y croando melancólicamente por siempre jamás, o la encerraba en una enorme piedra para que durmiera allí durante cien años, hasta que llegara el Hijo del Rey, el Príncipe Mago, que hacía añicos la piedra con una sola palabra, despertaba a la doncella y mataba a la bruja malvada...

—¡Ven conmigo, queridita! —Y se llevaba a la niña al campo y le mostraba un nido de alondra que había entre el heno verde, o la llevaba a los pantanos a recoger díctamo blanco,

menta silvestre y arándanos. No tenía que meter a la niña en el horno ni convertirla en un monstruo, ni encerrarla en una piedra. Ya lo habían hecho.

Musgo era bondadosa con Therru, pero su bondad era interesada, y cuando salían juntas daba la impresión de que le hablaba mucho a la niña. Tenar no sabía lo que Musgo le decía o le enseñaba, si debía dejar o no que la bruja le llenara la cabeza de ideas a la niña. «Débil como magia de mujer, maligno como magia de mujer», había oído decir cien veces. Y en realidad había visto que la brujería de mujeres como Musgo o Hiedra solía ser débil y que a veces era deliberadamente maligna o resultaba serlo por ignorancia. Aunque conocieran muchos sortilegios y hechizos y supieran algunas de las grandes canciones, las brujas de las aldeas jamás aprendían las Altas Artes o los principios de la magia. Ninguna mujer recibía esos conocimientos. La hechicería era una tarea de los hombres, algo que los hombres sabían hacer. Nunca había habido una maga. Aunque unas pocas se hacían llamar hechiceras, su poder era el poder de alguien inexperto, poder sin arte ni saber, semifrívolo, semipeligroso.

Una vulgar bruja de aldea, como Musgo, se ganaba la vida con unas cuantas palabras de la Lengua Verdadera que las brujas más viejas le transmitían como valiosos tesoros o los hechiceros le vendían a un alto precio, y algunos sortilegios ordinarios para encontrar y arreglar cosas, muchos ritos sin sentido y actos misteriosos y parloteos, y mucha experiencia como partera, ensalmadora, y curandera de enfermedades de los animales y los seres humanos, un buen conocimiento de las hierbas mezclado con un revoltijo de supersticiones... Todo eso basado en cualquier don innato que pudiera tener para curar, cantar, transformar o urdir sortilegios. Esa mezcla podía ser buena o mala. Algunas brujas eran mujeres violentas, desagradables, dispuestas a hacer daño y que no tenían ninguna razón para no hacerlo. La mayoría de ellas eran parteras y curanderas gracias a unas pocas pociones de amor, hechizos de fertilidad y, además, sortilegios de vigor y una buena cantidad de sereno cinismo. Unas pocas, sabias pero sin preparación, usaban su don sólo para hacer el bien, aunque no sabían, como sabía cualquier aprendiz de hechicero, por qué lo hacían, y parloteaban sobre el Equilibrio y el Camino del Poder para justificar lo que hacían o dejaban de hacer. —Hago lo que me ordena el corazón —le había dicho a Tenar una de esas mujeres, cuando era pupila y discípula de Ogion—. El Señor Ogion es un gran mago. Te honra enormemente al enseñarte. ¡Pero mira y ve, niña, si lo único que te ha enseñado no es en realidad a hacer lo que te ordena el corazón!

Incluso entonces Tenar había pensado que la sabia mujer tenía razón y, sin embargo, no estaba del todo en lo cierto; eso dejaba algo de lado. Y seguía pensando lo mismo.

Al ver a Musgo con Therru ahora, pensaba que Musgo estaba haciendo lo que le ordenaba el corazón, pero era un corazón sombrío, indómito, extraño, como un cuervo que seguía su propio camino para ocuparse de lo suyo. Y pensaba que Musgo podía sentirse atraída por Therru no sólo por bondad sino por el dolor de Therru, por el daño que le habían hecho: por la violencia, por el fuego.

Sin embargo, nada de lo que Therru hacía o decía demostraba que estuviese aprendiendo algo de Tía Musgo, salvo dónde hacía su nido la alondra y dónde crecían los arándanos y cómo hacer figuras con cuerdas con una sola mano. El fuego había consumido de tal manera la mano derecha de Therru que, al curarse, había quedado transformada en una especie de maza, con un pulgar que sólo se movía como una tenaza, como la pinza de un cangrejo. Pero Tía Musgo tenía una maravillosa variedad de figuras con cuerdas para cuatro dedos y un pulgar, y de versos que las acompañaban...

¡Revuelve, revuelve, todas las cerezas!
¡Quema, quema, entierro, todo!
¡Ven, dragón, ven!

... y la cuerda se convertía en cuatro triángulos que se transformaban rápidamente en un cuadrado... Therru nunca cantaba en voz alta, pero Tenar la oía musitar la canción mientras iba haciendo las figuras, sola, sentada en el peldaño de la entrada de la casa del mago.

Y Tenar se preguntaba qué lazo la unía a esa niña, más allá de la compasión, más allá del simple deber para con el desvalido. Alondra se habría quedado con ella si Tenar no se hubiese hecho cargo de la niña. Pero Tenar se la había llevado sin preguntarse jamás por qué. ¿Había hecho lo que le ordenaba el corazón? Ogion no le había hecho ninguna pregunta sobre la niña, pero había dicho «... le temerán». Y Tenar había respondido «Le temen...», y con razón. Tal vez ella misma le temía a la niña, así como sentía temor ante la crueldad, la violación y el fuego. ¿Era el temor el lazo que las unía?

—Goha —dijo Therru, sentándose sobre los talones bajo el melocotonero, contemplando el sitio donde había plantado la semilla de melocotón en la tierra dura del verano—, ¿qué son los dragones?

—Criaturas enormes —dijo Tenar—, como lagartos, pero más largos que un barco, más grandes que una casa. Con alas, como los pájaros. Y que lanzan llamaradas.

—¿Vienen aquí?

—No —dijo Tenar. Therru no preguntó más.

—¿Tía Musgo te ha estado hablando de los dragones?

Therru negó con la cabeza. —Tú me hablaste —dijo.

—¡Ah! —dijo Tenar. Y en seguida—: El melocotonero que plantaste va a necesitar agua para crecer. Una vez al día, hasta que empiecen las lluvias.

Therru se levantó y desapareció trotando tras la esquina de la casa, en dirección al pozo. Tenía las piernas y los pies perfectamente sanos, sin heridas. A Tenar le gustaba verla caminar o correr, apoyando los oscuros, polvorientos y hermosos piececitos en la tierra. Therru regresó con la regadera de Ogion, sosteniéndola con dificultad, y echó un pequeño chorro de agua sobre la semilla recién plantada.

—Así que recuerdas esa historia que hablaba de cuando la gente y los dragones eran una sola cosa... Te conté que los seres humanos llegaron aquí, yendo hacia el este, pero que todos los dragones se quedaron en las islas remotas del oeste. Hace mucho, mucho tiempo.

Therru asintió. Parecía no prestar atención, pero cuando Tenar apuntó al mar al decir «las islas remotas», Therru volvió la cara hacia el alto y brillante horizonte que se divisaba entre las plantas de habichuelas afirmadas con estacas y el establo.

Una cabra se asomó en el techo del establo y se puso de perfil, balanceando la cabeza con elegancia; al parecer, se consideraba una cabra montañesa.

—Sippy se volvió a escapar —dijo Tenar.

—¡Ea, ea! —gritó Therru, imitando a Brezo cuando llamaba a las cabras; y la misma Brezo apareció junto al cerco del sembrado de habichuelas, gritándole «¡Ea!» a la cabra, hacia arriba, pero la cabra la ignoró, contemplando pensativamente las habichuelas.

Tenar las dejó a las tres jugando el juego de atrapar a la cabra. Se echó a andar pasando delante del sembrado de habichuelas, hacia la orilla del precipicio y a lo largo de la orilla. La casa de Ogion estaba alejada de la aldea y más cerca que todas las demás de la orilla del Acantilado, que allí era una ladera empinada, cubierta de pastos, quebrada por salientes y rebordes rocosos, donde se podía llevar a pastar a las cabras. A medida que se avanzaba hacia el norte, el declive se hacía cada vez más pronunciado hasta caer abruptamente; y las rocas del ancho reborde se asomaban a través de la tierra del sendero, hasta que, más o menos a una milla al norte de la aldea, el Acantilado se convertía en una plataforma de arenisca rojiza suspendida sobre el mar que le roía la base doscientos pies más abajo.

Lo único que crecía en ese extremo del Acantilado eran líquenes y hierbas y, aquí y allá, una margarita celeste, aplastada por el viento, como un capullo arrojado sobre la piedra rugosa y carcomida. Al norte y al este de la orilla del precipicio, sobre una angosta faja

pantanosa, se alzaba la enorme ladera de la Montaña de Gont, cubierta de árboles casi hasta la cumbre. El precipicio estaba a tal altura sobre la bahía que había que mirar hacia abajo para ver las costas más lejanas y las difusas tierras bajas de Essary. Más allá de ellas, hacia el sur y el oeste, lo único que había era el cielo sobre el mar.

A Tenar le gustaba ir allí cuando vivía en Re Albi. A Ogion le encantaban los bosques, pero a ella, que había vivido en un desierto donde los únicos árboles que había a una distancia de cien millas eran los nudosos melocotoneros y manzanos del huerto, regados a mano en los larguísimos veranos, donde nunca crecía nada verde y fresco y fácilmente, donde no había más que una montaña y una extensa planicie y el cielo..., a ella le gustaba más la orilla del precipicio que los bosques que rodeaban el lugar. Le gustaba que no hubiese nada sobre su cabeza.

También le gustaban los líquenes, las hierbas grises, las margaritas sin tallos; le eran familiares. Se sentó en la plataforma rocosa a unos pocos pies de la orilla y contempló el mar como solía hacerlo en otra época. El sol era cálido pero el incesante viento le enfrió el sudor de la cara y los brazos. Se recostó apoyándose en las manos, sin pensar en nada, pictórica de sol y viento y cielo y mar, volviéndose transparente al sol, al viento, al cielo, al mar. Pero su mano izquierda le hizo recordar que estaba viva y miró en torno para ver qué le arañaba la palma de la mano. Era un cardo diminuto, oculto en una grieta de la arenisca, que elevaba apenas sus púas descoloridas hacia la luz y el viento. El cardo se agitaba sin doblarse ante el embate del viento, resistiéndolo, enterrado en la roca. Se quedó contemplándolo por largo rato.

Cuando volvió a mirar hacia el mar vio, azul entre la niebla azul allí donde el mar se unía con el cielo, la silueta de la isla: Granea, la isla más oriental de todas las Islas Interiores.

Observó esa difusa silueta de ensueño, en una ensoñación, hasta que un pájaro que volaba por sobre el mar desde el oeste atrajo su mirada. No era una gaviota, porque su vuelo era parejo, y volaba muy alto para ser un pelícano. ¿Era un ganso salvaje, o un albatros, el enorme y extraño viajero de alta mar, que venía desde las islas? Observó el lento batir de alas, muy lejos y en lo alto del cielo deslumbrante. Entonces se puso en pie, alejándose un poco de la orilla del precipicio, y se quedó inmóvil, con el corazón agitado y el aliento aprisionado en la garganta, contemplando la silueta sinuosa, color de hierro, impulsada por las largas alas membranosas rojas como el fuego, las garras abiertas, las espirales de humo que se desvanecían a sus espaldas en el aire.

Volaba derecho hacia Gont, derecho hacia el Acantilado, derecho hacia ella. Vio el brillo de las escamas color herrumbre y el resplandor del ojo rasgado. Vio la lengua roja que era una lengua de fuego. El viento se impregnó de olor a quemado cuando el dragón, con un rugido silbante, dándose vuelta para posarse en la plataforma rocosa, lanzó un suspiro de fuego.

Sus patas chocaron contra la roca. La cola filosa se retorcía y se sacudía, y las alas, de color escarlata allí donde el brillo del sol las atravesaba, se agitaron y crujieron al cerrarse contra los flancos escamosos. Dio vuelta lentamente la testa. El dragón miró a la mujer que estaba de pie al alcance de sus garras cortantes como guadañas. La mujer miró al dragón. Sintió el calor de su cuerpo.

Le habían dicho que los hombres no debían mirar a un dragón a los ojos, pero eso no le importaba. El dragón la miró de frente con los ojos amarillos cubiertos por una dura coraza, apartados de la nariz estrecha y de los ollares llameantes y humeantes. Y ella lo miró de frente con su rostro suave, pequeño y sus ojos oscuros.

Ninguno de los dos habló.

El dragón volvió un poco la testa para no aniquilarla al hablar, o tal vez lanzó una carcajada..., un enorme «¡Ah!» de fuego anaranjado.

Entonces se agachó y comenzó a hablar, pero sin dirigirse a ella.

—*Ahivaraihe, Ged* —dijo, muy suavemente, arrojando humo, con un aleteo de la lengua ardiente; e inclinó la testa.

Entonces Tenar vio por primera vez al hombre echado a horcajadas sobre su lomo. Estaba sentado en la muesca que había entre dos de sus enhiestas púas cortantes alineadas a lo largo del espinazo, bajo el cuello y sobre los hombros de donde salían las alas. Tenía las manos aferradas a la armadura color herrumbre que cubría el cuello del dragón y la cabeza apoyada en la base de la púa cortante, como si estuviese dormido.

—*¡Ahí eheraihe, Ged!* —dijo el dragón, un poco más fuerte, con las anchas fauces que parecían sonreír constantemente, mostrando los dientes tan largos como el antebrazo de Tenar, amarillentos, con puntas blancas, aguzadas.

El hombre no se movió.

El dragón dio vuelta la testa alargada y miró nuevamente a Tenar.

—*Sobriost* —dijo con un susurro de acero sobre acero.

Tenar conocía esa palabra de la Lengua de la Creación. Ogion le había enseñado todo lo que había aprendido de esa lengua. «Trepa —le había dicho el dragón—: ¡trépate!» Y ella vio los peldaños que tenía que subir. La pata terminada en una garra, el codo doblado, la coyuntura del hombro, los primeros músculos del ala: cuatro peldaños.

Ella también dijo «¡Ah!», pero sin reír, sólo tratando de tomar aliento, el aliento que aún tenía aprisionado en la garganta; e inclinó la cabeza por un instante para disipar el mareo. Luego empezó a avanzar, pasando junto a las garras y las anchas fauces sin labios y el alargado ojo amarillo, y se trepó al hombro del dragón. Cogió el brazo del hombre. Él no se movió, pero evidentemente no estaba muerto, porque el dragón lo había traído y le había hablado. —Ven... —le dijo y luego, al ver su rostro mientras abría el puño aferrado de su mano izquierda—, ven, Ged. Ven...

Él alzó un poco la cabeza. Tenía los ojos abiertos, pero la mirada perdida. Ella tuvo que dar una vuelta alrededor de su cuerpo, arañándose las piernas en la piel ardiente y escamada del dragón, y le desprendió la mano izquierda de una protuberancia punzante en la base de la púa aguzada. Logró que se cogiera de sus brazos y así pudo hacerlo bajar a rastras esos cuatro extraños peldaños que conducían a la tierra.

Él se reanimó lo suficiente como para tratar de aferrarse a ella, pero no tenía fuerzas. Se dejó caer del dragón echándose sobre la roca como un saco abandonado, y se quedó allí.

El dragón dio vuelta la enorme testa y en un gesto absolutamente animal olió y olfateó el cuerpo del hombre.

Levantó la testa y sus alas también se extendieron a medias con un profundo sonido metálico. Alejó las patas de Ged, acercándose a la orilla del precipicio. Haciendo girar la testa sobre el cuello dentado, clavó nuevamente la mirada en los ojos de Tenar y con una voz que parecía el ronco rugido de las llamas de una fragua dijo: —*Thesse Kalessin.*

El viento marino silbaba en las alas semiextendidas del dragón.

—*Thesse Tenar* —dijo la mujer con voz clara, temblorosa.

El dragón desvió los ojos y miró hacia el oeste, por sobre el mar. Sacudió el largo cuerpo con un tintineo y golpeteo de escamas de hierro, luego extendió bruscamente las alas, se agachó y saltó al aire desde el precipicio. Al arrastrarse, la cola chamuscó la arenisca. Las rojas alas se inclinaron, se levantaron y se inclinaron, y ya Kalessin estaba lejos de la tierra, volando sin desviarse, volando hacia el oeste.

Tenar lo siguió con la mirada hasta que su cuerpo quedó del tamaño de un ganso salvaje o una gaviota. Hacía frío. Cuando el dragón había estado allí hacía calor, un calor como el de una fragua, por el calor que encerraba su cuerpo. Tenar tiritó. Se sentó en la roca al lado de Ged y se echó a llorar. Escondió la cara en las manos y lloró con fuertes sollozos. —¿Qué puedo hacer? —gritó—. ¿Qué puedo hacer ahora?

Súbitamente se secó los ojos y la nariz en la manga, se echó hacia atrás los cabellos oscuros con las dos manos y se volvió hacia el hombre tumbado a su lado. Estaba tan quieto, tan tranquilo sobre la roca desnuda como si hubiese podido quedarse allí eternamente.

Tenar suspiró. No podía hacer nada, pero siempre había algo que hacer a continuación.

No podía cargarlo. Tendría que pedir ayuda. Para eso tendría que dejarlo solo. Le parecía que estaba muy cerca de la orilla del precipicio. Si intentaba levantarse tal vez se cayera, débil y mareado como debía de estar. ¿Cómo podía moverlo? No se reanimaba cuando ella le hablaba y lo tocaba. Lo cogió por debajo de los hombros y trató de arrastrarlo y, ante su sorpresa, logró hacerlo; aunque era un peso muerto, no pesaba demasiado. Con resolución, lo arrastró a unos diez o quince pies del precipicio, alejándolo del desnudo promontorio rocoso hasta dejarlo sobre un trozo de tierra donde los secos espicanardos daban cierta ilusión de amparo. Tendría que dejarlo allí. No podía correr, porque le temblaban las piernas y aún sollozaba al respirar. Caminó lo más rápido que pudo hacia la casa de Ogion, llamando a gritos una y otra vez a Brezo, a Musgo y a Therru a medida que se acercaba. La niña apareció por el costado del establo y se detuvo, como acostumbraba hacer, obedeciendo a la llamada de Tenar, pero sin adelantarse a saludar o dejar que la saludara.

—Therru, corre al pueblo y pídele a cualquier persona que venga... A cualquier persona fuerte... Hay un hombre herido en el precipicio.

Therru no se movió. Nunca había ido sola a la aldea. Estaba inmovilizada entre la obediencia y el miedo. Tenar se dio cuenta y le dijo: —¿Tía Musgo está ahí? ¿Brezo? Entre las tres podemos cargarlo. Pero date prisa, Therru, date prisa. —Sentía que si dejaba a Ged desamparado sin duda moriría. Cuando regresara habría desaparecido: habría muerto, se habría caído, los dragones se lo habrían llevado. Podía pasar cualquier cosa. Debía darse prisa antes de que sucediera. Pedernal había muerto de un ataque en sus sembrados y ella no estaba a su lado. Había muerto solo. El pastor lo había encontrado tumbado junto al portón. Ogion había muerto y ella no había podido evitar que muriera, no había podido darle vida. Ged había vuelto a casa para morir y ése era el final de todo, no quedaba nada, no había nada que hacer, pero ella tenía que hacerlo.— ¡Date prisa, Therru! ¡Trae a alguien!

Se echó a andar temblorosamente hacia la aldea, pero vio que la vieja Musgo se acercaba corriendo a través de la pradera, avanzando torpemente con su gruesa rama de espino. —¿Me llamaste, queridita?

La presencia de Musgo la alivió de inmediato. Empezó a recobrar el aliento y a poder pensar. Musgo no perdió tiempo haciendo preguntas pero, al oír que había un hombre herido al que había que mover, cogió el pesado cobertor de lona que Tenar había puesto a airear y lo llevó a rastras hasta el extremo del Acantilado. Entre ella y Tenar envolvieron a Ged con el cobertor e iban arrastrando dificultosamente el bulto hacia la casa cuando Brezo apareció trotando, seguida por Therru y Sippy. Brezo era joven y fuerte, y con su ayuda lograron levantar la lona como una litera y llevar al hombre a la casa.

Tenar y Therru durmieron en el nicho que había en el muro del oeste del único cuarto. Sólo había una cama, la cama de Ogion, en el fondo, cubierta ahora con una gruesa sábana de lino. Allí acostaron al hombre. Tenar lo cubrió con la manta de Ogion, mientras Musgo musitaba sortilegios en torno a la cama, y Brezo y Therru se quedaban quietas y mirando atentamente.

—Dejadlo en paz ahora —dijo Tenar, llevándolas hacia la entrada de la casa.

—¿Quién es? —preguntó Brezo.

—¿Por qué estaba en el Acantilado? —preguntó Musgo.

—Lo conoces, Musgo. En otra época fue el pupilo de Ogion..., de Aihal.

La bruja sacudió la cabeza. —Ése era el muchacho de Diez Alisos, queridita —dijo—. El que ahora es Archimago en Roke.

Tenar asintió.

—No, queridita —dijo Musgo—. Se parece a él. Pero no es él. Este hombre no es un mago. Ni siquiera un hechicero.

Brezo miraba ora a una, ora a la otra, divertida. No entendía casi nada de lo que decía la gente, pero le gustaba escuchar.

—Pero yo lo conozco, Musgo. Es Gavilán. —El pronunciar el nombre, el nombre común de Ged, despertó en ella cierta ternura, de modo que sólo entonces pensó y sintió que era él en realidad, y que todos los años que habían pasado desde que lo viera por primera vez eran el lazo que los unía. Vio una luz que parecía una estrella en la oscuridad, subterránea, nacía mucho tiempo, y su rostro iluminado por la luz.— Lo conozco, Musgo. —Sonrió y luego sonrió más abiertamente.— Es el primer hombre que vi en mi vida —dijo.

Musgo masculló algo y cambió de tema. No le gustaba contradecir a «la señora Goha», pero no había cambiado en absoluto de parecer. —Hay trucos, disfraces, transformaciones, cambios —dijo—. Más vale que tengas cuidado, queridita. ¿Cómo llegaste al lugar donde lo encontraste, allá lejos? ¿Alguien lo vio pasar por la aldea?

—¿Ninguna de vosotras... vio...?

La miraron fijamente. Trató de decir «al dragón» pero no pudo. Sus labios y su lengua no podían articular la palabra. Pero una palabra tomó forma en ellos, pronunciándose a través de su boca y su aliento. —A Kalessin —dijo.

Therru tenía los ojos fijos en ella. Una ola de tibieza, de calor, parecía surgir de la niña, como si tuviese fiebre. No dijo nada, pero movió los labios como si repitiera el nombre, y el calor febril ardió en torno a ella.

—¡Trucos! —dijo Musgo—. Ahora que nuestro mago se ha ido, vendrán por aquí embusteros de todo tipo.

—Viajé de Atuan a Havnor, de Havnor a Gont con Gavilán, en una barca descubierta —dijo Tenar secamente—. Musgo, tú viste cuando me trajo aquí. No era Archimago entonces. Pero era el mismo, el mismo hombre. ¿Hay acaso otras cicatrices como éstas?

Viéndose enfrentada, la vieja se quedó quieta, serenándose. Le echó una mirada a Therru. —No —dijo—. Pero...

—¿Crees que no lo reconocería?

Musgo retorció la boca, frunció el entrecejo y se frotó un pulgar contra el otro.

—En el mundo hay cosas maléficas, señora —dijo—. Cosas que adoptan la forma y el cuerpo de un hombre, pero su alma desaparece..., se la devoran...

—¿El *gebbeth*?

Musgo se contrajo al oír esa palabra pronunciada abiertamente. Asintió. —Dicen que una vez el mago Gavilán vino aquí, hace mucho tiempo, antes de que vinieras con él. Y que con él venía una cosa sombría que lo perseguía. Tal vez lo siga haciendo. Tal vez...

—El dragón que lo trajo —dijo Tenar— lo llamaba por su verdadero nombre. Y conozco ese nombre. —Su voz retumbaba de cólera ante la obstinada sospecha de la bruja.

Musgo se quedó muda. Su silencio era mejor argumento que sus palabras.

—Tal vez la sombra que lo cubre sea su muerte —dijo Tenar—. Tal vez se esté muriendo. No sé. Si Ogion...

Volvió a conmoverse al recordar a Ogion, pensando que Ged había llegado demasiado tarde. Se tragó las lágrimas y se acercó a la leñera a buscar ramitas para encender el fuego. Le pasó la tetera a Therru para que la llenara, acariciándole la cara mientras le hablaba. Las cicatrices cerradas y en capas ardían al tacto, pero la niña no tenía fiebre. Tenar se agachó a encender el fuego. Alguien en ese hogar tan especial —donde había una bruja, una viuda, una lisiada y una boba— tenía que hacer lo que se debía hacer, y no atemorizar a la niña con llantos. Pero el dragón se había marchado, ¿y nunca llegaría hasta allí nada más que la muerte?

5

Un buen cambio

Estaba tendido como un muerto pero no estaba muerto. ¿Dónde había estado? ¿Qué le había ocurrido? Esa noche, a la luz del fuego, Tenar le quitó las ropas manchadas, gastadas, endurecidas por el sudor. Lo lavó y lo dejó tendido entre la sábana de lino y la manta suave y pesada de lana de cabra. Aunque era un hombre bajo, delgado, había tenido un cuerpo firme, vigoroso; ahora se veía esmirriado, como si estuviese consumido hasta los huesos, agotado, frágil. Hasta las cicatrices que le cruzaban el hombro y el lado izquierdo de la cara desde la sien hasta la mandíbula parecían menos profundas, plateadas. Y tenía los cabellos grises.

«Estoy cansada de llorar a los muertos —pensó Tenar—. Harta de llorarlos, harta del dolor. ¡No sufriré por él! ¿No apareció acaso donde yo estaba cabalgando en el dragón?

»Quise matarlo una vez —pensó—. Ahora lo haré vivir, si puedo.» Entonces lo miró con un gesto desafiante, y sin piedad.

—¿Quién de nosotros sacó al otro del Laberinto, Ged?

Él dormía, sin escuchar, inmóvil. Tenar se sentía agotada. Se lavó con el agua que había calentado para lavarlo y se acostó silenciosamente junto al silencio menudo, cálido y sedoso de Therru dormida. Durmió y su sueño se abrió a un vasto espacio cubierto de niebla rosada y dorada donde soplaba el viento. Voló. Gritó «Kalessin». Una voz le respondió, gritando desde los abismos de luz.

Cuando despertó, los pájaros gorjeaban en el campo y en el techo. Al erguirse vio la luz matinal a través del vidrio rugoso de la ventana baja que daba al oeste. Había algo en su interior, semilla o destello, algo demasiado pequeño como para mirarlo o pensar en ello, nuevo. Therru seguía durmiendo. Tenar se sentó a su lado, mirando las nubes y la luz del sol a través del ventanuco, pensando en Manzana, su hija, tratando de recordarla cuando era un bebé. Sólo una imagen fugaz, que se desvaneció al volverse hacia ella... El cuerpo menudo, regordete, que se sacudía de risa, un manojito de cabellos flotantes... Y el segundo niño, al que habían llamado Chispa en chanza, porque había brotado de Pedernal. No sabía cuál era su nombre verdadero. Había sido tan enfermizo como Manzana había sido saludable. Nacido antes de tiempo y muy pequeño, casi había muerto de difteria a los dos meses, y durante dos años a partir de entonces había sido como criar a un pichón de gorrión, nunca se sabía si seguiría vivo a la mañana siguiente. Pero se aferraba a la vida, la chispa diminuta no se consumía. Al crecer se convirtió en un chico fuerte, siempre inquieto, lleno de empuje; no servía de nada en la granja; no les tenía paciencia a los animales, a las plantas ni a la gente; sólo hablaba cuando necesitaba algo, nunca por el placer de hacerlo ni por el toma y daca del amor y el aprendizaje.

Llevado por sus andanzas, Ogion se había aparecido cuando Manzana tenía trece años y Chispa once. Fue entonces cuando le había dado su nombre a Manzana, en las fuentes del Kaheda, en el fondo del valle; hermosa, la mujer niña había caminado por las aguas verdes, y Ogion le había dado su verdadero nombre, Hayohe. Se había quedado uno o dos días en la Granja de los Robles y le había preguntado al niño si quería salir a vagabundear un poco por los bosques con él. Chispa sólo había sacudido la cabeza. —¿Qué harías si pudieras? —le había preguntado el mago, y el muchacho le había dicho lo que jamás había podido decirle ni a su padre ni a su madre—. Navegar. —Así fue como, después de que Haya le hubo dado su verdadero nombre, tres años más tarde, se había embarcado como marinero en un barco mercante que comerciaba entre Valmouth y Oranéa y el norte de Havnor. De cuando en cuando regresaba a la granja, pero no lo hacía a menudo y nunca por largo tiempo, aunque pasaría a ser suya al morir su padre. Tenía la tez blanca como Tenar, pero era alto como Pedernal y tenía el rostro aguzado. No le había dicho su nombre verdadero a sus padres. Tal vez nunca se lo dijera a nadie. Ya hacía tres años que Tenar no lo veía. Quizá supiera o quizá no supiera que su padre había muerto. Quizás estuviese muerto, quizá se hubiese ahogado,

pero ella pensaba que no. Llevaría esa chispa consigo toda su vida, por sobre las aguas, a través de las tormentas.

Eso era lo que sentía ahora, una chispa; algo así como la certeza física de haber concebido; un cambio, algo nuevo. No se preguntaría qué podía ser. Eso no se preguntaba. No se le preguntaba a alguien su nombre verdadero. Eso se recibía, o no.

Se levantó y se vistió. Aunque era de mañana, hacía calor y no encendió el fuego. Se sentó en el umbral a beber un tazón de leche y a contemplar la sombra de la Montaña de Gont retirándose del mar. Corría el viento más suave que podía soplar en esa plataforma rocosa barrida por los aires, y la brisa tenía un efluvio de pleno verano, suave y espléndido, que traía el aroma de los prados. Había un dulzor en el aire, un cambio.

—Todo ha cambiado —había murmurado el anciano al morir, con alborozo. Apoyando la mano en las suyas, dándole ese obsequio, su nombre, revelándolo.

—¡Aihal! —musitó. Dos cabras balaron como si le respondieran, detrás del establo, esperando a Brezo—. Be-eh —dijo una, y la otra, con un tono más grave, metálico—: ¡Bla-ah! ¡Bla-ah! —Confía en una cabra, solía decir Pedernal, para que lo eche todo a perder. A Pedernal, el pastor, no le gustaban las cabras. Pero Gavilán había sido pastor de cabras, de este lado de esta montaña, cuando era niño.

Entró en la casa. Encontró a Therru de pie, con los ojos clavados en el hombre dormido. La rodeó con los brazos y pensó que Therru, que solía alejarse o responder pasivamente ante un roce o una caricia, esta vez respondía con aceptación y tal vez incluso se le acercaba un poco. Ged seguía sumido en el mismo sueño exhausto, agobiado. Su cara estaba vuelta de tal modo que se veían las cuatro cicatrices blancas que la surcaban.

—¿Lo quemaron? —preguntó Therru en un susurro.

Tenar no respondió de inmediato. No sabía a qué se debían las cicatrices. Hacía mucho tiempo, en la Cámara Pintada del Laberinto de Atuan, le había preguntado burlándose: —¿Un dragón? —Y él le había respondido con seriedad:— No, no es de dragón..., es la marca de alguien de la familia de los Sin Nombre. Pero no ya sin nombre, porque al fin supe cómo se llamaba... —Y eso era todo lo que sabía. Pero sabía qué significaba «lo quemaron» para la niña.

—Sí —dijo.

Therru siguió mirándolo fijamente. Había inclinado la cabeza para mirar con su único ojo sano y eso la hacía parecer un pajarito, un gorrión o un pinzón.

—Ven, pinzoncito, pajarillo, lo que él necesita es dormir, lo que tú necesitas es un melocotón. ¿Hay algún melocotón maduro esta mañana?

Therru salió trotando a mirar y Tenar la siguió.

Mientras se comía el melocotón, la niña miró atentamente el lugar donde había plantado la semilla el día anterior. Se sentía evidentemente desilusionada al ver que no había crecido ningún árbol en ese sitio, pero no dijo nada.

—Échale agua —le dijo Tenar.

Tía Musgo llegó a media mañana. Una de las cosas que sabía hacer como bruja ingeniosa era tejer cestas con los juncos del Pantano del Acantilado, y Tenar le había pedido que le enseñara cómo se hacían. Cuando era niña, en Atuan, Tenar había aprendido a aprender. Como forastera en Gont, había descubierto que a la gente le gustaba enseñar. Había aprendido a que le enseñaran para que la aceptaran, le perdonaran el ser forastera.

Ogion le había transmitido sus conocimientos y después Pedernal le había transmitido los suyos. Ése era su hábito, aprender. Siempre parecía haber mucho que aprender, más de lo que habría creído cuando era una sacerdotisa novicia o la pupila de un mago.

Habían dejado remojando los juncos y esa mañana los iban a partir, una tarea pesada pero no complicada que permitía prestar atención a muchas otras cosas.

—Tía —dijo Tenar cuando se sentó en el peldaño de la entrada con el cuenco de juncos húmedos entre las dos y una estera a sus pies para ir colocando los juncos partidos—, ¿cómo se puede saber si un hombre es o no un hechicero?

Musgo le respondió con rodeos, empezando con sus habituales aforismos y vaguedades. —Lo misterioso reconoce a lo misterioso —le dijo con voz grave y luego—: Todo lo que nace hablará —y le contó la historia de la hormiga que había cogido la diminuta punta de un cabello en el suelo de un palacio y se lo había llevado corriendo al hormiguero, y en la noche el hormiguero brillaba como una estrella bajo la tierra, porque ése era un cabello de la cabeza del gran mago Brost. Pero sólo los magos podían ver el brillo del hormiguero. Para los ojos ordinarios no había más que oscuridad.

—Hay que aprender, entonces —dijo Tenar.

Tal vez, tal vez no, ése fue el quid de la evasiva respuesta de Musgo. —Algunos nacen con ese don —dijo—. Aunque no lo sepan, allí estará. Y brillará, como el cabello del mago en ese hoyo en la tierra.

—Sí —dijo Tenar—. Lo he visto. —Partió y volvió a partir un junco con precisión y dejó las tiras en la estera.— ¿Cómo se sabe, entonces, cuando un hombre no es un hechicero?

—No está allí—dijo Musgo—, no está allí, queridita. El poder. Mira. Si tengo ojos en la cabeza puedo ver que tienes ojos, ¿verdad? Y si eres ciega, me daré cuenta. Y si tienes un solo ojo, como la pequeña, o si tienes tres, me daré cuenta, ¿verdad? Pero si no tengo ojos para ver, no voy a saberlo hasta que me lo digas. Pero tengo ojos. Veo, sé. ¡El tercer ojo! —Se tocó la frente y lanzó una fuerte y seca carcajada entre dientes, como una gallina con aire triunfal después de poner un huevo. Estaba contenta por haber encontrado las palabras para decir lo que quería decir. Tenar había empezado a darse cuenta de que gran parte de sus vaguedades y trivialidades se debían a una simple ineptitud para manejar las palabras y las ideas. Nadie le había enseñado jamás a pensar en forma consecutiva. Nadie la había escuchado jamás. Lo único que se esperaba de ella, lo único que se le pedía era estupidez, misterio, refunfuños. Era una bruja. No se preocupaba en absoluto de expresarse claramente.

—Comprendo —dijo Tenar—. Entonces... tal vez ésa sea una pregunta que no quieras responder... Entonces, cuando miras a una persona con tu tercer ojo, con tu poder, ¿ves su poder... o no lo ves?

—Más bien es un saber —dijo Musgo—. Eso de ver es sólo una manera de decirlo. No es ver como te veo a ti, como veo este junco, como veo esa montaña. Es saber. Sé lo que hay en ti y lo que no hay en esa pobre cabeza hueca de Brezo. Sé lo que hay en esta niña querida y no en ese de allá. Yo sé... —No era capaz de decir más. Refunfuñó y escupió.— ¡Cualquier bruja que valga algo reconoce a otra bruja! —dijo por último, simplemente, con impaciencia.

—Os reconocéis.

Musgo asintió. —Sí, así es. Ésa es la palabra. Nos reconocemos.

—Y un hechicero reconocería tu poder, se daría cuenta de que eres una hechicera...

Pero Musgo hizo una mueca al oír eso, una mueca que era como una cueva negra en medio de una telaraña de arrugas.

—Queridita —le dijo—, cuando dices «un hombre», ¿quieres decir un hechicero? ¿Qué tiene que ver con nosotras un hombre de poder?

—Pero Ogion...

—El Señor Ogion era bondadoso —dijo Musgo sin ironía.

Siguieron partiendo juncos por un rato, en silencio.

—No te cortes el pulgar con los juncos, queridita —dijo Musgo.

—Ogion me enseñó. Como si no hubiese sido una mujer. Como si hubiera sido su pupilo, como a Gavilán. Me enseñó la Lengua de la Creación. Me enseñó todo lo que le pedí.

—Él era único.

—Yo no quise que me enseñara. Lo abandoné. ¿Qué me importaban sus libros? ¿De qué me servían? Quería vivir, quería un hombre, quería tener hijos, quería vivir mi vida.

Partía los juncos con precisión, rápidamente, con la uña.

—Y conseguí lo que quería —dijo.

—Tómalo con la mano derecha, tíralo con la izquierda —dijo la bruja—. Y bien, querida señora, ¿quién sabe?, ¿quién sabe? El querer a un hombre me hizo meterme en terribles problemas más de una vez. Pero el querer casarme, ¡jamás! No, no. Nada de eso...

—¿Por qué no? —le preguntó Tenar.

Sorprendida, Musgo dijo simplemente: —¿Cómo?, ¿qué hombre querría casarse con una bruja? —Y luego, con un movimiento oblicuo de la mandíbula, como una oveja que moviera el pasto de un lado a otro de la boca:— ¿Y qué bruja querría casarse con un hombre?

Siguieron partiendo juncos.

—¿Qué tienen de malo los hombres? —preguntó Tenar con cautela.

Con igual cautela, en voz más baja, Musgo respondió: —No sé, queridita. He pensado en eso. Muchas veces lo he pensado. Lo único que puedo decir es esto: el hombre está metido dentro de su piel como una nuez en su cáscara. —Alargó los largos dedos doblados y húmedos, como sosteniendo una nuez.— Es una cáscara dura y resistente, y el hombre está lleno de sí mismo. Lleno de esa carne grandiosa de los hombres, del ser del hombre. Y eso es todo. Eso es todo lo que hay. Adentro no hay más que él y nada más.

Tenar reflexionó por un rato y finalmente preguntó: —¿Pero si es un hechicero...?

—Entonces todo lo que tiene adentro es poder. Él es su poder, así es. Eso es lo que pasa con los hombres. Y eso es todo. Cuando su poder desaparece, él también desaparece. —Cascó la nuez imaginaria y tiró los pedazos de la cáscara.— Nada.

—¿Y qué pasa con una mujer, entonces?

—¡Ah, queridita!, una mujer es algo muy distinto. ¿Quién sabe dónde empieza y termina una mujer? Escucha esto, señora, yo tengo raíces, tengo raíces más profundas que esta isla. Más profundas que el mar, más antiguas que el surgimiento de las tierras. Me remonto a las sombras. —Los ojos de Musgo tenían un extraño brillo en los bordes enrojecidos y su voz era melodiosa como un instrumento.— ¡Me remonto a las sombras! Antes de la luna, ya existía. Nadie sabe, nadie sabe, nadie puede decir qué soy, qué es una mujer, una mujer de poder, el poder de una mujer que es más profundo que las raíces de los árboles, más profundo que las raíces de las islas, más antiguo que la Creación, más antiguo que la luna. ¿Quién se atreve a hacerles preguntas a las sombras? ¿Quién podría preguntarles su nombre a las sombras?

La vieja se mecía, canturreando, perdida en su encantamiento; pero Tenar estaba sentada con el cuerpo erguido, partiendo un junco por el medio con la uña del pulgar.

—Yo lo haré —dijo. Partió otro junco.

—Viví mucho tiempo en las sombras —dijo.

De tanto en tanto iba a ver si Gavilán seguía durmiendo. Volvió a hacerlo. Como no quería seguir hablando de lo que habían estado discutiendo, porque la vieja tenía un gesto severo y hosco, cuando volvió a sentarse al lado de Musgo dijo: —Esta mañana, cuando desperté, sentí, ¡oh!, como si soplara un viento nuevo. Un cambio. Quizá sea sólo el tiempo. ¿Sentiste eso?

Pero Musgo no respondió sí ni no. —Aquí en el Acantilado soplan muchos vientos, vientos buenos, vientos malos. Algunos traen nubes y buen tiempo, y otros traen nuevas a los que pueden oírlas, pero los que se niegan a oírlas no las oyen. ¿Quién soy yo para saber, una vieja que no ha aprendido el arte de los magos, que no ha aprendido de los libros? Todos mis conocimientos vienen de la tierra, de la tierra oscura. La tienen bajo sus pies, los orgullosos. Bajo sus pies, los señores y magos orgullosos. ¿Por qué habrían de mirar hacia abajo ellos, los eruditos? ¿Qué sabe una bruja vieja?

Podría ser una enemiga temible, pensó Tenar, y era una amiga difícil.

—Tía —dijo, cogiendo un junco—. Crecí entre mujeres. Solamente mujeres. En las tierras kargas, en el remoto oriente, en Atuan. Me separaron de mi familia cuando era pequeña, para criarme como sacerdotisa en un lugar del desierto. No sé cómo se llama, en nuestra lengua se llamaba simplemente así, el lugar. El único lugar que conocía. Lo custodiaban unos pocos soldados, pero no podían atravesar las murallas para entrar. Y no podíamos atravesar las murallas para salir. Sólo en grupos, sólo mujeres y niñas, con eunucos que nos cuidaban, que no dejaban acercarse a los hombres.

—¿Quiénes son esos de los que hablas?

—¿Los eunucos? —Tenar había usado la palabra karga sin pensar.— Hombres castrados —dijo.

La bruja miró fijamente y dijo: *¡Tsek!* —e hizo un gesto para conjurar el mal. Se chupó los labios. El sobresalto había disipado su resentimiento.

—Uno de ellos fue lo más parecido a una madre que tuve allí... Pero escucha esto, tía, jamás vi a un hombre antes de ser una mujer ya crecida. Sólo niñas y mujeres. Y no obstante no sabía qué era una mujer, porque las mujeres eran lo único que conocía. Como los hombres que viven entre hombres, los marineros y los soldados, y los magos de Roke... ¿saben acaso qué es un hombre? ¿Cómo pueden saberlo si nunca han hablado con una mujer?

—¿Los toman y les hacen lo mismo que a los carneros y los chivos? —preguntó Musgo—, ¿así, con un cuchillo para castrar?

El horror, lo macabro y un destello vengativo se imponían sobre la cólera y la razón. Musgo no quería hablar de ningún otro tema, salvo de los eunucos.

No era mucho lo que Tenar le podía decir. Se dio cuenta de que nunca había pensando en eso. Cuando era niña en Atuan, había hombres castrados; y uno de ellos la había querido tiernamente, y ella también; y le había dado muerte para escapar de él. Después había llegado al Archipiélago, donde no había eunucos, y se había olvidado de ellos, los había enterrado en las sombras con el cuerpo de Manan.

—Supongo —dijo, tratando de satisfacer la avidez de Musgo por oír detalles— que capturaban a algunos muchachos y que... —Pero se detuvo. Sus manos dejaron de moverse.

—Como a Therru —dijo después de una larga pausa—. ¿De qué sirve un niño? ¿Para qué está? Para ser usado. Para ser violado, castrado... Escucha, Musgo. Cuando vivía en los lugares sombríos, eso es lo que hacían allí. Y cuando llegué aquí, sentí que había salido a la luz. Aprendí las palabras verdaderas. Y tenía a mi hombre, tuve niños, viví bien. A plena luz. Y así, a plena luz le hicieron eso... a la niña. En los prados del río. El río que nace en el manantial donde Ogion le dio su nombre a mi hija. En pleno día. Estoy tratando de decidir dónde puedo vivir, Musgo. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¿Lo que estoy tratando de decir?

—Está bien, está bien —dijo la vieja; y, al cabo de un rato—: Queridita, ya hay bastante desdicha sin tener que salir a buscarla. —Y, al ver que a Tenar le tiritaban las manos mientras trataba de partir un junco que se resistía, dijo nuevamente:— No te cortes el pulgar con los juncos, queridita.

Ged no volvió realmente en sí sino al día siguiente. Musgo, que era muy hábil pero extraordinariamente sucia como enfermera, había logrado hacerle tragar un poco de caldo de carne. —Se está muriendo de hambre —dijo— y está muerto de sed. Dondequiera que haya estado, no era mucho lo que comían y bebían. —Y, después de estudiarlo otra vez:— Me parece que ya está demasiado débil. Se debilitan, ¿me entiendes?, y no pueden beber siquiera, aunque es lo único que necesitan. He visto morir así a un hombre muy fuerte. Marchitarse hasta convertirse en algo como una sombra, en unos pocos días.

Pero gracias a su tenaz paciencia le hizo tragar unas cuantas cucharadas de su cocción de carne y hierbas. —Ahora veremos —dijo—. Es demasiado tarde, me parece. Se nos escapa. —Hablaba sin dolor, tal vez con deleite. El hombre no le importaba en absoluto; una muerte

era una novedad. Quizá podría enterrar a este mago. No la habían dejado enterrar al viejo mago.

Tenar estaba poniéndole un ungüento en las manos, al otro día, cuando despertó. Seguramente había pasado mucho tiempo sobre el lomo de Kalessin, porque al aferrarse con fuerza a las escamas de hierro se había herido la palma de las manos, y se había cortado y vuelto a cortar el interior de los dedos. Mientras dormía, había seguido con las manos empuñadas como si no quisiera soltarse del dragón ausente. Tenar había tenido que obligarlo suavemente a abrir los dedos para lavarle las heridas y cubrirlas con un ungüento. Mientras lo hacía, él lanzó un grito y se irguió súbitamente, extendiendo los brazos, como si se sintiera caer. Abrió los ojos. Tenar le habló quedamente. Él la miró.

—Tenar —dijo sin sonreír, simplemente reconociéndola, más allá de toda emoción. Y ella sintió un placer puro, como el que da un aroma dulce o una flor, porque aún existía un hombre que sabía su nombre, y porque era ese hombre.

Se inclinó y lo besó en la mejilla. —Quédate quieto —le dijo—. Déjame terminar de hacer esto. —Él le obedeció, volviéndose a sumergir rápidamente en el sueño, esta vez con las manos abiertas y relajadas.

Más tarde, al irse quedando dormida junto a Therru esa noche, Tenar pensó: «Nunca lo había besado». Y esa idea la sobresaltó. En un comienzo no pudo creerlo. Sin duda, en todos esos años... No en las Tumbas, pero después, cuando atravesaban juntos las montañas... En *Miralejos*, cuando navegaban juntos rumbo a Havnor... ¿Cuando la había traído a Gont...?

No. Ogion tampoco la había besado nunca, ni ella lo había besado a él. Él la llamaba su hija y la quería, pero nunca la había tocado; y ella, criada como una sacerdotisa solitaria, a quien nadie tocaba, un objeto sagrado, no había buscado el contacto, o no había sabido que lo buscaba. Solía apoyar la frente o la mejilla por un instante en la mano abierta de Ogion y a veces él le acariciaba los cabellos, una sola vez, levemente.

Y Ged nunca había hecho ni eso siquiera.

«¿Llegué a *pensar* en eso alguna vez?», se preguntó con una especie de incrédulo asombro.

No lo sabía. Mientras trataba de pensar en eso, un horror, un sentimiento de transgresión se apoderó de ella con gran vehemencia, y luego desapareció, carente de sentido. Sus labios recordaban la piel ligeramente áspera, seca y fría de su mejilla cerca de la boca, en el lado derecho, y sólo ese recuerdo importaba, tenía consistencia.

Durmió. Soñó que una voz la llamaba: «¡Tenar, Tenar!», y que ella le respondía, gritando como un ave marina, volando en medio de la luz por sobre el mar; pero no sabía qué nombre pronunciaba.

Gavilán desilusionó a Tía Musgo. Siguió vivo. Después de uno o dos días, dejó de preocuparse por él al verlo a salvo. Vino y le dio su caldo de carne de cabra y raíces y hierbas, apoyándolo en ella, rodeándolo con el intenso olor de su cuerpo, haciéndolo revivir a cucharadas, y rezongando. Aunque él la había reconocido y le había dicho su nombre común y ella no podía negar que parecía ser el hombre llamado Gavilán, sentía deseos de negarlo. No le gustaba. Era pura falsedad, decía. Tenar sentía tanto respeto por la sagacidad de la bruja que eso la preocupaba, pero no sentía ni un asomo de sospecha dentro de ella, sólo la satisfacción de que estuviese allí y de que fuera reviviendo lentamente. —Ya verás —le dijo a Musgo— cuando vuelva a ser él.

—¡Él! —dijo Musgo, e hizo el gesto de cascar una nuez y dejarla caer.

No tardó en preguntar por Ogion. Tenar había temido que hiciera esa pregunta. Se había dicho hasta casi convencerse que no la haría, que sabría como sabían los magos, como incluso los hechiceros del Puerto de Gont y de Re Albi habían sabido cuando Ogion había muerto. Pero a la cuarta mañana lo encontró despierto cuando se le acercó y, alzando los ojos para mirarla, le dijo: —Esta es la casa de Ogion.

—La casa de Aihal —dijo ella, con la mayor naturalidad con que pudo hacerlo; aún no le era fácil pronunciar el nombre verdadero del mago. No sabía si Ged conocía ese nombre. Sin duda lo sabía. Seguramente Ogion se lo había dicho, o no había tenido que decírselo.

Él no reaccionó por un rato, y cuando habló lo hizo sin ninguna expresión: —Entonces ha muerto.

—Hace diez días.

Él se quedó mirando hacia adelante como cavilando, tratando de discurrir.

—¿Cuándo llegué aquí?

Ella tuvo que acercarse a él para entenderle.

—Hace cuatro días, al atardecer.

—No había nadie más en las montañas —dijo él. Su cuerpo se contrajo y comenzó a temblar como si sintiera dolor o ante el insoportable recuerdo del dolor. Cerró los ojos, frunciendo el entrecejo, y respiró profundamente.

A medida que empezaba a recuperar poco a poco sus fuerzas, ese gesto de fruncir el entrecejo, de contener el aliento y de apretar los puños se convirtió en algo familiar para Tenar. Recuperaba las fuerzas pero no la calma, no la salud.

Estaba sentado en el peldaño de la entrada de la casa, bajo la luz del sol de la tarde de verano. Nunca se había alejado tanto de la cama. Estaba sentado en el umbral, contemplando la luz, y Tenar, que venía del sembrado de habichuelas, se asomó en la esquina de la casa y se quedó mirándolo. Todavía estaba pálido y tenía una expresión sombría. No eran sólo los cabellos grises, sino algo en la piel y los huesos, y no tenía mucho más que eso. No había luz en sus ojos. Sin embargo, esa sombra, ese hombre ceniciento, era el mismo cuyo rostro había visto por primera vez radiante de poder, el rostro recio de nariz aguileña y labios delgados, un hombre apuesto. Siempre había sido un hombre orgulloso, apuesto.

Se le acercó.

—La luz del sol, eso es lo que necesitas —le dijo y él asintió, pero tenía los puños apretados, sentado allí, bajo el torrente de calor del verano.

Se mostraba tan silencioso con ella que pensó que tal vez su presencia le incomodaba. Tal vez no se sentía cómodo delante de ella como antes. Después de todo, ahora era Archimago... Una y otra vez se olvidaba de eso. Y habían pasado veinticinco años desde que habían caminado por las montañas de Atuan y habían navegado juntos en *Miralejos*, atravesando el mar del levante.

—¿Dónde está *Miralejos*? —le preguntó de pronto, sorprendida por el recuerdo y luego pensó: «¡Pero qué estúpida soy! Han pasado tantos años y es Archimago, seguramente no conserva ya esa pequeña barca».

—Está en Selidor —le respondió, con el rostro sumido en su constante e incomprensible angustia.

En tiempos tan remotos como la eternidad, y en tierras tan lejanas como Selidor...

—La isla más remota —dijo ella; era una semipregunta.

—La más remota en el poniente —dijo él.

Estaban sentados a la mesa, después de terminar la cena. Therru había salido a jugar.

—¿Entonces venías de Selidor, cuando Kalessin te trajo?

Al pronunciar el nombre del dragón, éste se había pronunciado por sí solo una vez más, moviendo su boca para darle forma y sonido, convirtiendo su aliento en una leve llamarada.

Al oír el nombre, él alzó los ojos, la miró intensamente una sola vez, con una mirada que la hizo darse cuenta de que no solía mirarla a los ojos. Asintió. Luego, esforzándose por hablar sin ambages, corrigió su gesto: —De Selidor a Roke. Y de Roke a Gont.

¿Mil millas? ¿Diez mil millas? No tenía ni la más remota idea. Había visto los grandes mapas que había en los cofres de Havnor, pero nadie le había enseñado a contar ni a calcular

distancias. *En tierras tan remotas como Selidor*... ¿Y se podía calcular en millas el vuelo de un dragón?

—Ged—dijo, empleando su nombre verdadero, ya que no había nadie más—, sé que has sufrido enormes dolores y te has enfrentado a grandes peligros. Y si no lo deseas, quizá no puedas nacerlo, quizá no deberías decirme..., pero si yo supiera, si supiera algo de lo que sucedió, tal vez podría ayudarte más. Me gustaría poder ayudarte. Y dentro de poco vendrán de Roke a buscarte, enviarán un navío en busca del Archimago, no sé, ¡enviarán un dragón a buscarte! Y te marcharás nuevamente. ¡Y nunca habremos hablado! —Mientras hablaba, Tenar apretó los puños ante la falsedad de su voz y sus palabras. ¡Hacer una broma sobre el dragón..., quejarse como una esposa acusadora!

Él miraba la mesa, con los ojos bajos, hosco, tolerante, como un granjero que se enfrenta a una reyerta doméstica después de un duro día de trabajo en el campo.

—No creo que nadie venga de Roke —dijo, y le costó tanto esfuerzo decirlo que tardó un rato en volver a hablar—. Dame tiempo.

Ella creyó que no iba a decir más y respondió: —Sí, por supuesto. Lo siento. —Y se iba levantando para quitar la mesa cuando él dijo, aún con la vista baja, confusamente:—Tengo eso, ahora.

Entonces él también se levantó, y llevó su plato al fregadero y terminó de quitar la mesa. Lavó los platos mientras Tenar guardaba la comida. Y eso le despertó curiosidad. Lo había estado comparando con Pedernal; pero Pedernal nunca había lavado un plato en su vida. Eso lo hacían las mujeres. Pero Ged y Ogion habían vivido en ese lugar, solos, sin mujeres; Ged nunca había vivido con mujeres en ningún lugar; de modo que hacía el «trabajo de las mujeres» y no le daba importancia. Sería una lástima, pensó, que le diera importancia, si empezara a temer que su dignidad pendía de un estropajo. Nadie llegó a buscarlo desde Roke. Cuando hablaron del tema, apenas había habido tiempo para que hubiese llegado ningún navío cuyas velas no fuesen henchidas constantemente por el viento de la magia; pero iban pasando los días y él seguía sin recibir ningún mensaje ni señal. A ella le parecía extraño que hubiesen dejado tranquilo a su Archimago por tanto tiempo. Seguramente él les había prohibido que fuesen a buscarlo; o tal vez se había ocultado allí con sus artes de hechicería, para que no supieran dónde estaban o para que no pudieran reconocerlo. Porque, curiosamente, los aldeanos apenas le prestaban atención.

El que no hubiese venido nadie de la mansión del Señor de Re Albi era menos sorprendente. Los señores de la mansión nunca habían tenido una buena relación con Ogion. Las mujeres de la casa habían sido adeptas a las artes ocultas, eso decían en la aldea. Los aldeanos contaban que una de ellas había desposado a un señor del norte que la había enterrado viva bajo una piedra; otra se había metido a hacer brujerías con el niño que llevaba en el vientre, tratando de convertirlo en una criatura de poder y, de hecho, el niño había pronunciado algunas palabras al nacer, pero no tenía huesos. —Era como un saquito de carne —murmuraba la partera en la aldea—, un saquito con ojos y voz, y nunca mamaba, pero hablaba en una lengua extraña, y se murió... —Fuesen o no fuesen ciertas esas historias, el hecho es que los señores de Re Albi siempre se habían mantenido distantes. Por haber sido la acompañante del mago Gavilán, la pupila del mago Ogion, la portadora del Anillo de Erreth-Akbé a Havnor, bien podrían haberle pedido a Tenar que se quedara en la mansión cuando llegó por primera vez a Re Albi; pero no lo habían hecho. En cambio, para su regocijo, había vivido sola en una pequeña cabaña de un tejedor de la aldea, Abanico, y rara vez había visto a los habitantes de la mansión y siempre desde lejos. Musgo le había dicho que no había una señora de la casa, sólo vivían allí el viejo señor, un hombre muy anciano, y su nieto, y el joven hechicero, llamado Álamo, al que habían contratado en la Escuela de Roke.

Tenar no veía a Álamo desde que habían enterrado a Ogion, con el talismán de Tía Musgo en la mano, bajo el haya, junto al sendero de la montaña. Por extraño que eso pareciera,

Álamo no sabía que el Archimago de Terramar estaba en su propia aldea o, si lo sabía, por algún motivo se mantenía alejado. Y el hechicero del Puerto de Gont, que también había venido al entierro de Ogion, tampoco había regresado nunca. Incluso si no sabía que Ged estaba allí, sin duda sabía quién era ella, la Dama Blanca, que había lucido el Anillo de Erreth-Akbé en su muñeca, que había unido la Runa de la Paz. «¿Y hace cuánto tiempo sucedió todo eso?, ¡vieja! —se dijo—. ¿Se te han reblandecido los sesos?»

De todos modos, había sido ella quien les había dicho el verdadero nombre de Ogion. Al parecer, le debían cierta cortesía.

Pero los hechiceros, por el hecho de serlo, no se preocupaban en absoluto de las cortesías. Eran hombres de Poder. Sólo se preocupaban del poder. ¿Y qué poder tenía ella ahora? ¿Qué poder había tenido jamás? Cuando era niña, cuando era sacerdotisa, había sido un receptáculo; el poder de los lugares sombríos había pasado a través de ella, la había utilizado, dejándola vacía, intacta. En su juventud un hombre poderoso le había transmitido un saber poderoso y lo había dejado de lado, se había alejado de él, sin tocarlo. Como mujer, había optado por los poderes de una mujer y los había tenido, en su época, pero esa época ya había pasado; había concluido su tarea como esposa y madre. No tenía nada, ningún poder que nadie pudiese reconocer.

Pero un dragón le había hablado: —Soy Kalessin —le había dicho, y ella había respondido—: Soy Tenar.

—¿Qué es un señor de dragones? —le había preguntado a Ged en el lugar sombrío, en el Laberinto, tratando de negar su poder, tratando de hacerle reconocer el suyo; y él le había respondido con esa sencilla honestidad que la había cautivado para siempre—: Una persona con quien los dragones aceptan hablar.

De modo que ella era una mujer con quien los dragones aceptaban hablar. ¿Eso era esa cosa nueva, ese saber encubierto, la tenue semilla que sentía dentro de ella, al despertar tras el ventanuco que daba al oeste?

Pocos días después de esa breve conversación ante la mesa, estaba arrancando malezas del huerto de Ogion, liberando de las malezas del verano a las cebollas que él había plantado en la primavera. Ged atravesó el portón del alto cerco que mantenía alejadas a las cabras y comenzó a sacar malezas en el otro extremo de la hilera. Trabajó por un rato y luego se sentó cómodamente, mirándose las manos.

—Dales tiempo para que sanen —le dijo Tenar con dulzura.

Él asintió.

Las altas plantas de habichuelas apuntaladas de la hilera siguiente habían florecido. Despedían un aroma muy dulce. Él se sentó con los delgados brazos apoyados en las rodillas, contemplando la maraña de enredaderas y flores y vainas de habichuelas colgantes iluminadas por el sol. Sin dejar de trabajar, Tenar dijo: —Cuando Aihal murió dijo «Todo ha cambiado»... Lo he llorado desde que murió, me he lamentado, pero algo disipa mi dolor. Algo está por nacer..., se ha liberado. Cuando duermo o apenas despierto, sé que algo ha cambiado.

—Sí—dijo él—. Algo funesto terminó. Y...

Después de un largo silencio, él volvió a hablar. No la miraba, pero por primera vez su voz se parecía a la que ella recordaba, serena, tranquila, con el seco acento gontés.

—¿Recuerdas, Tenar, cuando llegamos por primera vez a Havnor?

«¿Podría olvidarlo, acaso?», dijo su corazón, pero se quedó en silencio por temor a que eso volviera a hacerlo sumirse en el silencio.

—Atracamos a *Míralejos* y subimos al muelle... Los peldaños son de mármol. Y la gente, toda la gente..., y tú levantaste el brazo para mostrarles el Anillo...

—Y te tomé de la mano; sentía un terror sin límites: los rostros, las voces, los colores, las torres y las banderas y los pendones, el oro y la plata y la música, y sólo te conocía a ti... En todo el mundo sólo te conocía a ti, allí, a mi lado, mientras avanzaba...

—Los lugartenientes de la Casa del Rey nos condujeron al pie de la Torre de Erreth-Akbé, atravesando las calles llenas de gente. Y subimos los peldaños empinados, los dos solos. ¿Recuerdas?

Ella asintió. Apoyó las manos en la tierra que había estado desmalezando, sintiendo su frescura granujosa.

—Abrí la puerta. Era pesada, no se abrió de inmediato. Y entramos. ¿Recuerdas?

Era como si él le estuviese pidiendo una confirmación. ¿Sucedió en realidad? ¿Recuerdo?

—Era una sala alta, enorme —dijo ella—. Me hacía pensar en mi Sala, donde me habían devorado, pero sólo por ser tan alta. La luz caía desde las ventanas en lo alto de la torre. Los rayos del sol se entrecruzaban como espadas.

—Y el trono —dijo él.

—El trono, sí, dorado y carmesí. Pero vacío. Como el trono de la Sala en Atuan.

—Ya no —dijo él. La miró por sobre los retoños verdes de cebolla. Tenía un gesto tenso, melancólico, como si hablara de una alegría que no podía asir—. Hay un rey en Havnor —dijo—, en el centro del mundo. Las profecías se han cumplido. La Runa se ha unido y el mundo está entero. Han llegado los días de paz. Él...

Se detuvo y bajó los ojos, apretando los puños.

—Me llevó de la muerte a la vida. Arren de Enlad. Lebannen, el de las canciones que habrán de cantarse. Ha adoptado su verdadero nombre. Lebannen, Rey de Terramar.

—¿Es eso, entonces? —preguntó ella arrodillándose, mirándolo—. ¿Esa alegría, ese asomarse a la luz?

Él no respondió.

Un rey en Havnor, pensó ella, y dijo en voz alta: —¡Un rey en Havnor!

Tenar recordó la imagen de la hermosa ciudad, las anchas calles, las torres de mármol, los techos de tejas y bronce, los barcos de velas blancas en el puerto, la maravillosa sala del trono donde los rayos del sol caían como espadas, la riqueza y la dignidad y la armonía, el orden que se conservaba allí. Desde ese centro deslumbrante, vio el orden que se abría como anillos perfectos sobre el agua, como la línea recta de las calles pavimentadas o de un barco que se alejara impulsado por el viento: algo que sucedía como debía ser, que conducía a la paz.

—Hiciste bien, querido amigo —dijo ella.

Él hizo un leve gesto como para hacerla callar y luego se volvió, tapándose la boca con la mano. Ella no soportaba ver sus lágrimas. Se agachó para seguir trabajando. Arrancó una maleza, y otra, y la resistente raíz se rompió. Cavó con las manos, tratando de encontrar la raíz de la maleza en la tierra dura, en la oscuridad de la tierra.

—Goha —dijo Therru desde el portón, con su voz débil, quebrada, y Tenar se volvió. La niña la miraba de frente desde el rostro medio devorado, con el ojo sano y el ojo ciego. Tenar pensó: «¿Debo decirle que hay un rey en Havnor?».

Se irguió y se acercó al portón para evitarle a Therru el esfuerzo de hacerse oír. Haya había dicho que cuando estaba en medio del fuego, inconsciente, la niña había tragado fuego. —Su voz se quemó —había explicado.

—Estaba cuidando a Sippy —musitó Therru—, pero se escapó del campo de retamas. No la encuentro.

Nunca había hablado tanto. Estaba temblorosa por haber corrido y por contener el llanto. «No podemos llorar todos al mismo tiempo», se dijo Tenar. «Es una estupidez, ¡no puede ser!» —¡Gavilán! —dijo de pronto, dándose vuelta—, se escapó una cabra.

Él se levantó de inmediato y se acercó al portón.

—Búscala en la cabaña donde guardan los alimentos —le dijo.

Miró a Therru como si no viera sus horribles cicatrices, como si apenas la viera: era una niña que había perdido una cabra, que tenía que encontrarla. Lo que él veía era la cabra. —O se marchó en busca del rebaño de la aldea —dijo.

Therru ya iba corriendo hacia la cabaña de los alimentos.

—¿Es tu hija? —le preguntó a Tenar. Nunca había dicho nada sobre la niña y, por un instante, lo único que se le ocurrió a Tenar fue que los hombres eran seres muy extraños.

—No, ni mi nieta. Es mi niña —dijo. ¿Qué la llevaba a burlarse de él, a mofarse de él nuevamente?

Atravesó el portón en el preciso instante en que Sippy se abalanzaba, hacia él, como una chispa parda y blanca, seguida de lejos por Therru.

—¡Ea! —gritó Ged súbitamente, y de un salto se atravesó en el camino de la cabra, obligándola a ir hacia el portón abierto y hacia los brazos de Tenar. Ella logró agarrar el collar de cuero suelto de Sippy. La cabra se quedó quieta de inmediato, apacible como un cordero, mirando a Tenar con un ojo amarillo y las hileras de cebollas con el otro.

—¡Fuera! —le dijo Tenar, sacándola de ese paraíso de las cabras hacia la dehesa más pedregosa donde debía estar.

Ged se había sentado en la tierra, tan sofocado como Therru, o más aún, porque jadeaba y estaba evidentemente mareado; pero al menos no lloraba. Confía en una cabra para que lo eche todo a perder.

—Brezo no te debería haber dicho que cuidaras a Sippy —le dijo Tenar a Therru—. Nadie puede cuidar a Sippy. Si se vuelve a escapar, díselo a Brezo y no te preocupes. ¿De acuerdo?

Therru asintió. Miraba a Ged. Rara vez miraba a la gente y muy rara vez a los hombres con algo más que una rápida mirada; pero lo observaba fijamente, con la cabeza erguida como un gorrión. ¿Un héroe estaba a punto de nacer?

6

Las cosas empeoran

Había transcurrido mucho más de un mes desde el solsticio, pero los atardeceres seguían siendo largos en el Acantilado que daba al poniente. Therru había regresado tarde, después de pasar todo el día buscando hierbas con Tía Musgo, demasiado cansada para comer. Tenar la acostó y se sentó a su lado, cantándole. Cuando la niña estaba muy cansada no conseguía dormirse, sino que se acurrucaba en el lecho como un animal paralizado, contemplando alucinaciones hasta quedar sumida en una pesadilla, ni dormida ni despierta, y distante. Tenar había descubierto que podía evitar que eso ocurriera si la abrazaba y le cantaba hasta hacerla dormir. Cuando agotaba todas las canciones que había aprendido cuando era la esposa de un granjero en el Valle Central, cantaba interminables canciones kargas que había aprendido cuando era una niña sacerdotisa en las Tumbas de Atuan, arrullando a Therru con el zumbante y dulce plañido de las ofrendas a los Poderes Sin Nombre y al Trono Vacío que ahora cubrían el polvo y los escombros del terremoto. Sentía que el único poder de esas canciones eran el canto mismo; y le gustaba cantar en su lengua, aunque no conocía las canciones que una madre le cantaría a un niño en Atuan, las canciones que su madre le había cantado.

Al cabo Therru se quedó profundamente dormida. Tenar la hizo pasar suavemente de su regazo a la cama y esperó un instante para estar segura de que seguía durmiendo. Luego, después de mirar rápidamente en torno para asegurarse de que estaba a solas, con una prisa casi culpable pero con un ceremonioso deleite, con gran placer, apoyó la mano delgada y blanca en el costado de la cara de la niña en el que las llamas habían devorado el ojo y la mejilla, dejando una cicatriz laminada y al descubierto. Todo eso desapareció al rozarlo. Vio la carne intacta, el rostro redondeado, suave y dormido de una niña. Era como si su contacto hubiera hecho renacer el verdadero rostro.

Suavemente, con desgana, apartó la palma y vio la irreparable pérdida, aquello que jamás se curaría del todo.

Se inclinó y besó la cicatriz, se irguió de prisa y salió de la casa.

El sol se ocultaba tras una bruma vasta, nacarada. No había nadie en torno. Probablemente Gavilán estaba en el bosque. Había comenzado a visitar la tumba de Ogion y pasaba horas de horas en ese tranquilo lugar bajo el haya, y a medida que había ido recuperando sus fuerzas se había acostumbrado a subir por los senderos que a Ogion tanto le gustaban. Evidentemente la comida no le interesaba; Tenar tenía que pedirle que comiera. Evitaba la compañía, lo único que quería era estar a solas. Therru estaba dispuesta a seguirlo a donde fuera y, por ser tan silenciosa como él, no lo importunaba, pero él era incansable y rápidamente mandaba a la niña de vuelta a casa y seguía caminando solo, más lejos, Tenar no sabía hasta dónde. Regresaba tarde, se echaba a dormir y a menudo salía antes de que ella y la niña despertaran. Tenar le dejaba pan y carne para que se llevara.

Ahora lo vio acercarse por el sendero del prado que le había parecido tan largo y arduo cuando había ayudado a Ogion a recorrerlo por última vez. Él atravesó el aire radiante, la hierba arqueada por el viento, caminando firme y resueltamente, encerrado en su obstinado sufrimiento, duro como una piedra.

—¿Te quedarás cerca de la casa? —le preguntó desde lejos—. Therru duerme. Quiero caminar un poco.

—Sí. Ve —le dijo y ella se echó a andar, meditando en la indiferencia de un hombre ante las exigencias que regían a una mujer: que hubiera alguien cerca de un niño dormido, que la libertad de uno supusiera la falta de libertad de otro, a menos que se llegara a un equilibrio en perpetuo cambio, en perpetuo movimiento, como el equilibrio de un cuerpo que avanza, como avanzaba ella ahora, con las dos piernas, primero una, luego la otra, en la práctica de ese arte extraordinario, el caminar... Entonces, los colores cada vez más oscuros y el suave empuje del

viento se apoderaron de sus pensamientos. Siguió caminando, sin metáforas, hasta llegar a los riscos de arenisca. Allí se detuvo y miró hundirse el sol en la bruma serena, rosácea.

Se arrodilló y primero vio y luego palpó con la punta de los dedos una grieta alargada, poco profunda, casi perdida en la roca, que llegaba hasta la misma orilla del precipicio: la huella de la cola de Kalessin. La recorrió una y otra vez con los dedos, contemplando fijamente los remolinos del crepúsculo, en una ensoñación. Dijo una sola palabra. Esta vez el nombre no surgió de su boca como una llamarada, aunque silbó y se escapó arrastrándose de sus labios: «Kalessin...».

Miró hacia el este. Las cumbres de la Montaña de Gont que se elevaban por encima de los bosques estaban rojas, llenas de esa luz que ya había desaparecido allí abajo. El color se fue apagando mientras contemplaba. Desvió la mirada y cuando volvió a mirar las cumbres estaban grises, sombrías, las laderas boscosas oscuras.

Esperó a que apareciera el lucero de la tarde. Cuando comenzó a brillar por sobre la bruma, se echó a andar lentamente hacia la casa.

Era su hogar y no lo era. ¿Por qué estaba allí, en la casa de Ogion, en lugar de estar en su propia casa, cuidando las cabras y las cebollas de Ogion en lugar de cuidar su propio huerto y su rebaño? «Espera», le había dicho él y ella había esperado; y había llegado el dragón; y Ged estaba bien ahora..., bastante bien. Había hecho lo que debía hacer. Había cuidado la casa. Ya no era necesaria. Había llegado la hora de marcharse.

Sin embargo, no podía pensar en alejarse de ese alto promontorio, de ese nido de halcones, y regresar a las tierras bajas, a las serenas tierras de labranza, a las tierras del interior donde no soplaba el viento; no podía pensar en eso sin que su corazón se abatiera y ensombreciera. ¿Qué había sucedido con el sueño que había tenido allí, bajo el ventanuco que miraba al oeste? ¿Qué había sucedido con el dragón que se le había aparecido en ese sitio?

La puerta de la casa estaba abierta como de costumbre para dejar entrar la luz y el aire. Gavilán estaba sentado en una banqueta junto al hogar vacío, sin la luz de una lámpara ni la luz de las llamas. Solía sentarse allí. Tenar pensaba que ése había sido su lugar cuando había vivido allí de niño, en su breve estancia como pupilo de Ogion. Había sido el lugar de ella, en los días de invierno, cuando era pupila de Ogion.

Él la miró entrar, pero no había estado mirando la puerta sino lo que había a su lado, a la derecha, el rincón oscuro detrás de ella. Allí estaba la vara de Ogion, una rama de roble, pesada, gastada hasta volverse suave en la empuñadura, tan alta como él. Therru había apoyado a su lado la varilla de avellano y la rama de aliso que Tenar había cortado para las dos en el camino a Re Albi.

Tenar pensó: «Su vara, su vara de hechicero, de madera de tejo, Ogion se la dio... ¿Dónde está?...». Y, a la vez: «¿Por qué no había pensado en eso hasta ahora?».

La casa estaba a oscuras y parecía estar mal ventilada. Se sentía abrumada. Había deseado que él se quedara a hablar con ella, pero ahora que estaba sentado allí no tenía nada que decirle, ni él a ella.

—He estado pensando —dijo ella finalmente, ordenando los cuatro platos en el aparador de roble—, que ya es hora de que regrese a mi granja.

Él no dijo nada. Posiblemente asintió, pero ella estaba vuelta de espaldas.

De pronto se sintió agotada, con deseos de acostarse; pero él estaba sentado cerca de la entrada de la casa y todavía no había oscurecido del todo; no podía quitarse la ropa delante de él. Le molestó sentir vergüenza. Estaba a punto de pedirle que saliera por un rato cuando él comenzó a hablar, carraspeando, vacilante.

—Los libros. Los libros de Ogion. Las Runas y los dos libros del Saber. ¿Te los llevarás contigo?

—¿Conmigo?

—Tú fuiste su última alumna.

Ella se acercó al hogar y se sentó frente a él en la silla de tres patas de Ogion.

—Aprendí a escribir las Runas Hárdicas, pero he olvidado casi todo, sin duda. Me enseñó algo de la lengua de los dragones. Recuerdo algo de eso. Pero nada más. No llegué a ser su discípula, una hechicera. Como sabes, me casé. ¿Ogion le habría dejado sus libros sabios a la esposa de un granjero?

Después de una pausa, él dijo en tono impasible: —¿No se los dejó a alguien, entonces?

—A ti, sin duda.

Gavilán no dijo nada.

—Tú fuiste su último pupilo, y su orgullo, y su amigo. Nunca lo dijo, pero ciertamente te pertenecen.

—¿Qué debo hacer con ellos?

Ella lo miró fijamente en la oscuridad. En el otro extremo de la habitación, la ventana del oeste despedía una luz tenue. La cólera obstinada, implacable y misteriosa que había en la voz de Ged la enfureció.

—¿Tú, el Archimago, me preguntas a mí? ¿Por qué me haces parecer más tonta de lo que soy, Ged?

Él se puso de pie. Le temblaba la voz. —¿Pero no ves..., no puedes ver..., que todo se ha acabado..., ha desaparecido?

Ella se quedó sentada con la mirada fija, tratando de verle la cara.

—No tengo poder, no tengo nada. Lo entregué, lo consumí..., todo lo que tenía. Para cerrar..., de modo que... ya está, se ha acabado.

Ella trató de negar lo que él decía, pero no pudo.

—Como echar un poco de agua —dijo él—, un vaso de agua en la arena. En la tierra yerma. Tenía que hacerlo. Pero ahora no me queda nada para beber. ¿Y de qué sirve, de qué sirvió un vaso de agua en todo el desierto? ¿Ha desaparecido el desierto acaso?... ¡Ah! ¡Escucha!... Solía susurrarme eso del otro lado de esa puerta: ¡Escucha, escucha! Y me marché a la tierra yerma cuando era joven. Y la encontré allí, me convertí en ella, desposé a mi muerte. Me dio vida. Agua, el agua de la vida. Yo era una fuente, un manantial vivo, generoso. Pero las fuentes están secas allí. Al final todo lo que me quedaba era un vaso de agua y tuve que vaciarlo en la arena, en el lecho del río seco, sobre las rocas en la oscuridad. De modo que ha desaparecido. Se ha acabado. Ya está hecho.

Había aprendido bastante, de Ogion y del mismo Ged, como para saber a qué tierra se refería y aunque hablaba en imágenes esas imágenes no eran máscaras que ocultaran la verdad sino la verdad misma como él la había visto. Sabía también que debía negar lo que él le decía, aunque fuese cierto. —No te das tiempo, Ged —le dijo—. Se ha de tardar mucho en regresar de la muerte... aunque sea volando en un dragón. Te llevará mucho tiempo. Tiempo y calma, silencio, quietud. Te han herido. Sanarás.

Él se quedó en silencio por largo rato, de pie. Ella sentía que había dicho lo que debía decir y que le había dado cierto consuelo. Él habló al cabo.

—¿Como la niña?

Fue como un cuchillo tan afilado que no sintió cuando se le clavaba en el cuerpo.

—No sé —dijo él en el mismo tono suave y seco— por qué te hiciste cargo de ella, sabiendo que no podía curarse. Sabiendo lo que ha de ser su vida. Supongo que es parte de la época en que hemos vivido..., una época sombría, de destrucción, una época en que algo se acaba. Supongo que te hiciste cargo de ella así como yo salí al encuentro de mi enemigo, porque era lo único que podías hacer. Y tenemos que seguir viviendo con el botín de nuestra victoria sobre el mal hasta que llegue la nueva era. Tú con tu niña quemada, yo sin nada en absoluto.

La desesperación se expresa con una voz tranquila, serena. Tenar se dio vuelta a mirar la vara del mago en el espacio oscuro a la derecha de la puerta, pero no había luz allí. Todo

estaba a oscuras, dentro y fuera. A través de la puerta abierta se divisaban un par de estrellas, lejanas y difusas. Las miró. Quería saber qué estrellas eran. Se levantó y se dirigió a tientas a la puerta, pasando delante de la mesa. La bruma se había elevado y no se veían muchas estrellas. Una de las que había visto desde el interior era la estrella blanca del verano que en Atuan, en su propia lengua, llamaban Tehanu. No conocía la otra estrella. No sabía qué nombre le daban a Tehanu allí, en la lengua hárdica, o cuál era su nombre verdadero, cómo la llamaban los dragones. Sólo sabía cómo la habría llamado su madre, Tehanu, Tehanu. Tenar, Tenar...

—Ged —dijo desde la puerta, sin darse vuelta—, ¿quién te trajo aquí, cuando eras niño?

Él se le acercó y se quedó de pie, contemplando también el brumoso horizonte del mar, las estrellas, la oscura mole de la montaña por encima de ellos.

—Nadie en realidad —dijo él—. Mi madre murió poco después de que nací. Tenía hermanos mayores. No los recuerdo. Estaba mi padre, que era herrero. Y la hermana de mi madre. Era la bruja de Diez Alisos.

—¿Tía Musgo? —dijo Tenar.

—Más joven. Tenía cierto poder.

—¿Cómo se llamaba? Él se quedó en silencio.

—No recuerdo —dijo lentamente.

Al cabo de un rato, dijo: —Ella me enseñó los nombres. Halcón, halcón peregrino, águila, halieto, milano, gavilán...

—¿Qué nombre le das a esa estrella? La estrella blanca, allá en lo alto.

—El Corazón del Cisne —dijo él, alzando los ojos—. En Diez Alisos la llamaban Flecha.

Pero no dijo su nombre en la Lengua de la Creación ni los nombres verdaderos que la bruja le daba al halcón, al gavilán.

—Lo que dije... allí... estuvo mal —dijo suavemente—. No debería hablar. Perdóname.

—Si no hablas, ¿qué puedo hacer sino dejarte solo? —Se volvió hacia él.— ¿Por qué piensas sólo en ti, siempre en ti? Sal por un rato —le dijo furiosa—. Quiero acostarme.

Él salió de la casa, perplejo, musitando una disculpa; y ella fue hasta el rincón, se quitó la ropa y se acostó, y ocultó la cara en la dulce tibieza de la nuca sedosa de Therru.

«Sabiendo lo que ha de ser su vida...»

Su cólera contra Ged, su estúpido rechazo de la verdad que encerraba lo que le había contado, surgían de una decepción. Aunque Alondra había dicho muchas veces que no había nada que hacer, había tenido la esperanza de que Tenar pudiese curar las heridas; y aunque insistía en que ni siquiera Ogion podría haberlo hecho, Tenar había tenido la esperanza de que Ged curase a Therru..., pudiese apoyar la mano en la cicatriz y que la cicatriz desapareciese y sanara, que el ojo ciego brillara, que la mano contraída se aflojara, que la vida quedara intacta.

«Sabiendo lo que ha de ser su vida...»

Los rostros que se apartaban, los gestos para conjurar el mal, el horror y la curiosidad, la malsana piedad y la amenaza punzante, porque las heridas atraen nuevas heridas... Y jamás los brazos de un hombre. Nunca nadie que la abrazara. ¡Sí!, él tenía razón, la niña debería haber muerto, debería estar muerta. Deberían haberla dejado marcharse a esa tierra yerma, ella y Alondra y Hiedra, viejas entrometidas, compasivas y crueles. Él tenía razón, siempre tenía razón. Pero, entonces, los hombres que se habían aprovechado de ella para satisfacer sus apetitos y para jugar con ella, la mujer que había permitido que lo hicieran..., habían tenido razón al golpearla hasta dejarla inconsciente y al arrojarla al fuego para que muriera quemada. Sólo que no habían consumado lo que se proponían. Habían perdido la calma, le habían dejado algo de vida. Habían hecho mal. Y todo lo que ella, Tenar, había hecho estaba mal. La habían entregado a los poderes sombríos cuando era niña: había sido devorada por ellos, habían permitido que la devoraran. ¿Creía acaso que por cruzar el mar, por aprender otras lenguas, por ser la esposa de un hombre, una madre, simplemente por vivir su vida podría ser

alguna vez algo distinto de lo que era: su sierva, su alimento, alguien a quien podían utilizar para satisfacer sus apetitos y para jugar con ella? Por estar destruida, había atraído lo que estaba destruido, parte de su propia ruina, el cuerpo de su propio mal.

La niña tenía cabellos finos, tibios, fragantes. Estaba acurrucada en los tibios brazos de Tenar, soñando. ¿Qué de malo podía haber en ella? Le habían hecho daño, un daño irreparable, pero no había nada malo en ella. No estaba perdida, no estaba perdida, no estaba perdida. Tenar la abrazó y se quedó quieta y se concentró en la luz de su sueño, los remolinos de luz resplandeciente, el nombre del dragón, el nombre de la estrella, Corazón de Cisne, la Flecha, Tehanu.

Estaba peinando a la cabra negra para quitarle la delicada lana pegada a la piel que luego hilaría y llevaría donde una tejedora para que hiciera con ella un trozo de sedosa tela afelpada de la Isla de Gont. Miles de veces le habían quitado la lana de esa manera a la cabra negra y le gustaba que lo hicieran, se inclinaba hacia el peine de alambre que se hundía y tironeaba. La lana gris negruzca se fue apilando en una nube suave y polvorienta que Tenar guardó finalmente en una bolsa de malla; para agradecerle, le quitó a la cabra algunos cardos de las puntas de las orejas y le dio una afable palmada en el flanco redondeado. «¡Baaa!», dijo la cabra y se alejó trotando. Tenar salió de la dehesa cercada y caminó hasta la entrada de la casa, mirando el prado para asegurarse de que Therru seguía jugando allí.

Musgo le había enseñado a la niña a tejer cestas de hierba y, a pesar de la torpeza de su mano contraída, había empezado a aprender a hacerlo. Estaba sentada en el prado con su labor en el regazo, pero sin trabajar. Miraba a Gavilán.

Él estaba bastante lejos, hacia la orilla del precipicio. Estaba de espaldas y no sabía que alguien lo miraba, porque observaba atentamente a un pájaro, un cernícalo joven; y, a su vez, el pájaro observaba atentamente a una pequeña presa que había vislumbrado en la hierba. Suspendido, batiendo las alas, trataba de asustar al ratón de campo o a la rata para que entrara rápidamente en su cueva. El hombre estaba de pie, igualmente atento, igualmente ávido, observando fijamente al pájaro. Alzó lentamente la mano derecha, sin levantar el antebrazo, y al parecer dijo algo, aunque el viento se llevó sus palabras. El cernícalo se apartó, lanzando un graznido fuerte, áspero, agudo, y se elevó repentinamente y se alejó hacia los bosques.

El hombre bajó el brazo y se quedó inmóvil, contemplando el pájaro. La niña y la mujer estaban inmóviles. Sólo el pájaro volaba, liberándose.

—Una vez me visitó transformado en halcón, en halcón peregrino —le había dicho Ogion, junto al fuego, un día de invierno. Le había estado hablando de los sortilegios de cambio, de transformación, del mago Bordger que se había transformado en oso—. Vino volando hacia mí, a mi muñeca, desde el norte y el este. Lo traje junto al fuego, aquí. No podía hablar. Pude ayudarle porque lo conocía; logró liberarse del halcón y convertirse nuevamente en un hombre. Pero siempre le quedó algo de halcón. En su aldea lo llamaban Gavilán porque los halcones salvajes se le acercaban cuando los llamaba. ¿Qué somos? ¿Qué es ser un hombre? Antes de recibir su nombre, antes de adquirir conocimientos, antes de tener poder, el halcón ya existía dentro de él y el hombre y el mago y más... Era aquello que no podemos definir. Y así somos todos.

La niña sentada frente al hogar, mirando fijamente el fuego, escuchando, vio al halcón; vio al hombre; vio los pájaros que se le acercaban, respondiendo a su llamada, a la voz que pronunciaba su nombre, que llegaban batiendo las alas para aferrarse a su brazo con las crueles garras; se vio a sí misma como el halcón, el pájaro salvaje.

7

Ratones

Townsend, el mercader de ovejas que le había llevado el mensaje de Ogion a la granja del Valle Central, llegó una tarde a la casa del mago.

—¿Vas a vender las cabras, ahora que el Señor Ogion ya no está?

—Tal vez —dijo Tenar con indiferencia. De hecho, se había estado preguntando de qué iba a vivir si se quedaba en Re Albi. Como a todos los hechiceros, a Ogion lo mantenían las gentes a las que servía con sus artes y sus poderes... En su caso, todos los habitantes de Gont. Le habría bastado con pedir para que le hubiesen dado con gratitud lo que necesitaba, un buen trueque a cambio de la bondad del mago; pero nunca había tenido que pedir. Por el contrario, tenía que regalar el exceso de alimentos y ropas y herramientas y ganado y todos los objetos y adornos que le ofrecían o que simplemente dejaban ante su puerta. «¿Qué voy a hacer con esto?», solía preguntar, perplejo, de pie y con los brazos llenos de pollos indignados y chillones, o yardas de tapices o potes de remolachas en escabeche.

Pero Tenar había dejado su fuente de sustento en el Valle Central. Al marcharse tan precipitadamente no había pensado cuánto tiempo podría quedarse. No había traído consigo las siete monedas de marfil, el tesoro de Pedernal; ese dinero tampoco le habría servido de nada en la aldea, salvo para comprar tierras o ganado, o negociar con algún mercader que llegara del Puerto de Gont ofreciéndoles pieles de pellawi o sedas de Lorbanería a los ricos Hacendados y a los señores poco importantes de Gont. La granja de Pedernal producía todo lo que ella y Therru necesitaban para alimentarse y vestirse; pero las seis cabras de Ogion y las habichuelas y las cebollas sólo le habían servido para divertirse, no para satisfacer sus necesidades. Había vivido de lo que Ogion tenía en la despensa, de los obsequios que le daban los aldeanos en recuerdo de él y de la generosidad de Tía Musgo. Ayer precisamente la bruja le había dicho: —Queridita, los pollos de mi gallina de cogote emplumado acaban de salir del cascarón y te voy a traer dos o tres cuando empiecen a rascar la tierra. El mago no los habría aceptado, decía que eran muy bulliciosos y tontos, pero ¿qué es una casa en la que no hay polluelos a la entrada? De hecho, las gallinas entraban y salían a sus anchas de la casa de Musgo, dormían en su cama y enriquecían de una manera increíble los olores del cuarto oscuro, lleno de humo y maloliente.

—Hay una añal parda y blanca que puede ser una excelente cabra lechera —le dijo Tenar al hombre de rostro aguzado.

—Estaba pensando en todo el rebaño —dijo él—. Tal vez. Sólo hay cinco o seis, ¿verdad?

—Seis. Están en la dehesa, allá arriba, si quieres ir a echarles una mirada.

—Ya lo haré. —Pero no se movió. Evidentemente, ninguno de los dos iba a demostrar mayor interés.

—¿Viste el gran barco que llegó? —le preguntó él.

La casa de Ogion miraba al oeste y al norte, y desde allí sólo se divisaban los promontorios rocosos a la entrada de la bahía, los Riscos Fortificados, pero desde la aldea, en varios lugares, se podía recorrer con la mirada el transitado camino que llevaba al Puerto de Gont y ver los muelles y todo el puerto. El observar las embarcaciones era una actividad constante en Re Albi. Generalmente había un par de viejos sentados en el banco de atrás de la herrería, el lugar que tenía la mejor vista, y aunque tal vez jamás en toda su vida hubiesen bajado las quince millas zigzagueantes de ese camino hasta el Puerto de Gont, observaban los ires y venires de los navíos como un espectáculo, extraño pero familiar, que se les ofrecía para su diversión.

—El hijo del herrero dijo que viene de Havnor. Estaba en el Puerto tratando de conseguir lingotes a buen precio. Llegó ayer al anochecer. El gran barco viene del Gran Puerto de Havnor, eso dijo.

Probablemente sólo hablaba para que ella no pensara en el precio de las cabras y su mirada solapada probablemente sólo se debiera a la forma de sus ojos. Pero el Gran Puerto de Havnor comerciaba poco con Gont, una isla pobre y remota que sólo era conocida por sus hechiceros, sus piratas y sus cabras; y algo la inquietó o la alarmó al oír esas palabras, «el gran barco», no sabía por qué.

—Dijo que dicen que ahora hay un rey en Havnor —siguió diciendo el mercader de ovejas, mirando de soslayo.

—Eso puede ser bueno —dijo Tenar.

Townsend asintió. —Puede mantener alejados a los forasteros, esa gentuza.

Tenar inclinó afablemente su cabeza de forastera.

—Pero quizás a los del Puerto no les guste. —Se refería a los piratas que capitaneaban navíos de Gont, cuyo dominio sobre los mares del nordeste había aumentado a tal punto en los últimos años que muchas antiguas rutas de comercio con las islas del centro del Archipiélago habían cambiado o habían quedado abandonadas; eso había empobrecido a todos en Gont, salvo a los piratas, pero no impedía que éstos fueran verdaderos héroes para la mayoría de los gontescos. Por lo que sabía, su hijo era marino de un barco pirata. Y tal vez corría menos peligro que en un tranquilo barco mercante. *Más vale ser tiburón que arenque*, como decían.

—Hay algunos que nunca están satisfechos con nada —dijo Tenar, siguiendo automáticamente las normas de la conversación, pero la impacientaban tanto que, poniéndose de pie, agregó—: Te mostraré las cabras. Puedes echarles una mirada. No sé si las venderemos todas o si venderemos alguna. —Y llevó al hombre hasta el portón de la dehesa de retamas y lo dejó allí. Le desagradaba. Él no tenía la culpa de haberle traído malas nuevas una vez y tal vez dos, pero miraba de soslayo y no le gustaba tenerlo cerca. No vendería las cabras de Ogion. Ni siquiera a Sippy.

Después de que él se hubo marchado, sin haber hecho un buen negocio, se dio cuenta de que se sentía inquieta. Le había dicho «No sé si las venderemos» y eso había sido una imprudencia, decir venderemos en lugar de *venderé*, cuando él no había pedido hablar con Gavilán, ni siquiera se había referido a él, como casi con toda seguridad habría hecho un hombre que estuviese regateando con una mujer, especialmente cuando ella rechazaba su oferta.

No sabía qué pensaban de Gavilán en la aldea, de su presencia y su ausencia. Ogion, reservado y silencioso y en cierto modo temido, había sido su mago y un habitante más de la aldea. Podían sentirse orgullosos de Gavilán por su nombre, por ser el Archimago que había vivido por un tiempo en Re Albi y había hecho cosas prodigiosas, engañado a un dragón en las Noventa Islas, traído el Anillo de Erreth-Akbé de vuelta desde algún lugar; pero no lo conocían. Y él tampoco los conocía. No había ido a la aldea desde su llegada, sólo al bosque, a los lugares deshabitados. No había pensado en eso antes, pero él evitaba ir a la aldea con tanta determinación como Therru.

Seguramente hablaban de él. Era una aldea y la gente hablaba. Pero los chismes sobre lo que hacían los hechiceros y los magos nunca llegaban muy lejos. El tema era muy misterioso, la vida de los hombres de poder era muy extraña, muy distinta de sus vidas. «Déjalo en paz», había oído decir a los aldeanos en el Valle Central cuando alguien empezaba a especular sin reservas sobre un transformador del tiempo que llegaba de paso o sobre su propio hechicero, Haya. «Dejadlo en paz. Él va por su camino, nosotros por el nuestro.»

En cuanto a ella, no les parecía sospechoso que se hubiese quedado a cuidar y servir a un hombre de poder como él; una vez más se trataba de «dejar en paz». Ni siquiera ella había ido mucho al pueblo; los aldeanos no eran afables ni hostiles con ella. Ella había vivido allí antaño, en la casa de Abanico, el Tejedor; había sido la pupila del viejo mago, él había mandado a Townsend a buscarla al otro lado de la montaña; todo eso estaba muy bien. Pero

luego había llegado con la niña de aspecto aterrador, ¿quién querría andar por allí con ella a plena luz del día por su propia voluntad? ¿Y qué clase de mujer podía ser la pupila de un mago, la que cuidaba a un mago? Sin duda, había brujería, y forastera además. Pero, de todos modos, había sido la esposa de un acaudalado granjero lejos de allí, en el Valle Central; aunque estuviese muerto y ella fuera una viuda. Y bien, ¿quién podía entender las costumbres de las brujas? No entrometerse, era mejor no entrometerse...

Se cruzó con el Archimago de Terramar que venía caminando junto al cerco del huerto. —Dicen que hay un barco que viene de la Ciudad de Havnor —le dijo.

Él se detuvo. Hizo un movimiento que controló rápidamente, pero había sido el comienzo de un intento de huir, de alejarse y correr como un ratón que huyera de un halcón.

—¡Ged! —dijo ella—. ¿Qué sucede?

—No puedo —dijo él—. No, no puedo enfrentarlos.

—¿A quiénes?

—A sus hombres. Los hombres del rey.

Su rostro se había vuelto algo ceniciento, como cuando había llegado, y miraba en derredor buscando un lugar donde ocultarse.

Su terror era tan apremiante y desvalido que ella sólo pensó en cómo podría protegerlo. —No tienes que verlos. Si alguien viene, lo echo. Vuelve a casa ahora. No has comido en todo el día.

—Había un hombre allí —dijo él.

—Townsend, poniéndole precio a las cabras. A ése ya lo eché. ¡Ven!

Él entró con ella y, una vez dentro, ella cerró la puerta.

—No te pueden hacer daño, Ged, sin duda que no. ¿Por qué querrían hacerlo?

Él se sentó ante la mesa y sacudió lentamente la cabeza. —No, no.

—¿Saben que estás aquí?

—No sé.

—¿A qué le temes? —le preguntó ella, sin impaciencia, pero con cierta autoridad racional.

Él se cubrió la cara con las manos, frotándose las sienes y la frente, con la mirada gacha.

—Yo era... —dijo—. No soy...

Era todo lo que podía decir.

Ella lo interrumpió, diciendo: —Está bien, todo está bien. —No se atrevía a tocarlo para no hacerlo sentir más humillado con cualquier gesto que pudiese parecer compasión. Estaba enfadada con él y por lo que le sucedía.— ¡No tiene que importarles —le dijo— dónde estés ni quién seas, ni qué decidas hacer o no hacer! Si vienen a husmear, pueden marcharse con la curiosidad. —Ése era el adagio de Alondra. Sintió una súbita nostalgia por la compañía de una mujer simple y sensata.— En todo caso, es posible que el barco no tenga nada que ver contigo. Tal vez estén persiguiendo piratas para que regresen al lugar de donde salieron. Eso también será bueno, cuando el rey empiece a hacerlo... Encontré un poco de vino en el fondo de la alacena, un par de botellas, me pregunto cuánto tiempo lo tuvo escondido allí Ogion. Creo que a los dos nos vendría bien una copa de vino. Y un poco de pan y queso. La pequeña ya comió y salió a buscar ranas con Brezo. Tal vez tengamos patas de rana para la cena. Pero por ahora hay pan y queso. Y vino. ¿De dónde vendrá, quién se lo habrá dado a Ogion, de cuándo será? —Siguió charlando, en un parloteo de mujer, ahorrándole el tener que responder o malinterpretar cualquier silencio, hasta que superara la crisis de vergüenza y comiera un poco, y bebiera un vaso del suave y añejo vino tinto.

—Es mejor que me marche, Tenar —dijo él—. Hasta que aprenda a ser el que soy ahora.

—¿Adónde?

—A la montaña.

—¿A vagar... como Ogion? —Lo miró. Recordó cuando había caminado a su lado por las calles de Atuan y le había preguntado burlonamente:— ¿Mendigan a menudo los magos? —Y él le había respondido:— Sí, pero tratan de dar algo a cambio.

Le preguntó con cautela: —¿Podrías ganarte la vida por un tiempo cambiando el tiempo o encontrando cosas? —Le llenó la copa.

Él negó con la cabeza. Bebió vino y desvió la mirada. —No —dijo—. Nada de eso. Nada de eso.

Ella no le creía. Quería rebelarse, negar, decirle «¿Cómo puede ser, cómo puedes decir eso... como si hubieras olvidado todo lo que sabes, todo lo que te enseñó Ogion y lo que aprendiste en Roke y en tus viajes? No puedes haber olvidado las palabras, los nombres, los actos de tu arte. ¡Aprendiste, conquistaste tu poder!». No lo dijo, pero musitó: —No comprendo. ¿Cómo es posible que todo...?

—Un vaso de agua —dijo él, inclinando un poco su copa como si fuera a vaciarla. Y, al cabo de un rato—: Lo que no comprendo es por qué me llevó de regreso. La bondad de los jóvenes es cruel... Así que aquí estoy, tengo que seguir viviendo, hasta que pueda regresar.

Ella no comprendía claramente qué quería decir, pero percibió un dejo de condena o de queja que, por venir de él, la sobresaltó y la hizo enfurecerse. Dijo con dureza: —Fue Kalessin el que te trajo aquí.

La casa estaba a oscuras, así, con la puerta cerrada y la luz del crepúsculo que sólo entraba por la ventana del oeste. No conseguía descifrar su expresión; pero al cabo de un rato él alzó la copa hacia ella con una sombría sonrisa, y bebió.

—Este vino —dijo—. Seguramente se lo dio a Ogion un gran mercader o un gran pirata. Nunca bebí nada parecido. Ni siquiera en Havnor. —Hizo girar en las manos la copa redondeada, bajando los ojos para contemplarla.— Me daré algún nombre —dijo— y atravesaré las montañas hasta llegar a Armouth y a las tierras del Bosque Oriental de donde vengo. Estarán segando. Siempre se necesita gente para segar y para cosechar.

Ella no sabía qué responder. Frágil y enfermizo como estaba, sólo le darían ese tipo de trabajo por caridad o brutalidad; y si lo conseguía, no sería capaz de hacerlo.

—Los caminos no son como antes —le dijo—. Desde hace algunos años, hay ladrones y pandillas por todas partes. Forasteros, gentuza, como dice mi amigo Townsend. Pero ya no es prudente andar solo.

Observándolo en la penumbra para ver cómo reaccionaba, se preguntó con vehemencia por un instante cómo podría ser el no haber temido jamás a un ser humano; cómo sería el tener que aprender a temer.

—Ogion seguía yendo... —empezó a decir él y luego se calló; había recordado que Ogion era un mago.

—Allá, en el sur de la isla — dijo Tenar — , hay muchos rebaños. Ovejas, cabras, vacunos. Los llevan a las colinas antes de la Larga Danza y los dejan pastar allí hasta el comienzo de las lluvias. Siempre necesitan pastores. —Bebió un trago de vino. Lo sintió como el nombre del dragón en la boca. — ¿Pero por qué no te puedes quedar aquí?

— No en la casa de Ogion. Es el primer lugar al que vendrían.

—¿Y qué si vienen? ¿Qué te van a pedir?

—Que sea el que era.

El desconsuelo de su voz la estremeció.

Se quedó en silencio, tratando de recordar qué había sentido cuando era poderosa, la Devorada, la única Sacerdotisa de las Tumbas de Atuan, y luego al perder eso, al arrojarlo lejos, convirtiéndose sólo en Tenar, sólo en ella. Pensó qué había sentido cuando era una mujer en la flor de la vida, con hijos y un hombre, y luego al perder todo eso, al envejecer y convertirse en una viuda, sin poder. Pero seguía sin comprender su vergüenza, su dolorosa

humillación. Tal vez sólo un hombre pudiese sentir eso. Una mujer se acostumbraba a sentirse humillada.

O quizá Tía Musgo tuviese razón y cuando se sacaba la nuez la cáscara quedaba vacía.

Ideas de brujas, pensó. Y para distraerlo y distraerse, y porque el suave vino le soltaba las ideas y la lengua, dijo: — ¿Sabes? He pensado... en que Ogion me enseñaba y que yo no quise seguir aprendiendo, sino que me marché y encontré a mi granjero y me casé con él... Yo pensaba, el día de mi boda yo pensaba: «¡Ged se va a enfadar si se entera!». Se reía sin dejar de hablar.

—Así fue — dijo él.

Ella esperó.

Él dijo: —Me sentía decepcionado.

—Enfadado —dijo ella.

—Enfadado —dijo él.

Él le llenó la copa.

—En ese entonces tenía el poder de reconocer el poder —dijo él—. Y tú..., tú irradiabas luz, en ese lugar terrible, el Laberinto, en esa oscuridad...

—Y bien, entonces, dime: ¿qué debería haber hecho con mi poder y con lo que Ogion trató de enseñarme?

—Usarlo.

—¿Cómo?

—Como se usa el Arte de la Magia.

—¿Quién lo usa?

—Los hechiceros —respondió él, con un dejo de dolor.

—¿La magia son las maestrías, las artes de los hechiceros, de los magos?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—¿Es todo lo que puede llegar a ser? Él se quedó pensativo, alzando los ojos un par de veces para mirarla.

—Cuando Ogion me enseñaba —dijo ella—, allí... ante el hogar, las Palabras del Habla Arcana, me era tan fácil y tan difícil pronunciarlas como a él. Era como aprender la lengua que hablaba antes de nacer. Pero lo demás... el saber, las runas del poder, los sortilegios, las reglas, la invocación de las fuerzas... todo eso era algo sin vida para mí. Una lengua ajena. Pensaba entonces que podría vestirme como un guerrero, con una lanza y una espada y un penacho y todo, pero que nada me quedaría bien, ¿o no? ¿Qué haría con la espada? ¿Me convertiría en un héroe? Llevaría ropas que no me quedarían bien, eso es todo, y apenas podría caminar.

Bebió un poco de vino.

—Así que me lo quité todo —dijo— y me vestí con mi propia ropa.

—¿Qué dijo Ogion cuando lo abandonaste?

—¿Qué solía decir Ogion?

Eso hizo aparecer nuevamente la sombría sonrisa. Ged no dijo nada.

Ella asintió.

Al cabo de un rato, siguió hablando más suavemente. —Él me acogió porque tú me habías traído. Después de ti, no quería tener pupilos y nunca habría aceptado a una muchacha a menos que tú la trajeras, que tú se lo pidieras. Pero me quería. Me estimaba. Y yo lo quería y lo estimaba. Pero no podía darme lo que yo quería y no pude aceptar lo que tenía para darme. Él lo sabía. Pero, Ged, fue distinto cuando vio a Therru. El día antes de morir. Tú dices y Musgo dice que el poder reconoce el poder. No sé qué vio en ella, pero me dijo: «¡Enséñale!» Y dijo...

Ged esperó.

—Dijo: «Le temerán». Y dijo: «¡Enséñale *todo*! No lo de Roke». No sé qué quería decir. ¿Cómo puedo saber? Si me hubiese quedado aquí tal vez sabría, tal vez podría enseñarle. Pero yo pensé: «Ged vendrá, él sabrá. Él sabrá qué enseñarle, qué necesita saber mi pequeña tan maltratada».

—No sé —dijo él, en voz muy baja—. Lo que vi... En la niña sólo vi... el daño que le habían hecho. El mal.

Se bebió el vino de un trago.

—No tengo nada que darle —dijo.

Se escuchó un tenue rasguño en la puerta. Él se puso de pie instantáneamente, dándose vuelta con el mismo gesto desvalido, buscando un lugar donde ocultarse.

Tenar se acercó a la puerta, la entreabrió y olió a Musgo aun antes de verla.

—Hay hombres en la aldea —susurró dramáticamente la vieja—. Gentes muy finas de todo tipo que vienen del puerto, del gran barco que llegó de la Ciudad de Havnor, eso dicen. Vienen a buscar al Archimago, dicen.

—Él no quiere verlos —dijo Tenar débilmente. No se le ocurría qué hacer.

—Yo me atrevo a decir que no —dijo la bruja.

Y después de una pausa expectante—: ¿Dónde está, entonces?

—Aquí —dijo Gavilán, acercándose a la puerta y abriéndola más. Musgo lo miró y no dijo nada.

—¿Saben que estoy aquí?

—Si lo saben no es porque yo se lo haya dicho —dijo Musgo.

—Si vienen aquí —dijo Tenar—, lo único que tienes que hacer es decirles que se marchen... Después de todo, tú eres el Archimago...

Ni él ni Musgo le prestaban atención.

—A mi casa no van a venir —dijo Musgo—. Ven, si lo deseas.

Él la siguió, mirando fijamente a Tenar pero sin decirle nada.

—¿Pero qué debo decirles? —preguntó.

—Nada, queridita —dijo la bruja.

Brezo y Therru regresaron de los pantanos con siete ranas muertas en una bolsa de malla, y Tenar se puso a cortarles las patas y a despellejarlas para preparar la cena de las cazadoras. Estaba a punto de terminar cuando escuchó voces fuera y, cuando alzó los ojos para mirar por la puerta abierta, vio a varías personas de pie ante la puerta, hombres con sombreros, un destello de oro, un brillo. —¿La señora Goha? —preguntó una voz cortésmente.

—¡Entrad! —dijo ella.

Entraron: eran cinco hombres que parecían diez en la habitación de techo bajo, y altos e imponentes. Miraron en derredor, y ella vio lo que ellos veían.

Veían a una mujer de pie ante una mesa, con un cuchillo largo y afilado en la mano. En la mesa había un tajadero y, encima, a un costado, un montoncito de patas verdiblancas despellejadas; al otro lado había un montículo de ranas gordas, sanguinolentas, muertas. En la sombra que había detrás de la puerta se ocultaba algo: una niña, pero una niña deforme, maltrecha, con media cara, con una mano que parecía una garra. Sobre una cama que había en un rincón, bajo la única ventana, estaba sentada una muchacha alta, huesuda, que los contemplaba boquiabierta. Tenía sangre y barro en las manos, y su falda mojada olía a agua pantanosa. Cuando vio que la miraban, trató de taparse la cara con la falda, mostrando las piernas hasta el muslo.

Apartaron los ojos de la muchacha y de la niña, y no había nadie más a quien mirar, salvo la mujer con las ranas muertas.

—Señora Goha —repitió uno de ellos.

—Así me dicen —dijo ella.

—Venimos de Havnor, el rey nos envía —dijo la voz cortés. No podía verle claramente la cara porque estaba a contraluz—. Buscamos al Archimago, a Gavilán de Gont. El Rey Lebannen ha de ser coronado al comienzo del otoño y desea que el Archimago, su señor y amigo, esté a su lado para prepararlo para la coronación, y para coronarlo si así lo desea.

El hombre hablaba con seguridad y formalidad, como si le hablara a una dama en un palacio. Llevaba sobrios pantalones de cuero y una camisa de lino cubierta de polvo por haber subido desde el Puerto de Gont, pero era una tela delicada, bordada con hilos de oro en el cuello.

—No está aquí —dijo Tenar.

Un par de niños de la aldea fisgonearon desde la puerta y retrocedieron, volvieron a fisgonear, y huyeron gritando.

—Tal vez vos podáis decirnos dónde está, señora Goha —dijo el hombre.

—No puedo.

Los miró. El temor que le habían despertado en un comienzo —contagiado por el pánico de Gavilán, quizás, o una simple y absurda turbación ante desconocidos— empezaba a disiparse. Estaba en la casa de Ogion; y comprendía perfectamente por qué Ogion nunca había sentido temor ante la gente importante.

—Debéis de estar cansados después del largo camino —dijo—. ¿Queréis sentaros? Hay vino. Aquí tenéis, tengo que lavar las copas.

Guardó el tajadero en el aparador, dejó las patas de rana en la despensa, echó los restos en el cubo de basura que Brezo le llevaría al Tejedor Abanico para sus cerdos, se lavó las manos y los brazos y lavó el cuchillo en la palangana, echó agua fresca y lavó las dos copas de las que ella y Gavilán habían estado bebiendo. Había un tercer vaso en el armario y dos tazones de arcilla sin asas. Los colocó en la mesa y les sirvió vino a los visitantes; en la botella no quedaba más que lo suficiente para servirles una vez a todos. Habían intercambiado miradas y no se habían sentado. La falta de sillas explicaba su gesto. Sin embargo, las normas de la hospitalidad los obligaban a aceptar lo que ella les ofrecía. Todos los hombres tomaron la copa o el tazón que ella les alcanzó con un cortés susurro. Después de ofrecerle un brindis, bebieron.

—¡Extraordinario! —dijo uno de ellos.

—Las Andrades..., la Última Cosecha —dijo otro, con los ojos muy abiertos.

Un tercero sacudió la cabeza. —Las Andrades..., el Año del Dragón —dijo solemnemente.

El cuarto asintió y bebió otro trago, con reverencia.

El quinto, que había sido el primero en hablar, alzó nuevamente su tazón de arcilla hacia Tenar y le dijo: —Señora, nos honráis con un vino de reyes.

—Era de Ogion —dijo ella—. Ésta era la casa de Ogion. Ésta es la casa de Aihal. ¿Sabían eso los señores?

—Lo sabíamos, señora. El rey nos envió a esta casa, porque pensaba que el Archimago vendría aquí; y cuando la nueva de la muerte de su maestro llegó a Roke y Havnor, estuvo más seguro aún. Pero un dragón trajo al Archimago desde Roke. Y desde entonces no ha enviado ningún mensaje ni recado a Roke ni al rey. Y para el espíritu del rey es muy importante y para todos nosotros de gran interés el saber que el Archimago está aquí, y que está bien. ¿Vino aquí, señora?

—No puedo decirlo —dijo ella, pero era una ambigüedad poco feliz, reiterada, y se daba cuenta de que eso era lo que pensaban los hombres. Se levantó y se quedó de pie detrás de la mesa—. Lo que quiero decir es que no os lo diré. Si el Archimago desea venir, vendrá. Si no desea que lo encuentren, no lo encontraréis. Indudablemente, no lo buscaréis contra su voluntad.

El hombre de más edad, y el más alto, dijo: —Los deseos del rey son nuestros deseos.

El que había hablado primero dijo en tono más conciliatorio: —Sólo somos mensajeros. Lo que pasa entre el rey y el Archimago de las Islas es asunto de ellos. Lo único que pretendemos es transmitir el mensaje, y la respuesta.

—Si puedo, trataré de que reciba vuestro mensaje.

—¿Y la respuesta? —preguntó el hombre de más edad.

Ella no dijo nada y el que había hablado primero dijo: —Nos quedaremos aquí por unos días en la casa del Señor de Re Albi, quien, al enterarse de la llegada de nuestro navío, nos brindó su hospitalidad.

Sintió que le tendían una trampa o que un lazo se cerraba, aunque no sabía por qué. La vulnerabilidad de Gavilán, su conciencia de su debilidad, se habían apoderado de ella. Turbada, se protegió tras su apariencia, su imagen de simple ama de casa, de madura ama de casa..., ¿pero era una apariencia? También era verdad, y ese tipo de cosas eran aun más sutiles que los disfraces y las transformaciones de los hechiceros. Agachó la cabeza y dijo: —Los señores encontrarán allí comodidades más dignas de ellos. Como veis, aquí vivimos muy sencillamente, como vivía el viejo mago.

—Y bebéis vino de las Andrades —dijo el que había reconocido la cosecha, un hombre apuesto, de ojos vivaces, con una sonrisa triunfante. Desempeñando su papel, ella siguió con la cabeza gacha. Pero mientras se despedían e iban saliendo uno por uno, comprendió que, pareciera lo que pareciese y fuera lo que fuese, si aún no sabían que era Tenar la del Anillo, lo sabrían muy pronto; y así descubrirían que conocía al Archimago y que podría conducirlos a él, si estaban decididos a seguir buscándolo.

Cuando se hubieron marchado, lanzó un profundo suspiro. Brezo hizo otro tanto y por fin cerró la boca que había tenido abierta todo el tiempo que ellos habían estado allí.

—Yo nunca —dijo, con un tono de profunda, plena satisfacción, y salió a ver dónde se habían metido las cabras.

Therru salió del lugar oscuro detrás de la puerta, donde se había parapetado para ocultarse de los desconocidos con la vara de Ogion y la rama de aliso de Tenar y su varilla de avellano. Se movía con esos gestos tensos y furtivos que casi había abandonado desde que estaban allí, sin alzar los ojos, con la mitad desfigurada de la cara inclinada hacia el hombro.

Tenar se le acercó y se arrodilló para abrazarla. —Therru —dijo—, no te harán daño. No pretenden hacer daño.

La niña se negaba a mirarla. Dejó que Tenar la abrazara como a un trozo de madera.

—Si quieres, no permitiré que vuelvan a entrar en la casa.

Después de un rato, la niña se movió un poco y le preguntó con su voz áspera, gruesa: —¿Qué le van a hacer a Gavilán?

—Nada —dijo Tenar—. ¡No le harán daño! Han venido... Lo que quieren es rendirle honores.

Pero ya comenzaba a vislumbrar lo que lograrían con su intento de rendirle honores: negar su pérdida, impedirle sufrir por lo que había perdido, obligarlo a actuar como aquel que había dejado de ser.

Cuando soltó a la niña, Therru se dirigió al armario y sacó la escoba de Ogion. Barrió cuidadosamente el suelo allí donde habían estado los hombres de Havnor, borrando sus huellas, sacando el polvo de sus pies de la casa, del peldaño de la entrada.

Mientras la miraba, Tenar tomó una decisión.

Fue hasta el estante donde estaban los tres grandes libros de Ogion y se puso a escarbar. Encontró varias plumas de ganso y un frasco con tinta casi seca, pero ni un trozo de papel o pergamino. Apretó los dientes porque le parecía abominable estropear algo tan sagrado como un libro, y dobló y arrancó una angosta tira de papel de la última página en blanco del Libro de las Runas. Se sentó ante la mesa y mojó la pluma y comenzó a escribir. Ni la tinta ni las palabras salían fácilmente. No había escrito casi nada desde la época en que se sentaba ante

esa misma mesa, hacía un cuarto de siglo, con Ogion observándola por encima del hombro, enseñándole las runas hárdicas y las Grandes Runas de Poder. Escribió:

ve a granja de robles en vaye central
donde arroyo claro
di goha te envió a cuidar huerto y abejas

Demoró tanto en leerlo como había tardado en escribirlo. Therru ya había terminado de barrer y la observaba con interés.

Añadió dos palabras:

esta noche

—¿Dónde está Brezo? —le preguntó a la niña mientras le hacía dos dobleces al papel—. Quiero que lleve esto a la casa de Tía Musgo.

Ansiaba ir ella misma, para ver a Gavilán, pero no quería arriesgarse a que la vieran ir allá, en caso de que estuviesen observándola para que los condujera a donde estaba.

—Yo voy —murmuró Therru. Tenar la miró severamente.

—Tendrás que ir sola, Therru. Está más allá de la aldea.

La niña asintió.

—¡Dáselo solamente a él!

La niña asintió nuevamente.

Tenar escondió el papel en el bolsillo de la niña, la abrazó, la besó, la dejó partir. Therru salió sin encogerse ni caminar tímidamente sino corriendo libremente, volando, pensó Tenar al verla desaparecer por el oscuro marco de la puerta bajo la luz del atardecer, volando como un pájaro, un dragón, un niño, libre.

8

Halcones

Therru regresó poco después con la respuesta de Gavilán: —Dice que se marchará esta noche.

Tenar la escuchó con satisfacción, sintiendo alivio al saber que había aceptado su plan, que se quitaría de encima a esos mensajeros y esos mensajes que tanto temía. Sólo después de servirles a Brezo y Therru su banquete de patas de rana, y de acostar a Therru y de cantarle, y cuando estaba sentada a solas sin la luz de una lámpara ni del fuego, empezó a sentirse abatida. Él se había marchado. No tenía fuerzas, se sentía desconcertado e inseguro, necesitaba amigos; y ella lo había alejado de quienes eran sus amigos y de quienes deseaban serlo. Se había marchado y ella tenía que quedarse para evitar que los sabuesos siguieran sus huellas, para descubrir al menos si se quedarían en Gont o regresarían a Havnor en su barco.

El pánico de Ged y su propia sumisión ante ese pánico empezaban a parecerle tan irracionales que le pareció igualmente irracional e improbable que se marchase realmente. Recurriría a su ingenio y simplemente se ocultaría en la casa de Musgo, el último lugar en toda Terramar donde un rey iría a buscar a un Archimago. Sería mucho mejor que se quedara allí hasta que los hombres del rey se marcharan. Entonces podría regresar a la casa de Ogion, a su lugar. Y la vida seguiría como antes, ella cuidándolo hasta que él recuperara sus fuerzas y él brindándole su valiosa compañía.

Una sombra contra las estrellas en el vano de la puerta: —¡Pssst! ¿Estás despierta? —Tía Musgo entró—. Bien, se ha marchado —dijo, conspiradoramente, jubilosa—. Se fue por el viejo camino del bosque. Dice que tomará un atajo hasta el camino que lleva al Valle Central, pasando por el Manantial de los Robles, mañana.

—Bien —dijo Tenar.

Más osada que de costumbre, Musgo se sentó sin que la invitaran a hacerlo. —Le di una hogaza de pan y un poco de queso para el camino.

—Gracias, Musgo. Fuiste muy gentil.

—Señora Goha. —La voz de Musgo en la oscuridad adquirió la cadencia monótona de sus salmodias y sus hechizos.— Hay algo que quería decirte, queridita, sin ir más allá de lo que puedo saber, porque sé que has vivido entre personas importantes y que has sido una de ellas, y eso me hace quedarme callada cuando lo pienso. Y sin embargo hay cosas que yo sé que tú no podrías saber, a pesar de que aprendiste las runas y el Habla Arcana, y todo lo que has aprendido de los sabios y en otras tierras.

—Así es, Musgo.

—Sí, bien entonces. Por eso cuando hablamos de que las brujas reconocen a las brujas y de que el poder reconoce el poder y yo dije... hablando del que se ha marchado... dije que ya no era un mago, no importa lo que haya sido, y sin embargo tú no estabas de acuerdo... Pero yo tenía razón, ¿verdad?

—Sí.

—Sí. Tenía razón.

—Él mismo lo dijo.

—Por supuesto que lo dijo. Él no anda diciendo mentiras ni dice que esto es aquello y que aquello es esto hasta que uno no sabe qué es nada, tengo que reconocerle eso. Tampoco es de esos que tratan de mover una carreta sin un buey. Pero te voy a decir sin rodeos que me alegro de que se haya marchado, porque no serviría de nada, ya no serviría de nada, ahora que es otra persona y todo eso.

Tenar no tenía ni la más remota idea de qué pretendía decir, excepto por su imagen de tratar de mover una carreta sin un buey. —No sé por qué tiene tanto miedo —dijo—. Bueno, en parte lo sé, pero no comprendo por qué siente tanta vergüenza. Pero sé que piensa que tendría que haber muerto. Y sé que lo único que entiendo de la vida es que uno tiene que tener

una tarea que hacer, y ser capaz de hacerla. Ahí está la satisfacción y la gloria y todo. Y si no puedes hacer esa tarea, o si te la arrebatan, entonces ¿de qué sirve nada? Tienes que tener algo...

Musgo escuchaba y asentía como si estuviese escuchando palabras sabias, pero después de una corta pausa dijo: —¡Es raro para un hombre viejo ser un muchacho de quince años, no cabe duda!

Tenar estuvo a punto de decir: «¿De qué estás hablando, Musgo?», pero algo le impidió hacerlo. Se dio cuenta de que había estado prestando atención para oír entrar a Ged en la casa cuando regresara de sus vagabundeos por la ladera, que había estado atenta al sonido de su voz, que su cuerpo negaba su ausencia. Miró súbitamente a la bruja, un bulto negro e informe sentado en la silla de Ogion junto al hogar vacío.

—¡Ah! —dijo, y de pronto se le ocurrieron mil ideas a la vez.

—Por *eso* —dijo—. Por eso yo nunca... Después de un largo silencio, dijo: —¿Los hechiceros..., ellos..., es un hechizo?

—Sin duda, sin duda, queridita —dijo Musgo—. Se hechizan a sí mismos. Algunos te dirán que hacen un trato, como una boda al revés, con votos y todo, y que así adquieren su poder. Pero a mí eso me suena raro, como hacer un trato con los Poderes Antiguos más que lo que hace una verdadera bruja. Y el viejo mago, él me dijo que no hacían esas cosas. Pero he conocido a algunas brujas que lo hacen, y no se hacen mucho daño con eso.

—Las que me criaron hacían eso, prometiendo virginidad.

—¡Oh, sí!, no había hombres, tú me lo dijiste y los que había, nada. ¡Terrible!

—Pero ¿por qué..., por qué no pensé nunca...?

La bruja lanzó una sonora carcajada. —Porque ése es el poder que tienen, queridita. ¡No piensas! ¡No puedes pensar! Y ellos tampoco, después de que han urdido su sortilegio. ¿Cómo podrían pensar? ¿Con su poder? No serviría, ¿verdad?, no serviría. No se consigue nada sin dar otro tanto. Eso se aplica a todo, así es. Así que ellos lo saben, los brujos, los hombres de poder, lo saben mejor que nadie. Pero, tú sabes, es molesto para un hombre no ser un hombre, aunque pueda hacer que el sol baje del cielo. Y por eso se olvidan del asunto, con sus sortilegios de atadura. Y se olvidan de veras. Incluso en estos malos tiempos en que vivimos, con los sortilegios que no sirven de nada y todo eso, no he oído de ningún mago que rompa esos sortilegios, tratando de usar su poder para darle placer al cuerpo. Hasta el peor de todos tendría miedo de hacerlo. Por supuesto, hay algunos que crean ilusiones, pero sólo se engañan a sí mismos. Y hay brujos de poca monta, que hacen malas brujerías y cosas por el estilo, algunos de ellos prueban sus sortilegios de seducción con las campesinas, pero por lo que yo sé esos sortilegios no sirven de mucho. Lo que sucede es que un poder es tan grande como el otro y cada uno va por su lado. Así lo veo yo.

Tenar seguía sentada, pensando, absorta. Finalmente dijo: —Se apartan.

—Sí. Un hechicero tiene que hacer eso.

—Pero tú no.

—¿Yo? Yo sólo soy una bruja vieja, queridita.

—¿Qué edad tienes?

Después de un minuto, Musgo dijo con un dejo de risa desde la oscuridad: —Tan vieja como para no meterme en líos.

—Pero tú dijiste... No has sido célibe.

—¿Qué es eso, queridita?

—Como los hechiceros.

—Oh, no. ¡No, no! Nunca había nada que mirar, pero yo podía mirarlos de una cierta manera... sin hacer brujerías, tú sabes, queridita, tú sabes lo que quiero decir... Hay una manera de mirar y él no dejaba de venir, así como un cuervo no deja de graznar, en un día o dos o tres llegaba a mi casa... «Necesito algo para curarle la sarna a mi perro», «Necesito un

té para mi abuela enferma»... Pero yo sabía lo que quería y si me gustaba bastante quizá lo conseguía. Y por amor, por amor..., no soy de ésas, tú sabes, aunque quizás algunas brujas lo son, pero son una deshonra para nuestro arte, digo yo. Yo practico mi arte si me pagan, pero para mi placer actúo por amor, eso digo yo. No es que todo sea placer, todo eso. Estuve enloquecida por un hombre durante mucho tiempo, años; era un hombre apuesto, pero de corazón duro, frío. Hace mucho que murió. El padre de ese Townsend que volvió aquí para quedarse a vivir, tú lo conoces. ¡Ay!, no podía dejar de pensar en ese hombre, así que usé mi arte, le eché muchos sortilegios, pero no sirvió de nada. Todo para nada. No se le puede pedir peras al olmo... Y me vine a Re Albi cuando era una muchacha porque estaba metida en un lío con un hombre del Puerto de Gont. Pero no puedo hablar de eso, porque eran gente rica, importante. ¡Ellos eran los que tenían poder, no yo! No querían que su hijo se enredara con una muchacha del pueblo como yo, perra inmunda me decían, y me habrían quitado de en medio, como quien mata a un gato, si no me hubiera venido aquí. Pero, ¡ay!, cómo me gustaba ese muchacho, con sus piernas y sus brazos redondos y suaves y sus ojos grandes, oscuros; es como si lo estuviera viendo después de todos estos años...

Se quedaron sentadas por largo rato en la oscuridad, sin hablar.

—Cuando tuviste un hombre, Musgo, ¿tuviste que renunciar a tu poder?

—Ni a una pizca —dijo la bruja, satisfecha.

—Pero tú dijiste que uno no consigue nada a menos que dé. ¿Es distinto, entonces, para los hombres y para las mujeres?

—¿Qué cosa, queridita?

—No sé —dijo Tenar—. Me parece que nosotros hacemos casi todas esas diferencias y después nos quejamos. No sé por qué el Arte de la Magia, por qué el poder, tiene que ser diferente para un brujo y una bruja. A menos que el *poder mismo* sea diferente. O el arte.

—El hombre da, queridita. La mujer recibe.

Tenar se quedó en silencio pero insatisfecha.

—Nuestro poder parece insignificante en comparación con el poder de ellos —dijo Musgo—. Pero es muy profundo. Está lleno de raíces. Es como una vieja zarzamora. Y el poder de un hechicero es como un abeto, tal vez, grande y alto y majestuoso, pero no resiste una tormenta. Nada destruye a una zarzamora. —Se rió como siempre, cloqueando como una gallina, contenta con su comparación.— ¡Y bien! —dijo animadamente—. Por eso, como te dije, quizá sea bueno que se haya marchado y que ya no esté aquí, para que la gente del pueblo no empiece a hablar.

—¿A hablar?

—Tú eres una mujer respetable, queridita, y la reputación de una mujer es su riqueza.

—Su riqueza —repitió Tenar, con el mismo tono inexpresivo; luego volvió a decir—: Su riqueza. Su tesoro. Su caudal. Su valor... —Se puso de pie, incapaz de quedarse quieta en la silla, estirando la espalda y los brazos.— Como los dragones que se metían en cuevas, que construían fortalezas para ocultar su tesoro, su caudal, para estar protegidos, para dormir sobre su tesoro, para ser su tesoro. ¡Recibir, recibir, y no dar nunca!

—Ya reconocerás el valor de una buena reputación —dijo Musgo secamente—, si la pierdes. No es todo. Pero es difícil sustituirla.

—¿Dejarías de ser una bruja para ser respetable, Musgo?

—No sé —dijo Musgo al cabo de un rato, con aire pensativo—. No sé si sabría hacerlo. Tal vez tenga un don, pero no el otro.

Tenar se le acercó y la cogió de las manos. Sorprendida ante ese gesto, Musgo se levantó, apartándose un poco; pero Tenar dio un paso adelante y la besó en la mejilla.

La vieja alzó una mano y tímidamente rozó los cabellos de Tenar, una sola caricia, como solía hacer Ogion. Luego se alejó y dijo entre dientes que tenía que regresar a casa, y se

acercó a la puerta y desde allí le preguntó: —¿O preferirías que me quedara, por los forasteros que andan por aquí?

—Vete —dijo Tenar—. Estoy acostumbrada a los forasteros.

Esa noche, cuando estaba acostada tratando de dormir, volvió a internarse en los vastos torbellinos de viento y de luz, pero era una luz ahumada, roja, anaranjada y ámbar, como si el aire fuese fuego. Estaba y no estaba en ese elemento; volando en el viento y siendo el viento, el empuje del viento, la fuerza que se liberaba; y ninguna voz la llamaba.

De mañana, se sentó en el peldaño de la entrada a cepillarse los cabellos. No tenía los cabellos rubios, como la mayoría de los kargos; tenía la tez pálida, pero los cabellos oscuros. Aún los tenía oscuros, con apenas una que otra hebra gris. Se los había lavado con parte del agua que estaba hirviendo para lavar ropa, porque había decidido que ese día se dedicaría al lavado, ahora que Ged se había marchado y que su respetabilidad estaba a salvo. Se secó los cabellos al sol, cepillándolos. En la mañana cálida y ventosa, el cepillo sacaba chispas que chisporroteaban en las puntas ondulantes de sus cabellos.

Therru se paró a su lado, observando. Tenar se volvió y la vio tan atenta que casi temblaba.

—¿Qué sucede, pajarito?

—Las llamas vuelan —dijo la niña, temerosa o alborozada—. ¡Por todo el cielo!

—Son sólo chispas de mis cabellos —dijo Tenar, desconcertada. Therru sonreía y Tenar no sabía si había visto sonreír alguna vez antes a la niña. Therru extendió las dos manos, la mano sana y la mano quemada, como si fuese a tocar y seguir el vuelo de algo en torno a los cabellos flotantes de Tenar—. Las llamas, vuelan —repitió, y luego rió.

En ese instante Tenar se preguntó por primera vez cómo la vería Therru —cómo vería el mundo— y se dio cuenta de que no lo sabía: que no podía saber qué vería alguien con un ojo consumido por el fuego. Y recordó las palabras de Ogion: Le temerán; pero ella no le temía en absoluto a la niña. No le temía y siguió cepillándose los cabellos, enérgicamente, para que salieran chispas, y volvió a oír la ronca risa de júbilo.

Lavó las sábanas, los estropajos, sus mudas y su otro vestido y los vestidos de Therru, y (después de asegurarse de que las cabras estaban en la dehesa cercada) los extendió en el prado para que se secaran sobre la hierba seca, colocando piedras sobre las prendas porque soplaba un viento borrascoso, con un ímpetu de fines de verano.

Therru había ido creciendo. Aún era muy pequeña y delgada para su edad, posiblemente unos ocho años, pero en los últimos dos meses, con las heridas cicatrizadas por fin y sin sufrir dolores, había empezado a correr más por todas partes y a comer más. La ropa, vestidos usados de la hija menor de Alondra, una niña de cinco años, le iba quedando chica.

A Tenar se le ocurrió que podría ir a la aldea a visitar al Tejedor Abanico, y ver si le podía dar uno o dos trozos de tela a cambio de los restos que le había estado mandando para los cerdos. Quería hacerle alguna prenda a Therru. Y también quería visitar al viejo Abanico. La muerte de Ogion y la enfermedad de Ged la habían mantenido alejada de la aldea y de la gente que había conocido allí. Como siempre, la habían alejado de lo que conocía, de lo que sabía hacer, del mundo en el que había elegido vivir... un mundo que no era el mundo de los reyes y las reinas, de los grandes poderes y dominios, de las grandes artes y de viajes y aventuras (pensaba mientras se aseguraba de que Therru estaba con Brezo y se echaba a andar hacia el pueblo), sino de gente sencilla que hacía cosas sencillas, como casarse y criar hijos y dedicarse a la labranza y coser y hacer el lavado. Pensaba en eso con cierto espíritu vengativo, como si le estuviese hablando a Ged, que ahora indudablemente estaría a mitad de camino del Valle Central. Lo imaginó en el camino, cerca del claro donde había dormido con Therru. Se imaginó al hombre delgado, de cabellos cenicientos, caminando solo y en silencio, con media hogaza del pan de la bruja en el bolsillo y el corazón abrumado de dolor.

«Tal vez ya sea hora de que lo descubras», pensó dirigiéndose a él. «¡Es hora de que descubras que no aprendiste todo en Roke!» Mientras lo sermoneaba mentalmente, vio otra

imagen: cerca de Ged estaba uno de los hombres que se había quedado esperándolas a ella y a Therru en el camino. Sin proponérselo, dijo: «Ged, ¡ten cuidado!»; temía por él, porque no llevaba ni una vara siquiera. A quien veía no era al hombre alto con bigotes que le cubrían los labios, sino a otro de los hombres, un hombre más o menos joven con una gorra de cuero, el que había mirado detenidamente a Therru.

Alzó los ojos para mirar la pequeña cabaña que había junto a la casa de Abanico, donde había vivido cuando vivía allí. Vio pasar a un hombre entre ella y la cabaña. Era el hombre al que había estado recordando, imaginando, el hombre con una gorra de cuero. El hombre pasó delante de la cabaña, delante de la casa del tejedor; no la había visto. Lo vio subir por la calle de la aldea, sin detenerse. Se dirigía al recodo del camino de la colina o a la mansión.

Sin detenerse a pensar por qué, Tenar lo siguió a cierta distancia hasta ver por dónde seguía. No bajó por el camino que había tomado Ged, sino que siguió subiendo por la colina hacia la propiedad del Señor de Re Albi.

Entonces dio media vuelta y fue a visitar al viejo Abanico.

Aunque era casi un recluso, como muchos tejedores, Abanico se había mostrado gentil con la muchacha karga dentro de su habitual timidez, y vigilante. ¡Cuántas personas habían protegido su respetabilidad!, pensó. Ahora que estaba casi ciego, Abanico tenía una aprendiza que hacía la mayor parte del trabajo. Se alegró de recibir una visita. Se sentó ceremoniosamente en una vieja silla tallada bajo el objeto que le había dado su nombre común: un enorme abanico pintado, el tesoro de su familia; se decía que era un obsequio que le había dado un generoso pirata de los mares a su abuelo a cambio de una vela que le había tejido de prisa en un momento de necesidad. Estaba desplegado en la pared. Tan pronto como vio nuevamente el abanico, Tenar reconoció las figuras delicadamente pintadas de hombres y mujeres con espléndidas túnicas de color rosa y jade y azur, las torres y los puentes y los pendones del Gran Puerto de Havnor. Solían llevar a verlo a quienes visitaban Re Albi. Era el objeto más refinado que había en la aldea, todos estaban de acuerdo.

Lo admiró, sabiendo que eso le agradaría al viejo y porque de verdad era muy hermoso, y él dijo: —No has visto muchas cosas que se le igualen, en todos tus viajes, ¿verdad?

—No, no. En el Valle Central no hay nada que se le parezca —dijo ella.

—Cuando viviste en mi cabaña, ¿te mostré alguna vez el otro lado del abanico?

—¿El otro lado? No —dijo ella y, entonces, no se iba a quedar tranquilo hasta bajar el abanico; sólo que ella tuvo que treparse y hacerlo, y desprenderlo con cuidado, porque él no veía bien y no podía subirse a la silla. Él le iba dando instrucciones con aprensión. Ella se lo puso en las manos y él lo escudriñó con sus ojos empañados, lo cerró a medias para estar seguro de que las varillas no se trababan, luego lo cerró del todo, lo dio vuelta y se lo pasó a Tenar.

—Ábrelo lentamente —le dijo.

Ella hizo lo que le decía. Vio dragones que se movían al moverse los pliegues del abanico. Dragones de tonos pálidos, rojo, azul, verde, pintados con pinceladas finas y difusas sobre la seda amarillenta, que se movían y se agrupaban, así como estaban agrupadas las figuras del reverso, entre nubes y picos de montañas.

—Ponlo contra la luz —dijo el viejo Abanico.

Ella hizo lo que le decía y vio los dos lados, los dos dibujos convertidos en uno solo por la luz que atravesaba la seda, de modo que las nubes y los picos eran las torres de la ciudad, y los hombres y las mujeres tenían alas, y los dragones tenían ojos humanos.

—¿Ves?

—Veo —murmuró ella.

—No alcanzo a ver ahora, pero está en los ojos de mi mente. No a muchos les muestro eso.

—Es prodigioso.

—Quería mostrárselo al viejo mago —dijo Abanico—, pero entre una cosa y otra nunca lo hice.

Tenar hizo girar una vez más el abanico poniéndolo a contraluz, luego volvió a colgarlo donde estaba, con los dragones ocultos en la oscuridad, los hombres y las mujeres caminando a la luz del día.

A continuación, Abanico la llevó a ver los cerdos, un buen par de cerdos que iban engordando primorosamente para convertirse en chorizos en el otoño. Comentaron las torpezas de Brezo cuando le llevaba los restos. Tenar le dijo que soñaba con un pedazo de tela para hacerle un vestido a una niña, y a él le encantó la idea y sacó todo un corte de lienzo fino para dárselo, mientras la joven que era su aprendiza y que parecía haber adquirido su insociabilidad junto con su oficio, golpeteaba en el telar, imperturbable y malhumorada.

De regreso a casa, Tenar imaginó a Therru sentada ante ese telar. Sería una manera digna de ganarse la vida. Era un trabajo tedioso en gran parte, siempre lo mismo, pero el tejer era un oficio honorable y en algunas manos era un arte noble. Y la gente esperaba que los tejedores fueran un poco retraídos, que en muchos casos no se casaran, aislados como estaban en su trabajo; pero los respetaban. Y trabajando en casa, en el telar, Therru no tendría que enseñar el rostro. Pero ¿y la mano contrahecha? ¿Podría mover la lanzadera, armar la urdimbre con esa mano?

¿Y tendría que ocultarse toda la vida?

Pero ¿qué debía hacer? «Sabiendo lo que ha de ser su vida...»

Tenar decidió pensar en otra cosa. En el vestido que iba a hacer. Los vestidos de la hija de Alondra eran vestidos toscos hechos en casa, tan feos como el lodo. Podría teñir la mitad del corte, de amarillo tal vez, o con rubia roja de la ciénaga; y luego hacer un delantal largo o un sobrevestido blanco, con un volante plegado. ¿La niña tendría que ocultarse ante un telar, en la oscuridad, y no tener jamás una falda con volantes? E incluso le quedaría tela para otro vestido, y para un segundo delantal si cortaba la tela con cuidado.

—¡Therru! —gritó mientras se acercaba a la casa. Brezo y Therru estaban en la dehesa de retamas cuando ella se había marchado. Gritó nuevamente, quería mostrarle la tela a Therru y hablarle del vestido. Brezo apareció en la esquina de la cabaña donde guardaban los alimentos, con la boca abierta, arrastrando a Sippy de una cuerda.

—¿Dónde está Therru?

—Contigo —respondió Brezo con tanta calma que Tenar miró en torno buscando a la niña antes de comprender que Brezo no tenía la menor idea de dónde estaba y que simplemente había dicho lo que quería creer.

—¿Dónde la dejaste?

Brezo no tenía la menor idea. Nunca había decepcionado a Tenar hasta entonces; al parecer, comprendía que nunca había que perder de vista a Therru, como si fuese una cabra. Pero tal vez era Therru quien lo había entendido así desde un comienzo y se mantenía siempre donde los demás la vieran. Eso pensaba Tenar mientras, al ver que Brezo no le daba ninguna pista comprensible, empezaba a buscar y a llamar a la niña, sin recibir respuesta.

Se mantuvo lejos de la orilla del precipicio todo el tiempo que pudo. El día que habían llegado allí, le había explicado a Therru que nunca debía bajar sola por las laderas empinadas que había más abajo de la casa ni caminar por la orilla escarpada que había hacia el norte, porque con un solo ojo no se podía calcular con precisión la distancia ni la profundidad. La niña le había obedecido. Siempre le obedecía. Pero los niños se olvidan. Pero ella no se olvidaría. Podía acercarse a la orilla sin saberlo. Pero seguramente había ido a la casa de Musgo. ¡Eso era!... Como ya había ido sola allí la noche anterior, había ido nuevamente. Eso era, sin duda.

No estaba allí. Musgo no la había visto.

—Yo la encontraré, yo la encontraré, queridita —le aseguró a Tenar; pero en lugar de subir a buscarla por el sendero del bosque como Tenar había esperado que hiciese, Musgo empezó a hacerse nudos en el pelo preparándose a urdir un sortilegio de encuentro.

Tenar regresó corriendo a la casa de Ogion, dando voces una y otra vez. Y esta vez miró hacia las laderas empinadas que había más abajo de la casa, esperando ver la diminuta silueta agachada, jugando entre las enormes piedras. Pero sólo vio el mar, rizado y oscuro, en el extremo de esas campiñas inclinadas, y se sintió aturdida y angustiada.

Llegó hasta la tumba de Ogion y un poco más lejos, subiendo por el sendero del bosque, dando voces. Al cruzar nuevamente la pradera, vio al cernícalo cazando en el mismo sitio donde Ged lo había estado observando mientras cazaba. Esta vez el cernícalo se detuvo y atacó y alzó vuelo con una pequeña criatura entre las garras. Voló rápidamente hacia el bosque. «Está alimentando a sus crías», pensó Tenar. Todo tipo de ideas cruzaron por su mente, muy vívidas y claras, al pasar junto a la ropa lavada que había dejado en la hierba, seca ya; tendría que recogerla antes de la noche. Tenía que buscar por todas partes en la casa, en la cabaña de los alimentos, en el establo, más atentamente. Ella tenía la culpa. Ella había hecho que esto sucediera por pensar en hacer de Therru una tejedora, encerrándola en la oscuridad para que trabajara allí, para que fuera respetable. Cuando Ogion le había dicho «¡Enséñale, enséñale todo, Tenar!». Cuando sabía que un mal que no se puede reparar debe ser trascendido. Cuando sabía que la niña le había sido encomendada y había fracasado en su misión, no había respondido a su confianza, la había perdido, perdido ese gran y único obsequio.

Entró en la casa después de buscar en cada rincón de las otras construcciones, y miró nuevamente en el rincón y detrás de la otra cama. Se sirvió agua, porque tenía la boca seca como la arena.

Las tres varas de madera que estaban detrás de la puerta, la vara de Ogion y las varas para caminar, se movieron en las sombras, y una de ellas dijo: —Aquí.

La niña estaba agazapada en el rincón oscuro, con el cuerpo encogido de tal manera que no parecía más grande que un perrito, con la cabeza inclinada hacia el hombro y las piernas apegadas al cuerpo, el ojo sano cerrado.

—Pajarito, gorrioncito, llamita, ¿qué sucede? ¿Qué sucedió? ¿Qué te han hecho?

Tenar rodeó el pequeño cuerpo, cerrado y firme como una piedra, acunándolo en los brazos.

—¿Cómo puedes asustarme tanto? ¿Cómo puedes esconderte de mí? ¡Oh, estaba furiosísima!

Se echó a llorar y sus lágrimas cayeron sobre el rostro de la niña.

—¡Ay, Therru, Therru, Therru, no te escondas de mí!

Los miembros anudados se estremecieron y empezaron a aflojarse poco a poco. Therru se movió y se aferró súbitamente a Tenar, hundiendo la cara en el hueco entre el pecho y el hombro de Tenar, apegándose cada vez más hasta aferrarse desesperadamente. No lloró. Nunca lloraba; tal vez las llamas la habían dejado sin lágrimas; no tenía lágrimas. Pero dejó escapar un largo sonido que parecía un sollozo, un gemido.

Tenar la abrazó, acunándola, acunándola. Muy, muy lentamente dejó de aferrarse con desesperación. Tenía la cabeza apoyada en el pecho de Tenar.

—Dime —murmuró la mujer, y la niña dijo en su tono de débil y ronco susurro—: Él vino aquí.

En un primer momento, Tenar pensó que hablaba de Ged, y en su mente, que seguía discurriendo con la rapidez del miedo, lo advirtió, comprendió quién era «él» para ella y esbozó una mueca burlona, pero no se detuvo, inquisidora. —¿Quién vino aquí?

La única respuesta fue una especie de estremecimiento interno.

—Un hombre —dijo Tenar calmadamente—, un hombre con una gorra de cuero. Therru asintió una vez.

—Lo vimos en el camino, cuando veníamos hacia aquí.

No hubo respuesta.

—Los cuatro hombres..., los hombres que me hicieron enfadar, ¿te acuerdas? Él era uno de ellos.

Pero recordó que Therru había estado todo el tiempo con la cabeza gacha, ocultando el lado quemado, sin alzar los ojos, como hacía siempre cuando estaba ante desconocidos.

—¿Lo conoces, Therru?

—Sí.

—¿De..., de cuando vivías en el campamento al lado del río?

Asintió una vez.

Tenar la apretó entre los brazos.

—¿Vino aquí? —dijo y, mientras hablaba, todo el temor que había sentido se convirtió en cólera, una cólera que le quemaba todo el cuerpo desde dentro como una vara ardiente. Lanzó algo parecido a una carcajada—: ¡Ja! —Y en ese instante recordó a Kalessin, la risa de Kalessin.

Pero no era tan fácil para un ser humano y una mujer. Había que contener el fuego. Y había que consolar a la niña.

—¿Te vio?

—Me escondí.

Entonces, acariciándole los cabellos a Therru, Tenar dijo: —Nunca te tocará, Therru. Comprende lo que te digo y créeme: nunca te volverá a tocar. Nunca te volverá a ver a menos que yo esté contigo, y entonces tendrá que enfrentarse conmigo. ¿Me entiendes, mi amor, mi preciosa, mi bonita? No tienes que temerle. No tienes que temerle. Él quiere que le temas. Se alimenta de tu temor. Haremos que se muera de hambre, Therru. Lo haremos morir de hambre hasta que tenga que devorarse a sí mismo. Hasta que se atragante con los huesos de su propia mano... ¡Ah, ah, ah, no me prestes atención ahora, estoy furiosa, furiosa, eso es todo...! ¿Estoy roja? ¿Estoy roja como una gontesca? ¿Estoy roja como un dragón? —Trató de bromear; y Therru, levantando la cabeza, alzó los ojos para mirarla a la cara desde su rostro contraído, trémulo, devorado por el fuego y dijo:— Sí. Eres un dragón rojo.

La idea de que el hombre hubiese ido a la casa, hubiera estado en la casa, hubiera observado la obra de sus manos, pensando tal vez en mejorarla, cada vez que Tenar volvía a pensar en eso la idea surgía más como una náusea repentina, un deseo de vomitar, que como un pensamiento. Pero la náusea desaparecía ante la cólera.

Se levantaron y se lavaron, y Tenar se dio cuenta de que en ese preciso instante lo que más sentía era hambre. —Estoy vacía —le dijo a Therru y sirvió para las dos una abundante comida de pan y queso, habichuelas frías con aceite y hierbas, una cebolla en rodajas y chorizo seco. Therru comió bastante y Tenar comió mucho.

Mientras quitaban la mesa, dijo: —Por ahora, Therru, no te dejaré sola nunca y tú no te alejarás de mí. ¿De acuerdo? Y ahora deberíamos ir juntas a la casa de Tía Musgo. Estaba urdiendo un sortilegio para encontrarte y ya no tiene que preocuparse de seguir haciéndolo, pero es posible que no lo sepa.

Therru dejó de moverse. Le echó una mirada a la puerta abierta y retrocedió.

—Tenemos que entrar la ropa lavada, también. Cuando regresemos. Y cuando volvamos a casa, te mostraré la tela que me dieron hoy. Para un vestido. Un nuevo vestido, para ti. Un vestido rojo.

La niña se quedó inmóvil, encerrándose en sí misma.

—Si nos ocultamos, Therru, le damos de comer. Nosotras vamos a comer. Y haremos que se muera de hambre. Ven conmigo.

El cruzar esa puerta que conducía al exterior era una barrera, un obstáculo insuperable para Therru. Retrocedió, ocultó la cara, comenzó a temblar, se tambaleó; era cruel obligarla a cruzarla, era cruel obligarla a salir de su escondite, pero Tenar se mostró implacable. —¡Ven! —dijo, y la niña salió.

Tomadas de la mano, atravesaron los campos hacia la casa de Musgo. Therru levantó la cabeza una o dos veces.

Musgo no se sorprendió al verlas, pero tenía una expresión extraña, cautelosa. Le dijo a Therru que entrara en la casa a mirar los polluelos de la gallina de cogote emplumado y que eligiera dos para llevarse; y Therru desapareció de inmediato en el interior de ese refugio.

—No había salido de la casa —dijo Tenar—. Estaba escondida.

—Hizo bien —dijo Musgo.

—¿Por qué? —le preguntó Tenar con dureza. No estaba de humor para escondites.

—Hay..., hay seres rondando por aquí—dijo la bruja, no ominosamente sino con inquietud.

—¡Hay bribones rondando por aquí! —dijo Tenar, y Musgo la miró y se apartó un poco de ella.

—¡Ea!, vamos —dijo—. ¡Ea!, queridita. Estás rodeada de fuego, tienes un brillo de fuego alrededor de la cabeza. Urdí el sortilegio para encontrar a la niña, pero no salió bien. Por alguna razón se desvió y no sé si ya se acabó. No sé qué pensar. Vi seres extraordinarios. Buscaba a la pequeña pero los vi a ellos, volando por las montañas, volando en las nubes. Y ahora tienes eso alrededor, como si te ardieran los cabellos. ¿Qué anda mal, qué pasa?

—Un hombre con una gorra de cuero —dijo Tenar—. Un jovenzuelo. Bien parecido. Tiene el hombro de la chaqueta descosido. ¿Lo has visto?

Musgo asintió. —Lo contrataron en la mansión para regar.

—¿Te dije que ella... —Tenar echó una mirada hacia la mansión— andaba con una mujer y dos hombres? Es uno de ellos.

—¿Uno de los que...?

—Sí.

Musgo se quedó inmóvil como una talla en madera de una vieja, rígida, como un bloque. —No sé —dijo finalmente—. Yo creía que sabía bastantes cosas. Pero no sé. ¿A..., a qué..., a qué podría haber venido?, ¿a verla?

—Si es su padre, quizás haya venido a exigir que se la entreguen.

—¿A exigir...?

—Ella le pertenece.

Tenar hablaba en tono inexpresivo. Miraba las cumbres de la Montaña de Gont mientras hablaba.

—Pero no creo que sea el padre. Pienso que éste es el otro. El que fue a la aldea a decirle a mi amiga que la niña se había hecho «daño».

Musgo seguía perpleja, aterrorizada aún por sus conjuros y visiones, por la furia de Tenar, por la presencia de un mal abominable. Sacudió la cabeza, desolada. —No sé —dijo—. Yo creía que sabía bastantes cosas. ¿Cómo pudo volver aquí?

—A comer —dijo Tenar—. A comer. No volveré a dejarla sola. Pero mañana, Musgo, tal vez te pida que te quedes con ella por una hora, algo así, de mañana. ¿Harías eso, mientras yo voy a la mansión?

—Sí, queridita. Por supuesto. Podría echarle un sortilegio de ocultamiento, si quieres... Pero allá están ellos, los hombres importantes de la Ciudad del Rey...

—Perfecto, entonces, podrán ver cómo vive la gente del pueblo —dijo Tenar, y Musgo se apartó de ella nuevamente como si se alejara de un torrente de chispas de un incendio que el viento llevara hacia ella.

9

Nuevas palabras

Estaban segando el heno en la alargada pradera del señor, que se extendía de lado a lado de la ladera bajo las claras sombras de la mañana. Tres de los segadores eran mujeres y uno de los dos hombres era un niño, por lo que Tenar alcanzaba a ver desde lejos, y el otro era un hombre encorvado y de pelo cano. Subió por las hileras segadas y le preguntó a una de las mujeres por el hombre que llevaba gorra de cuero.

—¡Ah!, ese que vino de Valmouth —dijo la segadora—. No sé dónde se habrá metido. —Los demás se acercaron por la hilera, contentos de poder descansar un poco. Nadie sabía dónde estaba el hombre del Valle Central ni por qué no estaba segando con ellos.— Es de los que no se quedan —dijo el hombre canoso—. Un vago. ¿La dama lo conoce?

—No porque haya querido conocerlo —dijo Tenar—. Vino a fisgonear a mi casa..., asustó a la niña. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Dice que se llama Diestro —dijo el niño sin que le preguntara. Los demás la miraron o desviaron la mirada y no dijeron nada. Habían empezado a deducir quién debía de ser, la mujer karga que estaba en la casa del viejo mago. Eran inquilinos del Señor de Re Albi, desconfiados de los aldeanos, recelosos de cuanto se relacionara con Ogion. Afilaron las guadañas, se dieron media vuelta, se dispersaron nuevamente, se pusieron a trabajar. Tenar se alejó del sembrado en la ladera, pasó junto a una hilera de nogales y llegó al camino.

Allí había un hombre esperando. Se sobresaltó. Se le acercó a trancos largos.

Era Álamo, el hechicero de la mansión. Estaba apoyado con gesto airoso en su larga rama de pino, a la sombra de un árbol que había a la vera del camino. Cuando Tenar se echó a andar por el camino, le dijo: —¿Andas buscando trabajo?

—No.

—Mi señor necesita peones. Falta poco para que deje de hacer calor, hay que guardar el heno.

A Goha, la viuda de Pedernal, le pareció bien lo que decía y Goha le respondió cortésmente: —Sin duda, con tus artes puedes evitar que llueva en las campiñas hasta que hayan guardado el heno. —Pero él sabía que era la mujer a la que Ogion le había revelado su nombre verdadero antes de morir y, por saberlo, lo que había dicho era tan insultante y deliberadamente falso como para ser una clara advertencia. Ella había estado a punto de preguntarle si sabía dónde estaba el hombre llamado Diestro. En lugar de hacerlo, dijo:— Vine a decirle al capataz que un hombre que contrató para segar heno se marchó de mi aldea como un ladrón y algo peor aún; no es alguien que le gustaría tener cerca. Pero parece que el hombre se ha marchado.

Miró fijamente y con serenidad a Álamo hasta que, haciendo un esfuerzo, él respondió: —No sé nada de esas gentes.

La mañana siguiente a la muerte de Ogion, le había parecido un hombre joven, un joven alto, apuesto, con un manto gris y una vara plateada. Ya no se veía tan joven como había creído o tal vez era joven pero algo ajado y marchito. Ahora había un franco desprecio en su mirada fija y en su voz, y ella le respondió con la voz de Goha:

—Ciertamente. Perdóname. —No quería tener ningún lío con él. Se dispuso a regresar a la aldea, pero Álamo le dijo:— ¡Espera!

Ella se detuvo.

—«Un ladrón y algo peor aún», eso dijiste, pero es fácil calumniar y la lengua de una mujer es peor que cualquier ladrón. Vienes acá a despertar encono entre los peones, lanzando calumnias y mentiras, la semilla de dragón que todas las brujas van dejando caer a sus espaldas. ¿Creíste acaso que no me di cuenta que eras una bruja? Cuando vi a ese diablillo asqueroso que anda pegado a ti, ¿crees que no me di cuenta quién lo había engendrado y con qué propósitos? El hombre que trató de eliminar a esa criatura hizo bien, pero habría que

terminar de hacer lo que se proponía. Me desafiaste una vez, por sobre el cadáver del viejo hechicero, y me controlé para no darte tu merecido entonces, por él y porque había otros allí. Pero ahora te has excedido, ¡y te advierto, mujer! No permitiré que vuelvas a pisar esta propiedad. Y si te opones a mis designios o te atreves tan sólo a hablarme nuevamente, haré que te expulsen de Re Albi y te arrojen del Acantilado, con los perros pisándote los talones. ¿Me has entendido?

—No —dijo Tenar—. Nunca he entendido a los hombres como tú.

Se dio media vuelta y comenzó a bajar por el camino.

Algo como un cosquilleo le subió por la columna y se le erizaron los cabellos. Se volvió bruscamente y vio al hechicero con la vara extendida hacia ella y los oscuros relámpagos concentrados en torno a la vara, y vio que abría los labios para decir algo. En ese momento pensó: «¡Ahora que Ged ha perdido su magia, creía que todos los hombres la habían perdido, pero estaba equivocada!». Y una voz dijo cortésmente: —Y bien, y bien. ¿Qué es esto?

Dos de los hombres de Havnor habían salido al camino después de atravesar los huertos de cerezos que había del otro lado. Miraron primero a Álamo y luego a Tenar, con expresión imperturbable y cortés, como si les molestara verse obligados a evitar que un hechicero le echara una maldición a una viuda de mediana edad, pero de veras no tenía sentido.

—Señora Goha —dijo el hombre que llevaba una camisa con bordados de oro y la saludó con una reverencia.

El otro, el de ojos vivaces, también la saludó, sonriendo. —La señora Goha —dijo— es alguien que, como los reyes, usa su nombre verdadero abiertamente, pienso, y sin temor. Por vivir en Gont, tal vez prefiera que usemos su nombre gontesco. Pero, como sé qué proezas ha realizado, deseo rendirle honores; porque usó el Anillo que ninguna mujer había usado desde Elfarran. —Se hincó sobre una rodilla como si eso fuese lo más natural del mundo, cogió la mano derecha de Tenar, muy gentil y rápidamente, y apoyó la frente en su muñeca. Le soltó la mano y se puso de pie, con su sonrisa amable y cómplice.

—Ah —dijo Tenar, turbada y conmovida de pies a cabeza—, ¡hay todo tipo de poderes en el mundo! Os agradezco.

El hechicero se había quedado inmóvil, observando fijamente. Había cerrado la boca sin llegar a lanzar la maldición y había bajado la vara, pero aún había una evidente tenebrosidad en torno de él y alrededor de sus ojos.

Ella no sabía si ya se había enterado antes o si acababa de enterarse de que era Tenar, la del Anillo. No importaba. Él no podía sentir más odio por ella. Ella tenía la culpa de ser mujer. Para él nada podía agravar ese hecho ni rectificarlo; ningún castigo era suficiente. Él había visto lo que le habían hecho a Therru y le había parecido bien.

—Señor —le dijo entonces al hombre mayor—, todo, excepto la honestidad y la franqueza, parece una afrenta contra el rey, en nombre de quien habláis... y actuáis, como ahora. Querría honrar al rey y a sus mensajeros. Pero mi propio honor reside en el silencio, hasta que mi amigo me permita hablar. Estoy..., estoy segura, señores míos, que os enviará algún mensaje, más adelante. Dadle tiempo, es lo único que os pido, os ruego.

—Sin duda —dijo primero uno, luego el otro—. Todo el tiempo que desee. Y vuestra confianza, señora, nos honra más que nada.

Finalmente se echó a andar por el camino que llevaba a Re Albi, conmovida por el sobresalto y el giro que habían tomado las cosas, el odio sin ambages del hechicero, su propio desprecio iracundo, su terror al darse cuenta repentinamente de su deseo de hacerle daño y del poder que tenía para hacerlo, el súbito final de ese terror gracias a la protección que le habían ofrecido los enviados del rey, los hombres que habían llegado en el barco de velas blancas desde el mismísimo refugio, la Torre de la Espada y el Trono, el centro del bien y del orden. Su espíritu se exaltó, lleno de gratitud. Era cierto que un rey ocupaba ese trono y la joya que se destacara en su corona sería la Runa de la Paz.

Le agradaba el rostro del hombre más joven, astuto y bondadoso, y la forma en que se había inclinado delante de ella como ante una reina, y su sonrisa en la que se ocultaba un guiño. Se volvió a mirar. Los dos mensajeros subían por el camino que llevaba a la mansión junto con el hechicero Álamo. Parecían hablar amigablemente con él, como si nada hubiese sucedido.

Eso aminoró un tanto su arranque de esperanzada confianza. Sin lugar a dudas, eran cortesanos. No les correspondía participar en disputas, ni juzgar y estar en desacuerdo. Y él era un hechicero, y el hechicero de su huésped. Sin embargo, pensó, no tendrían que haber ido caminando y hablando con él tan apaciblemente.

Los hombres de Havnor se quedaron varios días con el Señor de Re Albi, quizá con la esperanza de que el Archimago cambiara de parecer y fuera a donde estaban, pero no lo buscaron ni presionaron a Tenar para que les dijera dónde se podía hallar. Cuando por fin se marcharon, Tenar se dijo que tendría que decidir qué iba a hacer. No había ningún motivo para quedarse allí, y había dos razones poderosas para marcharse: Álamo y Diestro, de los que no podía esperar que las dejaran en paz ni a ella ni a Therru.

No obstante, le era difícil tomar una decisión, porque le era difícil pensar en marcharse. Al abandonar Re Albi ahora dejaba atrás a Ogion, lo perdía, así como no lo había perdido mientras cuidaba su casa y le quitaba las malezas a las cebollas. Y pensó: «Nunca soñaré con el cielo, allá». Aquí, donde Kalessin había venido, ella era Tenar, pensó. Allá en el Valle Central volvería a ser nada más que Goha. Retardó la partida. Se decía: «¿Por qué debo temerle a esos bribones, huir de ellos? Eso es lo que quieren que haga. ¿Van a hacerme ir y venir a su antojo?». Se dijo: «Primero terminaré de hacer los quesos». No dejaba que Therru se apartara de su lado. Y los días iban pasando.

Musgo se apareció a contarle una historia. Tenar le había preguntado por Álamo, el hechicero, sin contarle toda la historia aunque diciéndole que la había amenazado..., lo que probablemente hubiese sido lo único que pretendía hacer. Generalmente Musgo se mantenía alejada de la finca del viejo señor, pero sentía curiosidad por saber qué sucedía allí y no le faltaban deseos de aprovechar una oportunidad para charlar con algunos conocidos que tenía allí: una mujer que le había enseñado el oficio de partera y otros a los que había ayudado a curarse o a encontrar objetos. Consiguió hacerlos hablar sobre lo que ocurría en la mansión. Todos odiaban a Álamo y, por tanto, estaban muy dispuestos a hablar de él, pero había que escuchar sus historias a sabiendas de que la mitad de ellas provenían del desprecio y el temor. De todos modos, las fantasías tenían algo de verdad. La misma Musgo afirmaba que antes de la llegada de Álamo, hacía tres años, el señor más joven, el nieto, era un hombre fuerte y sano, aunque tímido, hosco, «como temeroso», decía. Después, alrededor de la época en que la madre del joven señor había muerto, el viejo señor había pedido que le mandaran un hechicero de Roke. —¿Para qué, cuando el Señor Ogion vivía a menos de una milla? Y en la mansión todos son brujos.

Pero había llegado Álamo. Le había presentado sus respetos a Ogion y nada más, y Musgo decía que nunca salía de la mansión. Desde entonces, habían visto cada vez menos al joven señor y se decía que se quedaba acostado día y noche, «como un bebé enfermo, consumido», decía una de las mujeres que había llevado un mensaje a la mansión. Pero el viejo señor, «de cien años, o casi, o más», insistía Musgo —no le temía a los números y no les tenía ningún respeto—, el viejo señor estaba floreciente, «lleno de energías», decían. Y uno de los hombres, porque en la mansión sólo había criados, le había dicho a una de las mujeres que el viejo señor había contratado al hechicero para que lo hiciera vivir eternamente y que eso era lo que estaba haciendo el hechicero, alimentándolo, decía el hombre, con la vida del nieto. Y el hombre no veía nada malo en ello y decía: —¿Quién no querría vivir eternamente?

—Y bien —dijo Tenar, desconcertada—. Es una historia espantosa. ¿No comentan todo esto en la aldea?

Musgo se encogió de hombros. Una vez más, se trataba de «no entrometerse». Quienes no tenían poder no debían juzgar lo que hacían los poderosos. Y había una ciega lealtad, un sentido de arraigo en ese lugar: el viejo era su señor, el Señor de Re Albi, a nadie más debía importarle lo que hacía... Evidentemente Musgo compartía ese sentimiento. —Es algo arriesgado —dijo— ese asunto, tiene que terminar mal —pero no dijo que fuera algo perverso.

En la mansión no habían vuelto a ver ni el rastro del hombre llamado Diestro. Ansiosa por asegurarse de que se había marchado del Acantilado, Tenar le preguntó a un par de conocidos de la aldea si lo habían visto, pero sólo recibió respuestas displicentes y vagas. No querían tener nada que ver con sus asuntos. «No os entrometáis...» Sólo el viejo Abanico la trató como a una amiga y a una aldeana más. Y quizás eso fuera porque veía tan poco que no alcanzaba a ver claramente a Therru.

Ahora llevaba a la niña cuando iba a la aldea o a cualquier lugar un tanto alejado de la casa.

A Therru no le molestaba esa esclavitud. Se quedaba cerca de Tenar como habría hecho un niño mucho menor, trabajando con ella o jugando. Sus juegos consistían en hacer figuras con cuerdas, hacer cestas, jugar con un par de figuras de hueso que Tenar había encontrado en un pequeño bolso de hierba en uno de los anaqueles de Ogion. Había un animal que podía ser un perro o una oveja, una figura que podía ser una mujer o un hombre. Tenar no sentía que encerraran ningún poder ni peligro, y Musgo decía: «Son sólo juguetes». Therru sentía que eran prodigiosos. Las movía de un lado a otro por horas de horas, siguiendo los pasos de una historia sin palabras; no hablaba cuando jugaba. A veces construía casas para la persona y el animal, montículos de piedra, chozas de barro y paja. Los llevaba siempre en el bolsillo, en la bolsa de hierba. Estaba aprendiendo a hilar; podía sujetar la rueca con la mano quemada y hacer girar el huso con la otra. Desde que habían llegado allí, le quitaban la lana a las cabras regularmente y ya tenían un gran saco de sedosa lana de cabra para hilar.

«Pero debería estarle enseñando», pensaba Tenar, angustiada. «Enséñale todo, dijo Ogion, y ¿qué le estoy enseñando? ¿A cocinar y a hilar?» Entonces, desde otra parte de su mente, la voz de Goha decía: «¿No son ésas acaso verdaderas artes, necesarias y nobles? ¿Acaso toda la sabiduría está en las palabras?».

Sin embargo, el asunto seguía inquietándola y una tarde, mientras Therru iba sacando la lana de cabra para limpiarla y separarla y mientras la cardaba, a la sombra de un peral, le dijo: —Therru, tal vez haya llegado la hora de que aprendas el nombre verdadero de las cosas. Hay una lengua en la que todas las cosas tienen un nombre verdadero, y las acciones y las palabras son una sola cosa. Hablando esa lengua, Segoy sacó las islas de las profundidades. Es la lengua que hablan los dragones.

La niña la escuchaba, silenciosa.

Tenar dejó de lado las cardas y cogió un guijarro. —En esa lengua —dijo—, esto es *tolk*.

Therru la observó hacerlo y repitió la palabra, *tolk*, pero sin voz, sólo dándole forma con los labios un tanto estirados hacia atrás en el lado derecho a causa de la cicatriz.

Tenar sostenía el guijarro en la palma de la mano, un guijarro.

Se quedaron en silencio.

—No todavía —dijo Tenar—. No es eso lo que tengo que enseñarte ahora. —Dejó caer el guijarro, y cogió las cardas y un manojo de turbia lana gris que Therru había dejado lista para cardar.— Tal vez cuando tengas tu nombre verdadero, tal vez entonces. Ahora no. Ahora escúchame. Éste es el momento de contar historias, para que empieces a aprenderlas. Te puedo contar historias del Archipiélago y de las Tierras Kargas. Ya te conté una historia que le oí contar a mi amigo Aihal el Silencioso. Ahora te contaré una historia que le oí contar a mi amiga Alondra cuando se la contó a sus hijos y a los míos. Es la historia de Andaur y Avad. En tiempos tan remotos como la eternidad, y en tierras tan lejanas como Selidor, vivía un

hombre llamado Andur, un leñador, que subía solo a las colinas. Un día, en el fondo del bosque, cortó un enorme roble. Al caer, el roble le gritó con voz humana...

Fue una agradable tarde para las dos.

Pero esa noche, acostada junto a la niña dormida, Tenar no lograba conciliar el sueño. Se sentía intranquila, preocupada por una inquietud trivial tras otra: ¿cerré el portón de la dehesa?, ¿me duele la mano porque estuve cardando o es el comienzo de la artritis?, y así, una detrás de otra. Entonces empezó a sentirse muy inquieta, creyendo oír ruidos fuera de la casa. «¿Por qué no me habré conseguido un perro? —pensó—. Es estúpido no tener un perro. Una mujer y una niña que viven solas tienen que tener un perro hoy en día. ¡Pero ésta es la casa de Ogion! Nadie vendría aquí a hacer daño. Pero Ogion está muerto, muerto, enterrado junto a las raíces del árbol en el linde del bosque. Y no vendría nadie. Gavilán se marchó, huyó. Ni siquiera Gavilán está aquí ahora, es un fantasma que no le sirve a nadie, un muerto obligado a seguir viviendo. Y yo no tengo fuerzas, no hay nada bueno dentro de mí. Pronuncio la palabra de la Creación y muere en mis labios, no tiene sentido. Un guijarro. Soy una mujer, una mujer vieja, débil, estúpida. Todo lo que hago está errado. Todo lo que toco se convierte en cenizas, sombra, piedra. Soy la criatura de las sombras, estoy llena de sombras. Sólo el fuego me puede purificar. Sólo el fuego puede devorarme, devorarme como a...»

Se sentó y gritó a viva voz en su lengua: —¡Que la maldición se vuelva contra ti, y que así sea! —y extendió el brazo derecho hacia adelante y hacia abajo, apuntando a la puerta cerrada. Luego saltó de la cama, fue hasta la puerta, la abrió de par en par y gritó hacia la noche nebulosa—: Llegaste demasiado tarde, Álamo. Ya había sido devorada hacía mucho tiempo. ¡Ve a ocuparte de lo tuyo!

No hubo respuesta, ningún sonido, sólo un olor a quemado, tenue, agrio; de tela o cabellos chamuscados.

Cerró la puerta, la apuntaló con la vara de Ogion y miró a Therru para ver si seguía durmiendo. Pero ella no durmió esa noche.

En la mañana fue con Therru a la aldea a preguntarle a Abanico si le interesaba la lana que habían estado hilando. Era una excusa para alejarse de la casa y estar rodeada de gente por un rato. El viejo dijo que le encantaría tejer algo con esa lana y se quedaron hablando unos pocos minutos, bajo el enorme abanico pintado, mientras la aprendiza golpeteaba en el telar con gesto severo y el entrecejo fruncido. Cuando Tenar y Therru iban saliendo de la casa de Abanico, alguien se ocultó detrás de la pequeña cabaña donde había vivido. Algo, avispas o abejas, le clavaba aguijones en el cuello y la cabeza, y en torno a ellas había un golpeteo de lluvia, un chubasco, pero no había nubes... Piedras. Vio los guijarros que golpeaban la tierra. Therru se había detenido, sobresaltada y perpleja, mirando en torno. Un par de niños salieron desde atrás de la cabaña, ocultándose un poco, dejándose ver apenas, gritándose entre ellos, riendo.

—Ven —dijo Tenar con firmeza, y echaron a andar rumbo a la casa de Ogion.

Tenar temblaba y el temblor se fue haciendo más intenso a medida que avanzaban. Trataba de ocultárselo a Therru, que parecía preocupada pero no asustada, por no haber comprendido lo que había sucedido.

Tan pronto como entraron en la casa, Tenar se dio cuenta de que alguien había estado allí mientras estaban en la aldea. Olía a carne y cabellos quemados. Habían desordenado la colcha de la cama.

Cuando trató de decidir qué iba a hacer, se dio cuenta de que era víctima de un maleficio. Había estado allí esperando a que llegara. No podía dejar de temblar y sus pensamientos eran confusos, lentos, era incapaz de tomar una decisión. No podía pensar. Había pronunciado la palabra, el nombre verdadero del guijarro, y se lo habían arrojado a la cara... Lo habían arrojado a la cara del mal, la cara monstruosa... Había tenido la osadía de hablar. No podía hablar.

Tenar pensó, en su lengua: «No puedo pensar en hárdico. No debo».

Podía pensar, en kargo. No podía hacerlo con rapidez. Era como si tuviera que pedirle a Arha, la niña, la que había sido hacía tanto tiempo, que saliera de la oscuridad y pensara por ella. Que la ayudara. Como ella la había ayudado la noche anterior, al hacer que la maldición se volviera contra el hechicero. Arha desconocía muchas de las cosas que sabían Tenar y Goha, pero sabía maldecir, y vivir en las sombras y estar en silencio.

Era difícil hacerlo, estar en silencio. Quería gritar a viva voz. Quería hablar; ir a la casa de Musgo y contarle lo que había sucedido, decirle por qué tenía que marcharse, al menos despedirse. Trató de decirle a Brezo: «Ahora las cabras te pertenecen, Brezo», y consiguió decirlo en la lengua hárdica, para que Brezo entendiera, pero Brezo no comprendió. La miró fijamente y se echó a reír: —¡Oh, las cabras son del señor Ogion! —dijo.

«Entonces... tú...», trató de decir Tenar, «sigue cuidándoselas», pero una debilidad mortal se apoderó de ella y oyó que su voz decía en un chillido: —¡Boba, imbécil, estúpida, mujer! —Brezo la miró con fijeza y dejó de reír. Tenar se cubrió la boca con la mano. Cogió a Brezo y la hizo darse vuelta a mirar los quesos que iban endureciéndose en el establo, apuntó una y otra vez a los quesos y a Brezo, hasta que Brezo hizo un vago gesto de asentimiento y se echó a reír nuevamente al verla actuar de esa manera tan extraña.

Tenar le hizo un gesto con la cabeza a Therru —«¡ven!»— y entró en la casa, donde el hedor más intenso hizo encogerse a Therru.

Tenar cogió los morrales y los zapatos de viaje. En su morral guardó su otro vestido y sus mudas, los dos vestidos viejos de Therru y el vestido nuevo a medio hacer y el resto de tela, los volantes de rueca que había hecho para ella y para Therru, y un poco de comida y una botella de arcilla con agua para el camino. En el morral de Therru guardó las mejores cestas que había hecho, la persona de hueso y el animal de hueso dentro de la bolsa de hierba, algunas plumas, una esterilla entretejida que le había dado Musgo, y una bolsa con nueces y pasas.

Quería decirle «Ve a regar el melocotonero», pero no se atrevió. Hizo salir a la niña y se lo mostró. Therru regó el retoño con mucho cuidado.

Barrieron y ordenaron la casa, trabajando de prisa, en silencio.

Tenar dejó una jarra en la repisa y en el otro extremo de la repisa vio los tres grandes libros, los libros de Ogion.

Arha los había visto y no les había dado ninguna importancia, eran grandes cajas de cuero llenas de papel.

Pero Tenar los miró detenidamente y se mordió los nudillos, frunciendo el entrecejo por el esfuerzo de tener que tomar una decisión, de resolver qué debía hacer y cómo podía llevárselos. No podía cargarlos. Pero tenía que hacerlo. No podían quedarse en esa casa profanada, en la casa en la que había entrado el odio. Eran sus libros. Los libros de Ogion. De Ged. Sus propios libros. El saber. ¡Enséñale todo! Sacó la lana y la hilaza del morral en el que había pensado llevarlas y guardó los libros, uno sobre el otro, y ató el extremo del morral con una tira de cuero en la que hizo un lazo para cogerlo. Luego dijo: —Ahora tenemos que marcharnos, Therru. —Habló en la lengua karga, pero el nombre de la niña era idéntico, era una palabra karga, llama, ardiente; y Therru se le acercó, sin hacer preguntas, con su pequeño tesoro en el morral que cargaba a la espalda.

Cogieron sus varas para caminar, la ramita de avellano y la rama de aliso. Pero dejaron la vara de Ogion junto a la puerta, en el rincón oscuro. Dejaron la puerta de la casa abierta de par en par al viento que soplaba desde el mar.

Un instinto animal guió a Tenar, alejándola de los campos de labranza y del camino de la colina por el que habían venido. Tomó en cambio un atajo para bajar por las praderas escarpadas, llevando a Therru de la mano, hacia el camino de las carretas que bajaba

zigzagueando hasta el Puerto de Gont. Sabía que si se cruzaba con Álamo estaba perdida y pensó que tal vez estaría esperándola en el camino. Pero quizá no en ese camino.

Después de bajar poco más o menos de una milla, empezó a poder pensar. Lo primero que pensó fue que había tomado el camino correcto. Poco a poco comenzó a recordar las palabras de la lengua hárdica y, al cabo de un rato, las palabras verdaderas, de modo que se agachó y recogió un guijarro y lo sostuvo en la mano, pensando *tolk*; y se guardó el guijarro en el bolsillo. Contempló las vastas extensiones de aire y de nubes, y pensó, una vez, *Kalessin*. Y sus ideas se volvieron claras, como el aire.

Llegaron a una larga hondonada rodeada por altos montículos y promontorios rocosos cubiertos de hierbas, donde se sintió un poco inquieta. Al acercarse al recodo vieron la bahía azulada a sus pies y, entre los Riscos Fortificados, un hermoso barco que entraba en la bahía a toda vela. Tenar había sentido temor ante el último barco como ése que había visto, pero éste no la atemorizaba. Sentía deseos de correr a su encuentro por el camino.

Pero no podía hacerlo. Avanzaban al ritmo de Therru. Caminaban más rápido que dos meses antes y el camino de bajada también les resultaba más ligero. Pero el barco corría a su encuentro. Un viento de magia le henchía las velas; el barco atravesó la bahía como un cisne en pleno vuelo. Entró en el puerto antes de que Tenar y Therru llegaran al final del siguiente recodo alargado del camino.

Los pueblos de cualquier tamaño le parecían a Tenar lugares muy extraños. Nunca había vivido en un pueblo. Sólo había visto una vez la ciudad más importante de Terramar, Havnor, y sólo por un rato; y había partido rumbo al Puerto de Gont con Ged, hacía años, pero habían subido por el camino que llevaba al Acantilado sin detenerse en las calles. El único otro pueblo que conocía era Valmouth, donde vivía su hija, un pequeño puerto soñoliento y soleado donde la llegada de un barco con mercancías desde las Andrades era todo un acontecimiento, y el pescado seco era el principal tema de conversación de sus habitantes.

Tenar y la niña llegaron a las calles del Puerto de Gont cuando el sol aún brillaba muy alto sobre el mar occidental. Therru había caminado quince millas sin quejarse y sin agotarse, aunque sin duda estaba muy cansada. Tenar también se sentía cansada, por no haber dormido la noche anterior y por haber estado tan angustiada; y los libros de Ogion también eran una pesada carga. A mitad del camino los había puesto en el bolso que llevaba a la espalda y había colocado la comida y las ropas en el morral de la lana, lo que era mejor, pero no mucho mejor. Así llegaron caminando fatigosamente entre las casas de las afueras a las puertas de la ciudad, donde el camino se convertía en una calle después de pasar entre dos dragones tallados en piedra. Un hombre, el guardia de la puerta, las miró fijamente. Therru inclinó la cara quemada hacia el hombro y ocultó la mano quemada bajo el delantal.

—¿Os dirigís a una casa del pueblo, señora? —preguntó el guardia, mirando con curiosidad a la niña.

Tenar no sabía qué decir. No sabía que había guardias ante las puertas de las ciudades. No tenía nada con que pagarle a un peajero o a un hospedero. No conocía a nadie en el Puerto de Gont, excepto, pensó entonces, al hechicero, al que había ido al entierro de Ogion, ¿cómo se llamaba? Pero no sabía cómo se llamaba. Se quedó allí boquiabierta, como Brezo.

—Entrad, entrad —dijo el guardia, fastidiado, y se volvió.

Tenar quería preguntarle dónde estaba el camino que atravesaba el cabo hacia el sur, el camino de la costa que llevaba a Valmouth; pero no se atrevió a despertar su interés nuevamente, por temor a que pensara que después de todo era una vagabunda o una bruja o cualquiera de esos a los que se suponía que él y los dragones de piedra debían impedirle la entrada en el Puerto de Gont. De modo que pasaron entre los dragones —Therru alzó un poco los ojos, para mirarlos— y siguieron caminando pesadamente por los adoquines, cada vez más asombradas, desconcertadas y turbadas. A Tenar le daba la impresión de que no le habían impedido la entrada en el Puerto de Gont a nadie ni a nada. Allí había de todo. Altas casas de

piedra, carretas, narrias, carretones, ganado, monos, mercados, tiendas, gentío, gente, gente; cuanto más avanzaban, más gente encontraban. Therru apretó la mano de Tenar, moviéndose tímidamente, cubriéndose la cara con los cabellos. Tenar apretó la mano de Therru.

Tenar no veía cómo podrían quedarse allí, de modo que lo único que cabía hacer era echarse a andar hacia el sur y seguir caminando hasta que cayera la noche —lo que ocurriría demasiado pronto—, con la esperanza de acampar en el bosque. Tenar escogió a una mujer corpulenta con un gran delantal blanco que estaba cerrando los postigos de una tienda y cruzó la calle, resuelta a preguntarle por el camino que salía de la ciudad hacia el sur. El rostro resuelto y enrojecido de la mujer parecía bastante afable, pero mientras Tenar hacía acopio de valor para hablarle, Therru se le aferró corno si quisiera ocultarse detrás de ella y, al alzar la vista, vio venir por la calle en dirección a ella al hombre con gorra de cuero. Él la vio en ese mismo instante. Se detuvo.

Tenar tomó a Therru del brazo, casi la arrastró y la hizo volverse bruscamente. —¡Ven! —le dijo, y pasó caminando a trancos largos junto al hombre. Una vez que lo hubo dejado atrás comenzó a caminar más rápidamente, bajando por la colina hacia el fulgor y las sombras del agua cubierta por la luz del crepúsculo y los malecones y los muelles al pie de la calle empinada. Therru corría a su lado, jadeando como jadeaba después de sufrir las quemaduras.

Altos mástiles se mecían contra el cielo rojo y amarillo. El barco estaba atracado en el malecón de piedra, con las velas recogidas, más allá de una galera con remos.

Tenar miró hacia atrás. El hombre las seguía, de cerca. No se daba prisa.

Tenar corrió hacia el desembarcadero, pero después de un trecho Therru tropezó y tuvo que detenerse, sin aliento. Tenar la tomó en brazos y la niña se le aferró, ocultando el rostro en su hombro. Pero Tenar apenas podía moverse cargada como iba. Le temblaban las piernas. Dio un paso, y otro y otro. Llegó al puentecito de madera que habían colocado entre el malecón y la cubierta del barco. Apoyó las manos en la baranda.

Un marinero que estaba en la cubierta, un hombre calvo, fuerte, la miró con gesto escrutador. —¿Qué sucede, señora? —le preguntó.

—¿Éste..., éste es el barco que viene de Havnor?

—De la Ciudad del Rey, sí.

—¡Déjame subir!

—No puedo hacerlo —dijo el hombre haciendo una mueca, pero desvió la mirada; miraba al hombre que ahora estaba de pie junto a Tenar.

—No tienes que huir —le dijo Diestro—. No tengo malas intenciones. No quiero hacerte daño. No entiendes. ¿No fui yo el que fue a pedir que la ayudaran? Siento lo que sucedió, de veras. Créeme. Quiero ayudarte con ella. —Extendió la mano como atraído por un impulso irresistible de tocar a Therru. Tenar no podía moverse. Le había prometido a Therru que nunca volvería a tocarla. Vio la mano que tocaba el brazo desnudo y encogido de la niña.

—¿Por qué la sigues? —preguntó otra voz. Otro marino había sustituido al marinero calvo; era un hombre joven. Tenar pensó que era su hijo.

Diestro no tardó en responder. —Ella..., ella me quitó a la niña. Es mi sobrina. Es mía. La embrujó, huyó con ella, mira...

Tenar no podía decir una sola palabra. Nuevamente se había quedado sin palabras, se las habían arrebatado. El joven marinero no era su hijo. Tenía un rostro fino y severo, de ojos claros. Al mirarlo, recuperó el habla: —Déjame subir al barco. ¡Por favor!

El joven extendió la mano. Ella se la cogió y él le ayudó a subir a la cubierta del barco por la pasarela.

—Quédate allí —le dijo a Diestro, y a ella—: Venid conmigo.

Pero las piernas no la sostenían. Se dejó caer sobre una pila en la cubierta del barco que venía de Havnor, soltando el pesado morral pero aferrándose a la niña. —No permitas que se la lleve, ¡oh!, no permitas que lo haga, ¡no otra vez, no otra vez, no otra vez!

10
El delfín

Tenar se negaba a soltar a la niña, se negaba a entregársela. No había sino hombres en el barco. Sólo al cabo de mucho rato comenzó a comprender lo que decían, lo que había sucedido, lo que estaba ocurriendo. Cuando comprendió quién era el joven, el que había creído que era su hijo, le pareció que lo había comprendido desde un comienzo, sólo que antes era incapaz de pensar. Era incapaz de pensar en nada.

Él había regresado al barco después de ir a los malecones y ahora estaba de pie hablando con un hombre de cabellos canos, que parecía ser el capitán, cerca de la pasarela. Le echó una mirada a Tenar, a la que habían dejado acuclillada junto a Therru en un rincón de la cubierta, entre la barandilla y un enorme molinete. La fatiga de la larga jornada había sido superior al temor de Therru; dormía profundamente, pegada a Tenar, con la cabeza apoyada en el pequeño morral y cubierta con la capa.

Tenar se puso de pie lentamente y el joven se le acercó de inmediato. Ella se estiró la falda y trató de echarse hacia atrás los cabellos. —Soy Tenar de Atuan —dijo. Él se quedó inmóvil. Ella dijo—: Creo que sois el rey.

Era muy joven, más joven que Chispa, su hijo. Difícilmente tendría veinte años. Pero había algo en su apariencia que no era en absoluto joven, algo en sus ojos que la hizo pensar: «Ha conocido el fuego».

—Soy Lebannen de Enlad, señora —dijo él, y estuvo a punto de inclinarse o incluso de arrodillarse ante ella. Ella lo tomó de las manos, para que quedaran frente a frente.— ¡No ante mí! —dijo—, ¡ni yo ante vos!

Él rió sorprendido y cogiéndola de las manos la miró con franqueza: —¿Cómo supisteis que os buscaba? ¿Veníais a verme cuando ese hombre...?

—No, no. Iba huyendo... de él..., de... rufianes... Pretendía ir a casa, eso es todo.

—¿A Atuan?

—¡Oh, no! A mi granja. En el Valle Central. En Gont, aquí. —Ella también rió, con una risa en la que asomaban lágrimas. Ahora podía llorar, y así lo hizo. Soltó las manos del rey para secarse los ojos.

—¿Dónde está el Valle Central? —preguntó él.

—Hacia el sur y hacia el este, al otro lado del cabo. Valmouth es el puerto.

—Os llevaremos allá —dijo él, complacido de poder ofrecérselo, de poder hacerlo.

Ella sonrió y se secó los ojos, con un gesto de aceptación.

—Un vaso de vino. Algo de comida, un poco de descanso —dijo él— y un lecho para vuestra niña. —El capitán, que escuchaba discretamente, dio las órdenes. El marinero calvo que recordaba de un tiempo que parecía remoto se adelantó. Iba a coger a Therru. Tenar se interpuso entre él y la niña. No podía dejar que la tocara.— Yo la llevaré —dijo, alzando la voz.

—Hay escalinatas, señora. Yo lo haré —dijo el marinero y ella se dio cuenta de que era gentil, pero no podía dejar que tocara a Therru.

—Permitidme hacerlo —dijo el joven, el rey, y luego de mirarla como pidiéndole permiso, se arrodilló, tomó a la niña dormida y la llevó hasta el escotillón y la bajó con cuidado por la escalinata. Tenar los siguió.

La recostó en una litera en un camarote diminuto, torpemente, tiernamente. La arropó con la capa. Tenar lo dejó hacerlo.

En un camarote más grande que atravesaba la popa de lado a lado, con una larga ventana que daba a la bahía a media luz, la invitó a sentarse ante una mesa de roble. Tomó la bandeja que traía un joven marinero, sirvió vino tinto en copas de cristal grueso, le ofreció fruta y bizcochos.

Ella probó el vino.

—Es muy bueno, pero no es del Año del Dragón;—dijo.

Él la miró con abierta sorpresa, como lo hubiese hecho un niño.

—Es de Enlad, no de las Andrades —dijo con humildad.

—Es excelente —le aseguró ella, bebiendo nuevamente. Cogió un bizcocho. Era una tarta de mantequilla, exquisita, en absoluto dulce. Las uvas verdes y ámbar eran dulces y ácidas. El intenso sabor de la comida y del vino eran como las amarras del barco, la unían nuevamente al mundo, a su mente.

—¡Tenía tanto miedo! —dijo ella a modo de disculpa—. Siento que pronto volveré a actuar como siempre. Ayer... no, hoy, esta mañana... hubo un... un maleficio. —Le era casi imposible pronunciar esa palabra, balbuceó al decirla:— Una m-mal-dición... Me echaron una maldición. Siento que me dejó sin habla, sin poder pensar. Y huimos de eso, pero nos cruzamos con el hombre... el hombre que... —Miró desesperadamente al joven que la escuchaba. Su mirada grave le permitió decir lo que tenía que decir.— Era uno de los que dejaron maltrecha a la niña. Él y sus padres. La violaron y la golpearon y la quemaron; esas cosas suceden, señor. Le suceden a un niño. Y no deja de seguirla, de acercársele. Y...

Se detuvo y bebió del vino, obligándose a saborearlo.

—Y entonces, huyendo de él os encontré a vos. Encontré este refugio. —Miró las vigas bajas y talladas del camarote, la mesa pulida, la bandeja de plata, el rostro delgado y sereno del joven. Tenía cabellos oscuros y finos, tez de color bronce claro; vestía bien pero con sencillez, no llevaba cadenas ni anillos ni ningún distintivo de autoridad. Pero su apariencia era la de un rey, pensó Tenar.

—Siento haber dejado marcharse al hombre —dijo él—. Pero es posible encontrarlo. ¿Fue él quien os echó la maldición?

—Un hechicero. —No quería pronunciar su nombre. No quería pensar en nada de eso. Quería olvidarse de todos ellos. Ni castigo ni persecución. Había que dejarlos entregados a su odio, dejarlos atrás, olvidarlos.

Lebannen no insistió, pero preguntó: —¿Estaréis a salvo de esos hombres en vuestra granja?

—Creo que sí. Si no hubiese estado tan fatigada, tan confusa por..., por el..., tan confusa que no podía pensar, no le habría temido a Diestro. ¿Qué podría haber hecho? ¿Con tanta gente alrededor, en la calle? No debería haber huido de él. Pero lo único que sentía era el miedo de la niña. Es tan pequeña, lo único que puede hacer es temerle. Tendrá que aprender a no temerle. Tengo que enseñárselo... —Desvariaba. Las ideas le venían a la mente en kargo. ¿Había estado hablando en kargo? Él iba a creer que estaba loca, que parloteaba como una vieja loca. Alzó la vista y lo miró furtivamente. Sus ojos oscuros no la observaban; contemplaban la llama de la lámpara de cristal que colgaba cerca de la mesa, una llama tenue, quieta, clara. Su rostro era demasiado triste para ser el rostro de un joven.

—Vinisteis a buscarlo —dijo ella—. Al archimago. Gavilán.

—Ged —dijo él, mirándola con una sonrisa—.Vos y él y yo usamos nuestros nombres verdaderos.

—Vos y yo sí. Pero él sólo se lo ha revelado a vos y a mí.

Él asintió.

—Corre peligro a causa de hombres envidiosos, hombres malvados, y no tiene..., no puede defenderse ahora. ¿Lo sabíais?

No lograba expresarse con más claridad, pero Lebannen dijo: —Me dijo que había perdido su poder de mago. Que lo había consumido al hacer lo que me salvó, lo que nos salvó a todos nosotros. Pero me era difícil creerlo. No quería creerle.

—Tampoco yo. Pero así es. Y por eso él... —Titubeó otra vez.— Quiere estar sólo hasta que cicatricen sus heridas —dijo por fin, con cautela.

Lebannen dijo: —Él y yo estuvimos juntos en la tierra oscura, la tierra yerma. Morimos juntos. Cruzamos juntos sus montañas. Se puede regresar a través de esas montañas. Hay un camino. Él lo conocía. Pero el nombre de las montañas es Dolor. Las piedras... Las piedras son cortantes y las heridas tardan en cicatrizar.

Él se miró las manos. Ella pensó en las manos de Ged, magulladas y cortadas, empuñadas sobre sus heridas. Impidiendo que los cortes se abrieran, cerradas.

Empuñó el guijarro que llevaba en el bolsillo, la palabra que había recogido en el camino empinado.

—¿Por qué se oculta de mí? —gritó el joven, dolido. Luego dijo serenamente—: Tenía la esperanza de verlo. Pero si él no lo desea, así será, ciertamente. —Ella reconoció la cortesía, el respeto, la dignidad de los mensajeros de Havnor, y lo agradeció; reconocía su valor. Pero lo amaba por su sufrimiento.

—Sin duda os buscará. Pero dadle tiempo. Estaba tan herido..., lo ha perdido todo. Pero cuando habló de vos, cuando dijo vuestro nombre, ¡oh!, entonces lo vi por un instante como era antes..., como será nuevamente... ¡Lleno de orgullo!

—¿Orgullo? —repitió Lebannen, como si estuviese sorprendido.

—Sí. Por supuesto, orgullo. ¿Quién podría sentirse orgulloso, sino él?

—Siempre pensé que era... Era tan paciente... —dijo Lebannen y luego rió ante lo inadecuado de su descripción.

—Ahora no tiene paciencia —dijo ella— y se trata con mucha dureza, en forma desmedida. Siento que no podemos hacer nada por él, salvo dejar que siga su camino y que se encuentre a sí mismo cuando ya no pueda más, como dicen en Gont... —De súbito, sintió que ya no podía más, estaba tan agotada que se sentía mal.— Creo que debo descansar—dijo.

Él se puso de pie de inmediato. —Señora Tenar, decís que habéis huido de un enemigo para encontraros con otro; pero yo vine aquí en busca de un amigo, y he encontrado a una amiga. —Ella sonrió ante su ingenio y su bondad. ¡Qué joven tan amable!, pensó.

Cuando despertó, todo era agitación en el barco: crujidos y chirridos de maderos, ruidos sordos de carreras por sobre su cabeza, matraqueo de velas, gritos de marineros. Therru tardó en despertar y lo hizo alicaída, quizá con calentura, aunque su cuerpo era siempre tan cálido que a Tenar le costaba saber si tenía fiebre. Llena de remordimientos por haber obligado a caminar quince millas a la frágil criatura y por todo lo que había sucedido el día anterior, Tenar trató de animarla contándole que estaban en un barco y que a bordo había un verdadero rey, y que el diminuto camarote en el que estaban era el camarote del rey; que el barco las llevaba a casa, a la granja, y que Tía Alondra las estaría esperando en casa, y que tal vez Gavilán también estaría allí. Ni siquiera eso le despertó interés. Estaba desconcertada, inerte, muda.

Tenar vio una marca en su brazo pequeño y delgado: cuatro dedos, una marca roja como de un hierro candente, como la huella de una mano empuñada. Pero Diestro no la había apretado, sólo la había tocado. Tenar le había dicho, le había prometido que él no volvería a tocarla. Había quebrantado su promesa. Su palabra no tenía ningún valor. ¿Qué palabra tiene algún valor contra la violencia sorda?

Se inclinó y besó las marcas en el brazo de Therru.

—Ojalá hubiese tenido tiempo para terminarte el vestido rojo —dijo—. Probablemente al rey le hubiese gustado verlo. Pero bueno, supongo que nadie usa sus mejores ropas en un barco, ni siquiera los reyes.

Therru se sentó en la litera, con la cabeza inclinada, y no respondió. Tenar le cepilló el pelo. Por fin empezaba a crecer más espeso, como una capa negra que cubría las quemaduras en el cuero cabelludo. —¿Tienes hambre, pajarito? No cenaste anoche. Tal vez el rey nos ofrezca ahora un desayuno. Anoche me dio bizcochos y uvas.

No hubo respuesta.

Cuando Tenar le dijo que era hora de salir del cuarto, Therru le obedeció. En la cubierta se quedó con la cabeza inclinada hacia el hombro. No alzó los ojos para mirar las velas blancas henchidas por el viento de la mañana ni el brillo de las aguas, ni se volvió a mirar la Montaña de Gont, que elevaba hacia los cielos la mole y la majestuosidad del bosque, el precipicio y la cumbre. No alzó los ojos cuando Lebannen le habló.

—Therru —dijo Tenar dulcemente, arrodillándose a su lado—, cuando un rey te habla, debes responderle.

Ella se quedó en silencio.

Lebannen la observaba con una expresión indescifrable. Quizás era una máscara, una máscara cortés que ocultaba su repulsión y su sobresalto. Pero no apartaba de ella los ojos oscuros. Rozó apenas el brazo de la niña, diciendo: —Ha de ser extraño para ti despertarte en medio del mar.

Therru sólo aceptó un poco de fruta. Cuando Tenar le preguntó si quería regresar al camarote, asintió. A regañadientes, Tenar la dejó encogida en la litera y regresó a la cubierta.

El barco iba pasando entre los Riscos Fortificados, las altísimas y tenebrosas murallas que parecían inclinarse sobre el velamen. Los arqueros que estaban de guardia en pequeños fuertes que parecían nidos de barro de golondrinas en lo alto de los riscos miraron a los que estaban en la cubierta y los marineros gritaron alegremente hacia lo alto. —¡Abridle paso al rey! —dijeron a voces, y la respuesta no resonó mucho más fuerte que la llamada de las golondrinas desde las alturas—. ¡El rey!

Lebannen estaba de pie en la alta proa junto al capitán y a un anciano, enjuto, de ojos entrecerrados, cubierto con la capa gris de los magos de la Isla de Roke. Ged había lucido una capa como ésa, una capa elegante y hermosa, el día en que habían llevado el Anillo de Erreth-Akbé a la Torre de la Espada; una capa vieja, manchada y sucia y gastada por el viaje había sido su único abrigo en la fría piedra de las Tumbas de Atuan y en el polvo de las montañas del desierto cuando las habían cruzado juntos. Tenar pensaba en eso mientras la espuma ondeaba a ambos costados del barco y los altos riscos se alejaban a sus espaldas.

Cuando el barco hubo dejado atrás los últimos arrecifes y comenzó a enfilar hacia el este, los tres hombres se le acercaron. Lebannen dijo: —Señora, éste es el Maestro de Vientos de la Isla de Roke.

El mago le hizo una reverencia, mirándola con un gesto de admiración en sus ojos penetrantes, y también con curiosidad; era un hombre al que le gustaba saber en qué dirección soplaba el viento, pensó Tenar.

—Ahora no tengo que esperar que el buen tiempo siga acompañándonos; puedo estar segura de que así será —le dijo.

—En un día como hoy no soy más que carga —dijo el mago—. Además, con un marinero como el Maestro Serrathen a cargo del barco, ¿quién necesita a alguien que sepa hacer cambiar el tiempo?

Somos tan corteses, pensó Tenar, nada más que «señoras» y «señores» y «maestros», nada más que reverencias y cumplidos. Le echó una mirada al joven rey. Él la miraba, sonriente pero reservado.

Tenar se sintió como se había sentido en Havnor cuando era muchacha: como una bárbara, vulgar en medio de la delicadeza de los demás. Pero como ya no era una muchacha, no sintió temor sino sólo asombro ante el modo en que los hombres organizaban su mundo hasta convertirlo en esa danza de máscaras, y ante la facilidad con que una mujer podía aprender a danzaría.

Le habían dicho que ese mismo día llegarían a Valmouth. Con ese suave viento en las velas, arribarían al puerto al caer la tarde.

Aún muy fatigada por toda la angustia y la tensión del día anterior, se contentó con sentarse en el asiento que el marinero calvo le había hecho con un jergón de paja y un trozo de vela, y

con contemplar las olas y las gaviotas, y observar el contorno de la Montaña de Gont, azul y nebulosa bajo la luz del mediodía, cambiando a medida que bordeaban sus costas escarpadas sólo a una milla o dos de la orilla. Hizo subir a Therru para que estuviera al sol y la niña se quedó a su lado, observando y dormitando.

Un marinero, un hombre muy misterioso, desdentado, se acercó con los pies descalzos, pies con plantas como pezuñas y dedos terriblemente retorcidos, y dejó algo sobre la lona, cerca de Therru. —Para la pequeña —dijo con voz ronca y se apartó de inmediato, pero sin alejarse. De tanto en tanto miraba en torno sin dejar de trabajar, para ver si le había gustado el obsequio y luego pretendía no haber mirado. Therru se negaba a tocar el pequeño envoltorio. Tenar tuvo que abrirlo. Era una delicada talla que representaba a un delfín, de hueso o de marfil, del largo de su pulgar.

—Puede vivir en tu bolso de hierba —dijo Tenar—, con los demás, con los muñecos de hueso.

Al oír eso Therru se animó lo suficiente como para ir a buscar su bolso de hierba y guardar el delfín. Pero Tenar tuvo que agradecerle al humilde autor del obsequio. Therru no quería mirarlo ni hablarle. Al cabo de un rato, pidió regresar al camarote y Tenar la dejó allí acompañada por la persona de hueso, el animal de hueso y el delfín.

«Es tan fácil —pensó furiosa—, tan fácil para Diestro arrebatarle la luz del sol, arrebatarle el barco y el rey y su niñez, ¡y es tan difícil devolverle todo eso! He pasado un año tratando de devolvérselo y con solo tocarla él se lo arrebata y lo arroja lejos. ¿Y de qué le sirve..., cuál es su recompensa, su poder? ¿Acaso es eso el poder, un vacío?»

Se unió al rey y al mago junto a la barandilla del barco. El sol ya estaba muy cerca del horizonte en el poniente y el barco atravesaba una luz esplendorosa que la hizo pensar en el sueño en el que volaba con los dragones.

—Señora Tenar —dijo el rey—. No os daré un mensaje para nuestro amigo. Siento que el hacerlo es imponeros una carga y también inmiscuirme en su vida; y no deseo hacer ni lo uno ni lo otro. He de ser coronado dentro de un mes. Si fuese él quien sostuviera la corona, mi reino se iniciaría de acuerdo con mis deseos. Pero esté o no allí, él me condujo a mi reino. Me convirtió en rey. No lo olvidaré.

—Sé que no lo olvidaréis —dijo Tenar con dulzura. Era tan vehemente, tan serio...; se ocultaba tras la formalidad de su rango y sin embargo era muy vulnerable en su honestidad, en la pureza de sus deseos. Le despertaba ternura. Cree que conoce el dolor, pero lo encontrará una y otra vez, durante toda su vida, y no olvidará.

Y, por tanto, no hará, como Diestro, lo que es fácil hacer.

—Transmitiré gustosa el mensaje —dijo—. No es una carga. De él depende escucharlo.

El Maestro de Vientos hizo una mueca: —Siempre ha sido así —dijo—. Sólo ha hecho lo que ha decidido hacer.

—¿Lo conocéis desde hace mucho tiempo?

—Desde hace más tiempo que vos, señora. Le enseñé —dijo el mago—. Lo que pude... Como sabéis, llegó a la Escuela de Roke cuando era un niño, con una carta de Ogion en la que nos decía que tenía un prodigioso poder. Pero cuando salí a navegar con él por primera vez, para que aprendiera a hablarle al viento, ¡imaginaos!, levantó una tromba marina. Me di cuenta entonces de lo que nos esperaba. Pensé: «Morirá ahogado antes de cumplir los dieciséis años o será archimago antes de los cuarenta...». O me gusta pensar que pensé eso.

—¿Aún es archimago? —preguntó Tenar. La pregunta parecía provenir de una evidente ignorancia y, cuando fue recibida con silencio, Tenar temió que había resultado peor que una expresión de ignorancia.

Finalmente el mago dijo: —Ahora no hay un Archimago en Roke. —Su tono era extremadamente cauteloso y preciso.

Ella no se atrevió a preguntarle qué quería decir.

—Pienso —dijo el rey— que el Reconstructor de la Runa de la Paz puede formar parte de cualquier concilio de este reino; ¿no estáis de acuerdo, señor?

Después de otra pausa y evidentemente con cierto esfuerzo, el mago dijo: —Sin duda.

El rey esperó, pero no dijo nada más.

Lebannen contempló las aguas brillantes y comenzó a hablar como si empezara a relatar un cuento: —Cuando llegamos a Roke desde el más remoto oeste, llevados por el dragón... —Hizo una pausa y el nombre del dragón se pronunció en la mente de Tenar, *Kalessin*, como el golpe de un gong.

—El dragón me dejó allí, pero se lo llevó. El Portero de la Casa de Roke dijo entonces: «Ha concluido su tarea. Vuelve a casa». Y antes de eso... en la playa de Selidor... me ordenó que dejara su vara, diciendo que había dejado de ser mago. Por tanto, los Maestros de Roke celebraron un concilio para elegir a un nuevo archimago.

»Me invitaron a unirme a ellos, para que aprendiera lo que puede ser conveniente que un rey sepa sobre el Concilio de los Sabios. Y también fui uno de ellos, sustituyendo a uno de los suyos: Thorion, el Invocador, cuyo arte había vuelto en su contra el poderoso mal que mi señor Gavilán enfrentó y destruyó. Cuando estábamos allá, en la tierra yerma, entre el muro y las montañas, vi a Thorion. Mi señor le habló, diciéndole que había un camino por el que se podía regresar a la vida atravesando el muro. Pero no tomó ese camino. No regresó.

Las manos fuertes y delicadas del joven estaban aferradas a la barandilla. Seguía contemplando el mar mientras hablaba. Se quedó en silencio por un minuto y luego prosiguió su relato.

—Así fue como completé el número necesario, nueve, para elegir al nuevo archimago. —Son..., son hombres sabios —dijo, echándole una mirada a Tenar—. No sólo son avezados en sus artes, sino también hombres sabios. Pero aprovechan sus discrepancias, como ya había visto, para tomar decisiones adecuadas. Pero esa vez...

—Lo que ocurrió —dijo el Maestro de Vientos al ver que Lebannen no parecía dispuesto a criticar a los Maestros de Roke— es que sólo había discrepancias entre nosotros; no tomamos ninguna decisión. No podíamos llegar a un acuerdo. Como el archimago no había muerto... Estaba vivo, como sabéis, pero no era mago... y, sin embargo, aún era un señor de dragones, parecía... Y como nuestro Transformador aún estaba perturbado porque habían vuelto su propio arte contra él y creía que el Invocador regresaría de la muerte, y nos suplicó que lo esperásemos... Y como el Maestro de las Formas no deseaba hablar... Es kargo, señora, como vos; ¿lo sabíais? Cuando se unió a nosotros venía de Karego-At. —La observó con su mirada penetrante; ¿en qué dirección sopla el viento?— Así fue como, por todo eso, no pudimos llegar a un acuerdo. Cuando el Portero preguntó los nombres de aquellos entre quienes habríamos de elegir al archimago, no se oyó un solo nombre. Todos miraron a los demás...

—Yo bajé los ojos —dijo Lebannen.

—De modo que finalmente miramos al que conoce los nombres: al Maestro de Nombres. Y él observaba al Maestro de las Formas, que no había dicho una sola palabra, pero que estaba sentado entre sus árboles como un tocón. Siempre nos reunimos en el Boscaje, así es, entre esos árboles cuyas raíces son más profundas que las islas. Ya iba anocheciendo. A veces brillaba una luz entre los árboles, pero no esa noche. Estaba oscuro, no había estrellas, sólo un cielo nublado sobre las hojas. Y el Maestro de las Formas se puso en pie y habló..., pero en su propia lengua, no en el Habla Arcana ni en hárdico sino en kargo. Pocos de nosotros la entendían o sabían siquiera qué lengua era, y no sabíamos qué pensar. Pero el Maestro de Nombres nos dijo lo que había dicho el Maestro de las Formas. Dijo: *Una mujer de Gont.*

Se detuvo. Había dejado de mirarla. Al cabo de unos instantes, ella dijo: —¿Nada más?

—Ni una sola palabra. Cuando lo instamos a hablar, nos miró fijamente y no pudo responder; porque había estado inmerso en una visión, ¿sabéis?... Había estado contemplando la forma de las cosas, la Forma; y poco de eso se puede expresar en palabras y aún menos en

ideas. No sabía mejor que nosotros qué pensar de lo que había dicho. Pero era lo único que teníamos.

Después de todo, los Maestros de Roke eran Preceptores y el Maestro de Vientos era un buen preceptor, no podía dejar de explicar claramente lo que decía. Quizá más claramente de lo que deseaba. Miró una vez a Tenar y luego desvió la mirada.

—Así que, como veis, nos pareció que teníamos que venir a Gont. Pero ¿para qué? ¿En busca de quién? «Una mujer»..., ¡nada claro! Evidentemente esa mujer ha de guiarnos, mostrarnos de algún modo el camino que nos llevará a nuestro archimago. E inmediatamente, como supondréis, señora, se mencionó vuestro nombre... porque ¿de qué otra mujer de Gont habíamos oído hablar? No es una isla grande, pero disfrutáis de gran fama. Entonces uno de nosotros dijo: «Ella nos conducirá a Ogion». Pero todos sabíamos que Ogion se había negado hacía ya mucho tiempo a ser archimago e indudablemente no aceptaría serlo ahora que estaba viejo y enfermo. Y de hecho Ogion agonizaba mientras nosotros hablábamos, creo. Entonces otro dijo: «Pero ella nos conducirá a Gavilán». Y entonces nos sentimos realmente confundidos.

—Realmente —dijo Lebannen—. Porque comenzó a llover, allí, entre los árboles. —Sonrió.— Había creído que nunca volvería a oír el sonido de la lluvia. Sentí una inmensa alegría.

—Los nueve estábamos empapados —dijo el Maestro de Vientos—, y uno de nosotros estaba feliz.

Tenar rió. No podía evitar que el hombre le despertara simpatía. Si se mostraba tan cauteloso con ella, a ella le correspondía mostrarse cautelosa con él; pero con Lebannen y en su presencia la sinceridad era lo único que cabía.

—No puedo ser vuestra mujer de Gont, entonces, porque no os conduciré a Gavilán.

—Eso pensaba yo —dijo el mago con una aparente y tal vez genuina sinceridad—, que no podíais ser vos, señora. Entre otras cosas, porque sin duda él habría dicho vuestro nombre, en la visión. ¡Son muy pocos los que usan abiertamente sus nombres verdaderos! Pero el Concilio de Roke me ha encomendado que os pregunte si sabéis de alguna mujer de esta isla que pueda ser la que buscamos... La hermana o la madre de un hombre de poder o incluso su maestra; porque hay brujas muy sabias a su manera. ¿Es posible que Ogion haya conocido a esa mujer? Dicen que conocía a todos los habitantes de la isla, pese a que vivía solo y solía vagar por lugares solitarios. ¡Ojalá estuviese vivo para ayudarnos!

Tenar ya había pensado en la pescadora del relato de Ogion. Pero esa mujer era una anciana cuando Ogion la había conocido, años atrás, y ya debía de haber muerto. Aunque se decía que los dragones vivían muchos años, pensó.

No dijo nada por un rato y al cabo sólo dijo: —No conozco a nadie semejante.

Percibía la controlada impaciencia que despertaba en el mago. Sin duda pensaba: «¿Por qué se resiste? ¿Qué desea?». Y se preguntó por qué no podía decírselo. La sordera del mago la enmudecía. Ni siquiera podía decirle que estaba sordo.

—Entonces —dijo ella por fin—, no hay un archimago en Terramar. Pero hay un rey.

—En quien tenemos buenos motivos para confiar y tener fe —dijo el mago con un ardor que le favorecía. Lebannen, que observaba y escuchaba, sonrió.

—En los últimos años —dijo Tenar titubeando— ha habido muchos infortunios, muchas desgracias. Mi... la pequeña... Ese tipo de cosas han sido muy comunes. Y he oído a muchos hombres y mujeres de poder hablar del debilitamiento, de la transformación de su poder.

—Aquel al que el archimago, mi señor, derrotó en la tierra yerma, ese Araña, provocó un dolor y una destrucción indecibles. Aún hemos de pasar mucho tiempo restaurando nuestro arte, curando a nuestros hechiceros y recuperando nuestras facultades —dijo el mago terminantemente.

—Me pregunto si no habría que hacer aún más que restaurar y curar —dijo ella—, aunque también hay que hacer eso, sin duda... Pero me pregunto, ¿es posible que..., que ese Araña haya tenido tanto poder porque las cosas ya estaban cambiando... y que se haya estado produciendo, se haya producido un cambio..., un gran cambio? ¿Y es por ese cambio que tenemos nuevamente un rey en Terramar..., un rey en lugar de un archimago?

El Maestro de Vientos la miró como si viera una nube de tormenta a gran distancia, en el horizonte más remoto. Incluso alzó la mano derecha en un indicio, un primer gesto para urdir un sortilegio que detuviese el viento, y luego la bajó nuevamente. Sonrió. —No temáis, señora —dijo—. Roke y el Arte de la Magia seguirán existiendo. ¡Nuestro tesoro está bien protegido!

—Decidle eso a Kalessin —dijo ella, súbitamente incapaz de soportar la extrema inconsciencia de su descortesía. Por supuesto, eso lo hizo mirar con fijeza. Había oído el nombre del dragón. Pero no la había escuchado. ¿Cómo podía escucharla cuando jamás había escuchado a una mujer desde que su madre le cantara su última canción de cuna?

—De hecho —dijo Lebannen—, Kalessin llegó a Roke, que, según se dice, tiene poderosísimas defensas contra los dragones; y no lo hizo por un sortilegio de mi señor, porque para entonces ya no tenía poderes de mago... Pero no creo, Maestro de Vientos, que la Señora Tenar haya temido por ella.

El mago hizo un sincero esfuerzo por enmendar su afrenta. —Lo siento, señora —dijo—. Hablé como si me dirigiera a cualquier mujer.

Ella casi rió. Podría haberlo sacudido. Sólo dijo con indiferencia: —Mis temores son los temores de cualquiera. —No tenía sentido; él no podía oírla.

Pero el joven rey estaba silencioso, escuchaba con atención.

Desde el mundo tambaleante y oscilante de mástiles y velas y cordajes que había sobre sus cabezas, un joven marino gritó clara y dulcemente: —¡Un pueblo, detrás del cabo! —Y un minuto después los que estaban en la cubierta vieron el pequeño racimo de azoteas tejadas, las espirales de humo azul, unas cuantas ventanas cubiertas de vidrio que reflejaban el sol poniente, y los malecones y los desembarcaderos de Valmouth sobre su bahía de satinadas aguas azules.

—¿Deseáis que lo haga tomar puerto o lo haréis vos, señor? —preguntó el sereno capitán y el Maestro de Vientos respondió—: Hacedlo vos, maestro. No quiero tener que ocuparme de ese pecio —dijo apuntando a las docenas de barcas de pesca esparcidas en la bahía. Así fue como el barco del rey, como un cisne entre anadejas, entró lentamente en la bahía, aclamado desde todas las barcas a cuyo lado iba pasando.

Tenar recorrió con la vista los malecones, pero no había ningún otro barco de alta mar.

—Tengo un hijo marino —le dijo a Lebannen—. Pensé que su barco podría estar aquí.

—¿Cuál es su barco?

—Era tercer maestre del *Gaviota de Eskel*, pero eso fue hace más de dos años. Tal vez haya cambiado de barco. Es un hombre inquieto. —Sonrió.— Cuando os vi por primera vez, pensé que erais mi hijo. No os parecéis a él en absoluto, sólo porque sois alto y delgado, y joven. Y estaba confusa, tenía miedo... Temores que puede sentir cualquiera.

El mago había subido al puesto del maestre en la proa, y Tenar y Lebannen estaban solos.

—Hay demasiados temores de ese tipo —dijo él.

Era la única oportunidad que tenía Tenar para hablar con él a solas, y las palabras surgieron presurosas e inseguras: —Quería decir... pero no servía de nada... pero ¿es posible que en Gont haya una mujer, no sé quién, no me imagino, pero es posible que haya o exista en el futuro o pueda haber una mujer... y que la busquen, la necesiten? ¿Es imposible acaso?

Él la escuchó. No era sordo. Pero frunció el entrecejo, atento, como si tratase de comprender una lengua que no fuese la suya. Y sólo dijo en un susurro: —Es posible.

Desde un bote diminuto una pescadora gritó: —¿De dónde venís? —Y desde el cordaje el joven marino le respondió con un grito que parecía el canto de un gallo:— ¡De la Ciudad del Rey!

—¿Cómo se llama este barco? —preguntó Tenar—. Mi hijo me preguntará en qué barco navegué.

—*Delfín* —respondió Lebannen, sonriéndole.

«Mi hijo, mi rey, mi querido muchacho —pensó ella—. ¡Me gustaría tanto tenerte siempre cerca!»

—Tengo que ir a buscar a la pequeña —dijo.

—¿Cómo llegaréis a vuestra casa?

—Caminando. Sólo está a una cuantas millas valle arriba. —Señaló más allá del pueblo, hacia el interior, donde se extendía el Valle Central, amplio y bañado por el sol entre dos brazos de la montaña, como un regazo.— La aldea está junto al río y mi granja está a media milla de la aldea. Es un hermoso rincón de vuestro reino.

—Pero ¿no correréis peligro?

—¡Oh, no! Esta noche me quedaré con mi hija aquí en Valmouth. Y todos los de la aldea son de confianza. No estaré sola.

Sus miradas se cruzaron por un momento, pero ninguno de los dos pronunció el nombre que los dos pensaban.

—¿Vendrán nuevamente, de Roke? —preguntó ella—. ¿Buscando a la «mujer de Gont»... o buscándolo a él?

—Al menos, no a él. Si lo proponen nuevamente, les prohibiré hacerlo —dijo Lebannen, sin darse cuenta de cuánto le había dicho con esas tres palabras—. Pero en cuanto a la búsqueda de un nuevo archimago o de la mujer de la visión del Maestro de las Formas... Sí, es posible que eso los traiga aquí. Y tal vez los lleve a buscaros.

—Serán bienvenidos en la Granja de los Robles —dijo Tenar—. Aunque no tanto como seríais vos.

—Vendré cuando pueda —dijo él, con un dejo severo; y con un dejo de melancolía—: si puedo.

11

En casa

La mayoría de los habitantes de Valmouth bajaron a los malecones a ver el barco de Havnor cuando se enteraron de que el rey estaba a bordo, el nuevo rey, el joven rey del que hablaban las nuevas canciones. Aún no conocían las nuevas canciones, pero conocían las antiguas, y el viejo Relli llegó con su arpa y cantó un fragmento de la *Gesta de Morred*, porque sin duda un rey de Terramar sería el heredero de Morred. Poco después el mismo rey subió a la cubierta, incomparablemente joven y alto y apuesto, y con él un mago de Roke, y una mujer y una niña pequeña cubiertas con viejas capas y que casi parecían mendigos, pero él las trataba como si fuesen una reina y una princesa, de modo que quizá lo fueran. —Tal vez sea su madre —dijo Shinny, tratando de ver algo por sobre las cabezas de los hombres que estaban delante de ella, y entonces su amiga Manzana le apretó el brazo y dijo con una especie de chillido susurrante—. ¡Es..., es madre!

—¿La madre de quién? —dijo Shinny, y Manzana le respondió—: Mi madre. Y ésa es Therru. —Pero no se abrió paso entre la multitud, ni siquiera cuando un oficial del barco bajó a tierra para invitar al viejo Relli a subir a bordo a tocar para el rey. Se quedó esperando con los demás. Vio al rey recibir a los notables de Valmouth y escuchó a Relli cantar para él. Lo vio despedirse de sus huéspedes, porque el barco se haría nuevamente a la mar, decía la gente, antes de que cayera la noche, y regresaría a Havnor. Tenar y Therru fueron las últimas en cruzar la pasarela. El rey las abrazó con formalidad, apoyando la mejilla en las mejillas de ellas, arrodillándose para abrazar a Therru. —¡Ah! —dijo el gentío en el malecón. Cuando las dos bajaron por la pasarela flanqueada por barandillas, el sol se iba ocultando en medio de una bruma dorada, dejando un largo rastro dorado en la bahía. Tenar cargaba un pesado morral y un bolso; Therru llevaba la cara inclinada y cubierta por los cabellos. Levantaron la pasarela y los marineros saltaron al cordaje y los oficiales gritaron y *Delfín* enfiló hacia su puerto. Entonces Manzana se abrió paso entre la multitud finalmente.

—¿Cómo estás, madre? —le dijo y Tenar respondió—: ¿Cómo estás, hija? —Se besaron, y Manzana tomó a Therru en brazos y le dijo:— ¡Cómo has crecido! Estás mucho más grande que antes. Ven, ven a casa conmigo.

Pero Manzana se mostró algo reservada con su madre esa noche, en la hermosa casa de su joven esposo, el mercader. La miró varias veces con una expresión reflexiva, casi cautelosa. —Nunca le di ninguna importancia, madre, tú sabes —le dijo en la puerta del cuarto de Tenar—, a todo eso..., a la Runa de la Paz..., a que tú hubieses llevado el Anillo a Havnor. No era más que una de esas canciones. ¡Hace mil años! Pero de veras fuiste tú, ¿verdad?

—Fue una muchacha de Atuan —dijo Tenar—. Hace mil años. Creo que podría dormir por mil años ahora.

—Ve a dormir, entonces. —Manzana se volvió, luego se dio vuelta nuevamente, con la lámpara en la mano.— ¡Besarreyes! —le dijo.

—Vete, vete —dijo Tenar.

Manzana y su joven esposo consiguieron que Tenar se quedara con ellos por un par de días, pero después de eso se mostró decidida a marcharse a la granja. De modo que Manzana subió con ella y Therru a lo largo del plácido y plateado Kaheda. El verano iba dando paso al otoño. El sol aún era cálido, pero el viento era frío. Las hojas de los árboles estaban ajadas, polvorientas, y los campos estaban segados o en plena cosecha.

Manzana comentó que Therru se veía mucho más fuerte y que caminaba con aplomo.

—Ojalá la hubieses visto en Re Albi —dijo Tenar—, antes... —y se detuvo. Había decidido no inquietar a su hija con todo eso.

—¿Qué sucedió? —preguntó Manzana, tan claramente resuelta a saber lo que había sucedido que Tenar se rindió y respondió en voz baja—: Uno de *ellos*.

Therru caminaba unas pocas yardas más adelante, con las largas piernas asomándole por debajo del vestido que ya le quedaba corto, buscando moras entre los arbustos, sin detenerse.

—¿Su padre? —preguntó Manzana, asqueada ante la idea.

—Alondra dice que el que parecía ser su padre se hacía llamar Merluza. Éste es más joven. Es el que fue a ver a Alondra para decirle. Se llama Diestro. Estaba... merodeando por Re Albi. Y luego, por desgracia, nos cruzamos con él en el Puerto de Gont. Pero el rey lo obligó a marcharse. Y ahora estoy aquí y él está allá, y todo eso se acabó.

—Pero Therru se asustó —dijo Manzana, con un tono algo sombrío.

Tenar asintió.

—¿Pero por qué fuiste al Puerto de Gont?

—Y bien, ese hombre, Diestro, trabajaba para un hombre..., un hechicero de la casa del Señor de Re Albi, que me tomó antipatía... —Trató de acordarse del nombre común del hechicero, pero no lo consiguió; lo único que se le ocurría era Tuaho, el nombre que le daban en kargo a cierto árbol, no podía recordar cuál.

—¿Entonces?

—Y bien..., me pareció que lo mejor era simplemente regresar a casa.

—Pero ¿por qué te tomó antipatía el hechicero?

—Por ser mujer más que nada.

—Corteza de queso rancio.

—Corteza de queso fresco en este caso.

—Peor aún. Y bien, que yo sepa por aquí nadie ha visto a los padres, si se los puede llamar así. Pero si todavía andan merodeando por aquí, no me gusta que te quedes sola en casa.

Es agradable que una hija os cuide como una madre y comportarse como una hija con la propia hija. Tenar dijo con impaciencia: —¡Estaré perfectamente bien!

—Al menos podrías conseguir un perro.

—He pensado en eso. Quizás alguien de la aldea tenga un cachorro. Le preguntaremos a Alondra cuando nos detengamos a verla.

—No un cachorro, madre. Un perro.

—Pero no un perro viejo... Un perro con el que Therru pueda jugar —suplicó.

—Un cachorro amable que se acerque a los ladrones y los bese —dijo Manzana sin dejar de caminar, rolliza y de ojos grises, riéndose de su madre.

Llegaron a la aldea cerca de mediodía.

Alondra las recibió con una fiesta de abrazos, besos, preguntas y cosas para comer. El silencioso esposo de Alondra y otros aldeanos llegaron a saludar a Tenar. Sentía la alegría del regreso al hogar. Alondra y los dos menores de sus siete hijos, un niño y una niña, las acompañaron hasta la granja. Los niños conocían a Therru desde la primera vez que la había llevado a casa, por supuesto, y estaban acostumbrados a ella, aunque la separación de dos meses los hizo mostrarse tímidos al comienzo. Delante de ellos, incluso delante de Alondra, Therru se mantuvo retraída, pasiva, como en los malos tiempos.

—Está fatigada, desconcertada por todos estos ires y venires. Ya se sentirá mejor. Se ha comportado admirablemente —le dijo Tenar a Alondra, pero Manzana no le iba a permitir que dejara de lado el tema tan fácilmente.

—Uno de *ellos* se apareció, y aterrorizó a Therru y a madre —dijo Manzana. Y poco a poco, entre las dos, la hija y la amiga, hicieron que Tenar les contara la historia esa tarde, mientras abrían la casa fría, mal ventilada, polvorienta, la arreglaban, aireaban la ropa de cama, sacudían la cabeza al encontrar cebollas con brotes, guardaban un poco de comida en la despensa y ponían al fuego una gran marmita con sopa para la cena. Lo que llegaron a saber fue saliendo palabra a palabra. Tenar parecía no poder decirles lo que había hecho el hechicero; un maleficio, dijo vagamente, o tal vez fuera que había mandado a Diestro tras ella. Pero cuando empezó a hablar del rey, las palabras se le atropellaron en la boca.

—Y entonces apareció él..., ¡el rey!..., como la hoja de una espada... Y Diestro se encogía y temblaba retrocediendo ante él... ¡Y yo creí que era Chispa! De veras, de veras lo creí por un momento, estaba tan..., tan fuera de mí.

—Y bueno —dijo Manzana—, está bien, porque Shinny creyó que tú eras su madre. Cuando estábamos en el malecón mirándote hacer tu entrada majestuosa. Lo besó, imagínate, Tía Alondra. Besó al rey... con toda naturalidad. Yo pensé que a continuación iba a besar al mago. Pero no lo hizo.

—Eso me imagino, ¿a quién se le ocurriría? ¿Qué mago? —preguntó Alondra, con la cabeza metida en una alacena—. ¿Dónde está el recipiente de la harina, Goha?

—Debajo de tu mano. Un mago de Roke, venía en busca de un nuevo archimago.

—¿Aquí?

—¿Por qué no? —dijo Manzana—. El anterior era de Gont, ¿verdad? Pero no pasaron mucho tiempo buscándolo. Regresaron directamente a Havnor, una vez que se libraron de mamá.

—¡Cómo hablas!

—Dijo que andaba en busca de una mujer —les dijo Tenar—. «Una mujer de Gont.» Pero no parecía muy contento con eso.

—¿Un hechicero andaba buscando a una mujer? Y bien, eso es algo nuevo —dijo Alondra—. Pensaba que esto ya estaría agusanado, pero está perfecto. Voy a hacer una o dos tortillas, ¿os parece bien? ¿Dónde está el aceite?

—Tengo que sacar un poco del cacharro que hay en la cabaña de los alimentos. ¡Oh, Shandy! ¡Eres tú! ¿Cómo estás? ¿Cómo está Arroyo Claro? ¿Cómo ha estado todo? ¿Vendisteis los carneros?

Fueron nueve los que se sentaron a cenar. Bajo la luz amarilla del atardecer, en la cocina empedrada, ante la larga mesa de la granja, Therru empezó a alzar un poco la cabeza y habló un par de veces con los otros niños; pero aún estaba recelosa y cuando oscureció más se acomodó para poder vigilar la ventana con el ojo sano.

Sólo después de que Alondra y sus hijos se hubieron marchado a la luz del crepúsculo, y mientras Manzana le cantaba a Therru para hacerla dormir y ella estaba lavando los platos con Shandy, Tenar preguntó por Ged. Por algún motivo no había querido hacerlo delante de Alondra y de Manzana; habría tenido que dar demasiadas explicaciones. Se había olvidado por completo de decirles que Ged había estado en Re Albi. Y ahora no quería volver a hablar de Re Albi. Sus pensamientos parecían ensombrecerse cuando trataba de pensar en eso.

—¿Vino aquí el mes pasado un hombre al que le dije que viniera... para ayudar en la granja?

—¡Oh, se me había borrado de la cabeza! —gritó Shandy—. Hablas de Halcón, ¿verdad?... ¿El que tiene cicatrices en la cara?

—Sí —dijo Tenar—, Halcón.

—Oh, sí, y bien, debe de estar en la Montaña de las Aguas Calientes, más arriba de Lissu, allá arriba con las ovejas, con las ovejas de Serry creo. Vino aquí y nos dijo que tú lo habías enviado y no había ni una migaja de trabajo para él, imagínate, porque Arroyo Claro y yo nos ocupábamos de las ovejas y yo ordeñaba y el viejo Tiff y Sis me ayudaban cuando lo necesitaba, y yo me devanaba los sesos pero Arroyo Claro vino y le dijo: «Ve a preguntarle al hombre de Serry, al capataz de Serry el Granjero allá arriba, cerca de Kahedanan, pregúntale si necesitan pastores en la montaña», eso le dijo y ese Halcón se marchó y eso fue lo que hizo y consiguió que lo tomaran, y ya al otro día había partido. «Ve a preguntarle al hombre de Serry», eso fue lo que le dijo Arroyo Claro, y eso fue lo que hizo y lo tomaron inmediatamente. Así que cuando llegue el otoño volverá con los rebaños, sin duda. Allá está, en Cascadas Altas, más arriba de Lissu, en las praderas de la montaña. Me parece que lo querían para las cabras. Habla bien el hombre. Ovejas o cabras, no me acuerdo. Espero que te

parezca bien que no lo hayamos tomado aquí, Goha, pero es verdad que no había ni una migaja de trabajo que darle porque yo y Arroyo Claro y el viejo Tiff y Sis ya habíamos entrado el lino. Y él dijo que había sido pastor de cabras allá, de donde venía, al otro lado de la montaña, en un lugar que queda más allá de Armouth, eso dijo, aunque dijo que nunca había sido pastor de ovejas. Tal vez lo pusieron a cuidar cabras allá arriba.

—Tal vez —dijo Tenar. Se sentía muy aliviada y muy desilusionada. Lo que había querido era saber que estaba bien y que no corría peligro, pero también hubiese querido encontrarlo allí.

Pero ya era suficiente, se dijo, con estar en casa... y quizá fuera mejor que no estuviese allí, que nada de todo aquello estuviese allí, que todas las aflicciones y los sueños y los actos de hechicería y los terrores de Re Albi hubiesen quedado atrás, para siempre. Estaba allí, ahora, y ése era su hogar, esos suelos empedrados y esos muros, esos ventanucos con hojas de vidrio al otro lado de los cuales se alzaban los oscuros robles a la luz de las estrellas; esos cuartos silenciosos, ordenados. Esa noche tardó un rato en dormirse. Su hija durmió en el cuarto contiguo, el cuarto de los niños, con Therru, y Tenar durmió en su propia cama, en la cama de su esposo, sola.

Durmió. Al despertar no recordaba haber soñado.

Después de unos pocos días en la granja, casi dejó de pensar en el verano pasado en el Acantilado. Era un tiempo remoto y un lugar lejano. Aunque Shandy había insistido en que no quedaba ni una migaja de trabajo por hacer en la granja, encontró muchas cosas por hacer: todo lo que no se había hecho durante el verano y todo lo que se debía hacer durante la cosecha en los campos y en el establo. Trabajaba desde el alba hasta el anochecer y si, por casualidad, disponía de una hora para sentarse, se ponía a hilar, o a coser para Therru. Por fin terminó el vestido rojo, un bonito vestido sin duda, con un delantal blanco de adorno y uno de color naranja para todos los días. —¡Mira, estás hermosa! —dijo Tenar con orgullo de costurera cuando Therru se lo puso por primera vez. Therru dio vuelta la cara.

—Eres hermosa —dijo Tenar en otro tono—. Escúchame, Therru. Ven aquí. Tienes cicatrices, cicatrices feas, porque te hicieron algo feo, algo malvado. La gente ve las cicatrices. Pero también te ve a ti y tú no eres esas cicatrices. No eres fea. No eres malvada. Eres Therru y eres hermosa. Eres Therru, que puede trabajar y caminar y correr y bailar, hermosamente, con un vestido rojo.

La niña la escuchaba, con el lado suave y sano de la cara tan inexpresivo como el lado rígido, cubierto de cicatrices.

Therru bajó la vista para mirar las manos de Tenar y luego las tocó con sus deditos. —Es un hermoso vestido —dijo con su voz débil y ronca.

Cuando Tenar quedó a solas, mientras doblaba los restos de tela roja, sintió arder lágrimas en los ojos. Se sentía censurada. Había hecho bien en hacerle el vestido y le había dicho la verdad a la niña. Pero lo correcto y la verdad no eran suficientes. Había una hondonada, un vacío, un abismo, más allá de lo correcto y de la verdad. El amor, el amor que sentía por Therru y el que Therru sentía por ella, levantaban un puente que cruzaba la hondonada, un puente hecho de telaraña, pero el amor no la cubría ni la hacía desaparecer. Nada la cubría ni la hacía desaparecer. Y la niña lo sabía mejor que ella.

Llegó el día del equinoccio, con un brillante sol otoñal que quemaba a través de la niebla. Las primeras pinceladas color bronce cubrían las hojas de los robles. Mientras restregaba las cacerolas para la nata en el establo, con la ventana y la puerta abiertas de par en par al aire fresco, Tenar pensó que el joven rey estaba siendo coronado ese día en Havnor. Pensó que los señores y las damas se pasearían en sus ropajes azules y verdes y carmesíes, pero que él se vestiría de blanco. Subiría las gradas de la Torre de la Espada, las gradas por las que ella y Ged habían subido. Le ceñirían la corona de Morred. Él se volvería cuando tocaran las trompetas y se sentaría en el trono que había estado vacío por tantos años, y contemplaría su

reino con esos ojos oscuros que sabían lo que era el dolor, lo que era el temor. «Reinad bien, reinad por largo tiempo —pensó—, ¡pobre muchacho!» Y pensó: «Debería haber sido Ged quien le ciñese la corona. Debería haber ido».

Pero Ged estaba pastoreando las ovejas de un hombre acaudalado, o cabras tal vez, en las altas praderas. Era un otoño agradable, seco, dorado, y no harían bajar a los rebaños hasta que nevara en las cumbres.

Cuando fue a la aldea, Tenar se preocupó especialmente de ir a la cabaña de Hiedra al final de la Callejuela del Molino. El haber conocido a Musgo en Re Albi la había hecho interesarse por conocer mejor a Hiedra, siempre que alguna vez lograra que la bruja dejase de lado sus sospechas y sus celos. Aunque Alondra estaba allí, extrañaba a Musgo; había aprendido de ella y había llegado a quererla, y Musgo le había dado a ella y a Therru algo que necesitaban. Esperaba encontrar allí a alguien que la sustituyera. Pero aunque Hiedra era mucho más limpia y más digna de confianza que Musgo, no tenía la menor intención de renunciar a la antipatía que sentía por Tenar. Respondió a sus propuestas de amistad con el desprecio que, como Tenar reconocía, probablemente merecieran. —Sigue tu camino que yo seguiré el mío —le dijo la bruja con toda claridad aunque sin palabras; y Tenar obedeció, aunque siguió tratando a Hiedra con notorio respeto cuando se encontraban. La había tratado con desprecio muy a menudo y por mucho tiempo, pensó, y le debía un desagravio. La bruja, que evidentemente estaba de acuerdo, aceptó lo que se le debía con una ira inconmovible.

A mediados del otoño el brujo Haya se internó por el valle, llamado por un acaudalado granjero para que lo curara de la gota. Se quedó por un tiempo en las aldeas del Valle Central, como solía hacer, y pasó una tarde en la Granja de los Robles, observando a Therru y charlando con Tenar. Le interesaba saber todo lo que quisiera contarle de los últimos días de Ogion. Era el pupilo de un pupilo de Ogion y un devoto admirador del mago de Gont. Tenar se dio cuenta de que no le costaba tanto hablar de Ogion como de otras personas de Re Albi, y le contó todo lo que pudo. Cuando hubo terminado, él le preguntó con cierta cautela: —Y el archimago, ¿fue allí?

—Sí —dijo Tenar.

Haya, un hombre de más de cuarenta años, de tez suave y aspecto apacible, con cierta tendencia a engordar, con semicírculos oscuros bajo los ojos que no se avenían con la dulzura de su rostro, le echó una mirada y no preguntó nada.

—Llegó después de la muerte de Ogion. Y se marchó —dijo. Y luego—: Ya no es archimago. ¿Lo sabíais?

Haya asintió.

—¿Ha llegado alguna nueva sobre la elección de un nuevo archimago?

El brujo negó con la cabeza. —No hace mucho llegó un barco de las Enlades, pero sus tripulantes no hablaban sino de la coronación. ¡Era lo único que les importaba! Y parecería que todos los auspicios y los sucesos son favorables. Si la buena voluntad de los magos tiene algún valor, entonces nuestro joven rey es un hombre de fortuna... Y activo al parecer. Antes de que me marchara de Valmouth, desde el Puerto de Gont llegó por tierra la orden de que los nobles y los mercaderes y el alcalde y su concilio se reunieran y se ocuparan de que los alguaciles del distrito fueran hombres respetables y responsables, porque ahora son oficiales del rey, y deben hacer lo que él ordene y hacer cumplir sus leyes. Y bien, ¡podéis imaginaros cómo recibió eso el Señor Heno! —Heno era un famoso protector de piratas, que por largo tiempo había tenido a la mayoría de los alguaciles de tierra y de mar de Gont Sur en el bolsillo.— Pero había hombres dispuestos a enfrentarse con Heno, ahora que el rey los apoyaba. Destituyeron inmediatamente a la vieja pandilla y nombraron a quince nuevos alguaciles, hombres decentes, a quienes se les paga con los fondos de la alcaldía. Heno se enfureció y juró que los aniquilaría. ¡Es una nueva época! No surgió de un momento a otro,

por supuesto, pero está comenzando. Cómo desearía que el Maestro Ogion estuviese vivo para verlo.

—Lo vio —dijo Tenar—. Poco antes de morir sonrió y dijo: «¡Todo ha cambiado...!».

Haya reaccionó con serenidad, asintiendo lentamente. —Todo ha cambiado —repitió.

Al cabo de un rato dijo: —La pequeña está muy bien.

—Bastante bien... A veces pienso que no está del todo bien.

—Señora Goha —dijo el brujo—, si yo o cualquier otro brujo u otra bruja o quizás un hechicero la hubiese tomado a su cargo y hecho uso de todo su poder de curación del Arte de la Magia para ayudarla durante todos estos meses desde que sufrió las heridas, no estaría mejor. Habéis hecho *todo* lo que se puede hacer, señora. Habéis hecho algo prodigioso.

Ella se conmovió ante su sincera alabanza, pero la entristeció; y le dijo por qué: —No es suficiente —dijo—. No puedo curarla. Es... ¿Qué va a hacer? ¿Qué va a ser de ella? —Se le acabó el hilo que había estado enrollando en el huso y dijo:— Tengo miedo.

—Por ella —dijo Haya, en una semipregunta.

—Tengo miedo porque su miedo atrae hacia él, hacia ella, la causa de su miedo. Tengo miedo porque...

Pero no supo cómo decirlo.

—Si vive atemorizada, hará daño —dijo finalmente—. A eso le temo.

El brujo reflexionó. —He pensado —dijo al cabo con su habitual timidez— que tal vez, si tiene el don, como creo, habría que enseñarle algo del Arte. Y como bruja su... apariencia no se volvería tanto en contra suya... posiblemente. —Carraspeó.— Hay brujas que hacen cosas muy loables —dijo.

Tenar se entrelazó una tira de la lana que había hilado entre los dedos para ver si había quedado pareja y resistente. —Ogion me dijo que le enseñara. «Enséñale todo», me dijo y después dijo: «No lo de Roke». No sé qué habrá querido decir.

A Haya no le resultó difícil comprenderlo. —Lo que quiso decir es que las enseñanzas de Roke, las Altas Artes, no eran adecuadas para una niña —le explicó—. Menos aún para una niña tan baldada. Pero si él os dijo que le enseñarais todo salvo esa ciencia, parecería que él también se dio cuenta de que su camino bien podría ser el de las brujas. —Reflexionó una vez más, más animado, por tener de su lado la autoridad de la opinión de Ogion.— En un año, o dos, cuando esté bastante fuerte y haya crecido un poco más, podríais pensar en pedirle a Hiedra que empiece a enseñarle un poco. No mucho, por supuesto, ni siquiera de ese tipo de cosas, hasta que sepa su verdadero nombre.

Tenar sintió una fuerte e inmediata resistencia ante esa sugerencia. No dijo nada, pero Haya era un hombre sensato. —Hiedra es hosca —dijo—. Pero hace con honestidad lo que sabe hacer. Lo que no se puede decir de todas las brujas*. Débil como magia de mujer*, ya lo sabéis, y *¡maligno como magia de mujer!* Pero he conocido a brujas con verdadero poder para curar. El curar es algo propio de la mujer. Algo que le es natural. Y es posible que la niña se sienta atraída a eso... por haber sido malherida.

Su bondad era inocente, pensó Tenar.

Le agradeció, diciéndole que iba a reflexionar en lo que le había dicho. Y de veras lo hizo.

Antes de que acabara el mes, los aldeanos del Valle Central se reunieron en el Corral Redondo de Sodeva para nombrar a sus propios alguaciles y guardias y para imponerse un tributo para pagarles a los alguaciles. Ésas eran las órdenes del rey que habían recibido los alcaldes y los ancianos de las aldeas y que fueron obedecidas sin demora, porque en los caminos seguía habiendo mendigos y ladrones tenaces, y los aldeanos y los granjeros estaban ansiosos por tener orden y seguridad. Corrían algunos rumores desagradables, entre otros que el Señor Heno había organizado un Concilio de Bribones y que estaba reclutando a todos los tunantes que había en los campos para que salieran en pandillas a romperles la cabeza a los magistrados del rey; pero casi todos decían: —¡Dejadlos que lo intenten! —Y regresaban a

sus casas comentando que ahora un hombre honesto podía irse a dormir seguro de noche y que el rey estaba arreglando todo lo que antes estaba mal, aunque los tributos eran disparatados y todos se arruinarían para siempre tratando de pagarlos.

Tenar se alegró cuando Alondra le contó todo eso, pero no le prestó mayor atención. Trabajaba afanosamente; y desde que había regresado a casa, casi sin darse cuenta, había resuelto no permitir que el recuerdo de Diestro y de ninguno de esos rufianes la dominara o dominara a Therru. No podía hacer que la niña se quedara con ella en todo momento, reavivando su terror, recordándole constantemente aquello que no podía recordar y seguir viviendo. La niña debía ser libre y saber que era libre, para crecer armoniosamente.

Poco a poco había ido perdiendo su actitud retraída, temerosa, y ya recorría toda la granja y los caminos apartados e incluso llegaba sola hasta la aldea. Tenar no le hacía ninguna advertencia, incluso cuando tenía que hacer un esfuerzo para evitarlo. Therru estaba a salvo en la granja, en la aldea, nadie iba a hacerle daño: eso debía ser algo incuestionable. Y en realidad Tenar no la interrogaba a menudo. Con ella y Shandy y Arroyo Claro siempre cerca, y Sis y Tiff en la casa de abajo y la familia de Alondra en toda la aldea, ¿qué daño podía sufrir la niña en el dulce otoño del Valle Central?

Tenar se había conseguido un perro, también, cuando había oído hablar de uno como el que quería: un gran perro ovejero gris de Gont, de esos con gesto astuto y pelaje rizado en la cabeza.

De tanto en tanto pensaba, como en Re Albi: «¡Debería enseñarle a la niña! Ogion me lo dijo». Pero por algún motivo lo único que al parecer le iba enseñando era a trabajar en la granja e historias, al atardecer, desde que las noches habían empezado a alargarse y habían comenzado a sentarse junto al fuego, en la cocina, después de cenar y antes de acostarse. Quizás Haya tenía razón y habría que enviar a Therru donde una bruja para que aprendiera lo que sabían las brujas. Era mejor que convertirla en aprendiza de un tejedor, como se le había ocurrido hacer a Tenar. Pero no mucho mejor. Y no había crecido bastante; y era muy ignorante para su edad, porque no le habían enseñado nada antes de que llegara a la Granja de los Robles. Había sido como un animalito que apenas sabía hablar y que no había aprendido ningún oficio como los demás seres humanos. Aprendía de prisa y era doblemente obediente y aplicada que las indisciplinadas niñas y los niños risueños y perezosos de Alondra. Era capaz de limpiar y servir a la mesa e hilar, cocinar un poco, coser un poco, cuidar las aves de corral, ir a buscar a las vacas y trabajar muy bien en el establo. Una perfecta granjerita, la llamaba el viejo Tiff, lisonjeándola un poco. Tenar también lo había visto hacer el gesto para conjurar el mal, subrepticiamente, cuando Therru pasaba a su lado. Como la mayoría de la gente, Tiff creía que uno es aquello que le sucede. Los ricos y los poderosos sin duda eran virtuosos; una víctima del mal tenía que ser mala y se la podía castigar con razón.

En ese caso, no habría servido de mucho que Therru se hubiese convertido en la mejor granjerita de Gont. Ni siquiera la prosperidad mitigaría el estigma patente de lo que le habían hecho. De modo que a Haya se le había ocurrido que fuera una bruja, que aceptara y aprovechara ese estigma. ¿Era eso lo que quería decir Ogion cuando había dicho «No lo de Roke»?... Cuando había dicho «Le temerán»? ¿Era eso solamente?

Un día, cuando un calculado azar las hizo encontrarse en la calle de la aldea, Tenar le dijo a Hiedra: —Hay algo que quiero preguntaros, señora Hiedra. Algo relacionado con su oficio.

La bruja la miró. Tenía una mirada severísima.

—¿Con mi oficio?

Tenar asintió, resuelta.

—Venid entonces —le dijo, encogiéndose de hombros y adelantándosele por la Callejuela del Molino rumbo a su cabaña.

No era una cueva infame y llena de pollos, como la casa de Musgo, pero era la casa de una bruja, las vigas estaban cubiertas de hierbas secas y puestas a secar, el fuego ardía bajo un

montículo de ceniza gris con un carbón minúsculo que parpadeaba como un ojo rojo, un gato ágil, gordo y negro de bigotes blancos dormía sobre un estante, y por doquier había una profusión de cajitas, tiestos, jarras, bandejas y botellas tapadas, todo lleno de aromas, agrios o dulces o extraños.

—¿Qué puedo hacer por vos, señora Goha? —le preguntó Hiedra, muy secamente, una vez que entraron.

—Decidme, si queréis, si Therru, mi pupila, tiene algún don para vuestro arte... Si tiene algo de poder.

—¿Ella? ¡Por supuesto! —dijo la bruja.

Tenar se sintió algo intimidada por la rápida y despectiva respuesta. —Y bien —dijo—. Al parecer, eso pensaba Haya.

—Un murciélago ciego dentro de una cueva sería capaz de verlo —dijo Hiedra—. ¿Eso es todo?

—No. Deseo pediros un consejo. Cuando os haya preguntado, me podréis decir cuál es el precio de la respuesta. ¿Está bien?

—Está bien.

—¿Debería hacer que Therru aprendiera el oficio de bruja cuando sea un poco mayor?

Hiedra se quedó en silencio por un minuto, calculando cuánto cobrar, pensó Tenar. En lugar de decirle cuánto cobraría, respondió la pregunta:

—Yo no la aceptaría —le dijo.

—¿Porqué?

—Tendría miedo —respondió la bruja, mirando súbitamente a Tenar con ojos furibundos.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De ella. ¿Qué es?

—Una niña. ¡Una niña de la que han abusado!

—Eso no es todo.

Una cólera maligna se apoderó de Tenar y le dijo: —¿Una aprendiza de bruja debe ser virgen, entonces?

Hiedra la miró fijamente. Al cabo de un instante dijo: —No fue eso lo que quise decir.

—¿Qué quisisteis decir?

—Lo que quiero decir es que no sé qué es. Lo que quiero decir es que cuando me mira con el ojo sano y con el ojo ciego no sé qué ve. Veo que vais por todas partes con ella como si fuese una niña como las demás y me pregunto: «¿Qué son?». «¿Qué fortaleza tiene esa mujer, porque no es insensata, para coger a una llama de la mano, para hilar un remolino de viento?». Dicen, señora, que cuando erais niña vivisteis con los Arcanos, las Potestades Tenebrosas, los Poderes Subterráneos, y que fuisteis reina y sirvienta de esos poderes. Quizá por eso no le temáis a esa niña. No digo, no sé qué poder tiene. Pero no podría enseñarle, lo sé... ¡Ni Haya ni ningún otro brujo o hechicero que conozca! Os daré un consejo, señora, sin cobraros nada. Éste es el consejo: ¡Cuidaos! ¡Cuidaos de ella cuando descubra su fuerza! Eso es todo.

—Os agradezco, señora Hiedra —dijo Tenar con toda la formalidad de la Sacerdotisa de las Tumbas de Atuan, y salió del cuarto cálido al débil y penetrante viento de fines del otoño.

Aún se sentía furiosa. Nadie le ayudaría, pensó. Sabía que ella no podía hacerlo, no tenían que decírselo... pero nadie le ayudaría. Ogion había muerto y la vieja Musgo desvariaba, Hiedra le advertía, Haya se mantenía alejado y Ged —el único que realmente podría haberle ayudado—, Ged había huido. Había huido como un perro apaleado y nunca le había mandado una señal ni un mensaje, nunca pensaba en ella ni en Therru, sólo pensaba en su propia y preciada humillación. La humillación era su criatura, su recién nacido. Era lo único que le importaba. Nunca se había preocupado por ella ni había pensado en ella, sólo le importaba el poder... El poder de ella, el poder de él, cómo podía usarlo, cómo podía aprovechar ese poder para acrecentarlo. Unir el Anillo roto, rehacer la Runa, poner a un rey en el trono. Y después

de perder su poder, seguía siendo lo único en que podía pensar: en que se había agotado, había desaparecido, dejándole solamente su ser, su humillación, su vacío.

—No estás siendo justa —le dijo Goha a Tenar.

—¡Justa! —dijo Tenar—. ¿Acaso él se comportó como debía?

—Sí —dijo Goha—. Se comportó como debía. O trató de hacerlo.

—Y bien, entonces, se puede comportar como debe con las cabras que está pastoreando: no me importa en absoluto —dijo Tenar caminando dificultosamente hacia su casa en medio del viento, bajo las primeras gotas de lluvia fina y fría.

—Tal vez nieve esta noche —dijo Tiff, su inquilino, al cruzarse con ella en el camino, junto a las praderas del Kaheda.

—¿Tan pronto? Espero que no.

—Va a helar en todo caso, sin duda.

Y la helada comenzó a caer al ponerse el sol: los charcos que había dejado la lluvia y los canales de riego se cubrieron con una delgada capa de hielo y luego se opacaron; los juncos de las orillas del Kaheda quedaron inmóviles, atrapados por el hielo; el mismo viento se detuvo como si estuviese congelado, sin poder moverse.

Junto al fuego —un fuego más aromático que el de Hiedra, porque los leños provenían de un viejo manzano que habían cortado en el huerto la primavera pasada—, Tenar y Therru se sentaron a hilar y charlar después de sacar los platos de la cena.

—Cuenta la historia de los fantasmas de gatos —dijo Therru con su voz áspera mientras empezaba a hacer girar la rueca para hilar un montón de lana de cabra oscura y sedosa.

—Ésa es una historia para el verano.

Therru alzó la cabeza.

—En invierno hay que contar historias importantes. En el invierno se aprende *La Creación de Éa*, para cantarla en la Larga Danza cuando llegue el verano. En el invierno se aprende el Villancico y la *Gesta del Joven Rey*, y en la Festividad del Regreso del Sol, cuando el sol gira hacia el norte para que llegue la primavera, entonces se puede cantar todo eso.

—Yo no puedo cantar —dijo la niña en un susurro.

Tenar iba haciendo un ovillo con la lana hilada que iba sacando de la rueca, con movimientos hábiles y rítmicos.

—No sólo la voz canta —dijo—. La mente canta. La voz más hermosa del mundo no sirve de nada si no se conocen las canciones. —Desató el último trozo de lana, el primero que había sido hilado.— Tienes fuerza, Therru, y la fuerza acompañada de ignorancia es peligrosa.

—Como los que no querían aprender —dijo Therru—. Los salvajes. —Tenar no sabía qué quería decir y la pregunta se le reflejó en la cara.— Los que se quedaron en el oeste —dijo Therru.

—¡Ah!, los dragones de la canción de la Mujer de Kemay. Sí. Exactamente. Por eso... ¿por cuál empezamos?, ¿por cómo sacaron las islas del océano o por cómo el Rey Morred hizo retroceder a los Navíos Negros?

—Las islas —musitó Therru. Tenar habría preferido que eligiese la *Gesta del Joven Rey*, porque el rostro de Lebannen le hacía pensar en Morred; pero la elección de la niña había sido correcta. —Muy bien —dijo. Alzó los ojos para mirar los grandes libros del Saber de Ogion que estaban sobre la repisa de la chimenea, asegurándole que si se olvidaba de algo, podría encontrar las palabras allí; y respiró; y comenzó.

Cuando llegó la hora de que se fuera a acostar, Therru ya sabía cómo Segoy había sacado las primeras islas de los abismos del Tiempo. En lugar de cantarle, Tenar se sentó en la cama después de arroparla y juntas recitaron, lentamente, la primera estrofa de la canción de La Creación.

Tenar llevó de vuelta a la cocina la pequeña lámpara de aceite, escuchando el silencio absoluto. La helada había ceñido al mundo, lo había encerrado. No se veía una sola estrella.

La negrura se apretujaba contra la única ventana de la cocina. El frío cubría el piso empedrado.

Regresó junto al fuego, porque aún no tenía sueño. Las grandiosas palabras de la canción la habían conmovido, y aún sentía la cólera y la inquietud que le había provocado su charla con Hiedra. Cogió el atizador para avivar la llamita que ardía en el leño de soporte. Cuando golpeó el leño, el sonido despertó un eco en el fondo de la casa.

Se enderezó y se quedó de pie, escuchando.

Otra vez: un ruido o un golpe, apagado, sordo, fuera de la casa, ¿contra la ventana del establo?

Sosteniendo el atizador en la mano, Tenar atravesó el oscuro pasillo hasta llegar a la puerta que daba a la bodega. El establo estaba del otro lado de la bodega. La casa estaba apegada a una pequeña colina y esos dos cuartos se internaban en la colina como si fuesen sótanos, aunque estaban al mismo nivel que el resto de la casa. La bodega sólo tenía respiraderos; el otro cuarto tenía una puerta y una ventana, baja y ancha como la ventana de la cocina, en uno de sus muros exteriores. Desde la puerta de la bodega, Tenar oyó que alguien forzaba o trataba de abrir con una palanca esa ventana, y voces de hombres que hablaban en voz baja.

Pedernal había sido un dueño de casa metódico. Todas las puertas de la casa salvo una tenían un cerrojo a cada lado, un sólido trozo de hierro forjado que se apoyaba en una corredera. Todos estaban siempre limpios y aceitados; ninguno de ellos se cerraba jamás.

Le echó el cerrojo a la puerta de la bodega. Se deslizó sin hacer ruido, entrando perfectamente en la pesada ranura de hierro de la batiente.

Oyó que alguien abría la puerta exterior del establo. A uno de ellos se le había ocurrido finalmente empujarla, antes de romper la ventana, y había descubierto que no estaba cerrada. Una vez más oyó hablar entre dientes. Luego silencio, un silencio tan largo que sintió el latido del corazón retumbándole en los oídos con tanta fuerza que temió no poder escuchar nada más. Sintió que las piernas no dejaban de temblarle, y sintió que el frío del suelo se le deslizaba por debajo de la falda como una mano.

—Está abierta —musitó una voz de hombre cerca de ella y el corazón le dio un vuelco doloroso. Apoyó la mano en el cerrojo, creyendo que estaba abierto... Lo había descorrido en lugar de cerrarlo. Casi había vuelto a cerrarlo cuando oyó crujir la puerta que había entre la bodega y el establo. Conocía el crujido de la bisagra de arriba. También conocía la voz del que había hablado, pero de otra manera—. Es una bodega —dijo Diestro y luego, cuando la puerta en que estaba apoyado golpeteó contra el cerrojo—: Ésta está cerrada. —Volvió a golpetear. Un tenue rayo de luz, como la hoja de un cuchillo, revoloteó entre la puerta y la jamba. Le dio en el pecho y ella retrocedió como si la hubiese cortado.

La puerta golpeteó una vez más, pero no mucho. Era sólida, estaba bien sujeta por las bisagras y el cerrojo era resistente.

Los hombres hablaban en voz baja al otro lado de la puerta. Sabía que planeaban ir hasta el otro extremo de la casa e intentarlo nuevamente en la puerta de entrada. De pronto se encontró junto a esa puerta, echando el cerrojo, sin saber cómo había llegado allí. Quizás era una pesadilla. Ya había soñado eso, que trataban de entrar a la casa, que metían a la fuerza delgados cuchillos en las rendijas de las puertas. Las puertas..., ¿había otra puerta por donde pudiesen entrar? Las ventanas..., los postigos de las ventanas de los cuartos... Le costaba tanto respirar que pensó que no podría llegar al cuarto de Therru, pero allí estaba, cubrió el vidrio con los pesados postigos de madera. Las bisagras estaban trabadas e hicieron ruido al abrirse. Ahora ya sabían. Se acercaban. Irían a la ventana del cuarto contiguo, su cuarto. Llegarían allí antes de que alcanzara a cerrar los postigos. Y allí estaban.

Vio los rostros, manchas borrosas que se movían en la oscuridad, afuera, mientras trataba de quitarle el pestillo al postigo de la izquierda. Estaba trabado. No podía moverlo. Una mano tocó el vidrio, aplastándose blanca contra él.

—Allí está.

—Déjanos entrar. No te haremos daño.

—Sólo queremos hablar contigo.

—Sólo quiere ver a su niña.

Soltó el postigo y tiró de él con esfuerzo hasta cubrir la ventana. Pero si rompían el vidrio podrían empujar los postigos y abrirlos desde afuera. El pestillo no era más que un gancho que se zafaría de la madera si lo forzaban.

—Déjanos entrar y no te haremos daño —dijo una de las voces.

Oyó sus pasos en la tierra helada, haciendo crujir las hojas caídas. ¿Therru estaba despierta? El golpe de los postigos al cerrarse podría haberla despertado, pero ella no había hecho ruido. Tenar se quedó en la puerta entre su cuarto y el de Therru. Estaba oscuro como boca de lobo, silencioso. Tenía miedo de tocar a la niña y despertarla. Tenía que quedarse en el cuarto con ella. Tenía que defenderla. Había tenido el atizador en la mano, ¿dónde lo había dejado? Lo había soltado para cerrar los postigos. No podía encontrarlo. Buscó a tientas en la negrura de ese cuarto que parecía no tener muros.

La puerta de entrada, que comunicaba con la cocina, crujió como si trataran de arrancarla del marco.

Si encontraba el atizador se quedaría allí, lucharía con ellos.

—¡Aquí! —gritó uno de ellos y Tenar comprendió qué había encontrado. El hombre observaba la ventana de la cocina, ancha, sin postigos, accesible.

Se acercó a la puerta del cuarto, aparentemente muy despacio, a tientas. Ahora estaba en el cuarto de Therru. Había sido la habitación de sus hijos. El cuarto de los niños. Por eso no tenía cerrojo por el lado de adentro. Para que los niños no lo cerraran y se alarmaran si el cerrojo se trababa.

Al otro lado de la colina, más allá del huerto, Arroyo Claro y Shandy estarían durmiendo en su cabaña. Si les gritaba, quizá Shandy la oiría. Si abría la ventana de la habitación y gritaba... o si despertaba a Therru y salían por la ventana y atravesaban corriendo el huerto... Pero los hombres estaban allí, allí mismo, esperando.

Era más de lo que podía soportar. El terror paralizante que la había inmovilizado se disipó y corrió furiosa a la cocina, que le parecía ser una sola luz incandescente, cogió el largo y afilado cuchillo de cocina del tajo, abrió el cerrojo de golpe y se quedó de pie en la puerta. —¡Entrad ahora! —dijo.

Mientras lo decía oyó un alarido y un profundo jadeo, y un hombre gritó: —¡Cuidado! —Y otro chilló:— ¡Aquí! ¡Aquí!

Luego silencio.

La luz que se escapaba por la puerta abierta brillaba en el hielo negro de las pozas, resplandecía en las ramas negras de los robles y en las hojas de plata caídas, y cuando sus ojos pudieron distinguir con más claridad vio que algo se arrastraba hacia ella por el sendero, una masa negra o un bulto oscuro se arrastraba hacia ella, con un gemido penetrante, sollozante. Detrás de la luz vio una silueta negra que se echaba a correr, moviéndose como una flecha, y vio el brillo de cuchillas negras.

—¡Tenar!

—Detente —dijo ella, alzando el cuchillo.

—¡Tenar! ¡Soy yo..., Halcón, Gavilán!

—Quédate allí—dijo ella.

La silueta negra que se había movido rápidamente se quedó quieta junto a la masa negra tumbada en el sendero. La luz que salía por la puerta se reflejó tenuemente en un cuerpo, un rostro, una horquilla de dientes largos con la punta hacia arriba, como la vara de un hechicero, pensó. —¿Eres tú? —dijo.

Estaba arrodillado junto a la cosa negra que había en el sendero.

—Creo que lo maté —dijo. Miró por sobre el hombro, se puso en pie. No quedaban rastros de los otros hombres.

—¿Dónde están?

—Huyeron. Ayúdame, Tenar.

Tomó el cuchillo en una mano. Con la otra cogió el brazo del hombre que yacía ovillado en el sendero. Ged lo tomó por debajo del hombro y, arrastrándolo, lo colocaron sobre el peldaño y lo entraron en la casa. Estaba tumbado en el piso empedrado de la cocina, y del pecho y el vientre le brotaba la sangre como agua de una jarra. Tenía arriscado el labio superior y sólo se le veía el blanco de los ojos.

—Échale cerrojo a la puerta —dijo Ged, y ella corrió el cerrojo.

—Ropa blanca en el armario —dijo ella, y él sacó una sábana y la rasgó para hacer vendas con las que ella rodeó una y otra vez el vientre y el pecho del hombre, en los que se habían enterrado profundamente tres de los cuatro dientes de la horquilla, abriendo tres agujeros dentados por los que se escapaba y salía a chorros la sangre mientras Ged sujetaba el torso del hombre para que ella pudiera vendarlo.

—¿Qué haces aquí? ¿Viniste con ellos?

—Sí. Pero no lo sabían. Eso es todo lo que puedes hacer, Tenar. —Dejó que el cuerpo del hombre se doblara y se echó hacia atrás, jadeando, secándose la cara con el dorso de la mano ensangrentada.— Creo que lo maté —dijo nuevamente.

—Quizá lo hiciste. —Tenar miró las brillantes manchas rojas que iban extendiéndose lentamente en el grueso trozo de lino que rodeaba el pecho delgado y velludo y el vientre del hombre. Se puso de pie y se tambaleó, muy mareada.— Acércate al fuego —dijo—. Debes de estar muriéndote.

Ella no sabía cómo lo había reconocido en la oscuridad del exterior. Posiblemente por su voz. Llevaba un grueso gabán para pastorear en invierno, hecho con un trozo de vellón con el cuero por fuera, y una gorra de lana para pastorear bien encasquetada; tenía el rostro ajado y curtido por la intemperie, los cabellos largos y color acero. Olía a humo de maderos, y a helada y a ovejas. Tiritaba, todo el cuerpo le temblaba. —Acércate al fuego —le dijo ella nuevamente—. Échale leños.

Él le obedeció. Tenar llenó la tetera y la dejó balanceándose en su asa de hierro sobre las llamas.

Tenía la falda manchada de sangre y cogió un trozo de lino empapado en agua fría para limpiarla. Le pasó el trapo a Ged para que se quitara la sangre de las manos. —¿Qué quieres decir —le preguntó— con eso de que viniste con ellos pero que no lo sabían?

—Venía bajando. De la montaña. Por el camino que baja de los manantiales del Kaheda. —Hablaba en un tono apagado, como sin aliento, y los escalofríos lo hacían farfullar.— Oí a unos hombres que venían más atrás y me hice a un lado. Me interné en el bosque. No quería hablar. No sé. Tenían algo. Me daban miedo.

Ella sacudió la cabeza con impaciencia y se sentó al otro lado del hogar, frente a él, inclinándose para escuchar, con las manos empuñadas en el regazo. Sentía el frío de la falda húmeda en las piernas.

—Oí que uno de ellos decía «la Granja de los Robles» al pasar. Después de eso los seguí. Uno de ellos no dejaba de hablar. De la niña.

—¿Qué dijo?

Él se quedó en silencio. Al cabo dijo: —Que la iba a recuperar. A castigarla, dijo. Y que se iba a vengar de ti. Por haberla robado, dijo. Dijo... —Se detuvo.

—Que me iba a castigar también.

—Todos hablaban. De... de eso.

—Ése no es Diestro. —Señaló con la cabeza al hombre tendido en el suelo.— Es el...

—Dijo que la niña le pertenecía. —Ged también miró al hombre y volvió a mirar el fuego.— Está agonizando. Deberíamos ir a pedir ayuda.

—No se va a morir —dijo Tenar—. En la mañana mandaré a llamar a Hiedra. Los demás están allá afuera todavía..., ¿cuántos son?

—Dos.

—Me da igual que se muera o siga vivo. Ninguno de los dos va a salir de aquí. —Se puso en pie de un salto, en un espasmo de miedo.— ¿Entraste la horquilla, Ged?

Él le mostró la horquilla apoyada en la pared junto a la puerta, con los cuatro dientes relucientes.

Ella se sentó nuevamente en la solera del hogar, pero ahora se sacudía, temblaba de pies a cabeza, como había hecho él antes. Él se estiró por sobre el hogar para tocarle el brazo. —¡No te preocupes! —dijo.

—¿Y si todavía están allá afuera?

—Huyeron.

—Podrían regresar.

—¿Dos contra dos? Y tenemos la horquilla.

Ella bajó la voz para decir en un susurro, aterrorizada: —La podadera y las guadañas están en el colgadero del granero.

Él sacudió la cabeza. —Huyeron. Os vieron... a él... y a ti en la puerta.

—¿Qué hiciste?

—Él me atacó. Así que lo ataqué.

—Antes, quiero decir. En el camino.

—Les dio frío, mientras caminaban. Empezó a llover y les dio frío, y empezaron a hablar de venir aquí. Antes de eso era uno solo el que hablaba de la niña y de ti, de enseñarles, de darles un escarmiento... —Se quedó sin voz.— Tengo sed —dijo.

—Yo también. La tetera no está hirviendo todavía. Sigue.

Tomó aliento y trató de contar la historia con coherencia. —Los otros dos no le prestaban mucha atención. Posiblemente ya habían oído todo eso antes. Tenían prisa. Querían llegar a Valmouth. Como si alguien los persiguiera. Como si hubiesen ido huyendo. Pero empezó a hacer frío y él siguió hablando de la Granja de los Robles, y el de la gorra dijo: «Y bien, ¿por qué no vamos allá y pasamos la noche con...?».

—Con la viuda, ¿verdad?

Ged se cubrió la cara con las manos. Ella esperó.

Él contempló el fuego y siguió hablando resueltamente. —Entonces los perdí de vista por un rato. El camino se internó en el valle y no pude seguir por donde venía, por el bosque, poco más atrás que ellos. Tuve que apartarme, ir por los sembrados, por donde no pudieran verme. No conozco estos lugares, sólo el camino. Tenía miedo de perderme, de no ver la casa si tomaba un atajo por los sembrados. Y estaba oscureciendo. Pensé que no había visto la casa, que había pasado rápidamente por un costado. Regresé al camino y casi me crucé con ellos... en ese recodo. Habían visto pasar al viejo. Decidieron esperar hasta que oscureciera y estaban seguros de que nadie más iba a venir. Esperaron en el granero. Me quedé afuera. La pared era lo único que me separaba de ellos.

—Debes de estar congelado —dijo Tenar con voz apagada.

—Hacía frío. —Acercó las manos al fuego como si el solo recuerdo lo hubiese hecho sentir frío nuevamente.— Encontré la horquilla al lado de la puerta del colgadero. Cuando salieron se fueron hacia el fondo de la casa. Podría haber venido hasta la puerta de entrada para advertirte, eso es lo que debería haber hecho, pero en lo único que pensaba era en cogerlos desprevenidos..., sentía que ésa era mi única ventaja, el sorprenderlos... Pensé que la casa estaría cerrada con cerrojos y que tendrían que entrar por la fuerza. Pero entonces los oí entrar, por el fondo, por allí. Entré... al establo..., detrás de ellos. Acababa de salir cuando se

acercaron a la puerta que estaba cerrada con cerrojo. —Lanzó una especie de carcajada.— Pasaron a mi lado en la oscuridad. Podría haberles hecho una zancadilla... Uno de ellos tenía un pedernal y un eslabón, quemaba un poco de yesca cuando querían echarle una mirada a un cerrojo. Vinieron hasta la entrada de la casa. Te oí cerrar los postigos; sabía que los habías oído. Dijeron que iban a romper la ventana en la que te habían visto. Entonces el de la gorra vio la ventana..., la ventana... —Señaló con la cabeza la ventana de la cocina con el alto y ancho antepecho en el interior.— Dijo: «Tráeme una piedra, la voy a hacer añicos», y los otros se le acercaron y estaban a punto de alzarlo hasta el antepecho. Así que lancé un grito y se dejó caer, y uno de ellos, éste, se abalanzó sobre mí.

—¡Ah, ah! —dijo resollando el hombre tumbado en el suelo, como si estuviese relatando la historia de Ged. Ged se levantó y se inclinó sobre el hombre.

—Creo que está agonizando.

—No, no está agonizando —dijo Tenar. No podía dejar de tiritar del todo, pero lo que tenía ahora era sólo un temblor interno. La tetera silbaba. Hizo un pote de té y apoyó las manos en la gruesa cerámica del pote mientras se hacía la infusión. Sirvió dos tazones y luego un tercero, en el que puso un poco de agua fría—. Está muy caliente —le dijo a Ged—, espera un minuto antes de beberlo. Voy a ver si puede tragarlo. —Se sentó en el suelo junto a la cabeza del hombre, lo apoyó en un brazo, le acercó el tazón de té tibio a la boca, le separó los dientes con el borde del tazón. El líquido caliente le entró en la boca; lo tragó.— No se va a morir —dijo ella—. El suelo está frío como el hielo. Ayúdame a acercarlo al fuego.

Ged se acercó a coger la manta que había en el banco apoyado a lo largo del muro que separaba la chimenea del pasillo. —No uses eso, es un buen tejido —dijo Tenar y fue hasta el armario, y sacó una gastada manta de fieltro que extendió para hacerle una cama al hombre. Arrastraron el cuerpo inerte hasta dejarlo sobre la manta, lo cubrieron con los bordes plegados. Las húmedas manchas rojas que cubrían las vendas no se habían extendido.

Tenar se puso de pie y se quedó inmóvil.

—Therru —dijo.

Ged miró en torno, pero la niña no estaba allí. Tenar salió precipitadamente del cuarto.

El cuarto de los niños, el cuarto de la niña, estaba perfectamente a oscuras y silencioso. Se acercó a tientas a la cama y apoyó la mano en la curva cálida de la manta sobre el hombro de Therru.

—¿Therru?

La niña respiraba serenamente. No se había despertado. Tenar alcanzaba a sentir el calor de su cuerpo, como un resplandor en el cuarto frío.

Al salir, pasó la mano por sobre el baúl y rozó un metal frío: el atizador que había dejado allí al cerrar los postigos. Lo llevó de vuelta a la cocina, pasó por encima del cuerpo del hombre y colgó el atizador en su gancho sobre la chimenea. Se quedó contemplando el fuego.

—No podía hacer nada —dijo—. ¿Qué debería haber hecho? Huir... inmediatamente..., gritar y correr hasta la casa de Arroyo Claro y Shandy. No habrían tenido tiempo para hacerle daño a Therru.

—Habrían estado dentro de la casa con ella y tú habrías estado afuera, con los dos viejos. O podrían haberla cogido y haberse marchado con ella. Hiciste lo que pudiste. Hiciste lo que había que hacer. En el momento preciso. La luz de la casa y tú saliendo con el cuchillo y yo allí... Alcanzaron a ver la horquilla en ese momento... y al hombre caído. Por eso echaron a correr.

—Los que pudieron —dijo Tenar. Se volvió y movió un poco la pierna del hombre con la punta del zapato, como si fuese un objeto por el que sentía cierta curiosidad, cierta repugnancia, como una víbora muerta—. Tú hiciste lo que había que hacer —dijo.

—No creo que la haya alcanzado a ver. Tropezó de frente con ella. Fue como... —No dijo cómo había sido. Dijo:— Bébete el té. —Y se sirvió más del pote apoyado sobre los ladrillos del hogar para que no se enfriara.— Está bueno. Siéntate —dijo él, y ella se sentó.

—Cuando era niño —dijo al cabo de un rato— los kargos atacaron mi aldea. Llevaban lanzas... largas, con plumas atadas a la empuñadura...

Ella asintió. —Guerreros de los Hermanos de Dios —dijo.

—Urdí un conjuro tramanieblas. Para confundirlos. Pero algunos de ellos siguieron avanzando. Vi a uno de ellos darse de bruces con una horquilla..., como éste. Sólo que en ese caso lo traspasó de lado a lado. Debajo de la cintura.

—Chocaste con una costilla —dijo Tenar.

Él asintió.

—Fue el único error que cometiste —dijo ella. Ahora le castañeteaban los dientes. Bebió del té—. Ged —dijo—, ¿y si regresan?

—No van a regresar.

—Podrían prenderle fuego a la casa.

—¿A esta casa? —Miró las paredes de piedra que los rodeaban.

—El henil...

—No van a regresar —dijo él obstinadamente.

—No.

Sujetaban los tazones con cuidado, calentándose las manos con ellos.

—Therru no se despertó en ningún momento.

—Menos mal.

—Pero lo verá... aquí... por la mañana. Se miraron fijamente.

—¡Si lo hubiese matado..., si hubiera muerto! —dijo Ged, furioso—. Podría sacarlo de aquí y enterrarlo.

—Hazlo.

Él sólo sacudió la cabeza con enojo.

—¿Qué importa, por qué, por qué no podemos hacerlo? —preguntó Tenar en tono insistente.

—No lo sé.

—Apenas empiece a clarear...

—Lo sacaré de la casa. Una carretilla. El viejo puede ayudarme.

—Ya no puede cargar nada. Yo te ayudaré.

—Como pueda, lo voy a llevar a la aldea en una carretilla. ¿Hay algún tipo de curandero allí?

—Una bruja, Hiedra.

De pronto Tenar se sintió profunda, infinitamente agotada. Apenas podía sostener el tazón en la mano.

—Hay más té —dijo con dificultad.

Él se sirvió otro tazón.

El fuego le bailaba a Tenar ante los ojos. Las llamas flotaban, ardían, se hundían, volvían a resplandecer contra las piedras tiznadas, contra el cielo oscuro, los remolinos de la noche, los abismos de aire y de luz allende el mundo. Llamas amarillas, anaranjadas, rojo anaranjadas, rojas lenguas de fuego, llamaradas, las palabras que no podía pronunciar.

—Tenar.

—Nosotros le decimos Tehanu a esa estrella —dijo ella.

—Tenar, querida. Ven. Ven conmigo...

No estaban junto al fuego. Estaban en medio de la oscuridad..., en el oscuro corredor. El oscuro pasadizo. Ya habían estado allí antes, turnándose para guiar, turnándose para seguir al otro, en la oscuridad subterránea.

—Por aquí —dijo ella.

12

Invierno

Se iba despertando, sin querer despertarse. Una tenue luz gris brillaba en la ventana filtrándose en delgadas capas por los postigos. ¿Por qué estaban cerrados los postigos? Se levantó precipitadamente y atravesó el pasillo hasta llegar a la cocina. No había nadie junto al fuego, nadie tumbado en el suelo. No quedaban rastros de nadie ni de nada. Excepto el pote de té y tres tazones sobre el tablero.

Therru se levantó cuando salió el sol y desayunaron como siempre; mientras ordenaban, la niña preguntó: —¿Qué sucedió? —Cogió una punta del lino mojado que había en la artesa de la despensa. El agua de la artesa tenía vetas y manchas de un rojo pardusco.

—¡Oh!, se me adelantó la regla —dijo Tenar, sorprendida ante la mentira que acababa de decir.

Therru se quedó inmóvil por un momento, oliendo atentamente y con la cabeza quieta, como un animal olfateando un rastro. Luego dejó caer otra vez el lienzo en el agua y salió a darle de comer a los pollos.

Tenar se sentía enferma; le dolían los huesos. Aún hacía frío y se quedó dentro de la casa todo lo que pudo. Trató de que Therru no saliera, pero cuando salió el sol con un viento penetrante y claro, Therru sintió deseos de estar fuera.

—Quédate con Shandy en el huerto —le dijo Tenar.

Therru no dijo nada al salir.

El lado quemado y deforme de su cara había quedado rígido por el daño que habían sufrido los músculos y por la gruesa cicatriz, pero a medida que las cicatrices iban cambiando con el tiempo y que, de tanto mirarlo, Tenar aprendía a no evitarlo como algo deforme sino a verlo como un rostro que empezaba a tener expresiones propias. Cuando Therru tenía miedo, Tenar sentía que el lado quemado y oscuro se «cerraba», se plegaba, se endurecía. Cuando estaba exaltada o atenta, hasta la cuenca del ojo ciego parecía observar, y las cicatrices se enrojecían y ardían al tacto. Cuando había salido tenía un gesto peculiar, como si su rostro no hubiese sido en absoluto humano, sino el rostro de un animal, de una extraña criatura salvaje y de piel dura, con un solo ojo resplandeciente, silenciosa, huidiza.

Y Tenar sabía que, así como ella le había mentido por primera vez, Therru le iba a desobedecer por primera vez. Por primera pero no por última vez.

Se sentó junto al fuego lanzando un suspiro de cansancio, y no hizo nada por un rato.

Un seco golpe en la puerta: Arroyo Claro y Ged —no, tenía que decirle Halcón—, Halcón de pie en el peldaño de la entrada. El viejo Arroyo Claro no dejaba de hablar y de darse importancia. Ged estaba sombrío y silencioso y la sucia pelliza de oveja le daba el aspecto de corpulento. —Entrad —dijo ella—. Bebed un poco de té. ¿Qué hay de nuevo?

—Trataron de escapar, hacia Valmouth, pero los hombres de Kahedanan, los alguaciles, bajaron y los encontraron en el retrete de Cerezo, ahí mismo —anunció Arroyo Claro, blandiendo el puño.

—¿Se escapó?—Tenar se aterrorizó.

—Los otros dos escaparon —dijo Ged—. Él no.

—Mira, encontraron el cuerpo en el viejo matadero de la Colina Redonda, hecho pedazos, allá en el viejo matadero, cerca de Kahedanan, así que diez, doce de ellos se nombraron alguaciles ahí mismo y salieron a perseguirlos. Y se pusieron a buscarlos por todas las aldeas anoche; y esta mañana, cuando no había casi luz, los encontraron escondidos en el retrete de Cerezo. Estaban casi congelados.

—¿Está muerto, entonces? —preguntó Tenar perpleja.

Ged se había quitado la pesada pelliza y se había sentado en la silla de bejuco junto a la puerta para desatarse las polainas de cuero. —*Él* está vivo —dijo con su calma habitual—. Está con Hiedra. Lo llevé esta mañana en la carretilla para acarrear boñiga. Antes de que

saliera el sol ya había gente en el camino, buscándolos a los tres. Mataron a una mujer, allá arriba en las colinas.

—¿Qué mujer? —dijo Tenar en un susurro.

Tenía los ojos clavados en Ged. Él inclinó un poco la cabeza.

Arroyo Claro quería adueñarse de la historia y siguió contándola en voz alta: —Hablé con unos hombres de allá arriba y me dijeron que los cuatro habían estado dando vueltas y acampando y vagabundeando cerca de Kahedanan, y que la mujer iba a mendigar a la aldea, toda golpeada y con quemaduras y magulladuras por todas partes. Ellos la mandaban, los hombres, ¿entiendes?, así a mendigar, y después ella volvía con ellos y le contaba a la gente que si volvía sin nada le pegaban más, entonces ellos le preguntaban que para qué volvía. Pero si no volvía, iban a ir a buscarla, eso decía, ¿entiendes?, y siempre andaba con ellos. Pero finalmente se excedieron y la golpearon hasta matarla, y agarraron el cuerpo y lo dejaron en el viejo matadero de allá, donde todavía apesta un poco; ¿sabes?, quizá pensaban que con eso iban a ocultar lo que habían hecho. Y entonces se fueron, vinieron aquí, anoche justamente. ¿Y por qué no gritaste y nos llamaste ayer por la noche, Goha? Halcón dice que estaban aquí mismo, husmeando alrededor de la casa, cuando él les cayó encima. Yo habría oído, seguro, o Shandy, posiblemente ella tenga mejor oído que yo. ¿Ya le contaste a Shandy?

Tenar negó con la cabeza.

—Le voy a ir a contar —dijo el viejo, feliz de ser el primero en llevar las nuevas, y se echó a andar pesadamente por el corral. Desanduvo la mitad del trecho que había recorrido—. Nunca me habría imaginado que sabías manejar tan bien una horquilla —le gritó a Ged, y se golpeó el muslo, riendo, y siguió su camino.

Ged se sacó rápidamente las pesadas polainas, se quitó los zapatos enlodados y los apoyó en el peldaño de la entrada, y se acercó al fuego en calcetas. Pantalones y gabán y camisa de lana rústica; un pastor de cabras gontés, con una expresión sagaz, nariz aguileña y ojos diáfanos, oscuros.

—Pronto empezará a llegar gente —dijo—. A contarte todo lo que sucedió y a escuchar nuevamente lo que ocurrió aquí. Encerraron a los dos que huyeron en una bodega de vinos vacía, y hay quince o veinte hombres custodiándolos, y veinte o treinta niños tratando de echar una ojeada... —Bostezó, movió los hombros y los brazos para aflojarlos y con una rápida mirada le pidió permiso a Tenar para sentarse al lado del fuego.

Ella le señaló la solera del hogar. —Debes de estar agotado —musitó.

—Dormí un poco, aquí, anoche. No pude quedarme despierto. —Volvió a bostezar. Alzó los ojos para mirarla, inquisitivamente, tratando de saber cómo estaba.

—Era la madre de Therru —dijo ella. Su voz era apenas un murmullo.

Él asintió. Se inclinó un poco hacia adelante, con los brazos apoyados en las rodillas, como solía hacer Pedernal, contemplando el fuego. Se parecían mucho y eran absolutamente diferentes, tan diferentes como una piedra enterrada y un pájaro en pleno vuelo. A Tenar le dolía el corazón y le dolían los huesos, se sentía turbada por los presentimientos y el dolor y el recuerdo del dolor y una inquieta liviandad.

—Nuestro hombre está en manos de la bruja —dijo él—. Lo ató, por si acaso se siente animado. Le llenó los agujeros que tiene con telarañas y sortilegios para restañar la sangre. Dice que vivirá hasta que lo cuelguen.

—Lo cuelguen.

—Depende de los Tribunales del Rey, ahora que volverán a reunirse. Lo colgarán o lo condenarán a trabajos forzados.

Ella sacudió la cabeza, frunciendo el entrecejo.

—Tú no permitirías que se marchara sin más, Tenar—dijo él dulcemente, observándola.

—No.

—Hay que castigarlos —dijo él sin dejar de observarla.

—«Castigarlos». Eso es lo que dijo él. Castigar a la niña. Es una niña malvada. Hay que castigarla. Y castigarme a mí, por haberme apoderado de ella. Por ser... —Le costaba hablar.— ¡No quiero castigos!... No debería haber sucedido... ¡Ojalá lo hubieses matado!

—Hice todo lo posible —dijo Ged.

Después de un largo rato, Tenar se echó a reír con un dejo de temblor en la voz. —Sí que lo hiciste.

—Imagínate qué fácil habría sido —dijo él, mirando nuevamente las brasas— cuando era mago. Podría haberles arrojado un sortilegio de atadura, allá arriba en el camino, antes de que alcanzaran a darse cuenta. Podría haberlos llevado directamente a Valmouth, como a un rebaño de ovejas. O anoche, aquí, ¡imagínate los fuegos artificiales que podría haber hecho estallar! Nunca habrían llegado a saber qué les había sucedido.

—Aún no lo saben —dijo ella.

Él le echó una mirada. Un diminuto e incontrolable destello de triunfo le brillaba en los ojos.

—No —dijo él—. No lo saben.

—Eres muy diestro con la horquilla —murmuró Tenar.

Él lanzó un inmenso bostezo.

—¿Por qué no vas adentro y duermes un poco? Es la segunda habitación que da al pasillo. A menos que quieras recibir a las visitas. Allá vienen Alondra y Margarita, y varios niños. —Al oír voces, se puso de pie para mirar por la ventana.

—Eso haré —dijo él y desapareció.

Alondra y su esposo; Margarita, la esposa del herrero, y otros amigos de la aldea se quedaron todo el día a contar y escuchar todo lo que había sucedido, tal como había dicho Ged. Tenar sintió que su compañía la reanimaba, la iba apartando de la constante cercanía del terror de la noche anterior, poco a poco, hasta que comenzó a sentir que era algo que había ocurrido, no algo que aún seguía sucediendo y que siempre tenía que seguirle sucediendo.

Eso era lo que Therru tenía que aprender a hacer también, pensó, pero no con una sola noche sino con toda su vida.

Cuando los demás se hubieron marchado, le dijo a Alondra: —Lo que me enfurece es lo estúpida que fui.

—Te dije que tenías que tener siempre la casa cerrada con cerrojo.

—No... Tal vez... Así es.

—Lo sé —dijo Alondra.

—Lo que quiero decir es que cuando estaban aquí... podría haber salido corriendo y haber ido a buscar a Shandy y Arroyo Claro... Quizá podría haber llevado a Therru conmigo. O podría haber ido al colgadero y haber sacado yo misma la horquilla. O el gancho para sacar manzanas. Tiene siete pies de largo y una hoja como navaja; siempre la dejo como la dejaba Pedernal. ¿Por qué me encerré en la casa y nada más... cuando no servía de nada? Si él..., si Halcón no hubiese estado allí... Lo único que hice fue encerrarme en una trampa y encerrar a Therru. Sí, finalmente fui hasta la puerta y les grité. Estaba medio loca. Pero eso no los habrá hecho huir.

—No sé —dijo Alondra—. Fue una locura, pero quizá... no sé. ¿Qué podías hacer sino echarle cerrojo a las puertas? Pero es como si pasáramos toda la vida echándoles cerrojo a las puertas. Ésa es la casa en que vivimos.

Miraron en torno, los muros de piedra, el suelo empedrado, la chimenea de piedra, la ventana soleada de la cocina de la Granja de los Robles, la casa del granjero Pedernal.

—Esa muchacha, esa mujer a la que mataron —dijo Alondra mirando sagazmente a Tenar—. Era la misma.

Tenar asintió.

—Uno de ellos me dijo que estaba preñada. De cuatro, cinco meses.

Las dos se quedaron en silencio.

—Atrapada —dijo Tenar.

Alondra se acomodó en la silla, con las manos apoyadas en la falda sobre los gruesos muslos, la cabeza derecha, el hermoso rostro quieto. —El miedo —dijo—. ¿A qué le tememos tanto? ¿Por qué permitimos que nos digan que tenemos miedo? ¿A qué le temen ellos? — Cogió la calceta que había estado remendando, la hizo girar en las manos, se quedó en silencio por un rato; al cabo dijo:— ¿Por qué nos temen?

Tenar siguió hilando sin responderle.

Therru entró corriendo y Alondra la saludó diciéndole:

—¡Aquí está mi preciosa! ¡Ven a abrazarme, mi niña preciosa!

Therru la abrazó apresuradamente. —¿Quiénes son los hombres que cogieron? —preguntó en su voz ronca, apagada, mirando primero a Alondra y luego a Tenar.

Tenar detuvo la rueca. Dijo lentamente:

—Uno era Diestro. Otro era un hombre que se llama Greñas. El que quedó herido se llama Merluza. —No apartaba la vista del rostro de Therru; vio la llamarada, la cicatriz que se iba enrojeciendo.— Creo que la mujer que mataron se llamaba Senny.

—Senini —musitó la niña.

Tenar asintió.

—¿La mataron de verdad?

Tenar asintió nuevamente.

—Renacuajo dice que vinieron aquí.

Tenar volvió a asentir.

La niña miró en torno, como habían hecho las mujeres; pero en su mirada había un gesto de profundo rechazo, porque no veía los muros.

—¿Los mataréis?

—Es posible que los cuelguen.

—¿Para que se mueran?

—Sí.

Therru inclinó la cabeza, con cierta indiferencia. Volvió a salir y se unió nuevamente a los niños de Alondra junto a la bodega.

Las dos mujeres no dijeron nada. Se quedaron hilando y remendando, en silencio, junto al fuego, en la casa de Pedernal.

Después de un largo rato, Alondra dijo: —¿Qué pasó con el hombre, el pastor, que los siguió hasta acá? ¿Halcón dijiste que se llama?

—Está durmiendo adentro —dijo Tenar, señalando con la cabeza el fondo de la casa.

—¡Ah! —dijo Alondra. El torno zumbaba.

—Lo conocía de antes.

—¡Ah! De Re Albi, ¿verdad?

Tenar asintió. El torno zumbaba.

—Seguir a esos tres y atacarlos en la oscuridad con una horquilla, ¡vamos!, hay que tener valor para hacerlo. Y no es un hombre joven, ¿verdad?

—No. —Al cabo de un rato dijo:— Había estado enfermo y necesitaba trabajo. Por eso le dije que cruzara las montañas y le preguntara a Arroyo Claro si podía darle trabajo. Pero Arroyo Claro piensa que todavía puede seguir haciéndolo todo solo, así que lo mandó más allá de los Manantiales a pastorear durante el verano. Y venía de regreso.

—¿Tienes pensado que se quede, entonces?

—Si quiere... —dijo Tenar.

Otro grupo de aldeanos llegó a la Granja de los Robles, queriendo escuchar la historia de Goha y contar cómo habían participado en la gran captura de los asesinos, y mirar la horquilla y comparar sus cuatro dientes largos con las tres manchas de sangre en las vendas del hombre

llamado Merluza, y volver a hablar de lo mismo desde un comienzo. Tenar se alegró cuando empezó a anochecer, y llamó a Therru y cerró la puerta.

Levantó la mano para echarle pestillo. La bajó y se obligó a apartarse de él, dejándolo abierto.

—Gavilán está en tu cuarto —le informó Therru al regresar a la cocina con los huevos que había sacado de la bodega.

—Pensaba decirte que estaba aquí..., lo siento.

—Lo conozco —dijo Therru, mientras se lavaba la cara y las manos en la despensa. Y cuando Ged entró, con los párpados hinchados y desgreñado, se le acercó sin titubear y alzó los brazos.

—Therru —dijo él, y la tomó en brazos y la abrazó. Ella se aferró a él por unos instantes, luego se escabulló.

—Sé el comienzo de *La Creación* —le dijo.

—¿Me lo vas a cantar? —Mirando una vez más a Tenar para pedirle permiso, se sentó en su lugar ante el hogar.

—Sólo puedo decirlo hablando.

Él asintió y esperó, con una expresión más bien severa. La niña dijo:

La creación y la destrucción,
el fin y el comienzo,
¿quién podría distinguirlos con certeza?
Lo que conocemos es la puerta que los
separa,
por la que entramos al marcharnos.
Regresando sin cesar entre todos los seres,
el anciano, el Portero, Segoy...

La voz de la niña parecía un cepillo de metal frotado contra metal, era como hojas secas, como el silbido de llamas ardientes. Siguió hablando hasta el final de la primera estrofa:

Entonces desde la espuma surgió
resplandeciente Ea.

Ged asintió con un gesto de rápida y decidida aprobación. —Bien —dijo.

—Anoche —dijo Tenar—. La aprendió anoche. Parece como si hubiese pasado un año.

—Puedo aprender más —dijo Therru.

—Aprenderás más —le dijo Ged.

—Ahora termina de limpiar la calabaza —dijo Tenar, y la niña obedeció.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Ged. Tenar se quedó en silencio, mirándolo.

—Necesito que alguien llene la tetera y la ponga al fuego.

Él asintió y partió con la tetera a sacar agua.

Prepararon la cena y la comieron y quitaron la mesa.

—Recita otra vez *La Creación*, todo lo que sabes —le dijo Ged a Therru junto al hogar—, y seguiremos desde ahí.

Therru recitó la segunda estrofa una vez con él, una vez con Tenar y una vez sola.

—A la cama —dijo Tenar.

—No le contaste a Gavilán del rey.

—Cuéntale tú —dijo Tenar, divertida ante ese pretexto para no ir a acostarse todavía.

Therru se volvió hacia Ged. Su rostro, mitad herido y mitad sano, con el ojo que veía y el ojo ciego, tenía una expresión atenta, apasionada. —El rey vino en un barco. Tenía una espada. Me dio el delfín de hueso. Su barco volaba, pero yo me sentía mal porque Diestro me había tocado. Pero el rey me tocó aquí y la marca desapareció. —Le mostró el brazo redondeado y delgado. Tenar lo miró fijamente. Se había olvidado de la marca.

—Algún día me gustaría ir volando a donde vive. —Le dijo Therru a Ged. Él asintió.— Lo voy a hacer —dijo—. ¿Lo conoces?

—Sí. Lo conozco. Hice un largo viaje con él.

—¿Dónde fueron?

—A donde no sale el sol y las estrellas no se ocultan. Y regresamos de ese lugar.

—¿Volando?

Él negó con la cabeza. —Sólo puedo caminar —dijo

.

La niña se quedó unos instantes pensativa y luego, como si se sintiera satisfecha, dijo: —Buenas noches —y se marchó a su cuarto. Tenar la siguió; pero Therru no quería que le cantara para hacerla dormir—. Puedo recitar *La Creación* en la oscuridad —dijo—. Las dos estrofas.

Tenar regresó a la cocina y se sentó nuevamente frente a Ged, al otro lado del hogar.

—¡Está cambiando tanto! —dijo—. Demasiado rápido para mí. Estoy vieja para criar a un niño. Y ella... Me obedece, pero sólo porque desea hacerlo.

—Ésa es la única justificación de la obediencia —observó Ged.

—¿Pero qué voy a hacer cuando se le meta en la cabeza la idea de desobedecerme? Hay algo indómito en ella. A veces es mi Therru, a veces es distinta, inalcanzable. Le pregunté a Hiedra si querría enseñarle. Me lo sugirió Haya. Hiedra dijo que no. «¿Por qué no?», le pregunté. «¡Le tengo miedo!», me dijo... Pero tú no le temes. Y ella tampoco te teme. Tú y Lebannen son los únicos hombres a los que les ha permitido tocarla. Yo dejé que ese..., ese Diestro... No puedo hablar de eso. ¡Ay, estoy fatigada! No entiendo nada...

Ged colocó el nudo de un tronco en el fuego para que no ardiera demasiado y se consumiera lentamente, y los dos se quedaron observando los brincos y el parpadeo de las llamas.

—Me gustaría que te quedaras aquí, Ged —dijo ella—. Si quieres.

Él no le respondió de inmediato. Ella dijo: —Tal vez pienses seguir hacia Havnor...

—No, no. No tengo adonde ir. He estado buscando trabajo.

—Y bien, aquí hay mucho que hacer. Arroyo Claro no lo va a reconocer, pero su artritis no le permite hacer casi nada más que ocuparse del huerto. He estado necesitando alguien que me ayude desde que regresé. Podría haberle dicho al viejo testarudo lo que pensaba de él por haberte mandado así a la montaña, pero no serviría de nada. No me escucharía.

—Me hizo bien —dijo Ged—. Me dio el tiempo que necesitaba.

—¿Estuviste pastoreando ovejas?

—Cabras. En lo alto de las praderas. El muchacho que habían contratado se enfermó y Serry me contrató, me mandó allá arriba el primer día. Dejan a las cabras muy arriba y hasta muy tarde, para que les crezca una lana gruesa. Este último mes estuve casi todo el tiempo solo en las montañas. Serry me mandó esa pelliza y algunas provisiones, y me dijo que mantuviera al rebaño lo más arriba que pudiera y por todo el tiempo que pudiera. Eso hice. Era un lugar hermoso.

—Solitario —dijo ella.

Él asintió con una semisonrisa.

—Siempre has estado solo.

—Sí, siempre he estado solo.

Ella no dijo nada. Él la miró.

—Me gustaría trabajar aquí—dijo.

—No hay más que hablar, entonces —dijo ella. Al cabo de un rato agregó—: Por el invierno, al menos.

Esa noche caía una helada más fuerte. Su mundo estaba sumido en un perfecto silencio que sólo rompía el murmullo del fuego. El silencio era como una presencia entre los dos. Ella alzó la cabeza y lo miró.

—Y bien —dijo—, ¿en qué cama duermo, Ged? ¿En la de la niña o en la tuya?

Él respiró profundamente. Habló en voz baja.

—En la mía, si quieres.

—Sí.

El silencio lo inmovilizaba. Ella se daba cuenta del esfuerzo que hacía para escapar de ese silencio. —Si me tienes paciencia... —dijo él.

—He sido paciente contigo durante veinticinco años —dijo ella. Lo miró y se echó a reír—. Ven, ven, querido... ¡Más vale tarde que nunca! No soy más que una vieja... Nada se pierde, nada se pierde jamás. Tú me lo enseñaste. —Ella se puso de pie y él se levantó; ella extendió las manos y él se las tomó. Se rodearon con los brazos, y se estrecharon. Se abrazaron con tal intensidad, con tal cariño, que todo lo que los rodeaba desapareció. Poco importó en qué lecho hubiesen pretendido dormir. Esa noche se tendieron en las piedras que rodeaban el hogar y allí Tenar le enseñó a Ged el misterio que ni siquiera los hombres más sabios podrían enseñarle.

Él reavivó el fuego una vez y cogió la manta gruesa de la banqueta.

Tenar no se opuso esta vez. La capa de ella y la pelliza de él fueron sus cobijas.

Se despertaron al alba. Una tenue luz plateada brillaba en las ramas oscuras y semidesnudas de los robles, del otro lado de la ventana. Tenar estiró todo el cuerpo para sentir la tibieza de Ged. Al cabo de un rato murmuró: —Aquí estaba él. Merluza. Debajo de donde estamos.

Ged dejó escapar una débil protesta.

—Ahora eres un verdadero hombre —dijo ella—. Primero llenas a otro hombre de agujeros y después te acuestas con una mujer. Supongo que ése es el orden correcto.

—¡Chsss! —murmuró Ged, volviéndose hacia ella y apoyando la cabeza en su hombro—. No hables de eso.

—Sí, Ged. ¡Pobre hombre! No tengo compasión, sólo deseo que se haga justicia. No me enseñaron a sentir compasión. El amor es lo único bueno que tengo. ¡Oh, Ged, no me tengas miedo! ¡Tú eras un hombre cuando te vi por primera vez! Ni un arma ni una mujer pueden hacer de alguien un hombre, y tampoco la magia, ni hay poder alguno que lo haga, nada salvo él mismo.

Se quedaron tendidos, sumidos en la tibieza y en un dulce silencio.

—Dime algo.

Él asintió con un murmullo, soñoliento.

—¿Cómo llegaste a oír lo que decían? Merluza y Diestro y el otro. ¿Por qué estabas allí precisamente, en ese preciso momento?

Él se apoyó en un hombro para mirarla a la cara. La serenidad y la plenitud y la ternura le daban a su rostro una expresión tan franca y vulnerable que ella sintió el impulso irrefrenable de extender la mano y tocarle la boca, allí donde lo había besado por primera vez, meses antes, y eso lo hizo abrazarla nuevamente y el diálogo no continuó con palabras.

Había que ocuparse de ciertas formalidades. La más importante era decirle a Arroyo Claro y a los demás inquilinos de la Granja de los Robles que ella había sustituido al «viejo amo» por un empleado. Lo hizo rápidamente y sin ambages. No podían hacer nada al respecto y la situación no suponía ninguna amenaza para ellos. Una viuda podía disponer de las propiedades de su esposo siempre que no hubiese un heredero o un hombre que se considerara con derechos sobre ellas. El hijo de Pedernal, el marino, era su heredero, y la viuda de Pedernal se limitaba a conservar la granja para él. Si ella moría, Arroyo Claro conservaría la granja para el heredero; si Chispa no la reclamaba nunca, pasaría a manos de un primo lejano

de Pedernal que vivía en Kahedanan. De acuerdo con la costumbre de Gont, ningún hombre que viviera con la viuda, ni siquiera si se casaba con ella, podía expulsar a las dos parejas que no eran dueñas de la tierra pero que tenían derecho a seguir trabajando y recibiendo las ganancias que dejara la granja durante toda su vida; pero Tenar temía que tomasen a mal el que no le hubiese sido fiel a Pedernal, al que después de todo habían conocido por más tiempo que ella. Se tranquilizó al ver que no ponían ninguna objeción. «Halcón» se había granjeado su aceptación con sólo enterrar una horquilla. Además, era razonable que una mujer quisiese tener en casa un hombre que la protegiera. Si se acostaba con él..., y bien, la avidez de las viudas era algo proverbial. Y, después de todo, era una forastera.

La reacción de los aldeanos fue muy parecida. Unas cuantas murmuraciones y risas disimuladas, pero poco más que eso. Aparentemente, ser respetable era más fácil de lo que pensaba Musgo; o tal vez lo que sucedía era que los objetos usados tenían poco valor.

Ella se sintió tan mancillada y rebajada por su aceptación como se habría sentido por su desaprobación.

Alondra era la única que la liberaba de su humillación no dando opiniones ni definiendo lo que observaba con palabras —hombre, mujer, viuda, forastera—, sino simplemente observando, mirándolos a ella y a Halcón con interés, con curiosidad, envidia y generosidad.

Como Alondra no veía a Halcón a través de las palabras pastor, empleado, hombre de la viuda, sino que lo veía a él mismo, observaba muchas cosas que la desconcertaban. Su dignidad y su sencillez no eran más notorias que las de otros hombres que había conocido, pero tenían algo diferente; había algo imponente en él, pensaba, algo que no era su altura ni su corpulencia, naturalmente, sino su alma y su mente. Le dijo a Hiedra: —Ese hombre no ha vivido entre cabras toda la vida. Sabe más del mundo que de una granja.

—Yo diría que es un hechicero al que le echaron una maldición o que perdió sus poderes de alguna manera —dijo la bruja—. A veces sucede.

—¡Ah! —dijo Alondra.

Pero la palabra «archimago» era demasiado importante y solemne como para traerla de pompas y palacios distantes y aplicársela al hombre de ojos oscuros y cabellos canos que vivía en la Granja de los Robles, y nunca lo hizo. De haberlo hecho, nunca se habría sentido tan cómoda con él como se sentía. La sola idea de que hubiese sido un hechicero la inquietaba un poco, la palabra se interponía entre ella y el hombre, hasta que volvió a verlo. Estaba subido a uno de los viejos manzanos que había en el huerto, cortando ramas secas, y la saludó al verla entrar en la granja. El hombre le venía bien, pensó al verlo sentado allá arriba, y lo saludó con la mano y sonrió sin detenerse.

Tenar no había olvidado la pregunta que le había hecho junto al hogar, bajo la pelliza de oveja. Volvió a hacérsela pocos días o meses después; el tiempo transcurría muy dulce y serenamente en la casa de piedra, en la granja rodeada por el invierno. —Nunca me dijiste —le dijo— cómo fue que los oíste hablar en el camino.

—Creo que te lo dije. Me había apartado un poco y estaba oculto, cuando oí que unos hombres venían detrás de mí.

—¿Por qué?

—Estaba solo y sabía que andaban algunas pandillas merodeando.

—Sí, por supuesto... ¿Pero Merluza iba hablando de Therru precisamente cuando pasaron a tu lado?

—Creo que dijo «la Granja de los Robles».

—Es perfectamente posible. Pero parece tan oportuno.

Sabiendo que ella no ponía en duda sus palabras, se recostó, esperando.

—Es el tipo de cosas que les suceden a los magos —dijo ella.

—Y a los demás.

—Tal vez.

—Querida, ¿no estarás tratando de..., de convertirme en mago nuevamente?

—No. No, en absoluto. ¿Sería razonable? ¿Estarías aquí si fueras un mago?

Estaban en la vieja cama de roble, bien cubiertos con pieles de oveja y colchas de plumas, porque la habitación no tenía chimenea y esa noche caía una fuerte helada sobre la nieve.

—Pero lo que quiero saber es esto. ¿Existe algo además de lo que tú llamas poder..., algo que ya exista antes tal vez? ¿O algo que se pueda utilizar de muchas maneras, entre otras con el poder? Como esto. Ogion dijo una vez que incluso antes de recibir ningún conocimiento y ninguna instrucción para llegar a ser mago, ya lo eras. Que habías nacido siendo mago, eso dijo. Por eso me imagino que para tener poder primero hay que tener un espacio para recibir el poder. Un vacío que hay que llenar. Y cuanto más grande sea el vacío mayor es el poder que puede llenarlo. Pero si nunca se tuvo poder, o si alguien fue despojado del poder o si renunció a él... eso sigue existiendo.

—Ese vacío —dijo él.

—Vacío es sólo una manera de llamarlo. Quizá no sea la palabra adecuada.

—¿Capacidad? —dijo él y sacudió la cabeza—. Algo que es capaz de ser..., de transformarse.

—Pienso que por eso estabas en ese camino, precisamente allí y en ese momento... Porque eso es lo que te sucede. No hiciste que sucediera. No lo provocaste. No ocurrió por tu «poder». Te sucedió. Por tu... vacío.

Al cabo de un rato, él dijo: —No hay una gran diferencia entre esto y lo que me enseñaron en Roke cuando era muchacho: que la verdadera magia consiste en hacer solamente lo que se debe hacer. Pero esto iría más allá. No hacer, pero que te hagan...

—No creo que sea eso. Más bien es como aquello de lo que surge la acción justa. ¿No viniste aquí y me salvaste la vida?... ¿No le enterraste una horquilla a Merluza? Eso fue «hacer», ¡bien!, hacer lo que se debe hacer...

Él reflexionó nuevamente y al cabo le preguntó:

—¿Eso es lo que te enseñaron cuando eras Sacerdotisa de las Tumbas?

—No. —Ella se estiró un poco, contemplando la oscuridad.— A Arha le enseñaron que para ser poderosa debía oficiar sacrificios. Sacrificarse y sacrificar a otros. Era un trueque: dar para recibir. Y no podría decir que no es cierto. Pero mi alma no puede vivir en ese espacio limitado: esto por lo otro, diente por diente, muerte por vida... Hay una libertad que va más allá de eso. Más allá del castigo, de la recompensa, de la expiación..., más allá de todos los trueques y los equilibrios, allí hay libertad.

—*La puerta que los separa* —dijo él muy quedamente.

Esa noche Tenar tuvo un sueño. Soñó que veía la puerta de *La Creación de Ea*. Era un ventanuco de vidrio rugoso, empañado, grueso, que estaba en la parte baja del muro del poniente de una vieja casa empinada sobre el mar. La ventana estaba cerrada. Le habían echado cerrojo. Quería abrirla, pero había una palabra o una clave, algo que había olvidado, una palabra, una clave, un nombre; sin eso no podía abrirla. Se puso a buscar en habitaciones de piedra cada vez más pequeñas y oscuras hasta que sintió que Ged la abrazaba, tratando de despertarla y tranquilizarla diciéndole: —No tengas miedo, mi amor, no hay nada que temer.

—¡No puedo escapar! —gritó, aferrándose a Ged.

Él la consoló acariciándole los cabellos; se recostaron juntos y él musitó: —Mira.

La vieja luna había salido. Su blanco brillo sobre la nieve se reflejaba en la habitación, porque aunque hacía mucho frío, Tenar nunca cerraba los postigos. Por encima de ellos todo el aire resplandecía. Se quedaron acostados en la sombra, pero parecía que el techo no era más que un velo tendido entre ellos y los infinitos y serenos abismos de luz plateada.

Ese fue un invierno de fuertes nevadas en Gont, y un largo invierno además. La cosecha había sido buena. Había alimentos para la gente y para los animales, y era poco lo que se podía hacer fuera de comer y abrigarse.

Therru había aprendido toda *La Creación de Ea*. El día del Retorno del Sol recitó el Villancico y *La Gesta del Joven Rey*. Sabía qué hacer con la masa para pasteles, hilar en el torno y hacer jabón. Conocía el nombre de todas las plantas que asomaban entre la nieve, y sabía muchas otras cosas sobre las hierbas y las palabras que Ged había ido guardando en la memoria durante su corto aprendizaje con Ogion y sus largos años en la Escuela de Roke. Pero él no había sacado las Runas y los Libros del Saber de dónde se hallaban, sobre la repisa de la chimenea, ni le había enseñado a la niña ni una sola palabra de la Lengua de la Creación.

Ged y Tenar lo comentaron. Ella le contó que le había enseñado a Therru una sola palabra, *tolk*, y que no había seguido enseñándole, porque no le había parecido bien hacerlo, aunque no sabía por qué.

—Se me ocurrió que quizá fuera porque en realidad nunca llegué a hablar esa lengua, nunca la utilicé para hacer magia. Se me ocurrió que tal vez debería enseñársela alguien que realmente dominara esa lengua.

—Ningún hombre la domina.

—Ninguna mujer la sabe hablar ni siquiera a medias.

—Lo que quise decir es que sólo los dragones la hablan como su lengua materna.

—¿La aprenden?

La pregunta lo impresionó y tardó en responderla, ciertamente recordando todo lo que le habían dicho y todo lo que sabía sobre los dragones. —No sé —dijo al cabo—. ¿Qué sabemos de ellos? ¿Enseñarán acaso como lo hacemos nosotros, de madre a hijo, de anciano a joven? ¿O son como los animales, que enseñan algunas cosas, pero que nacen sabiendo la mayoría de las cosas que saben? Ni siquiera eso sabemos. Pero me imagino que los dragones y su lengua son una sola cosa. Un solo ser.

—Y no hablan ninguna otra lengua.

Él asintió. —No aprenden —dijo—. Son.

Therru entró desde la cocina. Una de sus tareas era tener siempre llena la caja de leña y en eso estaba ocupada ahora, abrigada con un gabán de piel de cordero acortado y una gorra, yendo y viniendo rápidamente de la leñera a la cocina. Dejó caer su carga en la caja que había junto al rincón de la chimenea y volvió a salir.

—¿Qué canta? —preguntó Ged.

—¿Therru?

—Cuando está sola.

—Nunca canta. No puede.

—Como canta ella. «Más al oeste que el oeste...»

—¡Ah! —dijo Tenar—. ¡Esa historia! ¿Ogion nunca te habló de la Mujer de Kemay?

—No —dijo él—, cuéntame.

Ella le contó la historia mientras hilaba, y el ronroneo y el susurro del torno acompañaron el relato. Al final de la historia Tenar dijo: —Cuando el Maestro de Vientos me dijo que habían venido a Gont en busca de una mujer, pensé en ella. Pero sin duda ya debe de haber muerto. Y, de todos modos, ¿cómo podría ser archimago una pescadora que era dragón?

—Y bien, el Maestro de las Formas no dijo que una mujer de Gont llegaría a ser archimago. —Estaba remendando un par de pantalones con muchas roturas, sentado en el antepecho de la ventana para aprovechar toda la luz de ese día sombrío. Ya había pasado medio mes desde el Retorno del Sol y hacía más frío que nunca.

—¿Qué dijo, entonces?

—«Una mujer de Gont». Eso me dijiste.

—Pero ellos habían preguntado quién sería el nuevo archimago.

—Y no recibieron respuesta.

—*Infinitas son las controversias de los magos* —dijo Tenar con cierta sequedad.

Ged cortó el hilo con los dientes y se enrolló el resto en dos dedos.

—Aprendí a jugar un poco con las palabras, en Roke —reconoció—. Pero pienso que éste no es un juego de palabras. «Una mujer de Gont» no puede llegar a ser archimago. Ninguna mujer puede ser archimago. Destruiría lo que ha llegado a ser al convertirse en archimago. Los Magos de Roke son hombres: su poder es el poder de los hombres, sus conocimientos son conocimientos de hombres. La hombría y la magia tienen su base en una misma roca: el poder les pertenece a los hombres. Si las mujeres tuviesen poder, ¿qué serían los hombres sino mujeres que no pueden dar a luz? ¿Y qué serían las mujeres sino hombres que pueden hacerlo?

—¡Ya! —dijo Tenar; y enseguida, con un dejo socarrón—: ¿No ha habido reinas acaso? ¿No eran mujeres que tenían poder?

—Una reina es sólo un rey que es mujer —dijo Ged.

Ella lanzó una carcajada.

—Lo que quiero decir es que los hombres le dan poder. Le permiten usar su poder. Pero el poder no le pertenece, ¿no es así? No es poderosa por ser mujer, sino a pesar de serlo.

Ella asintió. Se estiró, alejándose del torno de hilar y apoyándose en el respaldo la silla. —¿Qué poder tiene una mujer, entonces? —preguntó.

—No creo que lo sepamos.

—¿Cuándo tiene poder una mujer por ser mujer? Con sus hijos, supongo. Por un tiempo...

—En su casa tal vez.

Ella recorrió toda la cocina con la mirada.

—Pero las puertas están cerradas —dijo—, las puertas están con cerrojo.

—Porque sois valiosas.

—Oh sí, somos muy valiosas. Siempre que no tengamos poder... ¡Recuerdo cuando aprendí eso por primera vez! Kossil me amenazó... a mí, la Única Sacerdotisa de las Tumbas. Y me di cuenta de que era débil. Yo tenía el rango; pero ella tenía el poder, el poder que le había dado el Dios-rey, el hombre. ¡Ah, eso me enfureció! Y me aterrorizó... Alondra y yo hablamos de eso una vez. Me dijo: «¿Por qué les temen los hombres a las mujeres?».

—Si tu fuerza depende solamente de la debilidad del otro, vives aterrorizado —dijo Ged.

—Sí; pero parecería que las mujeres le temen a su propia fuerza, que sienten miedo de ellas mismas.

—¿Les enseñan alguna vez a confiar en sí mismas? —preguntó Ged; y mientras hablaba, Therru volvió a entrar siguiendo con su tarea. Tenar y Ged se miraron.

—No —dijo ella—. No nos enseñan a confiar. —Observó cómo la niña amontonaba la leña en la caja.— Si el poder fuese tener confianza... —dijo—. Me gusta esa palabra. Si no existiesen todas esas disposiciones: uno por sobre el otro..., reyes y amos y magos y dueños... Todo parece tan superfluo. El verdadero poder, la verdadera libertad, residiría en la confianza, no en la fuerza.

—De la misma manera en que los niños confían en sus padres... —dijo él.

Se quedaron en silencio.

—Tal como son las cosas —dijo él—, hasta la confianza corrompe. Los hombres de Roke confían en sí mismos y en los demás. Su poder es puro, nada empaña su pureza y entonces creen que esa pureza es sabiduría. No conciben que puedan hacer daño.

Ella alzó los ojos para mirarlo. Nunca había hablado así de Roke, como totalmente ajeno al lugar, libre de él.

—Tal vez necesiten algunas mujeres allí para que les hagan saber que existe esa posibilidad —dijo ella, y él rió.

Ella volvió a hacer andar el torno. —Aún no entiendo por qué no puede haber mujeres archimagos si puede haber reinas.

Therru escuchaba.

—*Nieve caliente, agua seca* —dijo Ged, repitiendo un refrán gontés—. Los reyes reciben su poder de otros hombres. El poder de un mago es algo que le pertenece..., es él.

—Y es un poder masculino. Porque ni siquiera sabemos qué poder tiene una mujer. Muy bien. Entiendo. Pero de todos modos, ¿por qué no pueden encontrar un archimago..., un archimago hombre?

Ged examinó la costura deshilachada de los pantalones. —Y bien —dijo—, si el Maestro de las Formas no respondió a la pregunta que le había hecho, entonces respondió a una pregunta que no le habían hecho. Posiblemente lo que tengan que hacer es preguntársela.

—¿Es una adivinanza? —preguntó Therru.

—Sí —dijo Tenar—. Pero no sabemos de qué adivinanza se trata. Sólo conocemos la respuesta. La respuesta es: una mujer de Gont.

—Hay muchas —dijo Therru después de reflexionar un poco. Aparentemente satisfecha con eso, partió a buscar otro montón de leña.

Ged la miró salir. —Todo ha cambiado —dijo—. Todo... A veces pienso, Tenar..., me pregunto si el reinado de Lebannen es sólo el comienzo. Una puerta... Y que él es el portero. Para que nadie la atraviese.

—Se ve tan joven... —dijo Tenar con ternura.

—Es tan joven como era Morred cuando se enfrentó a los Navíos Negros. Tan joven como yo cuando... —Se quedó en silencio, mirando por la ventana los campos de labranza grises, congelados, más allá, de los árboles desnudos.— O tú, Tenar, en ese lugar siniestro... ¿Qué es la juventud o la edad? No sé. A veces me siento como si hubiese vivido mil años; a veces siento que mi vida ha sido como una golondrina en pleno vuelo vista a través de una grieta en un muro. He muerto y he vuelto a nacer, en la tierra yerma y aquí bajo el sol, más de una vez. Y *La Creación* nos dice que todos hemos regresado y regresamos siempre a la fuente y que la fuente es eterna*. Sólo en la muerte la vida*... Pensaba en eso cuando estaba con las cabras allá en la montaña y los días se hacían eternos y sin embargo no pasaba el tiempo antes de que llegara la noche, y otra vez la mañana... Aprendí la sabiduría de las cabras. Por eso me preguntaba: «¿Por qué Halcón, el pastor de cabras, está enfermo de dolor y de vergüenza por él? ¿De qué tengo que avergonzarme?».

—De nada —dijo Tenar—. ¡De nada, nunca!

—¡Oh, sí! —dijo Ged—. Toda la grandeza de los hombres está basada en la vergüenza, está hecha de vergüenza. Por eso, Halcón, el pastor de cabras, lloró por Ged, el archimago. Y se dedicó a cuidar las cabras, también, todo lo bien que se podía esperar de un muchacho de su edad...

Al cabo de un rato, Tenar sonrió. Un tanto tímidamente dijo: —Musgo dijo que tenías unos quince años.

—Sí, poco más o menos. Ogion me dio mi nombre en el otoño; y el verano siguiente me marché a Roke... ¿Qué era ese muchacho? Un vacío..., una libertad.

—Ged, ¿qué es Therru?

Sólo le respondió cuando ella ya pensaba que no le iba a responder, y entonces dijo: —Por ser como es..., ¿qué libertad puede tener?

—¿Nosotros somos nuestra propia libertad, entonces?

—Eso creo.

—Cuando tenías poder, parecías tener toda la libertad que puede tener un hombre. ¿Pero a qué precio? ¿Qué te liberó? Y yo..., a mí me forjaron, me moldearon como si hubiese sido de arcilla, de acuerdo con los deseos de las mujeres que servían a los Poderes Antiguos o que servían a los hombres que habían creado todos los cultos y los caminos y los lugares, ya no sé a quién. Entonces me liberé, contigo, por un instante, y con Ogion. Pero no era mi libertad. Aunque me dio la posibilidad de elegir; y elegí. Decidí moldearme como si hubiese sido de arcilla para ponerme al servicio de una granja y de un granjero y de nuestros hijos. Me

convertí en una vasija. Sé qué forma tiene. Pero no conozco la arcilla. La vida bailó a través de mí. Conozco los bailes. Pero no sé quién los baila.

—Y ella —dijo Ged después de un largo silencio—, si alguna vez llega a bailar...

—Le temerán —dijo Tenar en un susurro. Entonces la niña volvió a entrar en la casa y empezaron a hablar de la masa que iba fermentando dentro de la caja colocada junto al horno. Siguieron hablando así, serena y largamente, pasando de un tema a otro, una y otra vez, durante toda la mitad de ese breve día, muchas veces, hilando y uniendo sus vidas con palabras, los años y los hechos y las ideas que no habían compartido. Luego se quedaban en silencio nuevamente, trabajando y pensando y soñando, y la niña silenciosa los acompañaba.

Así pasó el invierno, hasta que llegó la época en que las ovejas empezaron a parir y hubo mucho trabajo por un tiempo, mientras los días se iban alargando y se hacían más luminosos. Entonces llegaron las golondrinas desde las islas que había bajo el sol, en el Confín Austral, donde brilla la estrella Gobardon en la constelación del Fin; pero ése era sólo el comienzo del parloteo de las golondrinas.

13
El señor

Como las golondrinas, los barcos empezaron a volar entre las islas con el retorno de la primavera. En las aldeas se murmuraba, repitiendo lo que se decía en Valmouth, que los barcos del rey perseguían a los perseguidores, arruinando a renombrados piratas, confiscando sus barcos y sus fortunas. El mismísimo Señor Heno envió tres de sus mejores y más veloces navíos, capitaneados por el brujo y lobo de mar Tarja, que era temido por todos los mercaderes desde Solea a las Andrades; su flota debía tenderle una emboscada a los barcos del rey frente a las costas de Oranéa y destruirlos. Pero fue uno de los navíos del rey el que llegó a la Bahía de Valmouth llevando a Tarja encadenado a bordo, con la orden de escoltar al Señor Heno al Puerto de Gont para que lo juzgaran por piratería y asesinato. Heno se encerró en su mansión de piedra, en las colinas que se elevaban detrás de Valmouth, pero no pensó en hacer una fogata, porque estaban en primavera y hacía calor, de modo que cinco o seis de los jóvenes soldados del rey se dejaron caer sobre él entrando por la chimenea, y toda la tropa lo llevó encadenado por las calles de Valmouth y lo condujo ante la justicia.

Al oír eso, Ged dijo con afecto y orgullo: —Hará bien todo aquello que un rey puede hacer.

Habían llevado rápidamente a Diestro y Shag al Puerto de Gont por el camino del norte y, cuando sus heridas hubieron cicatrizado lo suficiente, llevaron a Merluza hasta allí en barco, para ser juzgado por asesinato en los tribunales del rey. El anuncio de que lo habían condenado a galeras fue recibido con gran satisfacción y jactancia en el Valle Central, mientras Tenar, y Therru a su lado, escuchaban en silencio.

También llegaron otros barcos trayendo a otros enviados del rey, no todos ellos populares entre los lugareños y los aldeanos del primitivo Gont: alguaciles reales, a los que habían enviado para que informaran sobre el cuerpo de alguaciles y policías, y a escuchar las denuncias y las quejas de las gentes del pueblo; encargados de informar sobre el pago de tributos y cobradores de tributos; nobles visitantes de los señores poco importantes de Gont, que indagaban cortésmente sobre su fidelidad a la Corona de Havnor; y hechiceros que iban por aquí y por allá, al parecer haciendo poco y diciendo aún menos.

—Creo que, después de todo, andan buscando un nuevo archimago —dijo Tenar.

—O indagando si se ha hecho mal uso de las artes mágicas —dijo Ged—, si se ha pervertido la hechicería.

Tenar estuvo a punto de decir: «¡Entonces deberían ir a la mansión de Re Albi», pero las palabras se le atascaron en la boca. «¿Qué iba a decir?» —pensó—. «¿Le hablé alguna vez a Ged de... Me estoy volviendo olvidadiza. ¿Qué le iba a decir a Ged? ¡Oh!, que deberíamos arreglar el portón de abajo de la dehesa antes de que las vacas se escapen.»

Siempre estaba pendiente de algo, de miles de cosas, faenas de la granja. «Nunca te ocupas de una sola cosa», le había dicho Ogion. Incluso con la ayuda de Ged, todos sus pensamientos y sus días estaban dedicados a las faenas de la granja. Él compartía el trabajo de la casa con ella, lo que Pedernal no había hecho; pero Pedernal había sido un granjero y Ged no lo era. Aprendía rápidamente, pero había mucho que aprender. Trabajaban. Tenían poco tiempo para charlar, ahora. Al final del día cenaban juntos y se acostaban juntos, y dormían y se despertaban al alba y seguían trabajando, y así una y otra vez, como la rueda de un molino de agua que subía llena y se vaciaba, y los días eran como el agua clara que caía.

—¿Cómo estás, madre? —dijo el muchacho delgado desde el portón de la granja. Tenar pensó que era el hijo mayor de Alondra y dijo—: ¿Qué te trae por aquí, muchacho? —Luego volvió a mirarlo por sobre los polluelos cloqueantes y el desfile de gansos.

—¡Chispa! —gritó y espantó a las aves al acercársele corriendo.

—Bien, bien —dijo él—. No hagáis escándalo. La dejó abrazarlo y acariciarle la cara. Entró en la casa y se sentó en la cocina, ante la mesa.

—¿Has comido? ¿Viste a Manzana?

—Podría comer algo.

Escarbó en la despensa bien aprovisionada.

—¿En qué barco estás? ¿Todavía en el *Gaviota*?

—No. —Silencio.— Mi barco ya no existe.

Ella se volvió espantada. —¿Naufragó?

—No. —Sonrió sin una pizca de humor.— La tripulación se dispersó. Los hombres del rey se apoderaron del barco.

—Pero... no era un barco pirata...

—No.

—¿Por qué entonces?

—Dijeron que el capitán llevaba algunas cosas que necesitaban —dijo de mala gana. Estaba delgado como siempre, pero se veía mayor por la piel curtida, los cabellos lacios, el rostro delgado como el de Pedernal pero más delgado aún, más severo.

—¿Dónde está papá? —dijo. Tenar se quedó inmóvil.

—No fuiste a la casa de tu hermana.

—No —dijo, indiferente.

—Pedernal murió hace tres años —dijo ella—. De un ataque. En los campos..., en el sendero, más allá de las panderas. Lo encontró Arroyo Claro. Fue hace tres años.

Se quedaron en silencio. Él no sabía qué decir o no tenía nada que decir.

Ella le sirvió comida. Él empezó a comer con tal avidez que ella le sirvió más comida enseguida.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Él se encogió de hombros y siguió comiendo.

Ella se sentó frente a él, al otro lado de la mesa. El sol de fines de primavera entraba a raudales por la ventana baja alumbrando la mesa de lado a lado y se reflejaba en la rejilla de bronce del hogar.

Finalmente él apartó el plato.

—¿Quién se ha estado ocupando de la granja, entonces? —preguntó.

—¿Por qué lo preguntas, hijo? —le preguntó, cortésmente pero con frialdad.

—Me pertenece —dijo él, también con cierta frialdad.

Al cabo de un minuto, Tenar se puso de pie y retiró los platos. —Así es.

—Por supuesto que podéis quedaros —dijo él, muy torpemente, tal vez tratando de hacer una broma; pero no era un hombre que acostumbrara a hacer bromas—. ¿Todavía anda por aquí el viejo Arroyo Claro?

—Todos siguen aquí. Y también hay un hombre llamado Halcón y una niña a la que cuido. Aquí. En casa. Tendrás que dormir en el cuarto del desván. Pondré la escalerilla. —Volvió a mirarlo con gesto desafiante.— ¿Piensas quedarte por un tiempo, entonces?

—Es posible.

Pedernal había respondido a sus preguntas de la misma manera durante veinte años, negándole el derecho a preguntarlas al no responder jamás sí o no, gozando de una libertad que se basaba en su ignorancia; una exigua y limitada libertad, pensó Tenar.

—¡Pobre muchacho! —dijo—, la tripulación de tu barco se dispersa, y te enteras de que tu padre está muerto y encuentras forasteros en tu casa, todo en un solo día. Necesitarás cierto tiempo para acostumbrarte a todo esto. Lo siento, hijo. Pero me alegro de que estés aquí. Te recordaba a menudo, te imaginaba en medio de los mares, de las tormentas, del invierno.

Él no dijo nada. No tenía nada que ofrecer y era incapaz de recibir. Empujó la silla hacia atrás y estaba a punto de ponerse en pie cuando entró Therru. La miró asombrado, sin levantarse del todo. —¿Qué le ocurrió? —dijo.

—La quemaron. Éste es mi hijo del que te hablé, Therru, el marinero, Chispa. Therru es tu hermana, Chispa.

—¡Hermana!

—Por adopción.

—¡Hermana! —dijo otra vez y recorrió la cocina con la mirada como si buscara testigos, y miró fijamente a su madre.

Ella también lo miró fijamente.

Salió de la casa después de casi tropezar con Therru, que se quedó inmóvil. Cerró con estrépito la puerta a sus espaldas. Tenar intentó decirle algo a Therru pero no pudo.

—No llores —dijo la niña, que no lloraba jamás, acercándosele, tocándole el brazo. ¿Te hizo daño?

—¡Oh, Therru! ¡Déjame abrazarte! —Se sentó ante la mesa con Therru en el regazo y rodeándola con los brazos, aunque la niña ya estaba grande para tenerla en brazos y nunca había aprendido a hacerlo con soltura. Pero Tenar la abrazó y se echó a llorar, y Therru apoyó su rostro desfigurado en el de Tenar hasta que se le cubrió de lágrimas.

Ged y Chispa llegaron al anochecer desde extremos opuestos de la granja. Evidentemente Chispa había hablado con Arroyo Claro y había reflexionado, y evidentemente Ged intentaba averiguar qué sucedía. Fue muy poco lo que se dijo durante la cena, y todo con gran cautela. Chispa no protestó por no poder dormir nuevamente en su cuarto, sino que subió al desván convertido en bodega como un auténtico marino y aparentemente quedó satisfecho con la cama que su madre le había hecho allí, porque no bajó sino hasta bien entrada la mañana.

Chispa quería desayunar de inmediato y esperaba que le sirvieran el desayuno. A su padre siempre le habían servido, su madre, su esposa, su hija. ¿Era menos hombre que su padre? ¿Se lo iba a demostrar ella acaso? Tenar le sirvió el desayuno y retiró los platos, y regresó al huerto donde había estado haciendo fuego con Therru y Shandy para acabar con una plaga de orugas que amenazaba con destruir los nuevos frutos.

Chispa salió al encuentro de Arroyo Claro y Tiff. Y con el paso de los días se habituó a quedarse con ellos la mayor parte del tiempo. Ged, Shandy y Tenar hacían el trabajo pesado que exigían los cultivos y las ovejas y para el que se necesitaba fuerza y destreza, mientras los dos viejos que habían vivido allí toda su vida, los hombres de su padre, lo llevaban a recorrer y le explicaban cómo manejaban todo, y de veras creían que lo manejaban todo, y compartían esa convicción con él.

Tenar empezó a sentirse desdichada dentro de la casa. Sólo al aire libre, cuando trabajaba en la granja, sentía disminuir su cólera, la humillación que le provocaba la presencia de Chispa.

—Ahora me ha tocado a mí —le dijo a Ged con amargura, en la habitación oscura iluminada por las estrellas—. Me ha tocado a mí perder lo que más me enorgullecía.

—¿Qué has perdido?

—A mi hijo. Al hijo que no crié para que pudiera convertirse en un hombre. Fallé. Le fallé. —Se mordió los labios, clavando la mirada en la oscuridad, sin una lágrima en los ojos. Ged no intentó discutir con ella ni aliviar su dolor. Le preguntó: —¿Crees que se quedará?

—Sí. Tiene miedo de intentar volver al mar. No me dijo la verdad o no toda la verdad sobre su barco. Era segundo maestre. Supongo que transportaban objetos robados. Piratería de segunda mano. No me importa. Todos los marinos gonteses son medio piratas. Pero miente cuando habla de eso. Miente. Tiene celos de ti. Es un hombre deshonesto, envidioso.

—Temeroso, pienso —dijo Ged—. No es malvado. Y ésta es su granja.

—¡Entonces puede quedarse con ella! Y que sea tan generosa con él como...

—No, mi amor —dijo Ged, interrumpiéndola con la voz y las manos—, no digas nada..., ¡no maldigas! —Su franqueza era tan apremiante, tan apasionada, que la cólera de Tenar se transformó de inmediato en el amor que la provocaba y gritó:— ¡No podría maldecirlo ni maldecir este lugar! ¡No pensaba hacerlo! ¡Pero me da tanta lástima, tanta vergüenza! ¡Me duele tanto, Ged!

—No, no, no. Querida, no me importa lo que el muchacho piense de mí. Pero es muy duro contigo...

—Y con Therru. La trata como... Dijo, me dijo: «¿Qué hizo para haber quedado así?». *¡Qué hizo!*

Ged le acarició los cabellos, como solía hacer, con caricias suaves, lentas y repetidas que los adormecían a ambos con su apacible ternura.

—Podría irme a pastorear cabras nuevamente —dijo él al cabo de un rato—. Eso te facilitaría la vida aquí. Salvo por el trabajo...

—Preferiría ir contigo...

Él le acarició los cabellos, parecía reflexionar. —Supongo que podríamos hacerlo —dijo—. Hay un par de familias que pastorean cabras allá arriba, más arriba de Lissu. Pero luego vendrá el invierno...

—Quizás algún granjero nos dé trabajo. Sé hacer el trabajo... y sé cuidar ovejas..., y tú sabes cuidar cabras... y eres rápido en todo...

—Sé manejar muy bien una horquilla —musitó Ged, y logró hacerla reír apenas con una risa entrecortada por el llanto.

A la mañana siguiente Chispa se despertó temprano para desayunar con ellos, porque iba a salir a pescar con el viejo Tiff. Se levantó de la mesa y dijo más amablemente que de costumbre: —Traeré pescado para la cena.

Durante la noche, Tenar había tomado una resolución. Le dijo:

—Espera; puedes quitar la mesa, Chispa. Pon los platos en el fregadero y échales agua. Los lavaremos con las cosas de la cena.

Él la miró fijamente por un instante y dijo: —Eso lo hacen las mujeres —y se puso la gorra.

—Lo hace cualquiera que coma en esta cocina.

—Yo no —dijo categóricamente, y salió de la casa.

Tenar lo siguió. Se quedó de pie en el peldaño de la entrada. —¿Halcón lo puede hacer pero tú no? —le preguntó.

Él se limitó a inclinar la cabeza mientras atravesaba el corral.

—Es demasiado tarde —dijo Tenar regresando a la cocina—: Fracasé, fracasé. —Alcanzaba a sentir las líneas de la cara, tensas, a los lados de la boca, entre los ojos.— Se puede regar una piedra —dijo—, pero no crecerá.

—Tienes que empezar cuando son jóvenes y tiernos —dijo Ged—. Como yo.

Esta vez Tenar no pudo reír.

Cuando regresaron a la casa después de hacer el trabajo del día, vieron que un hombre estaba charlando con Chispa en el portón de la granja.

—Es el hombre de Re Albi, ¿verdad? —dijo Ged, que tenía muy buena vista.

—Ven, Therru —dijo Tenar, porque la niña se había detenido bruscamente—. ¿Qué hombre? —No veía bien de lejos y miró por sobre el corral entrecerrando los ojos.— ¡Oh!, es ése, el mercader de ovejas. Townsend. ¿A qué habrá regresado ese cuervo negro?

Se había sentido furiosa todo el día, y Ged y Therru, prudentemente, no dijeron nada.

Tenar se acercó a los hombres que estaban ante el portón.

—¿Has venido por las ovejas, Townsend? Deberías haber venido hace un año; pero todavía hay algunas de este año en el corral.

—Eso mismo me estaba diciendo el señor—dijo Townsend.

—¿Sí? —preguntó Tenar.

El rostro de Chispa se ensombreció más que nunca ante el tono de su voz.

—No os interrumpiré a ti y al señor, entonces —dijo Tenar e iba a volverse cuando Townsend dijo—: Tengo un mensaje para ti, Goha.

—A la tercera va la vencida.

—La vieja bruja, tú sabes de quién hablo, la vieja Musgo, está mal. Me dijo que, como venía al Valle Central, me dijo: «Dile a la señora Goha que me gustaría verla antes de morir, si es que puede venir...».

Cuervo, cuervo negro, pensó Tenar, mirando con odio al portador de malas noticias.

—¿Está enferma?

—Muy enferma —dijo Townsend, con una especie de sonrisa afectada que bien podría haber sido un gesto de lástima—. Cayó enferma en el invierno y está cada vez más débil, así que me dijo que te dijera que tiene muchos deseos de verte, antes de morir.

—Gracias por darme el mensaje —dijo Tenar serenamente, y se dio media vuelta para dirigirse a la casa. Townsend acompañó a Chispa al corral de las ovejas.

Mientras preparaban la cena, Tenar le dijo a Ged y a Therru: —Debo ir.

—Por supuesto —dijo Ged—. Iremos los tres si lo deseas.

—¿Lo haríais? —Por primera vez en todo el día su rostro se iluminó, las nubes de tormenta se habían disipado.— ¡Oh! —dijo—, ¡qué bueno!... No quería pedíroslo, pensé que tal vez... Therru, ¿te gustaría regresar a la cabaña, a la casa de Ogion, por un tiempo?

Therru se quedó quieta mientras pensaba. —Podría ver mi melocotonero —dijo.

—Sí, y a Brezo... y a Sippy... y a Musgo... ¡Pobre Musgo! ¡Oh!, tenía tantos deseos, tantos deseos de regresar allí, pero no me parecía bien. Había que ocuparse de la granja... y todo...

Le parecía que había otro motivo por el que no había regresado, no se había permitido pensar en el regreso, no había reconocido hasta ahora que estaba ansiosa por regresar; pero cualquiera que hubiera sido el motivo se desvaneció como una sombra, como una palabra olvidada. —Me pregunto si alguien habrá cuidado a Musgo, si alguien habrá mandado llamar a un curandero. Es la única curandera que hay en el Acantilado, pero sin duda en el Puerto de Gont hay gente que podría ayudarla. ¡Ay, pobre Musgo! Quiero ir... Es muy tarde, pero mañana, mañana temprano... ¡Y el señor se puede preparar solo el desayuno!

—Aprenderá —dijo Ged.

—No, no lo hará. Encontrará alguna tonta que se lo prepare. ¡Ah! —Recorrió toda la cocina con la mirada, con el rostro encendido y furioso.— ¡Odio dejarle a esa mujer los veinte años que he pasado limpiando esa mesa! ¡Espero que lo agradezca!

Chispa invitó a Townsend a cenar, pero el mercader no quiso quedarse a pasar la noche, aunque desde luego le ofrecieron una cama en un gesto de natural hospitalidad. Tendría que haber dormido en una de sus camas y a Tenar le desagradaba la idea. Se alegró al verlo marcharse a casa de sus huéspedes en la aldea en la penumbra azul del atardecer de primavera.

—Nos marcharemos a Re Albi a primera hora de la mañana, hijo —le dijo Tenar a Chispa—. Halcón y Therru y yo.

Él la miró con un dejo de temor.

—¿Os marcharéis sin más?

—Así como vinimos nos marchamos —le dijo su madre—. Ahora escúchame, Chispa; ésta es la alcancía de tu padre. Hay siete monedas de marfil y las notas de crédito del viejo Puente, pero no las pagará nunca, no tiene con qué pagarlas. Pedernal recibió estas cuatro monedas de las Andrades cuando le vendió unas pieles de oveja al proveedor de los barcos en Valmouth hace cuatro años, cuando eras un muchacho. Estas tres monedas de Havnor son lo que nos pagó Tholy por la granja de Riachuelo Alto. Yo convencí a tu padre de que comprara esa granja, y le ayudé a limpiarla y a venderla. Me llevo estas tres monedas, porque me las gané. Todo el resto y la granja te pertenecen. Eres el señor.

El joven alto y delgado se quedó de pie con la mirada fija en la alcancía.

—Lleváoslo todo. No lo quiero —dijo en voz baja.

—No lo necesito. Pero te agradezco, hijo. Quédate con esas cuatro monedas. Cuando te cases, piensa que son mi obsequio para tu mujer.

Tenar guardó la alcancía detrás de la fuente, en la repisa más alta del aparador, donde la guardaba Pedernal. —Therru, ve a preparar tus cosas, porque saldremos muy temprano.

—¿Cuándo regresaréis? —preguntó Chispa y el tono de su voz le hizo pensar a Tenar en el niño inquieto y frágil que había sido. Pero sólo dijo—: No sé, querido. Si me necesitas regresaré.

Tenar comenzó a buscar los zapatos de viaje y los morrales. —Chispa —dijo—, hay algo que puedes hacer por mí.

Él se había sentado en la solera del hogar, perplejo y arisco. —¿Qué?

—Ve a Valmouth, pronto, y ve a ver a tu hermana. Y dile que he regresado al Acantilado. Dile que, si desea verme, simplemente me lo haga saber.

Él asintió. Observaba a Ged, que ya había guardado sus escasas pertenencias con la destreza y la rapidez de alguien que ha viajado mucho, y ahora estaba guardando los platos para dejar ordenada la cocina. Cuando lo hubo hecho, se sentó frente a Chispa a pasar una nueva cuerda por los ojetes de su morral para cerrarlo por arriba.

—Hay un nudo que hacen para eso —dijo Chispa—. Un nudo marinero.

Ged le pasó el morral por encima del hogar sin decir nada y se quedó observando mientras Chispa le mostraba, sin decir nada, cómo hacer el nudo.

—Se cierra hacia arriba, ¿ves? —dijo, y Ged asintió.

Se marcharon de la granja en medio de la oscuridad y el frío de la mañana. El sol tarda en iluminar la ladera occidental de la Montaña de Gont, y sólo el caminar les dio algo de calor hasta que finalmente el sol se elevó sobre la enorme mole del pico austral y brilló a sus espaldas.

Therru caminaba mucho más rápido que el verano pasado, pero de todos modos tardarían dos días en llegar. Ya entrada la tarde, Tenar les preguntó: —¿Deberíamos tratar de llegar hoy mismo al Manantial de los Robles? Hay una especie de posada. Allí bebimos un vaso de leche, ¿te acuerdas, Therru ?

Ged contemplaba la ladera con una expresión distante. —Conozco un lugar...

—¡Qué bien! —dijo Tenar.

Poco antes de llegar al elevado recodo del camino desde el cual se divisaba el Puerto de Gont por primera vez, Ged se apartó del camino y se internó en el bosque que cubría las empinadas laderas de los costados. Los inclinados rayos rojidorados del sol poniente iluminaban la oscuridad que se extendía entre los troncos y bajo las ramas. Subieron alrededor de una milla, sin seguir ningún sendero, por lo que Tenar alcanzaba a ver, y llegaron a una pequeña saliente o promontorio de la ladera, una pradera protegida del viento por los riscos que se elevaban detrás de ella y los árboles que la rodeaban. Desde allí se alcanzaban a ver las cumbres de la montaña hacia el norte y entre las puntas de altos abetos se distinguía claramente el mar del poniente. Nada perturbaba el silencio, salvo el roce del viento en los abetos. Una aloya entonó un largo y dulce canto en las alturas iluminadas por el sol, antes de dejarse caer a su nido entre la hierba virgen.

Los tres comieron el pan y el queso que llevaban. Contemplaron la oscuridad que se elevaba por la montaña desde el mar. Se acostaron sobre sus capas y se echaron a dormir, Therru junto a Tenar y Tenar junto a Ged. Tenar se despertó en plena noche. Un búho cantaba cerca, su canto era una dulce nota repetida que parecía una campana y, a la distancia, en lo alto de la montaña, su pareja le respondió como el eco de una campana. Tenar pensó: «Veré ponerse las estrellas en el mar», pero se durmió nuevamente con el corazón en paz.

Se despertó bajo la luz gris de la mañana y vio a Ged sentado a su lado, con la capa cubriéndole los hombros, contemplando la quebrada del oeste. Su rostro oscuro estaba muy quieto, henchido de silencio, como lo había visto una vez hacía ya mucho tiempo en la playa de Atuan. No tenía un gesto hosco en la mirada, como entonces; contemplaba el oeste

ilimitado. Siguiendo su mirada, vio despuntar el día, la maravilla de rosa y oro que se reflejaba claramente en el cielo.

Él se volvió hacia ella y ella le dijo: —Te he amado desde la primera vez que te vi.

—Dadora de vida —dijo Ged y se inclinó a besarla en los pechos y en la boca. Ella lo abrazó por un instante. Se levantaron y despertaron a Therru, y siguieron su camino; pero cuando se internaron entre los árboles Tenar se volvió a mirar una vez más la pequeña pradera, como convirtiéndola en testigo de la felicidad que había conocido allí.

El único propósito de su primer día de viaje había sido avanzar. Ese día llegarían a Re Albi. Por eso, Tenar pensaba mucho en Tía Musgo, preguntándose qué le habría sucedido y si en realidad estaba muriéndose. Pero a medida que fue pasando el día y que fueron avanzando por el camino no pudo seguir pensando en Musgo, ni en nada. Se sentía agotada. No le gustaba acercarse a la muerte de esa manera una vez más. Pasaron por el Manantial de los Robles, y bajaron por el desfiladero y volvieron a subir. En el último y largo trecho cuesta arriba hacia el Acantilado, le costaba mover las piernas y se sentía atontada y confundida, se aferraba a una idea o a una imagen hasta que perdía todo sentido... La alacena donde guardaban los platos en la casa de Ogion o las palabras *delfín de hueso*, que recordó al ver la bolsa de juguetes de Therru, y que se repetían sin cesar.

Ged caminaba a trancos largos en su tranquilo andar de caminante, y Therru caminaba a su lado, la misma Therru que se había agotado en esa misma larga subida menos de un años atrás y que había tenido que llevar en brazos. Pero eso había sido después de una jornada más larga de marcha. Y entonces la niña aún se estaba recuperando de sus heridas.

Se estaba volviendo vieja, demasiado vieja para caminar tanto y tan rápido. Era tan difícil ir cuesta arriba... Una vieja debía quedarse en casa junto al fuego. El delfín de hueso, el delfín de hueso. Hueso, inmóvil, el sortilegio de atadura. El hombre de hueso y el animal de hueso. Se le adelantaron. La estaban esperando. Caminaba lentamente. Se sentía fatigada. Se esforzó por subir el último tramo de la colina y los alcanzó allí donde el camino quedaba a la misma altura que el Acantilado. A la izquierda, los techos de Re Albi inclinados hacia la orilla del precipicio. A la derecha, el camino que subía hacia la mansión. —Por aquí —dijo Tenar.

—No —dijo la niña, apuntando a la izquierda, hacia la aldea.

—Por aquí —repitió Tenar y tomó el camino de la derecha. Ged la siguió.

Caminaban entre los huertos de nogales y los campos cubiertos de hierba. Era un atardecer cálido de comienzos de verano. Los pájaros cantaban en los árboles, cerca y a lo lejos. El hombre bajó caminando desde la mansión en dirección a ellos, el hombre cuyo nombre no conseguía recordar.

—¡Bienvenidos! —les dijo y se detuvo, sonriéndoles.

Se detuvieron.

—¡Qué personajes tan importantes han venido a honrar la casa del Señor de Re Albi! —dijo. Tuaho, ése no era su nombre. El delfín de hueso, el animal de hueso, la niña de hueso.

—¡Mi señor Archimago! —Hizo una profunda reverencia y Ged se inclinó ante él.

—¡Y mi señora Tenar de Atuan! —Se inclinó aún más ante Tenar y ella se arrodilló en el camino. Bajó la cabeza hasta apoyar las manos en la tierra y se agachó hasta que también su boca rozó la tierra del camino.

—Ahora arrástrate —dijo él y ella comenzó a andar a gatas hacia él.

—Detente —dijo él, y ella se detuvo.

—¿Puedes hablar? —le preguntó. Ella no respondió, porque se había quedado sin palabras, pero Ged contestó en su habitual tono sereno—: Sí.

—¿Dónde está el monstruo?

—No sé.

—Pensaba que la bruja vendría con sus familiares. Pero, en cambio, te ha traído a ti. Al Señor Archimago Gavilán. ¡Qué extraordinario sustituto! Lo único que puedo hacer con las

brujas y los monstruos es librar al mundo de ellos. Pero contigo, que fuiste hombre en otra época, contigo puedo hablar; al menos eres capaz de hablar como un ser racional. Y puedes comprender un castigo. Creías que estabas a salvo, supongo, con tu rey en el trono y mi amo, nuestro amo, aniquilado. Creías que habías conseguido lo que te proponías y habías acabado con la promesa de vida eterna, ¿verdad?

—No —dijo la voz de Ged.

Ella no alcanzaba a verlos. Sólo veía el polvo del camino y lo sentía dentro de la boca. Oyó hablar a Ged. Él dijo: —En la muerte hay vida.

—Bla, bla, cita los Cantares, Maestro de Roke, ¡maestrillo! ¡Qué imagen tan ridícula!, el gran archimago vestido como un pastor de cabras y sin una pizca de magia... ni una sola palabra poderosa. ¿Puedes urdir un sortilegio, archimago? ¿Nada más que un pequeño sortilegio..., un diminuto hechizo de ilusión? ¿No? ¿Ni una sola palabra? Mi amo te derrotó. ¿Lo reconoces? No lo dominaste. ¡Su poder no ha desaparecido! Podría mantenerte vivo aquí por un tiempo, para contemplar ese poder..., mi poder. Para contemplar al viejo que mantengo vivo... y podría aprovechar tu vida para eso si quisiera... y para ver a tu entrometido rey haciendo el ridículo, con sus señores melindrosos y sus estúpidos hechiceros, ¡buscando a una mujer! ¡Una mujer que nos gobierne! Pero aquí está la autoridad, aquí está el señorío, aquí, en esta casa. He pasado todo este año congregando a un grupo de hombres en torno a mí, hombres que dominan el verdadero poder. Algunos de ellos vienen de Roke, se los saqué a los maestrillos de delante de las narices. Y otros vienen de Havnor, de delante de las narices de ese al que llaman el Hijo de Morred, ese que quiere que una mujer lo gobierne; tu rey, que se siente tan seguro que se hace llamar por su nombre verdadero. ¿Sabes cómo me llamo, archimago? ¿Te acuerdas de mí, recuerdas hace cuatro años cuando eras el gran Maestro de Maestros y yo era un simple estudiante de Roke?

—Te llamabas Álamo —dijo la voz paciente.

—¿Y mi nombre verdadero?

—No sé cuál es tu nombre verdadero.

—¿Cómo? ¿No lo sabes? ¿No puedes adivinarlo? ¿No conocéis todos los nombres vosotros los magos?

—No soy un mago.

—¿Cómo? Repítelo.

—No soy un mago.

—Me gusta oírtelo decir. Dilo nuevamente.

—No soy un mago.

—¡Pero yo sí lo soy!

—Sí.

—¡Dilo!

—Eres un mago.

—¡Ah! Esto es mejor de lo que esperaba. Salí a pescar anguilas y pesqué una ballena. Ven, entonces, ven a conocer a mis amigos. Puedes caminar. ¡Ella puede andar a gatas!

Así subieron por el camino que llevaba a la mansión del Señor de Re Albi y entraron en la casa, Tenar avanzando a gatas por el camino, y por los escalones de mármol que conducían a la puerta, y por el piso de mármol que cubría los pasadizos y los cuartos.

La casa estaba a oscuras. La oscuridad nublaba los pensamientos de Tenar, de modo que cada vez entendía menos lo que decían. Sólo oía claramente algunas palabras y voces. Comprendía lo que decía Ged y cada vez que hablaba pensaba en su nombre, y se aferraba al nombre en su mente. Pero Ged hablaba muy poco y sólo lo hacía para responder a ese hombre que no se llamaba Tuaho. El hombre le hablaba a ella ahora, llamándola Perra. —Ésta es mi nueva mascota —les dijo a los otros hombres, a varios hombres que había en la oscuridad, allí

donde las velas proyectaban sombras—. ¿Veis lo bien enseñada que está? Revuélcate, Perra. —Ella se revolcó y los hombres rieron.

—Tenía una perrita —dijo él—, yo pretendía terminar de darle su merecido, porque sólo la habían quemado a medias. Pero, en lugar de traerla, me trajo un pájaro que había cazado, un gavilán. Mañana le enseñaremos a volar.

Oyó las palabras que decían otras voces, pero ya no comprendía las palabras.

Le ataron algo alrededor del cuello y la hicieron subir a gatas otras escalinatas y la metieron en un cuarto que olía a orina, a carne descompuesta y a perfume de flores. Oyó voces. Una mano fría como una piedra le acarició apenas la cabeza mientras algo reía. —¡Je, je, je! —como una puerta vieja que rechinara sobre sus goznes. Le dieron un puntapié y la hicieron recorrer pasadizos a gatas. No podía avanzar con suficiente rapidez, y la pateaban en los pechos y en la boca. Una puerta retumbó, silencio, oscuridad. Oyó llorar a alguien y pensó que era la niña, su niña. Quería que la niña no llorara. Finalmente dejó de llorar.

14

Tehanu

La niña tomó el sendero de la izquierda y avanzó un trecho antes de mirar hacia atrás, dejando que los setos floridos la ocultaran.

El hombre al que le decían Álamo, que se llamaba Brisen y al que veía como una sombra dividida y serpenteante, había atado a su madre y a su padre, con una correa ensartada en la lengua de ella y una correa ensartada en el corazón de él, y los llevaba a su escondite. El olor del lugar le resultaba nauseabundo, pero los siguió un poco para ver qué hacía el hombre. Él los llevó al lugar y cerró la puerta a sus espaldas. Era una puerta de piedra. No podía entrar.

Tenía que volar, pero no podía hacerlo; no era una criatura alada.

Atravesó los campos corriendo lo más rápido que podía, pasó delante de la casa de Tía Musgo, delante de la casa de Ogion y la casa de las cabras, hasta llegar al sendero que cruzaba el promontorio y llegaba hasta la orilla del precipicio, donde no debía ir porque sólo veía con un ojo. Avanzó con cuidado. Miró atentamente con ese ojo. Se detuvo en la orilla. El agua estaba mucho más abajo, a sus pies, y el sol se iba poniendo a lo lejos. Miró hacia el oeste con el otro ojo y gritó con su otra voz el nombre que le había oído decir en sueños a su madre.

No esperó a que le respondieran, sino que se dio media vuelta y regresó, pasando primero por la casa de Ogion para ver si su melocotonero había crecido. El viejo árbol se erguía cargado de diminutos melocotones verdes, pero no quedaban rastros del nuevo árbol. Se lo habían comido las cabras. O había muerto porque ella no lo había regado. Se quedó de pie por un rato mirando la tierra, luego respiró profundamente y atravesó otra vez los campos hacia la casa de Tía Musgo.

Los pollos que ya se iban a dormir empezaron a chillar y a revolotear, protestando al verla aparecer. La cabaña estaba a oscuras y repleta de olores. —¿Tía Musgo? —dijo la niña, en el tono en que solía hablar con gente como ella.

—¿Quién anda por ahí?

La vieja estaba en cama, escondida. Tenía miedo y había tratado de levantar una valla alrededor de ella para que nadie se le acercara, pero no lo había logrado; no tenía fuerzas para hacerlo.

—¿Quién es? ¿Quién anda por ahí? ¡Oh, queridita..., oh, mi niña querida, mi pequeña quemada, mi preciosa!, ¿qué haces aquí? ¿Dónde está, dónde está tu madre?, ¡oh!, ¿está aquí? ¿Ha venido? No entres, no entres, queridita, me han echado una maldición, ese hombre le echó una maldición a la vieja, ¡no te me acerques! ¡No te acerques!

Se echó a llorar. La niña extendió la mano y la tocó. —Estás fría —le dijo.

—Estás ardiendo, niña, tus manos me queman. ¡Ay, no me mires! Ese hombre hizo que se me pudriera la carne y que se me arrugara y que se siguiera pudriendo, pero no me deja morir... Dice que os traeré aquí. Intenté, intenté hacerlo, pero no me dejó, me mantiene viva contra mi voluntad, no quiere dejarme morir, ¡ay, déjame morir!

—No debes morir —dijo la niña, frunciendo el entrecejo.

—Niña —musitó la vieja—, queridita..., di mi nombre.

—Hatha —dijo la niña.

—¡Ah! Yo sabía... ¡Libérame, queridita!

—Tengo que esperar —dijo la niña—. Hasta que vengan.

La bruja se recostó aliviada, respirando sin dolor. —¿Hasta que venga quién, queridita? —dijo en un susurro.

—Los míos.

La manota fría de la bruja parecía un manojo de varillas entre las suyas. Therru se la empuñó. Ahora estaba tan oscuro afuera de la cabaña como adentro. Hatha, a la que todos llamaban Musgo, se durmió; y poco después la niña, sentada en el suelo junto a su jergón, con una gallina echada cerca de ella, también se quedó dormida.

Al despuntar el día llegaron varios hombres. Él le dijo: —¡Levántate, Perra! ¡Levántate! —Ella se apoyó en las manos y las rodillas. Él rió diciendo:— ¡Ponte de pie! Eres una perra inteligente, puedes caminar con tus patas traseras, ¿verdad? Muy bien. ¡Compórtate como si fueras un ser humano! Tenemos un largo camino por delante. ¡Ven! —Todavía tenía la correa atada al cuello y él la tironeó. Ella lo siguió.

—Bien, ahora la llevarás tú —dijo el hombre y ahora era ése, su amado, ya no recordaba su nombre, el que llevaba la correa.

Salieron todos juntos del lugar oscuro. Las piedras se separaron para dejarlos pasar y se cerraron con un chirrido a sus espaldas.

El hombre se mantenía al lado de ella y del que llevaba la correa. Más atrás venían otros hombres, tres o cuatro.

Una nube de rocío cubría los campos. La montaña se elevaba sombría contra el cielo pálido. Los pájaros empezaban a cantar en los huertos y los setos, cada vez más fuerte.

Llegaron al borde del mundo y caminaron a lo largo de ese borde por un rato hasta llegar allí donde no había más que rocas y el borde era muy angosto. Había un surco en la roca, y ella lo miró.

—Él podría empujarla —dijo el hombre—. Y luego el halcón podría volar, solo.

Le desató la correa que tenía atada al cuello.

—Párate en la orilla —le dijo. Ella fue siguiendo la huella que había en la roca hasta llegar a la orilla. A sus pies, el mar; nada más que el mar. El vacío se abría delante de ella.

—Ahora Gavilán la empujará —dijo él—. Pero antes de eso tal vez quiera decir algo. Tiene mucho que decir. Las mujeres siempre tienen mucho que decir. ¿Querríais decirnos algo, Señora Tenar?

Tenar no podía hablar, pero apuntó al cielo sobre el mar.

—Albatros —dijo él.

Ella lanzó una carcajada.

En los abismos de luz, desde las puertas del cielo, apareció volando el dragón, dejando una estela de fuego detrás del cuerpo arqueado y cubierto de escamas. Entonces Tenar habló.

—¡Kalessin! —gritó y luego se volvió, tomó a Ged del brazo, lo obligó a tumbarse sobre la roca mientras el rugido de fuego pasaba por encima de ellos, las escamas se entrechocaban y el viento silbaba en las alas extendidas, las garras golpeaban la roca como guadañas.

El viento soplaba desde el mar. Un minúsculo cardo que crecía en una hendidura de la roca cerca de su mano se inclinaba una y otra vez bajo el viento que venía del mar.

Ged estaba a su lado. Estaban acuclillados lado a lado, el mar a sus espaldas y el dragón delante de ellos.

El dragón los miró de soslayo con un ojo rasgado y amarillo.

Ged habló con voz ronca, temblorosa, en la lengua de los dragones. Tenar comprendió las palabras, que eran solamente: «Os agradecemos, Anciano».

Mirando a Tenar, Kalessin dijo con voz atronadora como un cepillo de metal frotado contra un gong: *—¿Aro Tehanu?*

—¡La niña! —dijo Tenar—. ¡Therru! —Se puso en pie para echarse a correr en busca de su niña. La vio avanzar por la saliente rocosa entre la montaña y el mar, hacia el dragón.

—¡No corras, Therru! —gritó, pero la niña la había visto y corría, corría directamente hacia ella. Se aferraron una a la otra.

El dragón hizo girar su enorme cabeza color de hierro para mirarlas con los dos ojos. Un brillo ardiente y rizos de fuego brotaban de los ollares anchos como marmitas. El calor del cuerpo del dragón se expandía en el viento frío que venía del mar.

—Tehanu —dijo el dragón.

La niña se volvió a mirarlo.

—Kalessin —dijo.

Entonces Ged, que seguía arrodillado, se puso de pie, aunque tembloroso, y se afirmó en el brazo de Tenar. Rió. —¡Ahora sé quién te llamó, Anciano! —dijo.

—Yo lo llamé —dijo la niña—. Fue lo único que se me ocurrió hacer, Segoy.

No apartaba los ojos del dragón y hablaba en la lengua de los dragones, con las palabras de la Creación.

—Hiciste bien, criatura —dijo el dragón—. Llevo mucho tiempo buscándote.

—¿Tenemos que ir allí ahora? —preguntó la niña—. ¿Dónde están los otros? ¿En el otro viento?

—¿Los abandonarías?

—No —dijo la niña—. ¿Pueden venir?

—No pueden venir. Su vida está aquí.

—Me quedaré con ellos —dijo, casi sin aliento.

Kalessin se apartó para lanzar un inmenso «¡Ja!» de risa o desdén o satisfacción o cólera que parecía un estallido. Luego dijo, mirando una vez a la niña: —Está bien. Tienes una tarea que hacer aquí.

—Lo sé —dijo la niña.

—Volveré a buscarte —dijo Kalessin—, cuando llegue el momento. —Y a Ged y Tenar les dijo:— Os doy a mi niña, como vosotros me daréis a vuestra niña.

—Cuando llegue el momento —dijo Tenar.

Kalessin inclinó apenas la enorme cabeza y frunció un costado del ancho hocico de dientes afilados.

Ged y Tenar se apartaron con Therru mientras el dragón giraba, arrastrando su armadura a lo largo de la saliente, apoyando cuidadosamente las garras de las patas, recogiendo las ancas negras como un gato, hasta saltar al aire. Las alas como aspas de molino lanzaron destellos carmesíes a la luz del alba, la cola espinosa silbó sobre la roca, y alzó vuelo, desapareció... como una gaviota, una golondrina, un pensamiento.

Allí donde había estado el dragón quedaban jirones chamuscados de tela y de cuero, y otras cosas.

—Venid —dijo Ged.

Pero la mujer y la niña se quedaron quietas, mirando las cosas.

—Son personas de hueso —dijo Therru. Entonces se volvió y echó a andar. Se adelantó al hombre y a la mujer por el angosto sendero.

—Su lengua —dijo Ged—. Su lengua materna.

—Tehanu —dijo Tenar—. Su nombre es Tehanu.

—Se lo ha dado aquel que da los nombres.

—Ha sido Tehanu desde un comienzo. Siempre ha sido Tehanu.

—¡Venid! —dijo la niña, mirando hacia atrás—. Tía Musgo está enferma.

Consiguieron sacar a Musgo a la luz y al aire, lavarle las heridas y quemar las ropas de cama malolientes, mientras Therru traía otras limpias de la casa de Ogion. También regresó con Brezo, la pastora de cabras. Con la ayuda de Brezo acostaron cómodamente a Musgo en su cama, rodeada de sus pollos; y Brezo prometió regresar con algo de comida.

—Alguien tiene que ir al Puerto de Gont —dijo Ged—, a buscar al hechicero. Para que atienda a Musgo; puede sanar. Y para que vaya a la mansión. El anciano morirá ahora. El nieto puede seguir viviendo, si se purifica la casa... —Se había sentado en el peldaño de la entrada de la casa de Musgo. Recostó la cabeza en la jamba de la puerta, bajo la luz del sol, y cerró los ojos.— ¿Por qué hacemos lo que hacemos? —preguntó.

Tenar estaba lavándose la cara y las manos y los brazos en una vasija con agua clara que había sacado del pozo. Cuando hubo terminado, miró en torno. Agobiado de cansancio, Ged se había quedado dormido, con el rostro vuelto hacia la luz matinal. Tenar se sentó a su lado

en el peldaño y apoyó la cabeza en su hombro. «¿Nos hemos salvado?», pensó. «¿Cómo es que nos hemos salvado?»

Bajó los ojos para mirar la mano de Ged, floja y abierta sobre el peldaño de tierra. Recordó el cardo que se inclinaba bajo el viento y las zarpas de la pata del dragón y sus escamas rojas y doradas. Casi se había dormido cuando la niña se sentó a su lado.

—Tehanu —musitó.

—El arbolito se murió —dijo la niña.

Al cabo de un rato, la mente fatigada y soñolienta de Tenar comprendió, y se despabiló lo suficiente como para decir: —¿Hay melocotones en el viejo árbol?

Hablaban en voz baja, para no despertar al hombre dormido.

—Sólo pequeñitos y verdes.

—Ya madurarán, después de la Larga Danza. Falta poco ya.

—¿Podemos plantar un árbol?

—Más de uno, si quieres. ¿Cómo está la casa?

—Vacía.

—¿Te parece bien que vivamos allá? —Se incorporo un poco más y rodeó a la niña con el brazo.— Tengo dinero —dijo—, bastante dinero como para comprar un rebaño de cabras y el pasto que tenga Turby del invierno, siempre que esté a la venta todavía. Ged sabe dónde llevarlas en la montaña, en el verano... Me pregunto si la lana que juntamos estará allí todavía. —Al decir eso, pensó: «Dejamos los libros. ¡Los libros de Ogion! En la repisa de la chimenea de la Granja de los Robles... Se los dejamos a Chispa, pobre muchacho, ¡no es capaz de leer una sola palabra de esos libros!».

Pero eso no parecía importar. Había nuevas cosas que aprender, sin duda. Y podría enviar a alguien a buscar los libros, si Ged los quisiese. Y podría mandar a buscar la rueca. O podría ir ella misma cuando llegara el otoño y ver a su hijo, y visitar a Alondra y quedarse por una temporada con Manzana. Tendrían que volver a sembrar la huerta de Ogion enseguida si querían tener verduras cultivadas por ellos en el verano. Recordó las hileras de habichuelas y el aroma de sus flores. Recordó el ventanuco que miraba al oeste. —Pienso que podemos vivir allí —dijo.